# Regimiento monstruoso

Terry Pratchett

Traducción de Javier Calvo



Polly se estaba cortando el pelo delante del espejo, sintiéndose un poco culpable por no sentirse muy culpable por hacerlo. Se suponía que era la corona de su belleza, y todo el mundo decía que era precioso, pero por lo general cuando estaba trabajando se lo recogía con una redecilla. Siempre se había dicho que aquel pelo estaba desaprovechado en ella. Y sin embargo, ahora ponía cuidado en asegurarse de que todos los largos bucles dorados aterrizaran en la pequeña sábana que había extendido para ello.

Si alguna emoción fuerte estaba dispuesta a admitir en aquel momento, era lo mucho que le molestaba que solo le hiciera falta un corte de pelo para hacerse pasar por un hombre joven. Ni siquiera le había hecho falta vendarse el busto, que por lo que tenía entendido era la práctica habitual. La naturaleza se había encargado de que apenas tuviera problemas en ese sentido.

El efecto de las tijeras fue... errático, pero no peor que el de otros peinados masculinos que se veían por allí. Daría el pego. Notaba frío en la nuca, pero era solamente en parte por la pérdida de su melena. También era por la Mirada.

La duquesa la vigilaba desde encima de la cama.

Era un grabado bastante malo, coloreado a mano en azul y rojo, sobre todo. Representaba a una mujer feúcha de mediana edad cuya papada y ojos ligeramente saltones daban a los cínicos la sensación de que alguien le había puesto un vestido a un pez muy grande, y sin embargo el artista había logrado captar algo más en aquella expresión extraña y vacía. Había cuadros que te seguían con la mirada por toda la habitación; los ojos de aquel te traspasaban. Era una cara que se encontraba en todos los hogares. En Borogravia, todos crecían con la duquesa mirándolos.

Polly sabía que sus padres habían tenido uno de aquellos cuadros en su habitación, y también que cuando su madre vivía acostumbraba a hacer una reverencia ante él todas las noches. Polly levantó la mano y le dio la vuelta al cuadro para que mirara hacia la pared. En su cabeza un pensamiento dijo «No». Lo rechazó. Ya se había decidido.

A continuación se vistió con la ropa de su hermano, vació el contenido de la sábana en un saquito que fue a parar al fondo de su petate junto con la muda, dejó la nota en la cama, recogió el petate y salió por la ventana. O al menos, Polly salió por la ventana, pero fueron los pies de Oliver los que aterrizaron ligeros en el suelo.

El amanecer empezaba a convertir el mundo a oscuras en monocromo cuando Polly cruzó a hurtadillas el patio de la posada. La duquesa también la vigilaba desde el letrero del establecimiento. Su padre había sido un ferviente partidario del régimen, por lo menos hasta la muerte de su esposa. Pero en el último año nadie había repintado el letrero y una cagada de pájaro perdida había dejado bizca a la duquesa.

Polly comprobó que el carro del sargento de reclutamiento seguía delante de la taberna, con sus vivos estandartes ahora deslucidos y caídos por culpa de la lluvia de la noche anterior. A juzgar por el aspecto de aquel sargento grande y gordo, pasarían horas antes de que el carromato volviera a salir al camino. Polly tenía tiempo de sobra. El hombre parecía de los que desayunan despacio.

Salió por la puerta de la tapia de atrás y echó a andar colina arriba. En la cima se giró para contemplar cómo se despertaba el pueblo. Ya salía humo de unas cuantas chimeneas, pero como Polly era siempre la primera en levantarse, y siempre le tocaba sacar a las doncellas de la cama a gritos, la posada seguía durmiendo. Ella sabía que la viuda Trepaz se había quedado a pasar la noche (se había puesto a «llover demasiado para que se fuera a casa», según el padre de Polly) y, personalmente, Polly esperaba por el bien de su padre que la viuda se quedara a pasar todas las noches. En el pueblo sobraban las viudas, y Eva Trepaz era una señora de buen corazón que cocinaba como una campeona. La larga enfermedad de su mujer y la larga ausencia de Paul habían minado mucho a su padre. Polly se alegraba de que empezara a recuperarse. Las ancianas que miraban todo el día por la ventana con el ceño fruncido tal vez se dedicarían a espiar y fastidiar y murmurar, pero ya llevaban demasiado tiempo haciéndolo. Nadie las escuchaba.

Polly levantó la mirada. Ya se estaban elevando el humo y el vapor de la lavandería de la Escuela para Chicas Trabajadoras. La escuela se cernía como una amenaza sobre una punta del pueblo, grande y gris, con ventanas altas y finas. Siempre estaba en silencio. De pequeña le habían contado que allí era adonde iban las Niñas Malas. No le explicaron la naturaleza de aquella «maldad», y a los cinco años de edad Polly había recibido la vaga idea de que consistía en no irse a la cama cuando te decían que lo hicieras. A los ocho aprendió que era adonde una tenía suerte de no ir por haberle comprado una caja de pinturas a su hermano. Polly dio media vuelta y echó a andar entre los árboles, que estaban llenos del canto de los pájaros.

Olvídate de que una vez fuiste Polly. Pensar como un varón joven, ahí estaba la cosa. Tirarse pedos bien fuertes y con la satisfacción de un trabajo bien hecho, moverse como una marioneta a la que le han cortado un par de cordeles, nunca abrazar a nadie y, al encontrarse con un amigo, darle un puñetazo. Unos cuantos años trabajando en la taberna le habían suministrado abundante material de observación. Por lo menos no tenía el problema de menear las caderas al andar. La naturaleza también había sido bastante parca con aquello.

Y luego había que dominar los andares de un varón joven. Por lo menos las mujeres solo meneaban las caderas. Los jóvenes lo meneaban todo, de los hombros para abajo. Hay que intentar ocupar un montón de espacio, pensó. Eso te hace parecer más grande, como cuando los gatos macho erizan la cola. Ella lo había visto muchas veces en la posada. Los muchachos trataban de caminar a lo grande para defenderse de todos los demás grandullones que tenían alrededor. Soy malo, soy feroz, soy chulo. Póngame una pinta de cerveza con limonada, mi madre me quiere en casa a las nueve...

Vamos a ver... los brazos extendidos a los lados del cuerpo como si estuviera cargando con un par de sacos de harina... hecho. Mecer los hombros como si me estuviera abriendo paso a codazos por entre una multitud... hecho. Las manos un poco cerradas y trazando círculos rítmicos como si estuviera girando dos manecillas independientes sujetas a la cintura... hecho. Mover las piernas de forma distendida y simiesca... hecho...

Funcionó bien durante unos metros hasta que algo le salió mal y la confusión muscular resultante la hizo caer dando una pirueta encima de un arbusto de acebo. Después de eso, renunció.

La tormenta eléctrica regresó mientras ella avanzaba a toda prisa por el camino; a veces alguna de aquellas tormentas se quedaba días enteros en las montañas. Pero por lo menos allí arriba los caminos no eran ríos de barro, y los árboles aún tenían bastantes hojas como para darle algo de cobijo. En todo caso, no había tiempo para esperar a que escampara. Le quedaba mucho camino por hacer. La partida de reclutamiento cruzaría a bordo del ferry, pero a Polly la conocían de vista todos los barqueros y además el guardia le pediría el salvoconducto, que por supuesto Oliver Artes no tenía. Eso significaba dar un largo rodeo hasta el puente del troll en Tübz. Para los trolls todos los hombres eran parecidos y cualquier papel valía como salvoconducto, puesto que no los leían. Luego podría bajar andando por los bosques de pinos hasta Plün. El carromato tendría que hacer noche allí, pero se trataba de una de esas aldeas perdidas en medio de la nada que solo existían para evitar la vergüenza de tener grandes espacios vacíos en los mapas. Nadie la conocía en Plün. Nadie iba allí jamás. Era un estercolero.

De hecho, era exactamente el sitio que Polly necesitaba. La partida de reclutamiento se detendría allí y entonces podría alistarse. Estaba bastante segura de que ni aquel sargento grande y gordo ni su cabo pequeño y grasiento se fijarían en que era la misma muchacha que les había servido la noche anterior. Tal como decía la gente, Polly no tenía una belleza convencional. El cabo sí había intentado pellizcarle el trasero, cierto, pero seguramente fuera por pura costumbre, como quien da un manotazo a una mosca, y de todos modos tampoco había tanto que pellizcar.

Se sentó en la colina que dominaba el ferry y se comió un desayuno tardío de patatas frías con salchicha mientras miraba cómo cruzaba el carro. No desfilaba nadie detrás de él. Esta vez no habían reclutado a ningún muchacho en Munz. La gente los había evitado. Durante los últimos años se habían marchado demasiados muchachos y no habían vuelto los suficientes. Y entre los que habían vuelto, a menudo no había vuelto lo suficiente de cada hombre. El cabo podía tañer su tambor todo lo que le diera la gana. A Munz se le estaban acabando los hijos casi tan deprisa como se le acumulaban las viudas.

La tarde flotaba pesada y húmeda, y una curruca de pinos amarilla la fue siguiendo de un arbusto al siguiente. El barro de la noche anterior estaba humeando cuando Polly llegó al puente del troll, que cruzaba el río por un angosto desfiladero. Era un puente fino y elegante, construido, según se decía, sin nada de argamasa. Se decía que el peso del puente lo anclaba todavía más profundamente a la roca de ambos lados. Se decía que era una de las maravillas del mundo, solo que muy poca gente del lugar se maravillaba demasiado por nada y apenas eran conscientes del mundo. Costaba un penique cruzar, o bien cien piezas de oro si llevabas un chivo[[1]](#footnote-1). En mitad del puente Polly se asomó al parapeto y vio el carro muy, muy por debajo, avanzando lentamente por el estrecho camino que había justo por encima de las aguas blancas.

Por la tarde el viaje fue todo cuesta abajo, a través de los oscuros pinares que había al otro lado del desfiladero. Avanzó sin prisas y, hacia el atardecer, avistó la posada. El carro ya había llegado pero, por lo que se veía, el sargento de reclutamiento ni se había molestado en hacer un esfuerzo. No se oía ningún redoble de tambores como el de la noche anterior, ningún grito de «¡Acercaos, mis buenos mozos! ¡La vida con los Dentroyfuera es fabulosa!».

\* \* \*

Siempre había alguna guerra. Normalmente era una disputa fronteriza, el equivalente nacional a quejarse de que el vecino estaba dejando crecer demasiado el seto. Pero a veces era algo más importante. Borogravia era un país amante de la paz pero rodeado por completo de enemigos traicioneros, taimados y belicosos. Tenían que ser traicioneros, taimados y belicosos, de otra manera no estaríamos luchando contra ellos, ¿a que no? Siempre había alguna guerra.

El padre de Polly había estado en el ejército antes de heredar La Duquesa del abuelo de Polly. No hablaba mucho de ello. Se había traído consigo su espada pero en lugar de colgarla sobre la chimenea la usaba para atizar el fuego. A veces venían de visita viejos amigos suyos y, después de atrancar las puertas al final del día, se juntaban frente al fuego y bebían y cantaban. La joven Polly siempre encontraba excusas para quedarse levantada y escuchar las canciones de aquellos hombres, pero tuvo que dejar de hacerlo al meterse en líos por usar una de las palabras más interesantes delante de su madre. Ahora que había crecido y trabajaba sirviendo cerveza, probablemente se diera por sentado que ya conocía aquellas palabras o que tardaría poco en averiguar qué querían decir. Además, su madre se había marchado a un sitio donde las palabrotas ya no ofendían y donde, en teoría, nunca se pronunciaban.

Las canciones habían formado parte de su infancia. Se sabía la letra entera de «El mundo del revés», de «El diablo será mi sargento», de «Johnny se ha hecho soldado» y de «La chica que dejé en casa», y después de que la bebida llevara un buen rato fluyendo, también se había aprendido de memoria «El coronel Mierdoski» y «Ojalá no la hubiera besado nunca».

Y por supuesto, también estaba «La dulce Polly Oliver». Su padre solía cantársela de pequeña cuando se ponía nerviosa o triste, y ella siempre reía al oírla por el mero hecho de que en la canción salía su nombre. Polly podía recitar la letra de carrerilla antes de saber qué significaban muchas de las palabras. Y ahora...

... Polly empujó la puerta. El sargento de reclutamiento y su cabo levantaron la vista de la mesa manchada a la que estaban sentados, con las jarras de cerveza a medio camino de los labios. Ella respiró hondo, desfiló hacia ellos e hizo un intento de cuadrarse.

—¿Tú qué quieres, chaval? —gruñó el cabo.

—¡Me quiero alistar, señor!

El sargento se giró hacia Polly y sonrió, provocando que sus cicatrices se movieran de manera rara y causando un temblor que le sacudió sus varias papadas. Siendo fieles a la verdad, la palabra «gordo» no se le podía aplicar, no mientras la palabra «cebón» rondara cerca, intentando llamar tu atención. Era una de esas personas que no tenían cintura. Él tenía ecuador. Tenía gravedad. Si se cayera, en cualquier dirección, seguro que haría balancín. El sol y la bebida le habían quemado la cara hasta dejársela roja. Los ojos pequeños y oscuros centelleaban en medio de tanto rojo como si fueran destellos en el filo de un cuchillo. A su lado, en la mesa, había un par de alfanjes anticuados, unas armas que tenían más en común con cuchillos de carnicero que con espadas.

—¿Así, sin más? —dijo.

—¡Síseñor!

—¿En serio?

—¡Síseñor!

—¿No quieres que antes te pongamos borracho como una cuba? Es lo tradicional, ¿sabes?

—¡Noseñor!

—No te he explicado las maravillosas oportunidades de labrarse un futuro y hacer fortuna, ¿verdad?

—¡Noseñor!

—¿Te he mencionado que con el flamante uniforme rojo tendrás que apartarte las chicas a escobazos?

—¡Creo que no, señor!

—¿Y la comida? ¡Cuando marches con nosotros cada comida será un banquete! —El sargento se dio una palmada en la barriga que provocó temblores en las regiones periféricas—. ¡Yo soy la prueba viviente!

—Sí, señor. No, señor. ¡Solo quiero alistarme para luchar por mi país y por el honor de la duquesa, señor!

—¿En serio? —preguntó el cabo en tono incrédulo, pero el sargento no pareció oírlo. Miró a Polly de arriba abajo, y Polly se llevó la clara impresión de que el hombre ni estaba tan borracho ni era tan tonto como parecía.

—A fe mía, cabo Strappi, parece que lo que tenemos aquí entre manos es nada menos que un buen patriota de los de antes —dijo, escrutando la cara de Polly—. ¡Bueno, pues has venido al lugar indicado, muchacho! —Le acercó un fajo de papeles con aire ajetreado—. ¿Sabes quiénes somos?

—El Décimo de a pie, señor. Infantería ligera, señor. Conocidos como los «Dentroyfuera», señor —dijo Polly, mientras el alivio la recorría a borbotones. Estaba claro que había superado alguna clase de prueba.

—Eso mismo, chaval. Los viejos y alegres Queseros. El mejor regimiento que haya, dentro del mejor ejército del mundo. ¿Tienes ganas de alistarte, pues?

—¡No veo la hora, señor! —respondió Polly, consciente del recelo con que la observaba el cabo.

—¡Buen muchacho!

El sargento desenroscó el tapón de un tintero y mojó una pluma en la tinta. Su mano quedó suspendida encima de los papeles.

—¿Nombre, chico? —preguntó.

—Oliver, señor. Oliver Artes —dijo Polly.

—¿Edad?

—Cumplo diecisiete el domingo, señor.

—Sí, claro —replicó el sargento—. Si tú tienes diecisiete años, yo soy la gran duquesa Annagovia. ¿De qué te estás escapando, eh? ¿Has dejado a alguna señorita en estado?

—Le habrán habido de ayudar —dijo el cabo sonriendo—. Si parece un chiquillo, con esa voz de pito que tiene.

Polly se dio cuenta de que empezaba a sonrojarse. Aunque pensándolo bien, el joven Oliver también se sonrojaría, ¿no? Era muy fácil hacer que los chicos se pusieran rojos. A Polly le bastaba con mirarlos fijamente.

—Bueno, da igual —dijo el sargento—. Pon tu marca en este documento de aquí, besa a la duquesa y serás mi chiquillo, ¿entendido? Yo soy el sargento Jackrum. Voy a ser tu madre y tu padre y el cabo Strappi va a ser como un hermano mayor para ti. Y la vida va a ser de filete y beicon todos los días, y como alguien se te intente llevar, se me tendrá que llevar a mí también porque te tendré agarrado del cuello de la camisa. Y ya se estará imaginando usted que no hay nadie que pueda llevar tanto peso a rastras, señor Artes. —Un grueso pulgar se clavó en el papel—. Justo ahí, ¿de acuerdo?

Polly cogió la pluma y firmó.

—¿Eso qué es? —preguntó el cabo.

—Mi firma —respondió Polly.

Oyó que se abría la puerta detrás de ella y se volvió. Unos muchachos, o mejor dicho, otros muchachos acababan de entrar ruidosamente en la cantina y ahora miraban a su alrededor con cautela.

—¿También sabes leer y escribir? —dijo el sargento, echando un vistazo a los muchachos antes de volver a Polly—. Ajá, ya veo. Y una mano redonda y aseada, además. Tienes madera de oficial, ya lo creo. Dele el chelín, cabo. Y el cuadro, por supuesto.

—Sí, sargento —dijo el cabo Strappi, sosteniendo un cuadro enmarcado que tenía un mango para cogerlo como si fuera un espejo—. Acércale el morro, peluso dePartes.

—Es Artes, señor —dijo Polly.

—Ya, bueno. Ahora besa a la duquesa.

No era una buena copia del famoso retrato. La pintura que había debajo del cristal estaba descolorida y algo, un musgo o una cosa parecida, crecía en la cara interna del mismo cristal resquebrajado. Polly lo rozó con los labios mientras contenía la respiración.

—Hum —dijo Strappi, y le metió algo en la mano.

—¿Esto qué es? —preguntó Polly, mirando el papelito cuadrado.

—Un pagaré. Andamos un poco escasos de chelines ahora mismo —dijo el sargento, mientras Strappi ponía una sonrisita satisfecha—. Pero el posadero te invitará a una pinta de cerveza, cortesía de su excelencia la duquesa.

A continuación se giró y echó un vistazo a los recién llegados.

—Vaya, vaya, siempre llueve sobre mojado. ¿Vosotros también venís para alistaros, chicos? Caramba, y ni siquiera hemos tenido que tocar el tambor. Debe de ser el asombroso carisma del cabo Strappi. Acercaos, no seáis tímidos. ¿Quién va a ser el siguiente candidato creíble?

Polly miró al siguiente recluta con un horror que confió en estar ocultando. No se había fijado en él porque había poca luz e iba vestido de negro; no de un negro elegante y con estilo, sino de un negro polvoriento, la clase de traje con que enterraban a la gente. Y a juzgar por su aspecto, él era parte de esa gente. El traje estaba cubierto de telarañas. Y el chico tenía costuras de lado a lado de la frente.

—¿Nombre, chaval? —preguntó Jackrum.

—Igor, zeñor.

Jackrum contó los puntos de sutura.

—Mira por dónde, me imaginaba que iba a ser ese —dijo—. Y veo que tienes dieciocho años.

\* \* \*

—¡Despertad!

—Oh, dioses... —El comandante Samuel Vimes se cubrió los ojos con las manos.

—¿Disculpe, excelencia? —dijo el cónsul de Ankh-Morpork en Ezlobenia—. ¿Está enfermo, excelencia?

—¿Cómo me ha dicho usted que se llamaba, joven? —preguntó Vimes—. Lo siento, pero llevo dos semanas viajando y no he dormido mucho y hoy se han pasado todo el día presentándome a gente con nombres complicados. Eso es malo para el cerebro.

—Me llamo Clarence, excelencia. Clarence de Iamiqué.

—¿Iamiqué? —dijo Vimes, y Clarence lo leyó todo en su expresión.

—Eso me temo, señor —dijo.

—¿Se le daba bien pelear en la escuela? —preguntó Vimes.

—No, excelencia, pero no me ganaba nadie en los cien metros lisos.

Vimes se rió.

—Bueno, Clarence, cualquier himno nacional que empiece con «¡Despertad!» va a causar problemas. ¿No se lo enseñaron en la oficina del patricio?

—Esto... no, excelencia —dijo Clarence.

—Bueno, ya lo descubrirá. Continúe, pues.

—Sí, señor. —Clarence carraspeó—. El Himno Nacional de Borogravia —anunció por segunda vez.

«¡Despertad, lo siento, excelencia, hijos de la Madre Patria!

¡No probéis más el vino de las manzanas amargas,

leñadores! ¡Coged vuestras hachas!

¡Granjeros, degollad al enemigo con el arma previamente

utilizada para desenterrar remolachas!

Frustrad las inacabables artimañas de nuestros adversarios.

Hacia la oscuridad desfilamos cantando

contra el mundo entero que en armas se acerca.

¡Pero mirad la luz dorada sobre las cimas de las montañas!

¡El nuevo día es un pez grande y gordo!»

—Hum... —dijo Vimes—. ¿Esa última parte...?

—Era una traducción literal, excelencia —dijo Clarence, nervioso—. Quiere decir algo así como «una oportunidad asombrosa» o «un premio deslumbrante», excelencia.

—Cuando no estemos en público, Clarence, con «señor» ya basta. Lo de «excelencia» solo es para impresionar a los nativos. —Vimes se reclinó en su incómoda silla, con la barbilla apoyada en la mano, e hizo un gesto de dolor—. Tres mil setecientos kilómetros —dijo, cambiando de postura—. Y en escoba hace un frío que pela, por muy bajo que vuelen. Y luego la barcaza, y luego el carruaje... —Hizo otra mueca de dolor—. He leído su informe. ¿Le parece a usted posible que una nación entera esté mal de la cabeza?

Clarence tragó saliva. Le habían dicho que estaba hablando con la segunda persona más poderosa de Ankh-Morpork, aunque aquel hombre actuara como si desconociese el dato. El escritorio que utilizaba en aquella helada habitación de la torre estaba desvencijado; hasta el día anterior había pertenecido al jefe de conserjes del cuartel de Tolladero. Su superficie rayada estaba rebosante de documentos, y había más montones de papeleo detrás de la silla de Vimes.

A ojos de Clarence, Vimes no tenía aspecto de duque. Tenía aspecto de agente de la Guardia, que, por lo que Clarence tenía entendido, es lo que de hecho era. Aquello ofendía a Clarence de Iamiqué. La gente que estaba en lo más alto debería dar la impresión de que ese era su lugar.

—Es una pregunta muy... interesante, señor —dijo—. ¿Se refiere a que la gente...?

—La gente no, la nación —respondió Vimes—. Por lo que he leído, me parece que Borogravia está como una cabra. Yo supongo que la gente hace lo que puede y se dedica a criar a sus hijos, que debo decir que es lo que preferiría estar haciendo yo ahora mismo. Mire, ya sabe a qué me refiero. Tiene a un puñado de gente que no parece nada distinta de usted o de mí, pero cuando se los pone a todos juntos lo que sale es una especie de inmenso maníaco desquiciado con fronteras nacionales y un himno.

—Es una idea fascinante, señor —dijo Clarence con diplomacia.

Vimes examinó la habitación. Las paredes eran de piedra desnuda. Las ventanas eran estrechas. Hacía un frío de narices, hasta cuando brillaba el sol. Toda aquella comida mala y sufrir todos aquellos baches y dormir en camas nefastas... y todos aquellos viajes a oscuras, también, en barcazas de enanos que lo habían llevado por sus canales secretos bajo las montañas... Y solo los dioses sabían la intrincada maniobra diplomática que lord Vetinari se debía de haber sacado de la manga para conseguir aquello, aunque era cierto que el Bajo Rey le debía unos cuantos favores a Vimes...

... todo aquello para acabar en este frío castillo sobre este río helado que separaba a estos dos países estúpidos, con su estúpida guerra. Vimes sabía lo que tenía ganas de hacer. Si hubieran sido personas riñendo en el barro de la calle, habría sabido qué hacer. Les habría entrechocado las cabezas y tal vez los habría metido en las celdas a pasar la noche. Pero los países no se podían entrechocar.

Vimes cogió unos cuantos documentos, los hojeó un poco y los volvió a dejar donde estaban.

—Al infierno con esto —dijo—. ¿Qué está pasando ahí fuera?

—Tengo entendido que hay unas pocas bolsas de resistencia en algunas de las zonas más inaccesibles de la torre del homenaje, pero ya se están encargando de ellas. En términos prácticos, la torre del homenaje está en nuestras manos. Ha sido una artimaña muy hábil por su parte, exce... señor.

Vimes suspiró.

—No, Clarence, ha sido una artimaña vieja y torpe. No tendría que ser posible infiltrar hombres en una fortaleza disfrazándolos de lavanderas. ¡Pero si tres de ellos llevaban bigote, por todos los dioses!

—Los borogravianos son bastante... anticuados para esas cosas, señor. Y hablando del tema, parece que tenemos zombis en las criptas inferiores. Unas cosas espantosas. Por lo que se ve, a lo largo de los siglos se ha enterrado allí abajo a muchos militares borogravianos de alto rango.

—¿En serio? ¿Y qué están haciendo ahora?

Clarence enarcó las cejas.

—Tambalearse, señor, creo. Gruñir. Cosas de zombis. Parece que algo los ha agitado.

—Nosotros, probablemente —dijo Vimes. Se puso de pie, cruzó la sala y abrió la puerta grande y pesada—. ¡Reg! —gritó.

Al cabo de un momento apareció otro agente de la Guardia e hizo el saludo reglamentario. Tenía la cara gris y, mientras saludaba, Clarence no pudo evitar fijarse en que llevaba los dedos cosidos a la mano.

—¿Conoce usted al agente Shoe, Clarence? —preguntó Vimes en tono jovial—. Ha venido conmigo. Lleva más de treinta años muerto y lo disfruta a cada momento, ¿eh, Reg?

—Sí, señor Vimes —dijo Reg, sonriendo y dejando al descubierto un montón de dientes marrones.

—Hay algunos paisanos tuyos en el sótano, Reg.

—Oh, cielos. Tambaleándose, ¿no?

—Eso me temo, Reg.

—Voy a hablar con ellos —dijo Reg. Saludó de nuevo y salió a buen paso, con un leve matiz de tambaleo.

—¿Es, ejem, de por aquí? —preguntó Iamiqué, que se había puesto bastante pálido.

—Oh, no. Es de la tierra inexplorada —dijo Vimes—. Está muerto. Pero hay que reconocerle que no ha dejado que eso lo detenga. ¿No sabía usted que teníamos a un zombi en la Guardia, Clarence?

—Esto... no, señor. Llevo cinco años sin volver por la ciudad. —Tragó saliva—. Veo que las cosas han cambiado.

Habían cambiado a peor, en opinión de Clarence de Iamiqué. Ser cónsul en Ezlobenia había sido un trabajo fácil, que le dejaba mucho tiempo para ocuparse de sus asuntos. Entonces las enormes torres de señales avanzaron por todo el valle, y de pronto Ankh-Morpork estaba a una hora de distancia. Antes de los clacs, una carta de Ankh-Morpork tardaba más de dos semanas en llegarle, de manera que nadie se preocupaba si él se tomaba un par de días para contestarla. Ahora la gente esperaba la respuesta a la mañana siguiente. Se había alegrado bastante cuando Borogravia destruyó varias de aquellas condenadas torres. Pero aquello desató el infierno.

—Tenemos a toda clase de gente en la Guardia —dijo Vimes—. Y ahora, joder, vaya si los necesitamos, Clarence, con los ezlobenos y los borogravianos peleándose en las calles por una maldita disputa que viene de hace mil años. ¡Son peores que los enanos y los trolls! ¡Y todo porque la tatara-elevado-a—ene-tatarabuela de alguien le dio una bofetada en la cara al tío tatara-lo-mismo-abuelo de alguien! Borogravia y Ezlobenia ni siquiera se pueden poner de acuerdo para establecer una frontera. Escogieron el río, y resulta que cambia de curso todas las primaveras. De pronto las torres de clacs están en suelo borograviano, o mejor dicho, en barro borograviano, así que los muy idiotas van y las queman por motivos religiosos.

—Ejem, es más complicado que eso, señor —dijo Iamiqué.

—Sí, ya lo sé. He leído la historia. La bronca anual con Ezlobenia viene a ser como la competición deportiva más interesante. Borogravia lucha contra todo el mundo. ¿Por qué?

—Orgullo nacional, señor.

—¿De qué? ¡Pero si ahí no hay nada! Tienen alguna mina de sebo y no son malos granjeros, pero en su país no hay grandes obras de arquitectura, no hay bibliotecas enormes ni grandes compositores, no hay montañas muy altas ni vistas magníficas. Lo único que se puede destacar del lugar es que no está en ningún otro sitio. ¿Qué tiene Borogravia que sea tan especial?

—Supongo que es especial porque es de ellos. Y por supuesto, está Nuggan, señor. Su dios. Le he traído un ejemplar del Libro de Nuggan.

—Hojeé uno en la ciudad, Iamiqué —dijo Vimes—. Me pareció bastante estú...

—No debía de ser una edición reciente, señor. Y sospecho que no estaría, hum, muy actualizado, al estar tan lejos de aquí. Este está mucho más al día —dijo Iamiqué, dejando un librito pequeño pero grueso sobre el escritorio.

—¿Al día? ¿Qué quiere decir con «al día»? —preguntó Vimes, con cara perpleja—. Las escrituras sagradas... están escritas. Haz esto, no hagas aquello, nada de desear al buey de tu vecino...

—Hum... Nuggan no se limita a eso, señor. Él, ejem..., actualiza las cosas. Sobre todo las Abominaciones, para serle sincero.

Vimes cogió el ejemplar nuevo. Era visiblemente más grueso que el que se había traído consigo.

—Es lo que llaman un Testamento Vivo —explicó Iamiqué—. Estos textos... bueno, supongo que se puede decir que «mueren» si se sacan de Borogravia. Es porque ya no... se les añade nada. Las Abominaciones más recientes están al final, señor —sugirió Iamiqué.

—¿Es un libro sagrado con apéndice?

—Exacto, señor.

—¿Encuadernado con anillas?

—Pues sí, señor. La gente inserta páginas en blanco y las Abominaciones... aparecen.

—¿Mágicamente, quiere decir?

—Supongo que quiero decir religiosamente, señor.

Vimes abrió una página al azar.

—¿El chocolate? —dijo—. ¿No le gusta el chocolate?

—No, señor. Es una Abominación.

—¿El ajo? Bueno, a mí tampoco me gusta mucho, o sea que está bien... ¿Los gatos?

—Oh, sí. Los gatos no le gustan nada de nada, señor.

—¿Los enanos? ¡Dice aquí: «La raza de los enanos que adora el oro es una Abominación contra Nuggan»! Debe de estar loco. ¿Qué pasó con esto?

—Bueno, los enanos que había en el país sellaron sus minas y se esfumaron, excelencia.

—Ya me imagino. Los enanos siempre se huelen los problemas —dijo Vimes. Por una vez dejó pasar lo de «excelencia»; estaba claro que a Iamiqué le producía cierta satisfacción hablar con un duque.

Pasó más páginas y se detuvo.

—¿El color azul?

—Correcto, señor.

—Pero ¿qué tiene de abominable el color azul? ¡Es solo un color! ¡El mismo cielo es azul!

—Sí, señor. Últimamente los nugganitas devotos intentan no mirarlo. Hum... —Iamiqué había recibido formación diplomática. Había cosas que no le gustaba decir directamente—. Nuggan, señor... hum... es más bien... quisquilloso —aventuró.

—¿Quisquilloso? —dijo Vimes—. ¿Un dios quisquilloso? ¿Qué hace, quejarse del ruido que hacen los niños? ¿Protesta cuando la gente pone la música alta después de las nueve?

—Hum... aquí recibimos el Ankh-Morpork Times, señor, con algunos días de retraso, y, ejem, yo diría, ejem, que Nuggan se parece mucho a, ejem, la clase de gente que escribe a su columna de cartas al director. Ya sabe, señor. Esos que firman como «Indignado con Ankh-Morpork».

—Ah, se refiere a que de verdad está loco —dijo Vimes.

—Oh, yo nunca me referiría a una cosa así, señor —se apresuró a decir Iamiqué.

—¿Y qué hacen los sacerdotes al respecto?

—No gran cosa, señor. Creo que pasan por alto discretamente algunas de las Abominaciones más, hum, extremas.

—¿Quiere decir que Nuggan se opone a los enanos, los gatos y el color azul y aun así existen mandamientos todavía más dementes?

Iamiqué carraspeó con educación.

—Vale, como quiera —gruñó Vimes—. ¿Mandamientos todavía más extremos?

—Las ostras, señor. No le gustan. Aunque con eso no hay problema porque allí nadie ha visto nunca una ostra. Ah, y los bebés. También ha Abominado de ellos.

—Supongo que aquí la gente los sigue haciendo...

—Oh, sí, exce... lo siento. Sí, señor. Pero se sienten culpables. Los perros que ladran, otra Abominación. Y las camisas con seis botones. Y el queso. Esto... la gente más o menos se limita, ejem, a esquivar las más peliagudas. Hasta los sacerdotes parecen haber renunciado a intentar darles una explicación.

—Sí, creo que ya veo por qué. Así que tenemos entre manos un país que intenta gobernarse según los mandamientos de un dios que, según la gente, podría llevar los calzoncillos en la cabeza. ¿Ha Abominado de los calzoncillos?

—No, señor —respondió Iamiqué con un suspiro—. Pero es probable que sea cuestión de tiempo.

—¿Y cómo se las apañan?

—Últimamente lo que la gente hace sobre todo es rezarle a la duquesa Annagovia. Se ven iconos de ella en todas las casas. La llaman la Madrecita.

—Ah, sí, la duquesa. ¿Puedo verla?

—Oh, nadie la ve, señor. Hace más de treinta años que no la ve nadie más que sus sirvientes. Para ser sinceros, señor, lo más probable es que esté muerta.

—¿Solo probable?

—Nadie lo sabe con certeza. La versión oficial es que está de luto. Es una historia triste, señor. El joven duque murió una semana después de que se casaran. Destripado por un jabalí durante una cacería, por lo que tengo entendido. Ella se marchó a pasar el luto al viejo castillo de PríncipeMarmadukePiotreAlbertHansJosephBernhardtWilhelmsberg y desde entonces no ha aparecido en público. El retrato oficial se pintó cuando tenía unos cuarenta años, creo.

—¿No tiene hijos?

—No, señor. A su muerte se extinguirá su estirpe.

—¿Y le rezan a ella? ¿Como si fuera una diosa?

Iamiqué suspiró.

—Estoy seguro de que lo incluí en las notas de mi informe, señor. Verá, la familia real de Borogravia siempre ha tenido un estatus cuasirreligioso. Son la cabeza de la iglesia, y los campesinos, al menos, les rezan con la esperanza de que intercedan por ellos ante Nuggan. Son como... santos en vida. Intermediarios celestiales. Con franqueza, así es como funcionan siempre estos países. Si quiere conseguir algo, hay que conocer a la gente adecuada. Y supongo que es más fácil rezarle a alguien que está en un cuadro que a un dios al que no se ve.

Vimes se quedó un rato sentado mirando al cónsul. Cuando volvió a hablar, dio al hombre un susto de muerte:

—¿Quién heredaría? —preguntó.

—¿Señor?

—Estoy siguiendo la monarquía, señor de Iamiqué. Si la duquesa no ocupara el trono, ¿a quién iría?

—Hum, es increíblemente complejo, señor, debido a los matrimonios cruzados y los diversos sistemas legales, que por ejemplo...

—¿A quién pondría usted como ganador, señor de Iamiqué?

—Hum, al príncipe Heinrich de Ezlobenia.

Para asombro de Iamiqué, Vimes se rió.

—Y supongo que el príncipe se está preguntando cómo anda su tía. Lo he conocido esta mañana, ¿verdad? No puedo decir que me haya caído muy bien.

—Pero es amigo de Ankh-Morpork —replicó Iamiqué en tono de reproche—. Eso lo puse en mi informe. Un hombre culto. Muy interesado en los clacs. Tiene grandes planes para su país. Antes en Ezlobenia eran nugganáticos, pero él ha prohibido esa religión y, la verdad, casi nadie ha protestado. Quiere que Ezlobenia progrese. Y admira mucho a Ankh-Morpork.

—Sí, lo sé. Da la impresión de estar casi tan loco como Nuggan —dijo Vimes—. Vale, o sea que lo que probablemente tenemos aquí es una farsa muy elaborada para mantener a Heinrich fuera del trono. ¿Qué clase de gobierno hay aquí?

—No hay mucho. Se recaudan unos cuantos impuestos y más o menos ya está. Pensamos que algunos de los funcionarios judiciales superiores se dejan llevar por la inercia como si la duquesa siguiera viva. Lo único que funciona de verdad es el ejército.

—De acuerdo, ¿y qué pasa con la policía? Todo el mundo necesita policías. Por lo menos tienen los pies en el suelo.

—Creo que hay comités informales de ciudadanos que velan por que se cumpla la ley nugganática —dijo Iamiqué.

—Oh, dioses. Fisgones, chismosos y patrullas ciudadanas —dijo Vimes. Se puso de pie y miró por el estrecho ventanuco al llano que había debajo. Era de noche. Las fogatas que había encendidas para cocinar en el campamento enemigo dibujaban constelaciones demoníacas en la oscuridad—. ¿Le han explicado por qué me han enviado aquí, Clarence? —preguntó.

—No, señor. Mis instrucciones decían que usted iba, hum, a supervisar las cosas. Al príncipe Heinrich no le hace mucha gracia.

—Oh, bueno, los intereses de Ankh-Morpork son los intereses de cualquier país del mundo que ame el diner... uy, perdón, que ame la libertad —dijo Vimes—. No podemos tolerar que un país obligue a dar la vuelta a nuestros carruajes del correo y se dedique a tirar abajo las torres de clacs. Eso sale caro. Están cortando por la mitad el continente, son el cuello del reloj de arena. Yo tengo que llevar la situación a un desenlace «satisfactorio». Y la verdad, Clarence, me pregunto si vale la pena siquiera atacar Borogravia. Sería más barato quedarnos aquí sentados y esperar a que explote. Aunque me he fijado... ¿dónde estaba ese informe? Ah, sí... en que antes de eso se morirá de hambre.

—Lamentable pero cierto, señor.

\* \* \*

Igor estaba plantado sin decir nada delante de la mesa de reclutamiento.

—Últimamente a los tuyos no se os ve mucho —dijo Jackrum.

—Es verdad, ¿se os ha acabado el suministro de cerebros o qué? —dijo el cabo en tono grosero.

—Bueno, bueno, cabo, no diga esas cosas —dijo el sargento, haciendo crujir su silla al reclinarse—. Hay mucha gente por ahí caminando con piernas que no tendría si no hubiera habido un Igor amistoso en el lugar, ¿verdad, Igor?

—¿Ah, sí? Pues yo he oído hablar de gente que se despertaba y se encontraba con que ese Igor tan amistoso les había mangado el cerebro en plena noche y se había largado a venderlo —replicó el cabo, mirando a Igor con el ceño fruncido.

—Le prometo que zu cerebro eztá completamente a zalvo conmigo, cabo —dijo Igor.

Polly empezó a reírse y se detuvo cuando se dio cuenta de que no había absolutamente nadie más haciéndolo.

—Sí, bueno, yo conocí a un sargento que me dijo que un Igor le había puesto a un hombre las piernas hacia atrás —insistió el cabo Strappi—. ¿Para qué le sirve eso a un soldado, eh?

—¿Para avanzar y batirze en retirada al mizmo tiempo? —dijo Igor con calma—. Zargento, ya zé todo lo que ze dice por ahí, y no zon maz que vilez calumniaz. Yo zolo buzco zervir a mi paíz. No quiero problemaz.

—Bien —dijo el sargento—. Nosotros tampoco. Pon aquí tu marca, y has de prometer que no trastearás con el cerebro del cabo Strappi, ¿vale? ¿Otra firma? Caramba, parece que hoy tenemos una puta universidad de pelusos. Dele su chelín de cartón, cabo.

—Graciaz —dijo Igor—. Y me guztaría pazarle un trapo al cuadro, zi no lez importa. —Sacó un trocito de tela.

—¿Pasarle un trapo? —preguntó Strappi—. ¿Eso está permitido, sargento?

—¿Para qué lo quieres limpiar, amigo? —preguntó Jackrum.

—Para zacarle loz demonioz invisiblez —dijo Igor.

—Yo no veo nada invis... —empezó a decir Strappi, y se detuvo.

—Usted déjele hacer, ¿quiere? —dijo Jackrum—. Es una de las costumbres raras que tienen.

—No me parece correcto —murmuró Strappi—. Prácticamente traición...

—No veo qué tiene de malo lavar un poco a la vieja chica —dijo el sargento en tono seco—. Siguiente. Oh...

Igor, después de limpiar a conciencia el retrato manchado y darle un besito mecánico, fue a ponerse al lado de Polly y le dedicó una sonrisa avergonzada. Pero ella estaba mirando al siguiente recluta.

Era bajito y bastante flaco, lo cual resultaba bastante habitual en un país donde era muy raro disponer de bastante comida para engordarse. Pero iba vestido con ropa negra y cara, como si fuera un aristócrata. Hasta llevaba espada. Y por consiguiente, al sargento se le puso cara de preocupación. Nada más fácil que meterse en líos por hablar mal a un ricachón que podía tener amigos importantes.

—¿Está seguro de que no se ha equivocado de lugar, señor? —preguntó.

—Sí, sargento. Me gustaría alistarme.

El sargento Jackrum cambió de postura, incómodo.

—Sí, señor, pero no estoy seguro de que un caballero como usted...

—¿Me va a alistar usted o no, sargento?

—No es habitual que un caballero se aliste como soldado raso, señor —murmuró el sargento.

—Lo que quiere usted decir, sargento, es lo siguiente: ¿acaso me persigue alguien? ¿Mi cabeza tiene precio? Y la respuesta es no.

—¿Ni siquiera una turba armada con horcas? —dijo el cabo Strappi—. ¡Es un puto vampiro, sargento! ¡Salta a la vista! ¡Es un Crespón Negro! ¡Mire, lleva la insignia!

—Que dice «Ni una gota» —dijo el joven sin perder la calma—. Ni una gota de sangre humana, sargento. Una prohibición que hace casi dos años que acepté, gracias a la Liga de la Templanza. Por supuesto, si tiene usted alguna objeción personal, sargento, solo tiene que dármela por escrito.

Lo cual era una maniobra bastante brillante, pensó Polly. Aquella ropa costaba mucho dinero. Casi todas las familias vampíricas estaban muy bien situadas. Nunca se sabía con quién pudieran estar conectadas... Y no simplemente pudieran, en realidad, sino podrían. Los podrían por lo general causaban muchos más problemas que los pudieran normales y corrientes. El sargento tenía por delante un camino lleno de baches.

—Hay que modernizarse, cabo —dijo, decidiendo no emprenderlo—. Y la verdad es que nos hacen falta hombres.

—Ya, pero ¿qué pasa si me quiere chupar toda la sangre en plena noche? —dijo Strappi.

—Bueno, pues que tendrá que esperar a que el soldado Igor termine de buscarle el cerebro, ¿no? —dijo el sargento bruscamente—. Firme aquí, caballero.

La pluma susurró sobre el papel. Al cabo de un par de minutos el vampiro le dio la vuelta al papel y continuó escribiendo por el otro lado. Los vampiros tenían nombres largos.

—Pero me pueden llamar Maladicto —dijo, devolviendo la pluma al tintero.

—Muchas gracias, de corazón, señ... soldado. Dele el chelín, cabo. Menos mal que no es de plata, ¿eh? ¡Jajá!

—Sí —dijo Maladicto—. Menos mal.

—¡Siguiente! —dijo el sargento.

Polly observó cómo un chico de granja, con los pantalones sujetos con un cordel, se acercaba a la mesa arrastrando los pies y se quedaba mirando la pluma de ganso con la perplejidad resentida de quien se enfrenta a una nueva tecnología.

Se volvió hacia la barra. El posadero clavó en ella la mirada desagradable de todos los malos posaderos del mundo. Como decía siempre su padre, cuando llevabas una posada o te caía bien la gente o te volvías loco. Por raro que pareciera, algunos de los que estaban locos eran los que mejor cuidaban de su cerveza. Pero a juzgar por el olor de aquella posada, el que tenía delante no era uno de esos.

Se apoyó en la barra.

—Una pinta, por favor —dijo, y contempló con aire lúgubre al hombre mientras él fruncía el ceño a modo de saludo y se giraba hacia las enormes barricas. Iba a estar rancia, eso ya lo sabía; seguro que cada noche el posadero vaciaba dentro del barril el cubo de debajo del grifo, y luego nunca volvía a ponerle la espita, y... sí, además se la iba a servir en una jarra de cuero que probablemente no se habría lavado nunca.

Y sin embargo, ya había un par de nuevos reclutas trincándose sus pintas con toda clase de señales auditivas de satisfacción. Pero al fin y al cabo estaban en Plün. Probablemente valía la pena beberse cualquier cosa que te ayudara a olvidar que estabas allí.

Uno de ellos dijo:

—Qué pinta tan rica, ¿eh?

Y el que estaba a su lado eructó y dijo:

—La mejor que he probado, sí.

Polly olisqueó la jarra. El contenido olía a algo que ella no le daría de comer ni a los cerdos. Probó un sorbo y cambió de opinión por completo. Sí que se la echaría a los cerdos. Se dijo que era la primera vez que aquellos muchachos probaban la cerveza. Era lo que decía su padre: en el campo había chicos capaces de alistarse a cambio de un par de pantalones deshabitado. Y capaces de beberse aquel mejunje y fingir que lo disfrutaban como hombres: vaya, menuda la que nos pillamos anoche, ¿eh, muchachos? Y antes de darse cuenta...

Oh, cielos... de pronto cayó en la cuenta. ¿Cómo sería la letrina de aquel sitio? La de hombres que había en el patio trasero de su posada ya era bastante mala. Polly le echaba encima dos baldes grandes llenos de agua todas las mañanas mientras aguantaba la respiración. En el suelo de pizarra crecía un musgo verde y raro. Y eso que La Duquesa era una buena posada. Tenía clientes que se quitaban las botas antes de meterse en la cama.

Polly entrecerró los ojos. Aquel estúpido majadero que tenía delante, un tipo que obligaba a una sola ceja muy larga a hacer el trabajo de dos, les estaba sirviendo desechos y vinagre rancio la noche antes de que se marcharan a la guerra...

—Ezta cerveza —dijo Igor, a su derecha— zabe a meadoz de caballo.

Polly se echó atrás. Incluso en una taberna como aquella, aquel era un comentario que acababa en sangre.

—Ah, y si alguien lo sabe eres tú, ¿no? —dijo el tabernero, inclinándose hacia el joven—. Has bebido meados de caballo, ¿verdad?

—Zí.

El tabernero blandió un puño delante de la cara de Igor.

—Ahora escúchame, capullín ceceante...

Un brazo negro y fino apareció con una velocidad asombrosa y una mano pálida agarró al hombre de la muñeca. La única ceja se retorció presa de una repentina agonía.

—A ver, así están las cosas —dijo Maladicto con tranquilidad—. Somos soldados de la duquesa, ¿de acuerdo? Limítese a decir «aaargh».

Debió de apretar. El hombre gimió.

—Gracias. Y está sirviendo usted como cerveza un líquido que se ajusta más a la descripción de agua residual —siguió diciendo Maladicto con el mismo tono reposado de conversación—. Yo, por supuesto, no bebo... meados de caballo, pero sí tengo un sentido del olfato muy desarrollado, y de verdad preferiría no enumerar en voz alta las cosas que puedo oler en esta porquería, así que diremos simplemente «cagadas de rata» y lo dejaremos en eso, ¿de acuerdo? Limítese a gemir. Así me gusta.

En el extremo de la barra, uno de los nuevos reclutas vomitó. Al tabernero se le habían puesto los dedos blancos. Maladicto asintió con expresión satisfecha.

—Dejar impedido a un soldado de su excelencia en tiempos de guerra es un delito de traición —dijo. Se inclinó hacia delante—. Que se castiga, por supuesto, con... la muerte. —Maladicto pronunció la palabra con cierto placer—. Sin embargo, si se diera el caso de que hubiera por aquí otro barril, ya sabe, con cerveza de la buena, de la que guardaría usted para sus amigos en el caso de que tuviera amigos, entonces estoy seguro de que podríamos olvidar este pequeño incidente. Ahora le voy a soltar la muñeca. Veo por esa ceja que tiene que es usted un pensador, y si está pensando en volver aquí corriendo con un palo bien grande, me gustaría que en lugar de ello pensara lo siguiente: me gustaría que pensara en esta cinta negra que llevo. Sabe lo que significa, ¿verdad?

El tabernero hizo una mueca de dolor y balbució:

—Liga de Templanza...

—¡Exacto! ¡Así me gusta! —dijo Maladicto—. Y un pensamiento más para usted, si le queda sitio. El único compromiso que he firmado es el de no beber sangre humana. Eso no quiere decir que no le pueda dar semejante patada en salva sea la parte que se quede sordo de golpe.

Le soltó la muñeca. El tabernero se incorporó lentamente.

Debajo de la barra sin duda tendría una cachiporra de madera, Polly lo sabía. Había una en todos los bares. Hasta su padre tenía una. Resultaba de gran ayuda, explicaba él, en los momentos de preocupación y de confusión. Ahora vio cómo el hombre flexionaba los dedos de la mano útil.

—No lo haga —le avisó—. Creo que habla en serio.

El tabernero se relajó.

—Ha habido un pequeño malentendido, caballeros —murmuró—. Me he equivocado de barril. Lamento las molestias. —Se alejó arrastrando los pies, con la mano casi palpitando visiblemente de dolor.

—Yo zolamente he dicho que era meadoz de caballo —dijo Igor.

—Ya no dará más problemas —dijo Polly a Maladicto—. A partir de ahora, será amable. Se ha dado cuenta de que no puede con vosotros, así que va a ser vuestro mejor amigo.

Maladicto la sometió a una mirada pensativa.

—Eso lo sé yo —dijo—. ¿Cómo lo sabes tú?

—Antes trabajaba en una posada —respondió Polly, notando que se le aceleraba el corazón, como le pasaba siempre que se agolpaban las mentiras—. Ahí se aprende a leer a la gente.

—¿Y qué trabajo hacías en la posada?

—Camarero.

—¿O sea que hay otra posada en este agujero?

—No, no. No soy de por aquí.

Polly gimió al oír su propia voz y esperó a que llegara la pregunta: «Entonces, ¿por qué has venido aquí a alistarte?». Pero no llegó. En cambio, Maladicto se limitó a encogerse de hombros y dijo:

—Supongo que no hay nadie que sea de por aquí.

Llegó otro par de reclutas a la barra. Tenían el mismo aspecto: avergonzados, algo desafiantes y vestidos con ropa que no acababa de ser de su talla. Unicejo reapareció con un barrilete que colocó reverencialmente sobre un pie y abrió con delicadeza. Sacó una jarra de peltre auténtico de debajo de la barra, la llenó y se la ofreció medrosamente a Maladicto.

—¿Igor? —dijo el vampiro, rechazándola con un gesto.

—Yo zeguiré con los meadoz de caballo, zi no lez importa —respondió Igor. Miró a su alrededor en medio del repentino silencio—. Oye, yo no he dicho que no me guztara —dijo. Empujó su jarra sobre la barra pegajosa—. Otra de lo mizmo.

Polly cogió la nueva jarra y la olió. Luego dio un sorbo.

—No está mal —dijo—. Por lo menos sabe a...

La puerta se abrió de golpe, dejando entrar los ruidos de la tormenta. Aproximadamente dos tercios de un troll pasaron al interior y después forcejearon para hacer pasar al resto.

Polly no tenía problemas con los trolls. A veces se los encontraba en el bosque, sentados entre los árboles o bien caminando pesadamente y con decisión por los senderos, en dirección a lo que fuera que hacían los trolls. No eran gente amistosa, eran gente... resignada. El mundo tiene humanos; mejor vivir con ello. La indigestión no vale la pena. No se los puede matar a todos. Es mejor esquivarlos. Pisotearlos no funciona a largo plazo.

De vez en cuando un granjero contrataba a alguno para que hiciera algún trabajo duro. A veces se presentaban a trabajar y a veces no. A veces se presentaban, recorrían un campo arrancando tocones de árbol como si fueran zanahorias y después se alejaban deambulando sin esperar a que les pagaran. Muchas cosas que hacían los humanos dejaban perplejos a los trolls, y viceversa. Por lo general se evitaban unos a otros.

Pero ella no solía ver trolls tan... trollescos como este. Parecía un pedrusco enorme que se hubiera pasado siglos enteros en los pinares húmedos. Estaba cubierto de liquen. De su cabeza y su barbilla colgaban cortinas enteras de musgo gris. Tenía un nido de pájaros en una oreja. Y llevaba un auténtico garrote de troll, fabricado con un árbol joven arrancado de raíz. Era casi un troll de chiste, solo que nadie iba a reírse.

Las raíces del arbolito fueron golpeando el suelo mientras el troll, bajo las miradas de los reclutas y de un horrorizado cabo Strappi, se acercaba pesadamente a la mesa.

—Quiero a listar —dijo—. Quiero hacer lo mío. Dadme chelín.

—¡Pero si eres un troll! —estalló Strappi.

—Bueno, bueno, no nos pongamos así, cabo —dijo el sargento Jackrum—. No pregunte, no diga.

—¿No pregunte? ¿No pregunte? ¡Es un troll, sargento! ¡Tiene riscos! ¡Le crece la hierba debajo de las uñas! ¡Es un troll!

—Vale —dijo el sargento—. Alístelo.

—¿Quieres luchar con nosotros? —preguntó Strappi con voz chillona. Los trolls no tienen sentido del espacio personal, y ahora había una tonelada de algo que, en la práctica, era un tipo de roca inclinándose sobre la mesa.

El troll analizó la pregunta. Los reclutas permanecieron en silencio, con las jarras a medio camino de la boca.

—No —dijo el troll por fin—. Lucharé con un ejército. Que los dioses salven a... —El troll hizo una pausa y miró al techo. Fuera lo que fuese que estaba buscando allí no pareció hacerse visible. Luego se miró a los pies, sobre los cuales crecía la hierba. Entonces se miró la mano que tenía libre y movió los dedos como si contara algo—... la duquesa —dijo. Había sido una larga espera. La mesa crujió cuando el troll le puso una mano encima, con la palma hacia arriba—. Dadme chelín.

—Solo tenemos los papelit... —empezó a decir el cabo Strappi. El sargento Jackrum le clavó un codazo en las costillas.

—A fe mía, ¿se ha vuelto loco? —dijo entre dientes—. ¡Hay una recompensa de diez hombres por alistar a un troll! —Se metió la otra mano en el bolsillo de la casaca, sacó un chelín de plata de verdad y lo puso con delicadeza en la mano enorme—. ¡Bienvenido a tu nueva vida, amigo! Voy a apuntar tu nombre, ¿de acuerdo? ¿Cómo te llamas?

El troll miró el techo, sus pies, al sargento, la pared y la mesa. Polly vio que se le movían los labios.

—¿Carborundo? —sugirió.

—Sí, probablemente —dijo el sargento— Ejem, ¿qué te parecería afeit... cortarte un poco ese pel... ese musgo? Tenemos un, una especie de... normativa...

Pared, suelo, techo, mesa, dedos, sargento.

—No —dijo Carborundo.

—Vale. Vale. Vale —se apresuró a decir el sargento—. Tampoco es una normativa propiamente dicha, son más bien recomendaciones. Y, en realidad, vaya tontería, ¿no? Siempre me lo ha parecido. Me alegro de tenerte con nosotros —añadió con fervor.

El troll lamió la moneda, que resplandeció en su mano como si fuera un diamante. Hasta debajo de las uñas le crecía hierba, observó Polly. A continuación Carborundo se dirigió a la barra con paso lento. La gente se apartó al instante porque a los trolls nunca les hacía falta esperar al fondo de la multitud, agitando su dinero y tratando de llamar la atención del camarero.

Partió la moneda en dos y dejó las mitades encima de la barra. Unicejo tragó saliva. Parecía a punto de decir: «¿Estás seguro?», salvo por el hecho de que aquella no era una pregunta que los taberneros hicieran a alguien que pesaba más de media tonelada. Carborundo estuvo pensando un rato y por fin dijo:

—Dame bebida.

Unicejo asintió con la cabeza, desapareció un momento en el cuarto que había detrás de la barra y regresó con una jarra de asa doble en las manos. Maladicto estornudó. A Polly se le llenaron los ojos de lágrimas. Era la clase de olor que se notaba con los dientes. Tal vez la taberna hiciera una cerveza horrenda por costumbre, pero aquello era un vinagre que irritaba los ojos.

Unicejo dejó caer una mitad de la moneda de plata dentro del brebaje, a continuación sacó un penique de cobre del cajón del dinero y lo sostuvo sobre la jarra humeante. El troll asintió con la cabeza. Con un mero asomo de ceremonia, como si fuera el camarero de una coctelería metiendo la sombrillita en un Doble Sentido, Unicejo dejó caer el cobre en la jarra.

Brotaron más burbujas. Igor contemplaba la escena con interés. Carborundo cogió la jarra usando un dedo de cada una de sus manos como palas y apuró el contenido de un solo trago. Se quedó un momento paralizado y luego volvió a dejar la jarra con cuidado sobre la barra.

—Tal vez deberían apartarse un poco, caballeros —murmuró Unicejo.

—¿Qué va a pasar? —preguntó Polly.

—A cada uno le pega de una manera —dijo Unicejo—. Parece que este... ah, no, ahí va...

Con un estilo considerable, Carborundo cayó de espaldas. No le fallaron las rodillas, no hubo ningún intento de suavizar la caída como una niña remilgada. Simplemente pasó de estar erguido, con un brazo extendido, a estar tumbado con un brazo levantado. Hasta se meció suavemente por un tiempo después de chocar contra el suelo.

—No aguanta bien la bebida —dijo Unicejo—. Típico de estos jovenzuelos. Quiere hacerse el troll grande, viene aquí, se pide un Trompazo Eléctrico y no sabe qué hacer con él.

—¿Va a recobrar el conocimiento? —preguntó Maladicto.

—No, se acabó hasta el amanecer, creo yo —respondió Unicejo—. El cerebro deja de funcionar.

—Entonces a él no debería afectarle demasiado —dijo el cabo Strappi, acercándose—. Muy bien, panda de indeseables. Vais a dormir en el cobertizo de atrás, ¿lo entendéis? Es prácticamente impermeable y apenas hay ratas. ¡Salimos de aquí al amanecer! ¡Ahora estáis en el ejército!

\* \* \*

Polly estaba acostada a oscuras, en un lecho de paja mohosa. Nadie se planteó quitarse la ropa. La lluvia aporreaba el tejado y el viento soplaba a través de un resquicio que había debajo de la puerta, pese a los intentos que había hecho Igor de rellenarlo de paja. Hubo unas cuantas conversaciones desganadas, durante las cuales Polly descubrió que estaba compartiendo aquel húmedo cobertizo con «Tolón» Dogal, «Oteador» Grilleto, «Pirao» Goom y «Estirao» Tewt. No parecía que ni Maladicto ni Igor hubieran adquirido apodos repetibles. Ella se había convertido en Oliveti por consenso general.

Para ligera sorpresa de Polly, el chico ahora conocido como Pirao había sacado un retratito de la duquesa del petate y lo había colgado con inquietud de un clavo viejo. Nadie dijo nada mientras rezaba a la imagen. Era lo que se suponía que había que hacer.

\* \* \*

Decían que la duquesa estaba muerta...

Polly había estado lavando los platos una noche cuando había oído hablar a los hombres, y muy pocas mujeres tienen problemas para aguzar el oído al mismo tiempo que hacen ruido.

Muerta, se decía, pero la gente de PríncipeMarmadukePiotreAlbertHansJosephBernhardtWilhelmsberg no lo admitía. Y era porque, como no había niños de por medio, y como la realeza no paraba de casarse todo el tiempo con sus primos y sus abuelitas, ¡el trono ducal iría al príncipe Heinrich de Ezlobenia! ¡Pero bueno! ¿Te lo puedes creer? Y por eso no la vemos nunca, ¿sabes? ¿Y en tantos años no ha habido ningún retrato nuevo? Da que pensar, ¿no? Bueno, dicen que ha estado de luto por el joven duque, pero ¡de eso ya hace más de setenta años! Dicen que la enterraron en secreto y que...

Llegado ese punto, su padre había hecho callar de golpe al que estaba hablando. Hay conversaciones en las que ni siquiera conviene que la gente se acuerde de que uno estaba en la misma sala.

Viva o muerta, la duquesa te vigilaba.

\* \* \*

Los reclutas intentaron dormir.

De vez en cuando alguien eructaba o expulsaba aire ruidosamente, y Polly respondió con unos cuantos eructos falsos de cosecha propia. Aquello pareció inspirar un mayor empeño por parte de los otros durmientes, hasta el punto en que tembló el techo y empezó a caer polvo, antes de que todo el mundo amainara. Un par de veces oyó que alguien salía dando tumbos a la oscuridad ventosa, en teoría para ir a la letrina, pero probablemente, dada la impaciencia masculina en aquellos asuntos, para tirar mucho más de cerca. Una vez, en la duermevela de un sueño angustioso, le pareció oír que alguien sollozaba.

Con cuidado de no hacer mucho ruido, Polly sacó la muy doblada, muy leída y muy manchada última carta de su hermano no y la leyó a la luz de la vela solitaria y casi apagada. Los censores la habían abierto y la habían mutilado de mala manera, y llevaba el sello del ducado.

Decía:

Queridos todos:

Estamos en aaaaa que es aaaaa con una aaaaa cosa grande con bultos. El próximo aaaaa vamos a aaaaa y menos mal porque aaaaa se han acabado. Yo estoy bien. La comida es aaaaa. Tendremos aaaaa en el aaaaa pero mi amigo aaaer dice que no me preocupe, que para aaaaa se habrá acabado todo y nos darán medallas.

¡A animarse!

Paul

Estaba escrita con una caligrafía cuidadosa, con la escritura excesivamente clara y bien formada de alguien que tiene que pensar antes de cada letra. Polly la volvió a doblar despacio. Paul había querido medallas porque eran relucientes. De eso ya casi hacía un año, cuando cualquier partida de reclutamiento que pasara por allí se llevaba prácticamente un batallón y la gente iba a despedirlos con banderas y con música. Ahora a veces regresaban grupos más pequeños de hombres. A los más afortunados solo les faltaba un brazo o una pierna. No había banderas.

Desdobló otro papel. Era un panfleto. Se titulaba «¡De las Madres de Borogravia!». Las madres de Borogravia se mostraban muy firmes en mandar a sus hijos a la guerra contra el Agresor Ezlobeno y usaban muchísimos signos de admiración para decirlo. Y era raro, porque no parecía que a las madres de Munz les hiciera ninguna gracia que sus hijos se fueran a la guerra, y habían puesto todo su empeño en retenerlos. Pese a todo, parecía que a cada casa habían llegado varias copias de aquel panfleto. Era muy patriótico. Es decir, hablaba de matar a extranjeros.

Polly había aprendido más o menos a leer y escribir porque la posada era grande y era un negocio y las cosas había que anotarlas y registrarlas. Su madre la había enseñado a leer, lo cual era aceptable para Nuggan, y su padre se había asegurado que aprendiera a escribir, lo cual no lo era. Una mujer que supiera escribir era una Abominación contra Nuggan, según el padre Jupe; cualquier cosa que ella escribiera sería mentira por definición.

Pero Polly había aprendido de todas maneras porque Paul no lo había hecho, o por lo menos no hasta el nivel requerido para llevar una posada tan ajetreada como La Duquesa. Podía leer si recorría lentamente las líneas con el dedo, y escribía cartas a ritmo de caracol, con mucho cuidado y resollando, como un joyero trabajando en una pieza delicada. Era un muchacho grandullón, amable y lento que podía levantar toneles de cerveza como si fueran de juguete, pero que no se sentía cómodo con el papeleo. Su padre le había insinuado a Polly, con mucha delicadeza pero muy a menudo, que cuando a Paul le llegara el momento de dirigir La Duquesa iba a hacer falta que ella estuviera a su lado. Cuando lo dejaban solo, y nadie le decía qué tenía que hacer a continuación, su hermano simplemente se quedaba de pie mirando los pájaros.

Ante la insistencia de Paul, ella le había leído todo el texto de «¡De las Madres de Borogravia!», incluidas las partes que hablaban de héroes y de que no existía mayor bien que morir por la patria. Ahora desearía no haberlo hecho. Paul hacía lo que le mandaban. Por desgracia, también se creía todo lo que le decían.

Polly guardó los papeles y se volvió a quedar amodorrada, hasta que la despertó su vejiga. En fin, por lo menos a aquella hora de la mañana no se cruzaría con nadie. Cogió el petate y salió tan en silencio como pudo bajo la lluvia.

Ahora caía sobre todo de los árboles, que se dedicaban a bramar bajo el viento que azotaba el valle. La luna estaba escondida entre las nubes, pero había la bastante luz como para distinguir las edificaciones de la posada. Cierto tono gris sugería que ya estaba de camino lo que pasaba por amanecer en Plün. Por fin localizó la letrina de los hombres, que, efectivamente, apestaba a mala puntería.

Había invertido mucha planificación y práctica para cuando llegara aquel momento. La ayudó el diseño de los pantalones que eran de aquellos anticuados que tenían generosas trampillas abotonadas, y también los experimentos que había llevado a cabo por las mañanas a primera hora, mientras hacía la limpieza. En pocas palabras, poniendo mucho cuidado y atención a los detalles, Polly había descubierto que las mujeres podían mear de pie. Ciertamente había funcionado en la letrina de su posada, que estaba diseñada y construida con la firme expectativa de que a los clientes les iba a fallar la puntería.

El viento zarandeó el edificio mohoso. En medio de la oscuridad recordó a su tía Hattie, que se había vuelto un poco rara cerca de su sexagésimo cumpleaños y le había dado por acusar persistentemente a los jóvenes que pasaban de mirarle por debajo del vestido. Se ponía peor todavía después de una copa de vino, y siempre contaba el mismo chiste: «¿Qué hacen los hombres de pie, las mujeres sentadas y los perros con la pata en alto?». Y entonces, cuando todo el mundo estaba demasiado avergonzado para contestar, ella chillaba en tono triunfal: «¡Dar la mano!» y se caía al suelo. La tía Hattie era una Abominación en sí misma.

Polly se abotonó los pantalones con una sensación de euforia. Sentía que acababa de rebasar un hito, y a la sensación se sumó el descubrimiento de que no se había mojado los pies.

—¡Psst! —dijo alguien.

Menos mal que ya había soltado el chorrito. El pánico le estrujó al instante todos los músculos. ¿Desde dónde le hablaban? ¡Pero si aquello no era más que un viejo cobertizo podrido! De acuerdo, había unos cuantos cubículos, pero solo el olor ya sugería con firmeza que el bosque de fuera era una propuesta mucho más atractiva. Hasta en una noche de mal tiempo. Hasta añadiéndole más lobos.

—¿Sí? —dijo Polly con voz temblorosa, y a continuación carraspeó y preguntó con mayor aspereza—: ¿Sí?

—Te va a hacer falta esto —susurró la voz.

Distinguió algo que se elevaba en la oscuridad fétida, por encima de un cubículo. Levantó la mano nerviosamente y tocó algo blando. Era una bola de lana. La exploró con los dedos.

—¿Un par de calcetines? —dijo.

—Sí. Póntelos —dijo la voz misteriosa en tono ronco.

—Gracias, pero me he traído varios pares... —empezó a responder Polly.

Hubo un ligero suspiro.

—No. En los pies no. Métetelos en la parte de delante de los pantalones.

—¿Qué quieres decir?

—Mira —dijo con paciencia la persona que susurraba—, no abultas donde no debes abultar. Eso está bien. Pero tampoco abultas donde deberías abultar. ¿Sabes dónde digo? ¿Más abajo?

—¡Oh! Ejem... yo... pero... pensaba que nadie se daba cuenta... —dijo Polly, ardiendo de vergüenza. ¡La habían pillado! Y sin embargo, no había ningún alboroto, ninguna cita enfurecida del Libro de Nuggan. Alguien la estaba ayudando. Alguien que la había visto...

—Es curioso —dijo la voz—, pero se fijan más en lo que falta que en lo que hay. Un solo par, ojo. No te pongas en plan ambicioso.

Polly vaciló.

—Hum... ¿salta a la vista? —preguntó.

—No. Por eso te he dado los calcetines.

—Me refería a que... que no soy... que soy...

—Apenas —dijo la voz desde la oscuridad—. Lo haces bastante bien. Das la impresión de ser un chavalín asustado que intenta parecer grande y valiente. Podrías hurgarte la nariz un poco más. Es un consejo. Pocas cosas interesan más a un joven que el contenido de sus narices. Y ahora te quiero pedir un favor a cambio.

Yo no te he pedido ninguno a ti, pensó Polly, bastante molesta porque la tomaran por un joven asustado cuando ella había estado convencida de estar pasando por un joven bastante tranquilo e imperturbable. Pese a todo, no perdió la calma y dijo:

—¿Qué favor?

—¿Tienes papel?

Sin decir palabra, Polly se sacó de la camisa «¡De las Madres de Borogravia!» y lo pasó por encima del cubículo. Oyó el ruido de una cerilla al encenderse y notó un olor a azufre que solo podía mejorar las condiciones imperantes.

—Vaya, ¿es el blasón de su excelencia la duquesa esto que tengo delante? —dijo la persona que susurraba—. Bueno, pues no lo tendré delante mucho tiempo. Largo de aquí... chico.

Polly se adentró a toda prisa en la noche, horrorizada, aturdida, confusa y casi asfixiada, y llegó hasta la puerta del cobertizo. Pero apenas la acababa de cerrar a su espalda y aún estaba parpadeando en la oscuridad cuando la puerta se abrió otra vez de golpe para dejar entrar el viento, la lluvia y al cabo Strappi.

—¡Muy bien, muy bien! ¡Las manos fuera de... bah, pero si vosotros ni os los encontraríais... y adelante con esos calcetines! Hop hop ep aro hop hop...

De pronto el aire se llenó de cuerpos levantándose de un salto o cayendo alrededor de Polly. Sus músculos debían de estar obedeciendo directamente a aquella voz, porque ningún cerebro podría haberse puesto en marcha tan deprisa. El cabo Strappi, siguiendo la norma de los suboficiales, respondió haciendo la confusión más confusa.

—¡Por los dioses, un montón de viejas podría cambiarse mejor que vosotros! —gritó con satisfacción mientras la gente manoteaba de un lado para otro en busca de sus casacas y sus botas—. ¡A formar! ¡A afeitarse! ¡Que hasta el último hombre del regimiento esté perfectamente afeitado, es una orden! ¡A vestirse! ¡Pirao, te tengo calado! ¡Moveos! ¡Moveos! ¡Se desayuna en cinco minutos! ¡El que llegue el último se queda sin salchicha! ¡Por todos los dioses, menuda panda de inútiles!

Los cuatro jinetes menores del Pánico, la Perplejidad, la Ignorancia y los Gritos se apoderaron de la habitación, para regocijo obsceno del cabo Strappi. Polly, sin embargo, se escabulló por la puerta, sacó un tazón pequeño de hojalata de su petate, lo hundió en un tonel de agua, lo apoyó sobre una vieja barrica que había detrás de la posada y empezó a afeitarse.

Aquello también lo había ensayado. El secreto estaba en la vieja navaja trapera que se había afanado en embotar. Hecho eso, el truco estaba en la brocha y el jabón de afeitar. Aplicas mucha espuma con la brocha, quitas mucha espuma con la navaja y ya te has afeitado, ¿no? Debo de haberlo hecho, señor, mire qué suave tengo la piel...

Estaba en mitad de aquello cuando una voz le gritó junto a la oreja.

—Pero ¿qué te crees que estás haciendo, peluso dePartes?

Menos mal que la hoja de la navaja estaba embotada.

—¡Artes, señor! —dijo ella, frotándose la nariz—. ¡Me estoy afeitando, señor! ¡Y me llamo Artes, señor!

—¿Señor? ¿Señor? Yo no soy un señor, Partes, soy un puto cabo, Partes. Y eso quiere decir que tú me llamas cabo, Partes. Y te estás afeitando con una taza oficial del regimiento, Partes, que no te ha sido asignada, ¿a que no? ¿Eres un desertor, Partes?

—¡No, s... cabo!

—¿Un ladrón, pues?

—¡No, cabo!

—¿Entonces cómo es que tienes un puto tazón, Partes?

—¡Era de un muerto, señor... cabo!

La voz de Strappi, que ya de por sí era un chillido, se convirtió en un alarido furioso:

—¿Eres un saqueador?

—¡No, cabo! El soldado...

... se le había muerto prácticamente en los brazos, en el suelo de la posada.

Había media docena de hombres en aquel grupo de héroes que regresaban a casa. Debían de haberse pasado días viajando a pie con paciencia y enfermos, volviendo a trancas y barrancas a sus pequeñas aldeas de las montañas. Polly contó nueve brazos y diez piernas entre todos, y diez ojos.

Pero eran los que parecían enteros los que estaban peor, en cierta manera. Llevaban sus apestosas casacas abotonadas bien prietas, a modo de vendajes, cubriendo el inefable desastre que tuvieran debajo, y despedían el olor de la muerte. Los clientes habituales de la posada les hicieron sitio y bajaron la voz, como feligreses en un lugar sagrado. El padre de ella, que en general no era propenso a los sentimentalismos, añadió discretamente un buen chorro de coñac a cada jarra de cerveza y se negó a cobrarles. Luego resultó que traían con ellos cartas de otros soldados que seguían en lucha, y que uno de ellos había traído la carta de Paul. Se la pasó por encima de la mesa a Polly mientras esta les servía el estofado y a continuación, sin armar ningún revuelo, murió.

El resto de los hombres continuó su camino tambaleante ese mismo día, llevando con ellos, para dársela a sus padres, la medalla de hojalata que había en el bolsillo del soldado y la mención de honor del ducado que venía con ella. Polly le había echado un vistazo. Estaba impresa, inclusive la firma de la duquesa, y alguien había rellenado el nombre del soldado, con letra bastante apretada, porque era más largo de lo habitual. Las últimas letras estaban todas apretujadas.

Son esa clase de pequeños detalles los que se recuerdan cuando la cólera incandescente y sin cauce llena la mente. Aparte de la carta y la medalla, lo único que el hombre dejó tras de sí fue un tazón de hojalata y, en el suelo, una mancha que no hubo forma de quitar.

\* \* \*

El cabo Strappi escuchó con impaciencia una versión ligeramente adaptada de aquella historia. Polly pudo ver que estaba rumiando. El tazón había pertenecido a un soldado; ahora pertenecía a otro soldado. Aquellos eran los datos fríos, y no había gran cosa que él pudiera hacer al respecto. Así que recurrió al terreno más seguro de los insultos generales.

—Así que te crees muy listo, ¿eh, Partes? —dijo.

—No, cabo.

—Ah, ¿entonces eres tonto?

—Bueno, anoche me alisté, cabo —dijo Polly en tono dócil. Detrás de Strappi, alguien soltó una risita.

—Te tengo calado, Partes —gruñó Strappi, temporalmente derrotado—. Tú da un paso en falso y ya verás. —Se alejó dando zancadas.

—Hum... —dijo una voz al lado de Polly.

Ella se giró para ver a otro muchacho, vestido con ropa de segunda mano y rodeado de un aire de nerviosismo que no conseguía ocultar cierta furia borboteante. Era grandullón y pelirrojo, pero llevaba el pelo tan al rape que no era más que pelusa.

—Tú eres Tolón, ¿no? —dijo ella.

—Sí, y, esto... ¿me puedes prestar tus cosas de afeitar?

Polly miró un mentón tan lampiño como una bola de billar. El chico se sonrojó.

—En algún momento hay que empezar, ¿no? —dijo él en tono desafiante.

—Vas a tener que afilar la navaja —dijo Polly.

—No pasa nada, eso lo sé hacer —respondió Tolón.

Polly le entregó el tazón y la navaja sin decir palabra y aprovechó la oportunidad para meterse en la letrina mientras todos los demás andaban ocupados. Colocarse los calcetines solo le costó un momento. El problema era sujetarlos allí, problema que resolvió desenrollando parte de un calcetín y pasándoselo por debajo del cinturón. Los calcetines le producían una sensación rara y resultaban extrañamente pesados para ser un simple paquetito de lana. Caminando con cierta incomodidad, Polly entró para ver qué horrores le deparaba el desayuno.

Le deparó pan de caballo rancio, salchicha y una cerveza muy floja. Polly agarró una salchicha y una rebanada de pan antes de sentarse.

Para comer pan de caballo había que concentrarse. Últimamente abundaba mucho más; era un pan hecho de harina molida con guisantes y judías secos y con sobras vegetales. Antes se hacía solo para los caballos, para ponerlos en buena forma. Ahora apenas se veía otra cosa sobre la mesa, y además andaba cada vez más escaso. Comerse una rebanada entera de pan de caballo requería tiempo y una buena dentadura, de la misma manera que comerse una salchicha moderna requería una total falta de imaginación. Polly, sentada, se concentró en masticar.

La única otra zona de tranquilidad eran las inmediaciones del soldado Maladicto, que estaba tomando café como si fuera un joven relajándose en la terraza de una cafetería, con aire de tener la vida completamente resuelta. Saludó con la cabeza a Polly.

¿Habría sido él el de la letrina?, se preguntó ella. Yo he vuelto justo cuando Strappi se ha puesto a gritar y todo el mundo ha echado a correr de un lado para otro y a entrar y a salir. Podría haber sido cualquiera. ¿Los vampiros usan la letrina? ¿Sí o no? ¿Alguna vez alguien se ha atrevido a preguntárselo?

—¿Has dormido bien? —preguntó él.

—Sí. ¿Y tú? —dijo Polly.

—Ese cobertizo me estaba poniendo malo, pero el señor Unicejo ha tenido la amabilidad de dejarme usar su bodega —dijo Maladicto—. Las viejas costumbres cuestan de quitarse, ¿sabes? Por lo menos las viejas costumbres aceptables —añadió—. Nunca me he sentido bien si no estaba colgando.

—¿Y tienes café?

—Llevo encima mis existencias —respondió Maladicto, señalando una pequeña y exquisita cafetera plateada y dorada que había en la mesa, junto a su taza—, y el señor Unicejo ha tenido la amabilidad de hervirme un poco de agua. —Sonrió, mostrando dos largos colmillos—. Es asombroso lo que se consigue con una sonrisa, Oliver.

Polly asintió.

—Ejem... ¿Igor es amigo tuyo? —preguntó. En la mesa de al lado, Igor tenía una salchicha que había obtenido de la cocina, presumiblemente cruda, y la miraba fijamente. De la salchicha salían un par de alambres que iban a una jarra de aquella espantosa cerveza avinagrada, que estaba burbujeando.

—No lo había visto en mi vida —dijo el vampiro—. Claro que, si conoces a uno, en cierta manera los has conocido a todos. En casa teníamos a un Igor. Trabajan de maravilla. Son muy sólidos. Muy de confianza. Y por supuesto, se les da muy bien zurcir cosas, ya me entiendes.

—Esas suturas que lleva en la cabeza no parecen muy profesionales —objetó Polly, a quien empezaba a molestar la permanente expresión de superioridad innata que mostraba Maladicto.

—Ah, ¿eso? Es típico de los Igor —dijo Maladicto—. Es un distintivo. Como... las marcas tribales, ¿sabes? Les gusta que se vean bien. Ja, una vez tuvimos un criado que llevaba suturas alrededor de todo el cuello, y estaba extremadamente orgulloso de ellas.

—¿Ah, sí? —dijo Polly con un hilo de voz.

—¡Sí, y lo más gracioso de todo es que la cabeza ni siquiera era suya!

Ahora Igor tenía una jeringa en la mano y estaba observando la salchicha con aire de satisfacción. Por un momento a Polly le pareció que la salchicha se movía...

—¡Muy bien, muy bien, se acabó el tiempo, panda de indeseables! —ladró el cabo Strappi, entrando en la sala con andares chulescos—. ¡A formar! ¡Eso quiere decir que forméis una fila, gentuza! ¡Eso quiere decir que tú también, Partes! Y usted, don Vampiro, señor, ¿le gustaría unirse a nosotros esta mañana para un poquito de soldadeo suave? ¡De pie! ¿Y dónde está ese puto Igor?

—Aquí, zeñor —dijo Igor, a menos de diez centímetros de la espalda de Strappi. El cabo se giró de golpe.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —vociferó.

—Ez un don que tengo, zeñor —dijo Igor.

—¡No te me vuelvas a poner detrás nunca en la vida! ¡Vete a formar con el resto! ¡Y ahora... firmes! —Strappi soltó un suspiro teatral—. Eso quiere decir que «las espaldas bien rectas». ¿Entendido? Otra vez, ahora de verdad. ¡Firmes! ¡Ah, ya veo el problema! ¡Lleváis pantalones que siempre están en posición de «descansen»! ¡Creo que tendré que escribir a la duquesa para que vaya a que le devuelvan el dinero! ¿Por qué está sonriendo usted, don Vampiro?, señor. —Strappi se colocó delante de Maladicto, que estaba impecablemente firme.

—¡Porque me alegro de estar en el regimiento, cabo!

—Sí, ya —murmuró Strappi—. Pues bueno, no lo estarás tanto...

—¿Va todo bien, cabo? —preguntó el sargento Jackrum, apareciendo en el umbral.

—Lo mejor que se puede esperar, sargento —dijo el cabo con un suspiro—. Tendríamos que devolverlos, oh cielos, ya lo creo. Inútiles, inútiles, inútiles...

—Muy bien, muchachos. Descansen —dijo Jackrum, dedicando a Strappi una mirada algo menos que amistosa—. Hoy vamos a bajar hasta Plotz, donde nos reuniremos con las demás partidas de reclutamiento y recibiréis vuestros uniformes y armas; esa suerte tenéis. ¿Alguno de vosotros ha usado alguna vez un arma? ¿Tú, Artes?

Polly bajó la mano.

—Un poco, sargento. Mi hermano me enseñó un poco cuando estuvo en casa de permiso, y algunos viejos de la taberna donde yo trabajaba me dieron algunos, hum, consejillos. —Y era verdad. Era gracioso ver a una chica blandir una espada, y los ancianos habían sido bastante amables cuando no se reían. Ella aprendía deprisa, aunque se había asegurado de seguir actuando con torpeza mucho después de acostumbrarse al arma, porque usar la espada también era «trabajo de Hombres» y toda mujer que lo hiciera era una Abominación contra Nuggan. Los viejos soldados, en general, eran gente poco estricta en materia de Abominaciones. Polly sería graciosa mientras fuera inútil, y estaría a salvo mientras fuera graciosa.

—¿Conque un experto, eh? —preguntó Strappi con una fea sonrisa—. ¿Tenemos aquí a un genio de la esgrima?

—No, cabo —respondió Polly en tono dócil.

—Muy bien —dijo Jackrum—. ¿Alguien más...?

—Un momento, sargento, creo que a todos nos gustaría aprender un poco del maestro espadachín Partes —dijo Strappi—. ¿A que sí, muchachos? —Se produjo un murmullo y un encogimiento de hombros general en el pelotón, que sabía reconocer a un pequeño matón hijo de puta con solo verlo, pero sentía una traidora alegría de que no los hubiera escogido a ellos.

Strappi desenvainó su espada.

—Déjele una de las suyas, sargento —dijo—. Venga. Solo por divertirnos un poco, ¿de acuerdo?

Jackrum vaciló y miró a Polly.

—¿Tú qué dices, chaval? No tienes que hacerlo —dijo.

Tendré que hacerlo tarde o temprano, pensó Polly. El mundo estaba lleno de Strappis. Si se retrocedía ante ellos, seguían viniendo. Había que detenerlos desde el principio. Suspiró.

—Está bien, sargento.

Jackrum sacó uno de sus alfanjes del fajín y se lo dio a Polly. Parecía asombrosamente afilado.

—No te va a hacer daño, Artes —dijo mientras miraba la sonrisita de Strappi.

—Yo también intentaré no hacerle daño, señor —dijo Polly, y al instante se maldijo por soltar aquella bravuconería idiota. La debían de haber dicho los calcetines.

—Vaya, muy bien —dijo Strappi, dando un paso atrás—. Vamos a ver de qué madera estás hecho, Partes.

De carne, pensó Polly. De sangre. De cosas que se cortan con facilidad. En fin...

Strappi sostenía el sable tal como lo habían hecho los viejos: bajo, por si su adversario era de los que pensaban que la idea era golpear la espada del otro. Ella no hizo caso y le miró a los ojos, lo cual no era demasiado agradable. Él no le iba a clavar la espada, no de muerte, no con Jackrum mirando. Intentaría algo que fuera doloroso y provocara que todo el mundo se riera de ella. La gente como Strappi era así, tal cual. No había posada que no tuviera a dos o tres entre sus clientes habituales.

El cabo la tanteó con más agresividad un par de veces, y las dos, por pura suerte, ella consiguió desviar la estocada. Pero la suerte se iba a acabar, y si Strappi se llevaba la impresión de que podía dar un espectáculo decente, pondría empeño en tumbarla deprisa. Entonces recordó el consejo que le había dado entre risitas el viejo Gingiva Abbens, un sargento retirado que había perdido el brazo izquierdo por un espadazo y los dientes por la sidra: «¡Los buenos espadachines odian enfrentarse a un novato, chavala! ¡Y es porque no saben qué va a hacer el muy cabrón!».

Movió el alfanje frenéticamente. Strappi se vio obligado a bloquearlo, y por un momento las espadas se trabaron.

—¿Eso es lo mejor que sabes hacer, Partes? —se mofó el cabo.

Polly estiró el brazo y le agarró la camisa.

—No, cabo —dijo—, es esto. —Dio un tirón fuerte y bajó la cabeza.

La colisión le dolió más de lo que ella había esperado, pero Polly oyó crujir algo y no era nada de ella. Dio un paso rápido hacia atrás, un poco mareada, con el alfanje listo.

Strappi había caído de rodillas, con la nariz chorreando sangre. Cuando se levantara, alguien iba a morir...

Jadeando, Polly hizo una súplica silenciosa al sargento Jackrum, que se había cruzado de brazos y estaba mirando el techo con expresión inocente.

—Apuesto a que eso no lo aprendiste de tu hermano, Artes —dijo.

—No, sargento. Eso me lo enseñó Gingiva Abbens, sargento.

Jackrum bajó la vista de golpe hacia ella, sonriendo.

—¿Cómo, el viejo sargento Abbens?

—¡Sí, sargento!

—¡Ese nombre sí que me trae recuerdos! ¿Sigue vivo? ¿Cómo está ese viejo cabronazo borrachín?

—Ejem... se conserva bien, sargento —dijo Polly, todavía intentando recobrar el aliento.

Jackrum se rió.

—Sí, apuesto a que sí. Cuando mejor luchaba era en los bares, ya lo creo. Y seguro que ese no es el único truco que te enseñó, ¿eh?

—No, señor.

Los demás hombres habían reñido al viejo por contarle el otro, y él se había reído mientras se llevaba la jarra de sidra a los labios, y de todos modos ella había tardado bastante en descubrir qué quería decir «las joyas de la familia».

—¿Ha oído eso, Strappi? —preguntó el sargento al hombre que ahora estaba maldiciendo y sangrando sobre el suelo—. Parece que ha tenido suerte. Pero nadie os va a dar premios por pelear limpio en una melé, muchachos, ya lo iréis aprendiendo. Muy bien, se acabó la diversión. Vaya a echarse un poco de agua fría, cabo. Siempre parece peor de lo que es en realidad. Y esto termina aquí, va para los dos. Es una orden. No quiero tener que repetirlo. ¿Entendido?

—Sí, sargento —dijo Polly dócilmente. Strappi gruñó.

Jackrum miró al resto de los reclutas.

—Muy bien. ¿Alguno de los demás ha tenido alguna vez un palo en la mano? Vale. Ya veo que vamos a tener que empezar despacio e ir por pasos...

Se oyó otro gruñido procedente de Strappi. Era digno de admiración. Incluso de rodillas y con sangre borboteándole por la mano con que se tapaba la nariz herida, podía encontrar tiempo para hacerle la vida un poco más difícil a alguien.

—El pelufo Fupafangref tiene una efpada, fargento —dijo en tono acusador.

—¿La sabes usar? —preguntó el sargento a Maladicto.

—No mucho, señor —dijo Maladicto—. Nunca aprendí. La llevo a modo de protección, señor.

—¿Cómo vas a protegerte llevando una espada si no la sabes usar?

—No es por mí, señor. Es por los demás. Ven la espada y no me atacan —explicó Maladicto con paciencia.

—Bien, pero si te atacaran, chico, entonces no te serviría de nada —dijo el sargento.

—No, señor. Lo más seguro es que me conformara con arrancarles la cabeza, señor. A eso me refiero cuando hablo de protección. Es la de ellos, no la mía. Si hiciera algo así, la Liga me iba a echar un buen rapapolvo, señor.

El sargento se lo quedó mirando un rato.

—Bien pensado —murmuró.

Se oyó un golpe sordo detrás de ellos y una mesa se volcó. Carborundo, el troll, se incorporó hasta sentarse, gimió y se volvió a desplomar de espaldas. Al segundo intento consiguió quedarse erguido, agarrándose la cabeza con las dos manos.

Probablemente fuera la rabia la que volvió temerario al cabo Strappi, que se había puesto de pie. Se dirigió al troll con zancadas ufanas y veloces y se quedó delante de él, vibrando de cólera y sin dejar de rezumar sangre en chorros pegajosos.

—¡Hombrecillo espantoso! —gritó—. ¡Pedazo de...!

Carborundo estiró el brazo y, con cuidado y sin esfuerzo aparente, levantó al cabo por la cabeza. Se lo acercó a un ojo legañoso y lo giró de un lado a otro.

—¿Me he metido en el ejército? —dijo con voz retumbante—. Oh, coprolito...

—¡Efto ef un afalto a un oficial fuperior! —gritó la voz amortiguada del cabo.

—Baja al cabo Strappi, por favor —dijo el sargento Jackrum.

El troll gruñó y devolvió al hombre al suelo.

—Lo siento —dijo—. Pensaba que eras un enano.

—Egzijo que fe arrefte a efte hombre por... —empezó a decir Strappi.

—Nada de eso, cabo, nada de eso —dijo el sargento—. No es el momento. De pie, Carborundo, y a formar con los demás. A fe mía, como intentes ese truquito otra vez, aquí va a haber problemas, ¿entendido?

—Sí, sargento —gruñó el troll, y se puso de pie ayudándose con los nudillos.

—Bien, pues —dijo el sargento, dando un paso atrás—. Hoy, muchachos, vais a tener la suerte de aprender una cosa que se llama marcha...

Dejaron Plün a merced del viento y la lluvia. Más o menos una hora después de que hubieran desaparecido por un recodo del valle, el cobertizo donde habían dormido se quemó misteriosamente.

\* \* \*

Había habido intentos más logrados de marchar, y algunos los habían llevado a cabo pingüinos. El sargento Jackrum iba a retaguardia en el carromato, gritando instrucciones, pero los reclutas se movían como si nunca antes hubieran tenido que ir de un lugar a otro. El sargento les quitó el aire chulesco de los andares a gritos, detuvo el carro e impartió para beneficio de algunos de ellos unas lecciones improvisadas sobre los conceptos de «derecha» e «izquierda». Y así, poco a poco, fueron dejando atrás las montañas.

Polly se acordaría de aquellos primeros días con sentimientos encontrados. Lo único que hacían era marchar, pero ella estaba acostumbrada a las caminatas largas y llevaba buenas botas. Los pantalones dejaron de rozarle. Un sol aguado se tomaba la molestia de brillar. No hacía frío. Todo habría ido bien de no ser por el cabo.

Ella se había preguntado cómo manejaría la situación entre ellos Strappi, que ahora tenía la nariz más o menos del mismo color que una ciruela. Resultó que tenía intención de lidiar con ello fingiendo que no había sucedido, y también teniendo el menor trato posible con Polly.

A los demás no los dejaba en paz, aunque era selectivo. A Maladicto no lo molestaba en absoluto, ni tampoco a Carborundo. Puede que Strappi fuera muchas cosas, pero no era suicida. Y estaba perplejo ante Igor. Por muy estúpidas que fueran las tareas que Strappi le encomendaba, el hombrecillo las desempeñaba deprisa, de forma competente y dando toda la impresión de estar contento con su trabajo, y aquello tenía al cabo completamente desconcertado.

Con los demás se metía sin ninguna razón, los arengaba hasta que cometieran algún error trivial y entonces los abroncaba de mala manera. Su víctima preferida era el soldado Goom, más conocido como Pirao, que era flaco como un palo, tenía unos ojos redondos y nerviosos y bendecía la mesa en voz alta antes de las comidas. Para el final de la primera jornada, Strappi podía hacer que devolviera con solo gritarle. Y luego se reía.

Aunque nunca se reía de verdad, se fijó Polly. Lo que hacía era una especie de borboteo áspero de saliva en el fondo de la garganta, un ruido que sonaba como ghnsssh.

La presencia de aquel hombre lo empañaba todo. Jackrum casi nunca interfería. Sin embargo, a menudo vigilaba a Strappi, y una vez en que Polly sorprendió su mirada, parpadeó.

La primera noche Strappi hizo bajar una lona del carro al suelo a gritos, hizo montar la tienda de campaña a gritos y, después de cenar pan rancio y salchichas, a gritos hizo sentar a los reclutas ante una pizarra para gritarles. En la parte superior de la pizarra Strappi había escrito POR QUÉ ESTAMOS LUCHANDO y a un lado había escrito 1,2, 3.

—¡Bien, prestad atención! —dijo, golpeando la pizarra con un palo—. Hay quien piensa que hay que explicaros por qué luchamos esta guerra, ¿de acuerdo? Pues bueno, ahí va. Punto uno, ¿os acordáis del pueblo de Lipz? ¡Fue salvajemente atacado por las tropas ezlobenas hace un año! Ellos...

—Perdone, pero yo creía que Lipz lo habíamos atacado nosotros, ¿no, cabo? El año pasado dijeron... —dijo Oteador.

—¿Está intentando ir de listo, soldado Grilleto? —exigió saber Strappi, nombrando el peor pecado que había en su lista personal.

—Solo quiero saberlo, cabo —dijo Oteador. Era achaparrado, tirando a regordete, y una de esas personas que siempre están intentando ayudar de una manera que molesta un poco, encargándose de pequeñas tareas que no importaría hacer a nadie. Había algo raro en él, aunque había que tener en cuenta que ahora mismo estaba sentado al lado de Pirao, que tenía rareza suficiente para dar y vender y que probablemente la contagiaba...

... y que había llamado la atención de Strappi. Meterse con Oteador no tenía ninguna gracia, pero a Pirao, en cambio, siempre valía la pena pegarle un grito.

—¿Me estás escuchando, peluso Goom? —gritó.

Pirao, que había estado sentado y mirando hacia arriba con los ojos cerrados, despertó con una sacudida.

—¿Cabo? —dijo con voz temblorosa, mientras Strappi se le acercaba.

—Te he preguntado si estabas escuchando, Goom.

—¡Sí, cabo!

—¿Ah, sí? ¿Y puedo preguntarte qué es lo que has oído? —insistió Strappi, con voz de melaza y ácido.

—Nada, cabo. Ella no está hablando.

Strappi dio una profunda y gozosa bocanada de aire maligno.

—Eres un montón inútil y despreciable de...

Se oyó un ruido. Fue un sonido pequeño e impreciso, de los que se oyen todos los días, un ruido que hacía su trabajo pero que, por ejemplo, nunca esperaba ser silbado o formar parte de una sonata interesante. No era más que un ruido de piedra arañando metal.

Al otro lado de la fogata Jackrum bajó su alfanje. En la otra mano tenía una piedra de afilar. Devolvió la mirada al grupo.

—¿Qué? Ah. Solamente estoy cuidando el filo —dijo en tono inocente—. Lamento haberle hecho perder el hilo, cabo. Continúe.

Un instinto animal básico de supervivencia acudió en ayuda del cabo. Dejó en paz al tembloroso Pirao y se giró una vez más hacia Oteador.

—Sí, sí, nosotros también atacamos Lipz... —dijo Strappi.

—Pero ¿fue antes que los ezlobenos? —preguntó Maladicto.

—¿Queréis escuchar? —exigió Strappi—. ¡Nosotros atacamos valerosamente Lipz para reclamar lo que es territorio borograviano! Y después esos traicioneros comedores de nabos nos lo volvieron a robar...

Polly se abstrajo un poco llegado aquel punto, sin ninguna perspectiva inmediata ya de ver decapitado a Strappi. Ella estaba al corriente de lo de Lipz. La mitad de los viejos que venían a beber con su padre habían atacado aquel lugar. Sin embargo, nadie había esperado de ellos que quisieran hacerlo. Simplemente alguien había gritado: «¡Al ataque!».

El problema era el río Tolladero. Deambulaba por la llanura amplia, rica y cenagosa como un cordel tirado en el suelo, pero a veces una inundación repentina o incluso un árbol caído de gran tamaño provocaban que restallara como un látigo, lanzando meandros de río que de pronto abarcaban zonas de tierra que habían estado a kilómetros de su cauce anterior. Y el río era la frontera internacional...

Regresó a la realidad para oír:

—¡... pero esta vez tienen a todo el mundo de su lado, los muy cabrones! ¿Y sabéis por qué? ¡Es por culpa de Ankh-Morpork! Es porque detuvimos los carruajes del correo que cruzaban nuestro territorio y derribamos sus torres de clacs, que son una Abominación contra Nuggan. Ankh-Morpork es una ciudad sin dioses...

—Yo pensaba que tenían más de trescientos lugares de culto... —dijo Maladicto.

Strappi se lo quedó mirando con una cólera que lo volvió incoherente hasta que pudo volver a tocar suelo.

—Ankh-Morpork es una ciudad sin moral —se recuperó—. Venenosa, igual que su río. Ya apenas es habitable para los humanos. Han dejado entrar a todo el mundo: zombis, hombres lobo, enanos, vampiros, trolls... —recordó quién era su público, vaciló y se recuperó— lo cual puede ser bueno en algunos casos, claro. ¡Pero aquello es un caos repulsivo, lascivo, sin ley y sobrepoblado, razón por la cual le gusta tanto al príncipe Heinrich! Ese sitio lo tiene cautivado, comprado con sus bagatelas, porque es así como Ankh-Morpork hace las cosas, muchachos. Te compra, te ¡queréis dejar de interrumpir! ¿De qué sirve que os intente enseñar cosas si no paráis de hacer preguntas?

—Es que no sabía por qué está tan abarrotado aquello, cabo —dijo Tolón—. O sea, si es tan malo.

—¡Es porque son una gente degenerada, soldado! Y encima han mandado un regimiento hasta aquí para ayudar a Heinrich a conquistar nuestra querida Madre Patria. El príncipe se ha apartado de las enseñanzas de Nuggan y ha abrazado a Ankh-Morpork y su falta de dio... su falta de moral. —Strappi pareció satisfecho de haber prevenido aquel desliz y continuó—: Punto dos: además de a sus soldados, Ankh-Morpork ha mandado a Vimes el Carnicero, el hombre más malvado de esa malvada ciudad. ¡No buscan otra cosa que nuestra destrucción!

—Yo he oído decir que Ankh-Morpork solo estaba enfadada porque hemos derribado las torres de clacs —dijo Polly.

—¡Estaban en nuestro territorio soberano!

—Bueno, era territorio ezlobeno hasta que... —empezó a decir Polly.

Strappi la señaló con un dedo furioso.

—¡Escúchame, Partes! ¡No se puede llegar a ser un gran país como Borogravia sin crearse enemigos! Lo cual me lleva al punto tres, Partes, tú que estás ahí sentado y creyéndote tan listo. Igual que los demás. Me doy cuenta. Bueno, a ver si sois tan listos con esto: puede que no os guste todo lo que hay en vuestro país, ¿eh? Puede que no sea perfecto, pero es nuestro. Puede que penséis que no tenemos las mejores leyes, pero son las nuestras. Puede que las montañas no sean las más bonitas ni las más altas, pero son las nuestras. ¡Estamos luchando por lo que es nuestro, hombres! —Strappi se llevó una mano bruscamente al corazón.

¡Despertad, hijos de la Madre Patria!

¡No probéis más el vino de las manzanas amargas...

Los soldados se fueron uniendo, en varios grados de sonsonete. Había que hacerlo. Aunque solo abrieras y cerrases la boca, había que hacerlo. Aunque solo dijeras «ne ne ne», había que hacerlo. Polly, que era exactamente la clase de persona que miraba con disimulo a su alrededor en momentos como aquel, vio que Oteador estaba cantando el himno a la perfección y que Strappi tenía lágrimas en los ojos. Pirao no estaba cantando. Estaba rezando. No era mal truco para escaquearse, dijo una de las zonas más traicioneras y profundas de la mente de Polly.

Para perplejidad de todos, Strappi continuó —a solas— cantando la segunda estrofa, de la que nadie se acordaba nunca, y luego les dedicó una sonrisa petulante del tipo «soy más patriota que vosotros».

Después de aquello intentaron dormir sobre el pobre colchón que podían ofrecer un par de mantas. Pasaron un tiempo allí tumbados, en silencio. Jackrum y Strappi tenían tiendas propias, pero los reclutas sabían instintivamente que por lo menos Strappi andaría fisgando y pegando la oreja a las de los demás.

Al cabo de una hora más o menos, mientras la lluvia tamborileaba sobre la lona, Carborundo dijo:

—Vale, me parece que ya lo pillo. Si la gente son unos grúfaros idiotas, pues lucharemos por la grúfara idiotez, porque es nuestra idiotez. ¿Y eso es bueno?

Varios miembros del pelotón se incorporaron a oscuras, ahombrados ante aquello.

—Soy consciente de que lo debería saber, pero ¿de dónde viene esto de «grúfaro»? —preguntó la voz de Maladicto en la húmeda oscuridad.

—Ah, bueno... grufar es cuando, ejem, un papá troll y una mamá troll...

—Ya, ya, vale, creo que lo entiendo, gracias —dijo Maladicto—. Y lo que estás describiendo, amigo mío, es el patriotismo. Mi país, para bien o para mal.

—Hay que amar a tu país —dijo Oteador.

—Muy bien, pero ¿qué parte? —se alzó la voz de Tolón desde el rincón más lejano de la tienda—. ¿El sol de la mañana sobre las montañas? ¿La comida espantosa? ¿Esas malditas Abominaciones de locos? ¿Todo mi país menos el trozo donde esté Strappi?

—¡Pero estamos en guerra!

—Sí, así es como te atrapan —suspiró Polly.

—Bueno, yo no me lo trago. Todo son patrañas. ¡Te reprimen todo el tiempo y cuando cabrean a otro país, eres tú quien ha de luchar por ellos! ¡Solo es tu país cuando quieren que te maten! —dijo Tolón.

—Todo lo bueno de este país está en esta tienda —dijo la voz de Pirao.

Descendió un silencio avergonzado.

La lluvia arreció. Al cabo de un rato la tienda empezó a calarse. Después alguien dijo:

—¿Qué pasa, ejem, si uno se alista pero luego decide que no quiere?

Aquello lo había dicho Oteador.

—Creo que se llama desertar y te cortan la cabeza —dijo la voz de Maladicto—. En mi caso sería una molestia, pero tú, querido Otis, lo encontrarías una complicación seria para tu vida social.

—Yo no besé su maldito retrato —dijo Tolón—. ¡Le di la vuelta cuando Strappi no miraba y lo besé por detrás!

—Aun así dirán que besaste a la duquesa —dijo Maladicto.

—¿B-besaste a la d-duquesa en el t-trasero? —preguntó Pirao, horrorizado.

—Solo era la parte de atrás del retrato, ¿vale? —dijo Tolón—. No era su trasero de verdad. ¡Uf, si lo fuera no lo habría besado! —Hubo varias risotadas anónimas en todos los rincones y también un leve asomo de risita tonta.

—¡Eso ha sido t-terrible! —dijo Pirao entre dientes—. ¡Nuggan que está en el cielo te ha v-visto hacerlo!

—Solo era un retrato, ¿vale? —murmuró Tolón—. Además, ¿qué más da? ¡Por delante o por detrás, estamos todos aquí juntos y yo no veo ni el filete ni el beicon!

Algo retumbó en lo alto.

—Yo me apunté por ver sitios extranjeros emocionantes y conocer gente erótica —dijo Carborundo.

Aquello provocó un momento de reflexión.

—Creo que quierez decir eczótica, ¿no? —dijo Igor.

—Sí, una cosa de esas —admitió el troll.

—Pero siempre te mienten —dijo alguien, y Polly se dio cuenta de que había sido ella—. Mienten todo el tiempo. Y acerca de todo.

—Amén a eso —dijo Tolón—. Estamos peleando por unos mentirosos.

—¡Ah, puede que sean unos mentirosos —espetó Polly, en una imitación pasable del ladrido de Strappi—, pero son nuestros mentirosos!

—A ver, a ver, niños —dijo Maladicto—. Intentemos dormir un poco, ¿de acuerdo? Pero os dejo un sueñecito feliz de parte de vuestro tío Maladicto. Soñad que cuando entremos en la batalla, el cabo Strappi va en cabeza. ¿No sería divertido?

Al cabo de un momento Tolón dijo:

—¿Quieres decir delante de nosotros?

—Oh, sí, ya veo que me sigues, Tol. Justo delante de ti. En el ruidoso, frenético y confuso campo de batalla, donde tantísimas cosas pueden salir mal.

—¿Y todos vamos armados? —preguntó Otis en tono soñador.

—Pues claro que vais armados. Sois soldados. Y ahí está el enemigo, justo delante de vosotros...

—Es un sueño muy bueno, Mal.

—Vete a dormir con él, chico.

Polly se dio la vuelta y trató de ponerse cómoda. Todo son mentiras, pensó mientras empezaba a adormecerse. Algunas son un poco más bonitas que otras, eso es todo. La gente ve lo que cree que tiene delante. Hasta yo soy una mentira. Pero de momento los tengo engañados.

\* \* \*

Un cálido viento otoñal arrancaba las hojas de los serbales mientras los reclutas marchaban por el pie de las colinas. Era la mañana del día siguiente, y ya habían dejado atrás las montañas. Polly pasaba el tiempo identificando las aves que había en los matorrales. Era una costumbre que tenía. Las conocía casi todas.

No es que tuviera ambición de ser ornitóloga. Pero las aves le devolvían la vida a Paul. Toda la... lentitud de sus otros pensamientos cobraba la velocidad del relámpago en presencia de las aves. De pronto sabía sus nombres, costumbres y hábitats, sabía imitarlas silbando y, después de que Polly ahorrara para comprarle una caja de pinturas a un viajante que había pasado por la posada, había pintado un cuadro de un carrizo tan real que lo podías oír.

Por entonces su madre aún vivía. La bronca había durado dos días. Pintar criaturas vivas era una Abominación contra Nuggan. Polly había preguntado por qué había retratos de la duquesa por todas partes, y con ello se había ganado una zurra. El cuadro ardió, las pinturas desaparecieron.

Fue un asunto terrible. Su madre siempre había sido una mujer amable, o por lo menos todo lo amable que podía ser una mujer devota que intentaba seguir el ritmo a los caprichos de Nuggan, y había muerto poco a poco entre cuadros de la duquesa y ecos de oraciones sin respuesta, y sin embargo aquel era el recuerdo que siempre se colaba a traición en la mente de Polly: la furia y las riñas, mientras el pajarito parecía revolotear en medio de las llamas.

En los campos, las mujeres y los ancianos estaban recogiendo el trigo echado a perder por la lluvia de la noche anterior, confiando en salvar lo que pudieran. No había hombres jóvenes a la vista. Polly vio que algunos de los otros reclutas echaban un vistazo furtivo a los grupos de recogida y se preguntó si estarían pensando lo mismo que ella.

No vieron a nadie más por el camino hasta mediodía, cuando el pelotón ya marchaba por un paisaje de colinas bajas; el sol había disuelto parte de las nubes y, por lo menos durante un momento, regresó el verano: húmedo y pegajoso y ligeramente desagradable, como un invitado de una fiesta que no se quiere ir a su casa.

Un manchón rojo a lo lejos se convirtió en un manchón bastante más grande que por fin se reveló como un hatajo desmañado de hombres. Polly supo qué esperar en cuanto los vio. Pero a juzgar por cómo reaccionaron algunos de los demás, ellos no. Hubo un momento de colisión y de confusión mientras chocaban unos con otros, y por fin el pelotón se detuvo y todos miraron fijamente.

Los heridos tardaron un tiempo en alcanzarlos y otro tiempo en pasar. Dos hombres enteros, al menos por lo que Polly pudo ver, iban tirando de una carretilla en la que había tumbado un tercero. Otros iban cojeando con muletas, o bien tenían brazos en cabestrillo, o llevaban casacas rojas con una manga vacía. Tal vez los peores eran los que se parecían al hombre de la posada, con cara de enfermos, la mirada perdida a lo lejos y la chaqueta ceñida y abotonada hasta arriba a pesar del calor.

Un par de los heridos echaron un vistazo a los reclutas mientras pasaban dando tumbos, pero no tenían más expresión en los ojos que una terrible determinación.

Jackrum frenó a su caballo.

—Muy bien, un descanso de veinte minutos —murmuró.

Igor se giró hacia él, señaló con la cabeza al grupo de heridos que seguían avanzando con aire tétrico y dijo:

—¿Permizo para ver zi puedo hacer algo por ellos, zargento?

—No te faltarán ocasiones, chaval —respondió el sargento.

—Zargento... —dijo Igor, con expresión dolida.

—Oh, muy bien. Si te empeñas. ¿Quieres que alguien te eche una mano?

El cabo Strappi soltó una risa desagradable.

—No me iría mal un poco de asistencia, zí, zargento —dijo Igor, con dignidad.

El sargento miró al pelotón y asintió con la cabeza.

—¡Soldado Dogal, un paso al frente! ¿Sabes algo de doctorear?

El pelirrojo Tolón se adelantó con elegancia.

—He sacrificado puercos para mi madre, sargento —dijo.

—¡Perfecto! Ya es más que cualquier cirujano del ejército, a fe mía. Ve para allá. ¡Veinte minutos, no lo olvidéis!

—¡Y no dejes que Igor se traiga nada de recuerdo! —añadió Strappi, y volvió a soltar su ronca risotada.

Los demás jóvenes se sentaron en la hierba del arcén, y un par desaparecieron entre la maleza. Polly fue a hacer el mismo recado, pero se adentró bastante más y aprovechó la oportunidad para llevar a cabo un pequeño ajuste de calcetines. Si no iba con cuidado tenían tendencia a moverse.

Se quedó paralizada cuando oyó un susurro detrás de su espalda, pero enseguida se relajó. Había tenido cuidado. Nadie podía haber visto nada. ¿Qué problema había si otro recluta estaba soltando un chorrito? Bastaba con abrirse paso de vuelta hasta el camino y no fijarse en...

Estirao se levantó de un salto cuando ella apartó los matorrales, con los pantalones en los tobillos y la cara roja como una remolacha.

Polly no lo pudo evitar. Tal vez fueran los calcetines. Tal vez fuera la cara suplicante de Estirao. Cuando toda la expresión de alguien transmite un «¡No mires!», los ojos tienen voluntad propia y van donde no son bien recibidos. Estirao empezó a moverse, tirando de su ropa.

—No, escucha, no pasa nada... —empezó a decir Polly, pero ya era demasiado tarde. La chica se había marchado.

Polly se quedó mirando los matorrales y pensó: ¡Mierda! ¡Resulta que somos dos! Pero ¿qué le habría dicho ahora? «No pasa nada, yo también soy una chica. Puedes confiar en mí. Podemos ser amigas. Ah, y aquí va un buen consejo sobre calcetines...»

\* \* \*

Igor y Tolón volvieron tarde y en silencio. El sargento Jackrum no dijo nada. El pelotón siguió su camino.

Polly marchaba en retaguardia, con Carborundo. Así podía echar un vistazo cauteloso a Estirao, quienquiera que fuese. Por primera vez, Polly se fijó de verdad en ella. Era fácil pasarla por alto porque siempre estaba, por así decirlo, a la sombra de Tolón. Era menuda, aunque ahora que Polly sabía que era una chica podía usar con decencia el término «delicada», morena de piel y con el pelo negro, tenía un aspecto extraño y retraído, y siempre marchaba junto a Tolón. Ahora que lo pensaba, también dormía siempre cerca de él.

Vaya, o sea que era eso. Está siguiendo a su chico, pensó Polly. Era bastante romántico y muy, muy tonto. Ahora que tenía motivo para mirar más allá de la ropa y el corte de pelo, veía todos los pequeños indicios de que Estirao era una chica, y además una que no se había preparado bastante. Vio que Estirao susurraba algo a Tolón, que se giró a medias y dedicó a Polly una mirada de odio instantáneo con un matiz de amenaza.

No se lo puedo decir, pensó. Se lo contaría a él, seguro. No puedo permitirme que lo sepan. He trabajado demasiado en esto. No es solo que me haya cortado el pelo y me haya puesto pantalones. He planeado...

Ah, sí... los planes.

Todo había empezado como un anhelo repentino y extraño, pero había continuado como un plan. Primero Polly había empezado a mirar con atención a los chicos. Algunos de ellos le habían correspondido esperanzados, para su posterior decepción. Observó cómo se movían, escuchó el ritmo de lo que pasaba por conversación entre los muchachos, se fijó en cómo se daban puñetazos entre ellos a modo de saludo. Era un mundo nuevo.

Polly ya tenía buenos músculos para ser una chica, porque llevar una posada grande consistía básicamente en mover cosas pesadas, y se hizo cargo de muchas de las tareas más desagradecidas, que le encallecieron bien las manos. Hasta se había puesto un viejo par de pantalones de su hermano por debajo de la falda larga, para acostumbrarse a ellos.

A una mujer le podían dar una paliza por hacer algo así. Los hombres se vestían de hombres y las mujeres de mujeres; lo contrarío era «una blasfema Abominación contra Nuggan», de acuerdo con el padre Jupe.

Y probablemente aquel fuera el secreto de su éxito hasta el momento, pensó mientras pasaba chapoteando por un charco. La gente no buscaba una mujer en pantalones. Para un observador casual, lo único que hacía falta para ser un hombre era llevar ropa de hombre y el pelo corto y un poco de chulería al andar. Ah, y un segundo par de calcetines.

Aquello también la había estado carcomiendo. Alguien la había descubierto, igual que ella había descubierto a Estirao. Pero no la había delatado. Había sospechado que era Unicejo, pero lo dudaba: él la habría delatado al sargento, era de aquella clase de tipos. Ahora mismo Polly suponía que había sido Maladicto, pero tal vez fuera porque el vampiro emitía en todo momento aquel aire de suficiencia.

Carbor... No, había estado inconsciente, y en cualquier caso... no, el troll no había sido. E Igor ceceaba. ¿Tolón? Al fin y al cabo, sabía lo de Estirao, así que tal vez... No, porque ¿para qué iba a querer ayudar a Polly? No, confesarle la verdad a Estirao solo entrañaba peligros. Lo mejor que podía hacer era intentar encargarse de que aquella chica no las acabara delatando a las dos.

Oyó que Tolón estaba hablando en voz baja con su chica.

—¡... acababa de morirse, así que le ha cortado una pierna y un brazo y se los ha cosido a otros hombres que los necesitaban, igual que yo zurzo un desgarrón! ¡Lo tendrías que haber visto! ¡Movía los dedos tan deprisa que ni se le veían! Y tiene un montón de ungüentos que... —La voz de Tolón se apagó. Strappi estaba arengando otra vez a Pirao.

—El Strappi ese me pone de los riscos —murmuró Carborundo—. ¿Quieres que vaya y le arranque la cabeza? Podría hacer que parezca un accidente.

—Mejor que no —dijo Polly, pero durante un momento acarició la idea.

Llegaron a un cruce donde el camino que bajaba de las montañas se unía con lo que supuestamente era una carretera principal. El lugar estaba abarrotado. Había carretas y carretillas, gente conduciendo rebaños de vacas, abuelas que llevaban todas las posesiones de sus casas cargadas a la espalda y un revuelo general de cerdos y niños... Y todos iban en la misma dirección.

Era la dirección contraria a la que llevaba el pelotón. La gente y los animales fluyeron alrededor de los reclutas como un arroyo que rodea una piedra inconveniente. El pelotón hizo piña. Era eso o dejar que los separaran las vacas.

El sargento Jackrum se puso de pie sobre el carro.

—¡Soldado Carborundo!

—¿Sí, sargento? —dijo el troll con voz retumbante.

—¡Al frente!

Aquello ayudó. El río humano seguía fluyendo pero por lo menos la gente se abría a cierta distancia por delante de ellos y dejaba al pelotón espacio para moverse. Nadie quiere chocar contra un troll, ni aunque se esté moviendo despacio.

Pero las caras clavaban la mirada mientras la gente pasaba rápido. Una anciana se les acercó a toda prisa, puso una hogaza de pan rancio en las manos de Tolón y dijo: «¡Pobres chicos!», antes de que la marea humana se la llevara por delante.

—¿Qué está pasando aquí, sargento? —preguntó Maladicto—. ¡Esta gente parecen refugiados!

—¡Decir esas cosas propaga la Alarma y el Desaliento! —gritó el cabo Strappi.

—Ah, ¿quiere decir que es gente que ha salido temprano de vacaciones para evitar la hora punta? —dijo Maladicto—. Perdonen, me he confundido. Debe de haber sido esa mujer que pasaba cargando con un almiar de paja entero.

—¿Sabes qué te puede pasar por ir de fresco con un oficial superior? —gritó Strappi.

—¡No! Dígame, ¿es peor que lo que ha espantado a esta gente?

—¡Ya has firmado, señor Chupasangres! ¡Ahora obedeces órdenes!

—¡Cierto! ¡Pero no recuerdo que nadie me ordenara no pensar!

—¡Basta ya! —se impuso Jackrum—. ¡Menos gritos por ahí abajo! ¡Adelante! Carborundo, si la gente no se aparta les das un empujón, ¿me oyes?

Siguieron adelante. Al cabo de un rato la muchedumbre se redujo un poco, de manera que lo que había sido un torrente se convirtió en arroyuelo. De vez en cuando se cruzaban con una familia, o con una sola mujer apresurada y cargada de sacos. Vieron a un anciano que empujaba con esfuerzo una carretilla llena de nabos. Hasta se están llevando las cosechas del campo, observó Polly. Y todo el mundo avanzaba a una especie de medio galope, como si las cosas fueran a mejorar un poco en cuanto alcanzaran a la muchedumbre que había más adelante. O quizá bastara con rebasar al pelotón.

Dejaron paso a una anciana que iba encorvada bajo el peso de un cerdo blanco y negro. Y luego ya no quedó nada más que el camino lleno de surcos y enfangado. De los campos que se extendían a ambos lados se empezó a elevar una niebla vespertina, calma y pegajosa. Después del fragor de los refugiados, el silencio de la campiña baja se hizo repentinamente opresivo. El único sonido era el pesado chapoteo de las botas de los reclutas.

—¿Permiso para hablar, sargento? —dijo Polly.

—¿Sí, peluso? —dijo Jackrum.

—¿Cuánto falta para llegar a Plotz?

—¡No tiene por qué decírselo, sargento! —exclamó Strappi.

—Unos ocho kilómetros —dijo el sargento Jackrum—. En el arsenal de allí os darán los uniformes y las armas.

—Eso es un secreto militar, sargento —se quejó Strappi.

—Podríamos cerrar los ojos para no ver qué ropa llevamos, ¿qué le parece? —dijo Maladicto.

—Basta ya, soldado Maladicto —dijo Jackrum—. Sigue adelante y vigila esa lengua.

Continuaron avanzando pesadamente. El camino se volvió todavía más fangoso. Se levantó un poco de brisa, pero en lugar de llevarse la niebla simplemente la hizo ondear por los campos húmedos, creando formas retorcidas, pegajosas y desagradables. El sol se volvió una bola de color naranja.

Polly vio algo grande y blanco que revoloteaba en el campo, arrastrado por el viento. Al principio pensó que era una garceta común migratoria que había partido un poco tarde, pero claramente era algo que arrastraba el viento. El objeto descendió flotando un par de veces y luego, al atraparla una ráfaga, pasó volando de un lado a otro del camino y se enredó con la cara del cabo Strappi.

El hombre chilló. Estirao estiró el brazo hacia la cosa revoloteante, que estaba mojada. El chi... la chica lo desgarró al cogerlo y la mayor parte se desprendió de la cara del agitado cabo.

—No es más que un papel —dijo ella.

Strappi se puso a dar manotazos para quitárselo.

—Ya lo sabía —dijo—. ¡No te lo he preguntado!

Polly recogió uno de los trozos. El papel era fino y estaba manchado de barro, pero reconoció la palabra Ankh-Morpork. La ciudad sin moral. Y la genialidad de Strappi consistía en que cualquier cosa a la que se opusiera resultaba automáticamente atractiva.

—Ankh-Morpork Times... —leyó en voz alta, antes de que el cabo se lo arrancara de las manos.

—¡No te puedes poner a leer cualquier cosa que veas, Partes! —gritó—. ¡No sabes quién lo ha escrito! —Dejó caer los mojados jirones de página en el barro y los pisoteó—. ¡Y ahora a seguir adelante! —dijo.

Siguieron adelante. Cuando el pelotón hubo cogido más o menos el ritmo y nadie miraba nada que no fueran sus propias botas o la niebla que tenían por delante, Polly se llevó la mano derecha a la altura del pecho y giró hacia arriba la palma con cautela para poder ver el fragmento de papel que se le había quedado pegado cuando le habían arrancado el resto.

NADA DE RENDIRSE A LA ALIANZA,

DICE LA DUQUESA (97)

Por William de Worde

Valle del Tolladero, 7 de sectubre

Las tropas borogravianas asistidas por lord V

su infantería ligera ha tomado la Torre de Tolladero esta m

después de feroces combates cuerpo a c

escribo, las fuerzas que

se vuelven hacia lo que qued

fuerzas borogravianas de t

Su excelencia el comandante sir S

ha dicho al Times que

rendición ha sido rech

punto de vista sobre el comandante que

panda de tercos atontados, no

en el periódico.

Se entiende

situación desesp

hambruna gen

por todo e

No hay altern

invas

Pero ellos iban ganando, ¿no? Entonces, ¿a qué venía aquello de «rendirse»? ¿Y qué era la Alianza?

Y estaba también el problema de Strappi, que cada vez la agobiaba más. Se daba cuenta de que Jackrum también se estaba hartando del cabo, que tenía el vicio de pavonearse, un cierto, hum... calcetinismo, como si en realidad estuviera él al mando. Tal vez fuera solo que en general caía gordo, pero...

—¿Cabo? —dijo.

—¿Sí, Partes? —dijo Strappi. Todavía tenía la nariz muy roja.

—Esta guerra la estamos ganando nosotros, ¿verdad? —dijo Polly. Había renunciado a corregirlo.

De pronto no hubo oído en el pelotón que no estuviera escuchando.

—¡Tú no te preocupes por eso, Partes! —le espetó el cabo—. Tu trabajo es combatir.

—Sí, cabo. O sea que... voy a estar combatiendo en el bando que gana, ¿verdad?

—¡Ajá, tenemos aquí a uno que hace demasiadas preguntas, sargento! —dijo Strappi.

—Sí, no hagas preguntas, Artes —dijo Jackrum, en tono ausente.

—Así que perdemos, ¿no? —dijo Tolón.

Strappi se giró hacia él.

—¡Eso es propagar la Alarma y el Desaliento, otra vez! —chilló—. ¡Eso es ayudar al enemigo!

—Sí, vale ya, soldado Dogal —dijo Jackrum—. ¿De acuerdo? Ahora vamos a...

—Dogal, te pongo bajo arresto por...

—Cabo Strappi, ¿viene a hablar conmigo un momento, por favor? ¡Los demás, alto ahí mismo! —bramó el sargento, bajándose del carro.

Jackrum retrocedió unos quince metros por el camino. Tras fulminar al pelotón con la mirada, el cabo sé alejó hacia allí con andares chulescos.

—¿Nos hemos metido en líos? —preguntó Tolón.

—¿Tú qué crees? —dijo Maladicto.

—Seguro que sí —dijo Otis—. Strappi siempre te puede pillar por lo que sea.

—Están discutiendo —dijo Maladicto—. Es raro, ¿no os parece? Se supone que los sargentos dan órdenes a los cabos.

—Pero estamos ganando la guerra, ¿verdad que sí? —dijo Otis—. O sea, ya sé que hay guerra, pero... o sea, nos van a dar armas, ¿no? Y vamos a... bueno, nos tienen que dar instrucción, ¿no? Probablemente para entonces ya se haya acabado. Todo el mundo dice que vamos ganando.

—Se lo preguntaré esta noche a la duquesa en mis oraciones —dijo Pirao.

Los demás se miraron entre ellos con idéntica expresión en el rostro.

—Sí, vale, Pir —dijo Tolón con amabilidad—. Hazlo.

El sol se estaba poniendo deprisa, medio oculto entre la niebla. Allí, en la carretera fangosa que avanzaba entre campos húmedos, de pronto hacía un frío de muerte.

—Nadie dice que vayamos ganando, menos Strappi tal vez —dijo Polly—. Lo único que dicen es que todo el mundo dice que vamos ganando.

—Los hombres que Igor... ha reparado no decían ni siquiera eso —afirmó Tolón—. Decían: «Pobres mamones, largaos si os queda algo de mollera».

—Gracias por contárnoslo —dijo Maladicto.

—Parece que todo el mundo tiene lástima de nosotros —dijo Polly.

—Zí, bueno, hazta yo, y yo zoy nozotroz —dijo Igor—. Algunoz de ezoz hombrez...

—¡Muy bien, muy bien, basta de holgazanear, todos! —gritó Strappi, acercándose a zancadas.

—¿Cabo? —llamó el sargento en voz baja, volviendo a subirse al carro.

Strappi hizo una pausa y luego, con una voz que rezumaba sirope y sarcasmo, continuó:

—Disculpen ustedes. El sargento y yo apreciaríamos muchísimo que unos héroes tan valientes como ustedes se unieran a nosotros para marchar una pizquita... ¡Perfecto! Y después haremos un poco de bordado. ¡Paso ligero, señoritas!

Polly oyó que Tolón ahogaba un grito. Strappi se giró, con un brillo de expectación siniestra en los ojos.

—Ah, conque a alguien no le gusta que lo llamen señorita, ¿eh? —dijo—. Caramba, soldado Dogal, pues no te queda a ti por aprender. Serás una tierna señorita hasta que nosotros te convirtamos en un hombre, ¿de acuerdo? Y no quiero ni pensar cuánto tiempo nos va a costar. ¡A moverse!

Yo sí lo sé, pensó Polly mientras se ponían en marcha. Hacen falta unos diez segundos y un par de calcetines. Con un solo calcetín ya te sale Strappi.

\* \* \*

Plotz resultó ser como Plün, y sin embargo era peor porque era más grande. Empezó a llover otra vez mientras entraban desfilando en la plaza adoquinada. Daba la impresión de que allí siempre llovía. Los edificios eran grises y estaban salpicados de barro cerca del suelo. Los canalones de los tejados estaban desbordados, derramaban agua de lluvia sobre los adoquines y rociaban de espuma a los reclutas. Las calles estaban vacías. Polly vio puertas abiertas que daban golpes empujadas por el viento y detritos tirados por las calles, y recordó las hileras de gente apresurada en el camino. Allí no quedaba nadie.

El sargento Jackrum bajó del carro mientras Strappi les berreaba para que formaran. Luego el sargento tomó el mando, dejando al cabo con el ceño fruncido en segundo plano.

—¡Aquí tenéis la maravillosa Plotz! —exclamó—. ¡Echadle un buen vistazo para que si os matan y vais al infierno no os coja por sorpresa! ¡Vais a acampar en ese cuartel de ahí, que es propiedad del ejército! —Hizo un gesto con la mano en dirección a un ruinoso edificio de piedra que tenía tanto aspecto militar como un cobertizo—. Se os entregará vuestro equipo. Y mañana emprenderemos la larga y bonita marcha hacia Crotz, donde llegaréis siendo muchachos y os marcharéis convertidos en hombres ¿acaso he dicho algo gracioso, Artes? ¡No, a mí tampoco me lo parece! ¡Firmes! ¡Eso quiere decir que las espaldas bien rectas!

—¡Rectas, ha dicho! —gritó Strappi.

Un joven venía cruzando la plaza a lomos de un caballo castaño flaco y cansado, lo cual resultaba bastante adecuado porque el jinete también estaba flaco y cansado. A la delgadez se sumaba el hecho de que llevaba una casaca que claramente estaba hecha para alguien dos tallas más grande. Lo mismo se podía decir de su casco. Le debe de haber metido relleno, pensó Polly. Como se le ocurra toser le tapará los ojos.

El sargento Jackrum hizo un brusco saludo militar mientras el oficial se acercaba.

—Jackrum, señor. Usted debe de ser el teniente Blusa, ¿no?

—Ha dado en el clavo, sargento.

—Aquí traigo reclutas de río arriba, señor. Unos hombres estupendos, señor.

El jinete escrutó el pelotón. Hasta se inclinó hacia delante por encima del cuello del caballo, provocando que le cayera lluvia del casco.

—¿Esto es todo, sargento?

—Síseñor.

—La mayoría parecen muy jóvenes —dijo el teniente, que no parecía muy mayor.

—Síseñor.

—¿Y ese de ahí no es un troll?

—Síseñor. Bien visto, señor.

—¿Y ese que tiene puntos alrededor de la cabeza?

—Es un Igor, señor. Viene a ser una especie de clan especial de las montañas, señor.

—¿Y luchan?

—Pueden hacer pedazos a un hombre muy deprisa, señor, por lo que tengo entendido —dijo Jackrum, con expresión inmutable.

El joven teniente suspiró.

—Vaya, estoy seguro de que son muy buenos muchachos —dijo—. A ver, ejem... hombres, yo...

—¡Prestad atención y escuchad lo que os tiene que decir el teniente! —berreó Strappi.

El teniente se estremeció.

—... gracias, cabo —dijo—. Hombres, tengo buenas noticias —añadió, aunque ponía voz de no tenerlas—. Probablemente se esperaban un par de semanas en el campamento de instrucción de Crotz, ¿verdad? Pues me alegro de poder decirles que la... la guerra está yendo tan... tan... tan bien que irán ustedes directos al frente.

Polly oyó un par de exclamaciones ahogadas y una risita procedente del cabo Strappi.

—Todos irán a las líneas de combate —dijo el teniente—. Ese le incluye también a usted, cabo. ¡Por fin le ha llegado la hora de entrar en acción!

La risita se detuvo.

—¿Cómo dice, señor? —preguntó Strappi—. ¿Al frente? Pero usted sabe que soy... bueno, ya sabe lo de mi destino especial...

—Mis órdenes dicen «todos los hombres no discapacitados» —dijo Blusa—. Supongo que se morirá usted de ganas de entrar en combate después de tantos años, ejem, un hombre joven como usted...

Strappi no dijo nada.

—Sin embargo —dijo el teniente, buscando algo a tientas bajo su capa empapada—, sí que tengo un paquete aquí para usted, sargento Jackrum. Un paquete muy esperado, no me cabe duda.

Jackrum cogió el paquete con reparo.

—Gracias, señor. Ya lo miraré más tarde... —empezó a decir.

—¡Al contrario, sargento Jackrum! —dijo Blusa—. Sus últimos reclutas tienen que ver esto, dado que es usted al mismo tiempo un soldado y, por decirlo de alguna manera, un «padre de soldados»! Así que es de justicia que vean cómo un gran soldado recibe su recompensa: ¡la baja con honores, sargento! —Blusa pronunció las palabras como si llevaran crema y una guinda encima.

Aparte de la lluvia, el único ruido que se oyó fue el dedo rechoncho de Jackrum rasgando lentamente el paquete para abrirlo.

—Oh —dijo, como si estuviera conmocionado—. Bien. Un retrato de la duquesa. Con este ya tengo dieciocho. Ah, y, vaya, un papel que dice que es una medalla, o sea que parece que se nos ha acabado hasta el latón. ¡Anda, y mi baja tiene impresa la mismísima firma de la duquesa! —Le dio la vuelta al paquete y lo agitó—. Pero de mis tres meses de paga atrasada, ni rastro.

—¡Tres hurras bien fuertes por el sargento Jackrum! —dijo el teniente a la lluvia y al viento—. ¡Hip hip...!

—¡Pero yo creía que necesitábamos hasta al último hombre, señor! —dijo Jackrum.

—A juzgar por todas las notas que llevaba pegadas ese paquete, lleva años siguiéndole a usted, sargento —dijo Blusa—. Ya conoce al ejército. Se trata de su baja oficial, me temo. No la puedo rescindir. Lo siento.

—Pero... —empezó a decir Jackrum.

—Lleva la firma de la duquesa, sargento. ¿Va usted a discutir con eso? Ya le he dicho que lo siento. Y de todas formas, ¿qué iba a hacer ahora? Ya no vamos a mandar más partidas de reclutamiento.

—¿Cómo? ¡Pero siempre nos hacen falta hombres, señor! —protestó Jackrum—. Y yo vuelvo a estar sano como una manzana, tengo una resistencia de caballo...

—Ha sido usted el único hombre que ha vuelto con reclutas, sargento. Así son las cosas.

El sargento vaciló un momento y luego saludó.

—¡Síseñor! ¡Muy bien, señor! ¡Me encargaré de que los nuevos muchachos se vayan acostumbrando al oficio, señor! ¡Un placer haber servido, señor!

—¿Le puedo preguntar algo? —dijo Maladicto.

—A los oficiales no se les habla directamente, soldado —dijo Jackrum en tono cortante.

—No, deje que el hombre hable, sargento —dijo el teniente—. Vivimos... tiempos excepcionales, al fin y al cabo. ¿Sí, joven?

—¿Le he oído decir que vamos a entrar en combate sin instrucción, señor?

—Oh, bueno, es casi seguro que la mayoría de vosotros seréis piqueros, jajá —dijo el teniente, nervioso—. Para eso no hace falta mucha instrucción, ¿eh? Solo hay que saber qué lado es cuál, jajá. —Tenía aspecto de querer morirse.

—¿Piqueros? —preguntó Maladicto, con cara perpleja.

—Ya has oído al teniente, soldado Maladicto —dijo bruscamente el sargento.

—Sí, señor. Gracias, señor —dijo Maladicto, volviendo a las filas.

—¿Hay alguna pregunta más? —dijo Blusa, contemplando la formación—. Maravilloso, pues. Nos marchamos con la última barcaza, a medianoche. Continúe, sargento... por ahora. ¿Qué era lo otro...? Ah, sí. Voy a necesitar un ordenanza.

—¡Un paso adelante los voluntarios para hacer de ordenanza del teniente! ¡Tú no, soldado Maladicto! —gritó el sargento.

Nadie se movió.

—Oh, venga, por favor —dijo el teniente.

Polly levantó lentamente la mano.

—¿Qué es un ordenanza, señor?

El sargento puso una sonrisa lúgubre.

—Buena pregunta —dijo—. Un ordenanza viene a ser un sirviente personal que se encarga del oficial. Le trae la comida, vigila que lleve el uniforme impecable, esa clase de cosas. Así el oficial queda libre para ejercer sus tareas más adecuatosamente.

Igor dio un paso adelante.

—Loz Igorz eztán acoztumbradoz al zervicio, zargento —dijo.

Usando los asombrosos poderes de sordera y visión restringida de que a veces disponen incluso los más nerviosos de los oficiales, el teniente no pareció verlo. Estaba mirando fijamente a Polly.

—¿Qué me dice de usted, soldado? —dijo.

—El soldado Artes antes trabajaba en una taberna, señor —aportó el sargento.

—Perfecto. Preséntese a las seis en mis aposentos de la posada, soldado Artes. Continúe, sargento.

Mientras el flaco caballo se alejaba dando tumbos, el sargento Jackrum clavó la mirada en el pelotón, pero en ella no había auténtico fuego. Parecía estar funcionando en modo automático y con la mente en otra parte.

—¡No os quedéis ahí plantados luciendo palmito! ¡Dentro hay uniformes y armas! ¡A equiparse! ¡Y si queréis comida, os la hacéis vosotros! ¡Paso ligero! ¡Roompan filas!

El pelotón salió disparado hacia el cuartel, impulsado por el caudal de voz. Pero Polly vaciló. El cabo Strappi no se había movido desde que le habían cortado en seco la risita. No hacía más que mirar el suelo con cara inexpresiva.

—¿Se encuentra bien, cabo? —dijo.

—Largo de aquí, Partes —dijo el cabo, con una voz grave que resultaba mucho peor que sus gritos petulantes de costumbre—. Lárguese sin más, ¿de acuerdo?

Ella se encogió de hombros y siguió a los demás. Pero se había fijado en la humedad humeante que rodeaba los pies del cabo.

\* \* \*

Dentro reinaba el caos. El cuartel no era más que un barracón grande que hacía las veces de comedor, sala de reuniones y cocina, con varios cuartos de literas al fondo de todo. Estaba vacío y en proceso de decadencia. Había goteras en el tejado, las ventanas altas estaban rotas y habían entrado hojas muertas que ahora cubrían el suelo, entre las cagadas de rata. No había ni piquetes ni centinelas ni nadie. Había un caldero enorme hirviendo en el hogar cubierto de hollín, sin embargo, y su susurro y su chisporroteo eran lo único que daba vida al lugar. En algún momento se había adecuado parte de la sala para usarla como una especie de almacén de intendencia, pero casi todos los estantes estaban vacíos. Polly había esperado encontrarse con algún tipo de cola, alguna clase de orden, tal vez alguien repartiendo montoncitos de ropa.

Lo que se encontraron, en cambio, fue un puesto de mercadillo. Algo muy parecido a un mercadillo cutre, de hecho, porque nada en él parecía nuevo y poco daba la impresión de valer la pena. El resto del pelotón ya estaba hurgando en lo que se podría haber descrito como mercancía de haber alguna posibilidad de convencer a alguien para comprarla.

—¿Qué es esto? ¿Talla única y no le sienta bien a nadie?

—¡Esta casaca tiene sangre! ¡Sangre!

—Bueno, ez que ez de laz peorez manchaz que eczizten, no hay manera de zacarlaz zi no uzaz...

—¿Dónde están las armaduras de verdad?

—¡Oh, no! ¡Esta tiene un agujero de flecha!

—¿Esto qué es? ¡No hay nada tamaño troll!

Detrás de la mesa se escondía un anciano bajito y apergaminado, encogido de miedo bajo la mirada feroz de Maladicto. Llevaba una casaca de uniforme roja, mal abrochada, con galones de cabo manchados y descoloridos en la manga. Tenía la pechera izquierda cubierta de medallas.

Uno de sus brazos terminaba en un garfio. Uno de sus ojos lo cubría un parche.

—¡Vamos a ser piqueros, ha dicho el teniente! —dijo el vampiro—. Eso quiere decir una espada y una pica por cabeza, ¿verdad? Y un escudo por si llueven flechas, ¿verdad? Y un casco pesado, ¿verdad?

—¡Mentira! ¡Y a mí no me gritas así! —dijo el hombre—. ¿Ves estas medallas? Soy un...

Una mano descendió de las alturas y lo levantó por encima de la mesa. Carborundo sostuvo al hombre frente a su cara y asintió.

—Ajá, ya las veo, amigo —bramó—. ¿Y?

Los reclutas se habían quedado callados.

—Déjalo donde estaba, Carborundo —dijo Polly—. Con cuidado.

—¿Por qué?

—Porque no tiene piernas.

El troll enfocó la mirada. Luego, con exagerada cautela, bajó al viejo soldado al suelo. Se oyeron dos golpecitos suaves cuando las dos patas de palo tocaron los tablones.

—Lo siento —dijo.

El hombrecillo se agarró a la mesa para recuperar el equilibrio y rodeó un par de muletas con los brazos.

—No pasa nada —dijo en tono huraño—. No me ha hecho daño. ¡Pero para otra vez, ándate con cuidado!

—¡Esto es ridículo! —dijo Maladicto, volviéndose hacia Polly y haciendo un gesto con la mano hacia el montón de harapos y metal doblado—. Con este desastre no llega ni para equipar a tres hombres. ¡Ni siquiera hay un par de botas decente!

Polly recorrió la mesa con la mirada.

—Se supone que vamos bien equipados —dijo al hombre tuerto—. Se supone que somos el mejor ejército del mundo. Eso es lo que nos dicen. Y ¿no íbamos ganando?

El hombre la miró. Mentalmente, ella se observó a sí misma. No había tenido intención de hablar tan claro.

—Eso dicen —contestó el hombre con el rostro más o menos inexpresivo.

—¿Y q-qué es lo que dice usted? —preguntó Pirao. Acababa de coger una de las escasas espadas que había. Estaba manchada y mellada.

El cabo echó un vistazo a Carborundo y a continuación a Maladicto.

—Yo no soy t-tonto, ¿se entera? —continuó Pirao, con la cara roja y tembloroso—. ¡Todas estas cosas son de hombres m-muertos!

—Bueno, es una lástima echar a perder unas botas que están bien... —empezó a decir el hombre.

—Somos los ú-últimos, ¿verdad? —dijo Pirao—. ¡Los últimos r-reclutas!

El cabo de la pata de palo echó un vistazo a la puerta lejana y no vio que estuvieran llegándole refuerzos.

—Nos tenemos que quedar a pasar aquí la noche —dijo Maladicto—. ¡La noche! —continuó, provocando que el viejo cabo se bamboleara sobre sus muletas—. Cuando quién sabe qué seres malignos revolotean en las sombras, trayendo la muerte en sus alas silenciosas, buscando una víctima desventurada que...

—Sí, muy bien, muy bien, ya he visto tu crespón —dijo el cabo—. Mirad, después de que os vayáis ya cierro todo esto. Mi trabajo es solamente llevar el almacén. ¡Nada más que eso, de verdad! ¡Cobro un décimo de paga, por lo que me pasa en las piernas, y no quiero problemas!

—¿Y esto es lo único que tiene? —preguntó Maladicto—. ¿No tendrá usted algo... guardado...?

—¿Me estás llamando deshonesto? —se acaloró el cabo.

—Digamos que estoy abierto a la idea de que tal vez no lo sea —dijo el vampiro—. Vamos, cabo, ha dicho que somos los últimos. ¿Qué se está guardando? ¿Qué es lo que tiene?

El cabo suspiró y se giró con sorprendente rapidez hacia una puerta, que abrió con una llave.

—Mejor será que vengáis y miréis —dijo—. Pero no es nada bueno...

Era peor. Encontraron unas cuantas corazas más, pero una estaba partida por la mitad y la otra era una muesca gigante. Había un escudo que también estaba roto en dos pedazos. Había espadas dobladas y cascos machacados, gorros maltrechos y camisas desgarradas.

—He hecho lo que he podido —suspiró el cabo—. He enderezado cosas a martillazos y he lavado la ropa, pero llevo semanas sin carbón para la fragua y sin la fragua no se puede hacer nada con las espadas. Llevo meses sin recibir un arma nueva, y dejadme que os lo diga, desde que se largaron los enanos el acero que nos han estado trayendo es una mierda. —Se frotó la nariz—. Ya sé que pensáis que los intendentes somos una panda de ladrones y no os voy a negar que sisemos un poco cuando las cosas van bien, pero ¿esto de aquí? De esto no podría vivir ni un escarabajo. —Volvió a sorberse la nariz—. Hace tres meses que no me pagan, además. Supongo que una décima parte de nada no es tan malo como nada, pero la filosofía nunca se me ha dado muy bien.

De pronto se animó.

—Por lo menos tengo mucha comida —dijo—. Es decir, si os gusta el caballo. Personalmente prefiero la rata, pero sobre gustos no hay nada escrito.

—¡Yo no puedo comer caballo! —dijo Otis.

—Ah, eres más de ratas, ¿no? —dijo el cabo, llevándolos a la sala grande.

—¡No!

—Ya aprenderás a serlo. Todos aprenderéis —dijo el pequeño décimo de cabo, con una sonrisa malvada—. ¿Habéis probado el escubo? ¿No? Cuando tienes hambre, no hay nada como un buen cuenco de escubo. En el escubo se puede echar cualquier cosa. Cerdo, ternera, añojo, conejo, pollo, pato... lo que sea. Hasta ratas, si uno tiene. Es comida de soldado para las marchas largas, el escubo. Tengo un poco ahí hirviendo ahora mismo. Podéis comer de eso, si queréis.

El pelotón se animó.

—Zuena bien —dijo Igor—. ¿Qué lleva?

—Agua hirviendo —dijo el cabo—. Es lo que llamamos «escubo ciego». Pero dentro de un minuto llevará caballo viejo, a no ser que traigáis algo mejor. No iría mal algo de condimento, por lo menos. ¿Quién cuida al ruperto?

Los reclutas se miraron entre ellos.

El cabo suspiró.

—Al oficial —les explicó—. Todos se llaman Ruperto o Rodney o Tristrán o algo parecido. Les dan mejor comida que a vosotros. Podríais intentar apandarle algo en la posada.

—¿Apandar? —dijo Polly.

El viejo puso su único ojo en blanco.

—Sí. Apandar. Apandar, mangar, levantar, hacerse con, coger prestado, robar, afanar, hurr-tar. Eso es lo que aprenderéis si queréis sobrevivir a esta guerra. La cual dicen que vamos ganando, claro está. No lo olvidéis. —Escupió vagamente en la dirección del fuego, posiblemente fallando a la olla por pura casualidad—. Claro, y todos los tipos que veo volver por el camino cogiendo la mano de la Muerte seguro que es porque se han pasado con las celebraciones, ¿no? Es muy fácil arrancarte la mano por accidente cuando no descorchas bien una botella de champán, ¿eh? Veo que tenéis con vosotros a un Igor, cabrones con suerte. Ojalá hubiéramos tenido a uno nosotros cuando fuimos a la batalla. Si lo hubiéramos tenido, ahora no me despertaría por las noches la carcoma.

—¿Tenemos que robar nuestra comida? —dijo Maladicto.

—No, podéis pasar hambre si os apetece más —dijo el cabo—. Yo he pasado hambre unas cuantas veces. No es un buen negocio. Una vez me comí la pierna de un hombre cuando la nieve nos dejó atrapados durante la campaña de Ibblestarn, pero hay que ser justos, él se comió la mía. —Les miró las caras—. Bueno, es que no está bien comerte tu propia pierna, ¿verdad? Lo más seguro es que te quedaras ciego.

—¿Se intercambiaron las piernas? —dijo Polly, horrorizada.

—Sí, yo y el sargento Hausegerda. Fue idea de él. Un hombre sensato, el sargento. Aquello nos mantuvo con vida una semana hasta que pudo llegar el relevo. Aquello sí que fue un relevo esperado con ganas. Oh, cielos. ¿Dónde tengo los modales? ¿Cómo estáis, chavales? Soy el cabo Escalote. Me llaman Trespartes. —Extendió su garfio hacia ellos.

—¡Pero eso es canibalismo! —exclamó Tolón, retrocediendo.

—No, no lo es, oficialmente no, mientras no te comas a una persona entera —dijo Trespartes Escalote sin alterarse—. Normas del ejército.

Todas las miradas se volvieron hacia el enorme caldero que burbujeaba en el fuego.

—Caballo —dijo Escalote—. No tengo nada más que caballo. Ya os lo he dicho. Yo no os mentiría, muchachos. Ahora equipaos con lo mejor que podáis encontrar. ¿Cómo te llamas, hombre de piedra?

—Carborundo —dijo el troll.

—Tengo guardada ahí atrás un poco de antracita que no está mal, y también algo de pintura roja oficial para echarte, porque aún no he conocido a ningún troll que quiera ponerse casaca. El resto acordaos de lo que os digo: comed hasta hartaros. Llenaos el petate de rancho. Llenaos el chacó de rancho. Llenaos las botas de sopa. Si alguno de vosotros se encuentra un tarro de mostaza, no lo perdáis: es increíble lo que la mostaza puede ayudar a tragar. Y cuidad de vuestros compañeros. Y no os acerquéis a los oficiales, porque no son sanos. Eso es lo que se aprende en el ejército. El enemigo en realidad no quiere pelear con vosotros, porque el enemigo son básicamente tíos como vosotros que se quieren ir a casa con todos los trozos en su sitio, pero los oficiales os matarán sin inmutarse. —Escalote los examinó con la mirada—. Ya está, ya lo he dicho. Y si hay algún político entre vosotros: amigo, chívate de lo que te dé la gana y vete al infierno.

Al cabo de unos momentos de silencio avergonzado Polly dijo:

—¿Qué es un político?

—Es como un espía, solo que de tu propio bando —contestó Maladicto.

—Eso es —dijo Escalote—. En los tiempos que corren hay uno en cada batallón, intentando empapelar a sus compañeros. Así es como ascienden, ¿sabéis? No queremos disidencia en las filas, ¿a que no? No queremos rumores sobre batallas perdidas, ¿verdad? Lo cual es una puta gilipollez, porque la infantería nunca para de refunfuñar. Quejarse es parte de ser un soldado. —Suspiró—. En fin, hay un barracón para dormir en la parte de atrás. Atizo de vez en cuando los mátelás, o sea que no creo que haya muchas pulgas. —Nuevamente se quedó mirando sus caras inexpresivas—. Me refiero a los jergones de paja. Vamos, servíos vosotros mismos. Coged lo que queráis. Total, voy a cerrar cuando os marchéis. Si se están alistando unos chicos tan sensacionales como vosotros, entonces seguro que vamos ganando, ¿verdad?

\* \* \*

Cuando Polly salió a la noche las nubes habían escampado y una media luna bañaba el mundo de fría plata y negro. La posada de delante era otra taberna asquerosa especializada en vender cerveza mala a los soldados. Ya apestaba a barril rellenado del cubo aun antes de abrir la puerta. El letrero estaba descascarillado y no se distinguía el dibujo, pero se podía leer el nombre: El Mundo Del Revés. Abrió la puerta. El olor empeoró más todavía. No había clientes ni tampoco rastro alguno de Strappi ni de Jackrum, pero Polly vio a un sirviente que se dedicaba a extender metódicamente el polvo por el suelo con una fregona.

—Discul... —empezó a decir, pero entonces se acordó de los calcetines, levantó la voz y trató de aparentar furia—. Eh, ¿dónde está el teniente?

El sirviente la miró y le hizo un gesto con el pulgar hacia lo alto de la escalera. Allí arriba solo había una vela encendida, y Polly llamó a la puerta más cercana.

—Acceda.

Ella entró. El teniente Blusa estaba de pie en medio del cuarto, en pantalones y mangas de camisa, con un sable en la mano. Polly no era ninguna experta en la materia, pero creyó reconocer aquella pose elegante y ampulosa como la que tienden a usar los principiantes justo antes de que les atraviese el corazón un espadachín más experimentado.

—Ah, Artes, ¿verdad? —dijo el teniente, bajando el arma—. Estaba haciendo, ejem, calentamiento.

—Sí, señor.

—Hay algo de ropa por lavar en ese saco de ahí. Me imagino que alguien de la posada la lavará. ¿Qué hay para cenar?

—Lo preguntaré, señor.

—¿Qué van a tomar los hombres?

—Escubo, señor —dijo Polly—. Posiblemente con caba...

—Pues tráigame un poco, por favor. Al fin y al cabo, estamos en guerra, y tengo que servir de ejemplo a mis hombres —dijo Blusa, envainando la espada al tercer intento—. Sería bueno para la moral.

Polly echó un vistazo a la mesa. Había un libro abierto sobre otros libros apilados. Parecía un manual de esgrima, y la página por la que estaba abierto era la cinco. A su lado había unos anteojos de gruesos cristales.

—¿Usted lee, Artes? —preguntó Blusa, cerrando el libro.

Polly vaciló. Pero en realidad, ¿a Oliveti qué más le daba?

—Un poco, señor —admitió.

—Sospecho que voy a tener que dejar atrás la mayoría de estos —dijo—. Coja uno si quiere. —Hizo un gesto con la mano hacia los libros. Polly leyó los títulos. La artesanía de la guerra. Principios del enfrentamiento. Estudios sobre batallas. Defensa táctica.

—Un poco pesados para mi gusto, señor —dijo ella—. Pero gracias igualmente.

—Dígame, Artes —dijo Blusa—. ¿Los reclutas están, ejem, animados?

El oficial le dedicó una mirada de preocupación aparentemente genuina. Aquel hombre no tenía barbilla, observó ella. La cara avanzaba hasta meterse en el cuello sin encontrar mucho obstáculo por el camino, pero sin embargo, tenía una nuez de tomo y lomo. Le subía y bajaba por el cuello como una pelota sujeta de un muelle.

Polly llevaba solo un par de días soldadeando pero ya tenía un instinto desarrollado. En resumen, era el siguiente: miente a los oficiales.

—Sí, señor —respondió.

—¿Tienen todo lo que les hace falta?

El susodicho instinto sopesó las posibilidades que tenían de conseguir algo más de lo que ya tenían como resultado de quejarse, y Polly dijo:

—Sí, señor.

—Por supuesto, no nos corresponde a nosotros cuestionar las órdenes —dijo Blusa.

—No lo estaba haciendo, señor —dijo Polly, momentáneamente perpleja.

—Aunque a veces pueda parecernos... —empezó a decir el teniente, y volvió a empezar—: Es obvio que la guerra es algo muy volátil, y que la marea de la batalla puede cambiar en un instante.

—Síseñor —dijo Polly, sin apartar la mirada. El hombre tenía un granito allí donde los anteojos le habían rozado la nariz.

El teniente también parecía tener algo en mente.

—¿Por qué se alistó usted, Artes? —dijo, buscando a tientas en la mesa y encontrando sus anteojos al tercer intento. Llevaba puestos unos guantes de lana con los dedos recortados.

—¡Deber patriótico, señor! —se apresuró a decir Polly.

—¿Mintió sobre su edad?

—¡Noseñor!

—¿Solamente deber patriótico, Artes?

Había mentiras de muchas clases. Polly cambió de postura, incómoda.

—Me gustaría mucho saber qué ha sido de mi hermano Paul, señor —dijo.

—Ah, sí. —La cara del teniente Blusa, que ya de por sí no era la viva imagen de la felicidad, adquirió de pronto un aspecto atormentado.

—Paul Artes, señor —le apuntó Polly.

—En realidad no estoy, ejem, en posición de saber nada, Artes —dijo Blusa—. Yo trabajaba de... estaba, ejem, a cargo de, ejem, estaba llevando a cabo un trabajo especial en el cuartel general, hum... como es obvio, no conozco a todos los soldados, Artes. ¿Er... es tu hermano mayor?

—Síseñor. Se alistó en los Dentroyfuera el año pasado, señor.

—Y, esto, ¿tienes algún hermano pequeño? —preguntó el teniente.

—No, señor.

—Ah, bueno, por lo menos de eso hay que dar gracias —dijo Blusa. Era un comentario extraño.

A Polly se le frunció el ceño de perplejidad.

—¿Señor? —dijo.

Y de pronto tuvo una desagradable sensación de movimiento. Algo se le estaba escurriendo lentamente por el interior del muslo.

—¿Hay algún problema, Artes? —preguntó el teniente al verle la expresión.

—¡Noseñor! ¡Solo un... pequeño calambre, señor! ¡De tanto marchar, señor! —Se agarró una rodilla con las dos manos y retrocedió un poco hacia la puerta—. ¡Voy a... voy a ir a encargarme de su cena, señor!

—Sí, sí —dijo Blusa, mirándole la pierna—. Sí... por favor...

Polly se detuvo fuera de la puerta para tirar de los calcetines hacia arriba, volvió a sujetar el extremo de uno por debajo del cinturón y por fin bajó a toda prisa a las cocinas de la posada. Una sola mirada le dijo todo lo que le hacía falta saber. La higiene alimentaria de aquel lugar consistía en hacer un esfuerzo desganado por no escupir en el estofado.

—Quiero cebollas, sal, pimienta... —empezó a decir.

La doncella que estaba removiendo la olla manchada de hollín levantó la vista, se dio cuenta de que un hombre se acababa de dirigir a ella y se apartó a toda prisa el pelo húmedo de los ojos.

—Hay tofado, señor —anunció la chica.

—No quiero estofado. Solo las cosas que he pedido —dijo Polly—. Para el oficial —añadió.

La doncella de la cocina señaló una puerta cercana con su pulgar tiznado de hollín y dedicó a Polly lo que probablemente considerara una sonrisa picara.

—Estoy segura de que puede coger usted cualquier cosa que le apetezca, señor —dijo.

Polly echó un vistazo a los dos estantes que estaban dignificados con el nombre de despensa y agarró un par de cebollas grandes, una con cada mano.

—¿Puedo? —preguntó.

—¡Oh, señor! —exclamó la doncella con una risita—. ¡Espero que no sea usted uno de esos soldados tan brutos que se aprovechan de una doncella indefensa, señor!

—No, ejem... no. No soy de esos —dijo Polly.

—Oh. —Pareció que Polly no había acertado la respuesta correcta. La doncella echó la cabeza a un lado—. ¿Ha tenido usted mucho trato con jovencitas, señor? —preguntó.

—Esto... sí. Bastante —dijo Polly—. Ejem... muchísimo, en realidad.

—¿En serio?

La doncella se le acercó más. Olía sobre todo a sudor, impregnado de hollín. Polly levantó las cebollas a modo de barrera.

—Estoy segura de que hay cosas que le gustaría descubrir —ronroneó la doncella.

—¡Yo estoy seguro de que hay una cosa que a ti no! —dijo Polly, y dio media vuelta y echó a correr.

Mientras salía de nuevo al frío aire de la noche, una voz lastimera gritó tras su espalda:

—¡Termino a las ocho!

\* \* \*

Diez minutos más tarde, el cabo Escalote estaba impresionado. A Polly le dio la impresión de que no pasaba a menudo. Otis había encajado una vieja coraza junto al fuego, había aporreado con el martillo unos filetes de carne de caballo hasta dejarlos tiernos, los había enharinado un poco y los estaba friendo. A su lado chisporroteaban las cebollas cortadas en rodajas.

—Yo siempre lo hiervo todo y ya está —dijo Escalote, mirándolo con interés.

—Si hace eso, pierde todo el sabor —dijo Otis.

—¡Eh, chaval, las cosas que he comido yo no querrías saborearlas!

—Primero hay que saltear las cosas, sobre todo las cebollas —continuó Otis—. Mejora el sabor. Además, cuando se hierve algo hay que hervirlo lento. Mi madre lo dice siempre. Asa deprisa y hierve despacio, ¿vale? Esta carne no es mala, para ser de caballo. Es una lástima hervirla.

—Asombroso —dijo Escalote—. Nos habría venido bien tenerte en Ibblestarn. El sargento era un buen hombre, pero un poco, ya sabes, duro de pierna...

—Seguramente un adobo le habría ido bien —dijo Otis en tono distraído, dándole la vuelta a un filete con una espada rota. Se volvió hacia Polly—. ¿Quedaba algo más en la despensa, Oli? Puedo preparar un poco de caldo para mañana si podemos...

—¡No pienso volver a entrar en esa cocina! —exclamó Polly.

—Ah, ¿es por Molly la Descocada? —dijo el cabo Escalote, levantando la cabeza y sonriendo—. Ha hecho que más de uno saliera de aquí alegre. —Hundió un cazo en la olla de escubo que hervía junto a la sartén. Una carne gris y desintegrada bullía en unos pocos dedos de agua.

—Esto ya va bien para el ruperto —dijo, y cogió un cuenco manchado.

—Bueno, ha dicho que quería comer lo mismo que los hombres —dijo Polly.

—Ah, conque es de esos oficiales —respondió Escalote, impasible—. Sí, algunos de los jóvenes intentan hacer esas cosas, si han leído los libros que no deben. Algunos intentan hacerse amigos nuestros, los muy cabrones. —Escupió con pericia entre los dos cazos—. Espera a que pruebe lo que come la tropa.

—Pero si nosotros comemos filete y cebollas...

—No es gracias a la gente como él —dijo el cabo, sirviendo aquel aguachirle en el cuenco—. A las tropas ezlobenas les dan como mínimo una libra de ternera y otra de harina al día, además de grasa de cerdo o mantequilla y media libra de guisantes. A veces también una pinta de melaza. Y nosotros tenemos pan de caballo rancio y lo que podamos mangar. Pues él va a comer escubo y más vale que le guste.

—Nada de verdura fresca, nada de fruta —dijo Otis—. Es una dieta muy astringente, cabo.

—Sí, bueno, en cuanto comience la batalla supongo que te darás cuenta de que el estreñimiento es lo que menos te preocupa —dijo Escalote.

Estiró el brazo, apartó unos trapos y bajó una botella polvorienta de un estante.

—El ruperto tampoco va a probar ni gota de esto —continuó—. Lo saqué del equipaje del último oficial que pasó por aquí, pero lo voy a compartir con vosotros porque sois buenos chavales. —Le quitó distraídamente el tapón a la botella contra el borde de la chimenea—. Solo es jerez, pero emborracha.

—Gracias, cabo —dijo Otis, y cogió la botella. Echó un buen chorro por encima de la carne chisporroteante.

—¡Eh, estás echando a perder bebida de la buena! —dijo Escalote, intentando agarrar la botella.

—No, le va a dar muy buen sabor a la carne —replicó Otis, intentando conservar la botella—. Lo va a... ¡concho!

La mitad del líquido había ido a parar al fuego mientras las dos manos luchaban por hacerse con él, pero no había sido aquello lo que hacía sentirse a Polly como si le hubieran atravesado la cabeza con una varilla de acero. Miró al resto del pelotón, que no daba la impresión de haber...

Maladicto le guiñó un ojo y señaló muy discretamente con la cabeza hacia el otro extremo de la sala antes de echar a andar en aquella dirección. Polly lo siguió.

Maladicto siempre encontraba algo contra lo que apoyarse ociosamente. Se relajó en las sombras, levantó la vista hacia las vigas del techo y dijo:

—A ver, yo siempre digo que un hombre que sabe cocinar no es menos hombre por ello. Pero un hombre que dice «concho» en vez de una palabrota... ¿Alguna vez has oído a un hombre que diga eso? No, ¿verdad? Ya me doy cuenta.

Así que fuiste tú quien me dio los calcetines, pensó Polly. Sabes lo mío, se te nota, pero ¿sabes lo de Estirao? Y tal vez a Otis lo criaron con mucha finura... pero una sola mirada a la sonrisa sagaz de Maladicto la disuadió de probar por aquel camino. Además, solo hacía falta mirar a Otis con la idea de que tal vez fuera una chica para ver que lo era. Ningún hombre diría «¡Concho!». Ya iban tres chicas...

—Y también estoy bastante seguro de Esti —añadió Maladicto.

—¿Y qué vas a hacer con... ellas? —preguntó ella.

—¿Hacer? ¿Por qué iba a hacer yo nada sobre nadie? —dijo Maladicto—. Soy un vampiro que finge oficialmente que no lo es, ¿verdad? Soy la última persona que va a decir que uno tiene que jugar con las cartas que le han tocado. Así que buena suerte a... él, eso digo yo. Pero tal vez más adelante quieras llevártelo a un lado y cambiar unas impresiones con él. Ya sabes... de hombre a hombre.

Polly asintió con la cabeza. ¿Aquel comentario iría con segundas?

—Será mejor que vaya a llevar su escubo al teniente —dijo ella—. Y... joder, me he olvidado de su ropa sucia.

—Oh, yo no me preocuparía por eso, chavalote —dijo Maladicto, y le dedicó una sonrisita—. Tal y como van las cosas por aquí, lo más seguro es que Igor sea una lavandera disfrazada.

\* \* \*

Al final, Polly terminó lavando ella misma la ropa. No estaba segura de que fuera a conseguir esquivar a Molly por segunda vez, y tampoco había tanta colada. Cuando terminó la colgó delante del fuego, que ardía con furia.

El caballo había estado sorprendentemente bueno, pero eso no la había sorprendido tanto como la reacción de Blusa al escubo. El teniente se había sentado con su uniforme de gala —ponerse ropa especial únicamente para sentarse y comer a solas era algo que Polly no había visto nunca—, se lo había zampado y la había mandado con el cuenco a por más. La carne se había quedado blanca de tanto hervir y el guiso estaba recubierto de una capa de limo. El pelotón se preguntó qué clase de vida podía haber llevado un oficial para disfrutar del escubo.

—No sé mucho de él —dijo Escalote cuando le preguntaron—. Lleva aquí dos semanas, muriéndose de ganas de ir a la guerra. Se trajo un carro entero lleno de libros, por lo que he oído. Yo le veo pinta de ruperto típico. Estaban todos detrás de la puerta mientras repartían las barbillas. Un sargento que pasaba por aquí nos contó que en realidad no es ni un soldado ni es nada, tan solo un pardillo del cuartel general que sabe sumar bien.

—Vaya, genial —dijo Maladicto, que estaba haciéndose el café junto al fuego. La pequeña cafetera borboteó y silbó.

—Me parece que no ve muy bien sin sus gafas —dijo Polly—. Pero es muy, ejem, educado.

—Entonces es que lleva poco tiempo de ruperto —dijo Escalote—. Enseguida empiezan con el «¡Eh, tú! ¡El de ahí! ¡Maldita sea tu estampa, bla bla Mal». Al que sí conozco de antes es a vuestro sargento, el viejo Jackrum. Ese sí que ha estado en todas partes. Al viejo Jackrum lo conoce todo el mundo. Estuvo con nosotros en la nieve, allá arriba en Ibblestarn.

—¿Y a cuánta gente se comió él? —dijo Maladicto, provocando las risas de todos. Habían cenado bien y les había quedado bastante jerez para tomarse una copa cada uno.

—Dejémoslo en que, por lo que oí, no bajó mucho más delgado que cuando subió —dijo Escalote.

—¿Y el cabo Strappi? —preguntó Polly.

—Yo tampoco lo había visto nunca —dijo Escalote—. No es trigo limpio, ese mamoncete. Político, diría yo. ¿Por qué se ha ido y os ha dejado aquí? ¿Es que tiene una camita bien cómoda en la posada?

—Espero que no v-vaya a ser nuestro nuevo sargento —dijo Pirao.

—¿Él? ¿Por qué? —se sorprendió Escalote.

Polly le contó lo sucedido aquella tarde. Para su sorpresa, Escalote se rió.

—Están intentando librarse otra vez de ese viejo cabrón, ¿eh? —dijo—. ¡Esa sí que es buena! No os engañéis, hace falta mucho más que una panda de gawains y de rodneys para sacar a Jackrum de su propio ejército. Hombre, si ya ha pasado por dos consejos de guerra. Y las dos veces ha salvado el pellejo. ¿Y sabéis que una vez le salvó la vida al general Fhrac? Ha estado en todas partes, lo sabe todo de todo el mundo y conoce a más gente influyente que yo, y eso que yo conozco a unos pocos, cuidado. Si quiere marchar con vosotros mañana lo hará, y ningún rupertillo flacucho va a impedírselo.

—¿Y qué hacía un hombre así sirviendo como oficial de reclutamiento? —preguntó Maladicto en tono seco.

—Pues que le abrieron la pierna en canal en Ezlobenia y espantó a mordiscos al matasanos que vino a mirársela cuando se infectó la herida, ahí fue un cabrón bien listo —replicó Escalote—. Se la limpió él mismo con gusanos y miel, luego se bebió una pinta de coñac y se la cosió y se pasó una semana en la cama con fiebre. Pero el general lo pilló, por lo que tengo entendido; fue a visitarlo cuando Jackrum todavía estaba demasiado débil para protestar y le dijo que se iba a pasar un año paseando el tambor y que no quería oírlo rechistar. Ni siquiera el mismo Fhrac le dio sus papeles, no después de que Jackrum lo hubiera cargado a hombros durante más de veinte kilómetros cruzando las líneas enemigas...

La puerta se abrió de golpe y entró el sargento Jackrum, metiéndose las manos por debajo del cinturón.

—No os molestéis en saludar, muchachos —dijo, mientras ellos se volvían con gesto culpable—. Buenas noches, Trespartes. Me alegro de verte otra vez casi entero, viejo zorro impío. ¿Dónde está el cabo Strappi?

—No lo hemos visto esta noche, sargento —dijo Maladicto.

—¿Es que no ha venido aquí con vosotros?

—No, sargento. Pensábamos que estaba con usted.

A Jackrum no se le movió ni un músculo de la cara.

—Ya veo —dijo—. Bueno, ya habéis oído al teniente. La barcaza sale a medianoche. Tenemos que estar en pleno Tolladero el miércoles al amanecer. Dormid unas horas si podéis. Mañana va a ser un día largo, si tenéis suerte.

Y diciendo eso, se dio la vuelta y volvió a salir. El aullido del viento de afuera se apagó al cerrarse la puerta. Nosotros sí que vamos a estar en pleno tolladero, pensó Polly. Tenías toda la razón, Trespartes.

—¿Se ha esfumado un cabo? —preguntó Escalote—. Eso sí que es original. Normalmente es un recluta quien se ausenta sin permiso. Bueno, ya habéis oído al sargento, chicos. Hora de lavarse y meterse en la cama.

Había un lavabo y una letrina improvisados. Polly consiguió quedarse un momento a solas en la letrina con Otis. Se había estado estrujando el cerebro pensando en cuál sería la mejor manera de sacar el tema, pero al final resultó que no hizo falta más que una mirada.

—Ha sido cuando me he ofrecido a hacer la cena, ¿verdad? —murmuró Otis, con la vista fija en la pileta de piedra, que tenía musgo.

—Eso ha sido una pista, sí —dijo Polly.

—Hay muchos hombres que cocinan, ¿sabes? —dijo Otis encendidamente.

—Sí, pero no soldados, y no con ese entusiasmo —replicó Polly—. No marinan la comida.

—¿Se lo has contado a alguien? —murmuró Otis, ruborizada.

—No —dijo Polly, lo cual era, al fin y al cabo, estrictamente cierto—. Escucha, lo estabas haciendo bien, a mí me has engañado hasta lo de «concho».

—Sí, sí, ya lo sé —susurró Otis—. ¡Sé eructar y caminar como un tonto y hasta hurgarme la nariz, pero no me educaron para soltar palabrotas como vosotros los hombres!

Nosotros los hombres, pensó Polly. Ay, cielos.

—Somos la tosca y licenciosa soldadesca. Me temo que aquí toca agarrar la mierda por los cuernos —dijo—. Ejem... ¿por qué estás haciendo esto?

Otis se quedó mirando la pileta de piedra húmeda como si el extraño limo verde fuera interesantísimo, y luego murmuró algo.

—Perdona, ¿cómo has dicho? —preguntó Polly.

—Que estoy buscando a mi marido —dijo Otis, subiendo la voz solo un poco.

—Oh, cielos. ¿Cuánto tiempo lleváis casados? —dijo Polly, sin pensarlo.

—... Todavía no estoy casada... —dijo Otis, en una voz tan alta como una hormiga.

Polly bajó la vista hacia la barriga rellenita de Otis. Oh, cielos. Oh, cielos. Intentó parecer razonable.

—¿No crees que deberías...?

—¡No me digas que me vuelva a casa! —exclamó Otis, plantándole cara—. ¡En casa no me espera nada más que la deshonra! ¡No pienso volverme a casa! ¡Voy a ir a la guerra y lo voy a encontrar! ¡Y nadie me va a decir que no lo haga, Oliveti! ¡Nadie! ¡Al fin y al cabo, esto ya ha pasado antes! ¡Y terminó bien! ¡Hasta hay una canción que lo cuenta!

—Ah, eso —dijo Polly—. Sí, ya lo sé. —A los cantantes de música tradicional habría que meterles un flechazo—. Lo que te iba a decir es que tal vez descubras que esto mejora el disfraz... —Sacó un cilindro blando de calcetines de lana de su petate y se lo dio sin decir nada. Era un acto peligroso, lo sabía, pero ahora sentía una especie de responsabilidad hacia cualquier chica cuyo anhelo repentino y extraño no hubiera venido seguido de un plan.

De vuelta hacia su jergón, alcanzó a ver a Pirao colgando su cuadrito de la duquesa de un clavo que tenía a mano en la pared desconchada de encima de su colchón. Echó un vistazo furtivo a su alrededor, no distinguió a Polly entre las sombras de la puerta y entonces dobló las piernas en una rapidísima reverencia al retrato. Se agachó, no se inclinó.

Polly frunció el ceño. Cuatro. Apenas estaba sorprendida ya. Y solo le quedaba un par de calcetines limpios. Pronto iban a ser un ejército descalzo.

\* \* \*

Polly veía la hora que era por el fuego. Se podía calcular cuánto tiempo llevaba un fuego encendido, y los troncos de aquel ya tenían ceniza gris cubriendo el resplandor. Eran las once pasadas, decidió.

A juzgar por el ruido, no había nadie durmiendo. Polly se levantó después de estar un par de horas tumbada en su crujiente jergón de paja, mirando la oscuridad y escuchando cosas que se movían por debajo de ella. Se habría quedado acostada, pero dentro de la paja había algo que parecía querer apartarle la pierna. Además, no tenía ninguna manta seca. En el barracón había mantas, pero Trespartes se las había desaconsejado porque llevaban lo que él llamaba «el Picor».

El cabo había dejado una vela encendida. Polly había vuelto a leer la carta de Paul y había echado otro vistazo al papel impreso rescatado del barro del camino. Las palabras estaban fracturadas y algunas no se entendían del todo, pero a ella no le gustaba cómo sonaba ninguna. «Invas», en concreto, tenía unos ecos bastante desagradables.

Y luego estaba el tercer papel. Polly no lo había podido evitar. Había sido pura casualidad. Estaba lavando la ropa de Blusa y por supuesto antes de lavar nada había que mirar en los bolsillos, porque nadie que hubiera intentado desenrollar una salchicha empapada y descolorida que antes había sido un billete quería volver a hacerlo jamás. Y se había encontrado con un papel doblado. Cierto, no tenía por qué haberlo desdoblado y, una vez desdoblado, no tenía por qué haberlo leído. Pero hay cosas que uno hace sin más.

Era una carta. Presumiblemente Blusa se la había metido en un bolsillo y se había olvidado de ella al cambiarse de camisa. No tenía por qué leerla otra vez, y sin embargo ahora, a la luz de las velas, lo hizo.

Mi querida Emmeline:

¡La Fama y la Fortuna aguardan! ¡Después de pasar únicamente ocho años como alférez, por fin me han ascendido y voy a tomar el mando de una unidad! Por supuesto, esto quiere decir que no quedará ningún oficial en el Departamento de Mantas, Sábanas y Forraje de la Jefatura Administrativa, pero le he explicado mi nuevo sistema de archivos al cabo Drebb y creo que es un hombre sensato.

Ya sabes que no puedo entrar en detalles, pero estoy convencido de hallarme ante una perspectiva muy emocionante y ya estoy ansioso por entrar «en la refriega». Me atrevo a confiar en que el apellido Blusa pase a los anales de la historia militar. Entretanto, estoy puliendo mis ejercicios de esgrima y te aseguro que ya me está «volviendo» todo. Por supuesto, el ascenso comporta nada menos que Un Chelín extra «per diem», además de unas dietas de Tres Peniques en forraje. A este fin le he comprado un «corcel de batalla» al señor Jack «Honrado» Gandul, un caballero de lo más divertido, aunque me temo que su descripción de la «pujanza» de mi caballo pueda haber hecho gala de cierta exageración. Pese a todo, finalmente estoy «subiendo como la espuma» y, si el Destino me sonríe esta vez, esto me reconfortará cuando pueda

Y ya no había más, por fortuna. Después de pensarlo un poco, Polly humedeció la carta cuidadosamente y a continuación se apresuró a secarla sobre lo que quedaba del fuego y la metió en el bolsillo de la camisa limpia. Era posible que Blusa la riñera por no sacarla de allí antes de lavar la camisa, pero ella lo dudaba.

Un encargado de contar camisas con un sistema de clasificación nuevo. Alférez durante ocho años, en una guerra donde se podía ascender bastante deprisa. Un hombre que ponía entre comillas cualquier palabra o expresión que le parecía remotamente «descarada». Puliendo sus «ejercicios de esgrima». Y tan miope que le había comprado un caballo a Jack Gandul, que se recorría los corrales de saldos en todas las ferias equinas y vendía viejos jamelgos desfondados que dejaban caer una pata antes de que pudieras llegar a casa.

Nuestro líder.

Estaban perdiendo la guerra. Todo el mundo lo sabía pero nadie lo quería decir. Todos parecían pensar que si no se pronunciaban las palabras en voz alta, entonces aquello no estaba sucediendo. Estaban perdiendo la guerra y aquel pelotón, sin instrucción ni experiencia, combatiendo con botas de hombres muertos, solamente podía ayudar a perderla más deprisa. ¡Pero si la mitad eran chicas! Por culpa de una puta canción idiota, Otis se estaba metiendo en una guerra para encontrar al padre de su criatura, lo cual habría sido una misión desesperada para una chica incluso en tiempos de paz. Y Esti estaba siguiendo a su chico, lo cual probablemente sería romántico hasta justo cinco minutos antes de entrar en combate. Y ella...

... bueno, sí. También había oído la canción. ¿Y qué? Paul era su hermano. Ella siempre lo había cuidado, hasta de pequeña. Su madre siempre andaba ocupada, en La Duquesa todo el mundo andaba siempre ocupado, así que Polly se había convertido en la hermana mayor de un hermano que era quince meses mayor que ella. Le había enseñado a sonarse la nariz, le había enseñado a trazar las letras y había salido en su busca cuando unos niños crueles lo habían dejado perdido en el bosque. Perseguir a Paul era un deber que se había convertido en hábito.

Y además... bueno, aquella no era la única razón. Cuando su padre muriera, su lado de la familia perdería La Duquesa a menos que hubiera un hombre para heredarla. Eso decía la ley, pura y simplemente. La Ley Nugganática decía que los hombres podían heredar «las Cosas de Hombres», como por ejemplo las tierras, las casas, el dinero y todos los animales domésticos excepto los gatos. Las mujeres podían heredar «las Cosas de Mujeres», que eran principalmente pequeños artículos de joyería personal y ruecas que las madres pasaban a sus hijas. Por supuesto, no podían heredar una taberna grande y famosa.

De manera que La Duquesa pasaría a manos de Paul si éste estaba vivo, o bien, en el caso de que estuviera muerto y su hermana se hubiera casado, se permitiría que pasara al marido de Polly. Pero como Polly no veía ninguna perspectiva de casarse, necesitaba un hermano. Paul podía ser feliz cargando toneles de un lado a otro el resto de su vida; ella dirigiría La Duquesa. En cambio, si se quedaba sola, una mujer sin hombre, a lo máximo que podría aspirar era tal vez a seguir viviendo allí mientras las escrituras pasaban al primo Vlopo, que era un borracho.

Por supuesto, todo eso no era el motivo. Claro que no. Pero así y todo, era un motivo. El motivo era, simplemente, Paul. Polly siempre lo había encontrado para devolverlo a casa.

Miró el chacó que tenía en las manos. Había habido cascos pero, como todos tenían agujeros de flechas o boquetes abiertos, el pelotón se había decantado en silencio por los gorros más blandos. Morirías de todas formas, y al menos así te librabas del dolor de cabeza. La insignia del chacó mostraba el símbolo del regimiento, que era un queso llameante. Tal vez algún día averiguaría el por qué. Polly se lo puso, recogió su petate y la bolsa de ropa limpia y salió a la noche. La luna había desaparecido y las nubes habían regresado. Para cuando terminó de cruzar la plaza ya estaba empapada; la lluvia venía en sentido horizontal.

Empujó como pudo la puerta de la posada y vio, a la luz de la única vela parpadeante... el caos. Había ropa desparramada por las losas del suelo, y todos los armarios estaban abiertos. Jackrum estaba bajando las escaleras con el alfanje en una mano y un fanal en la otra.

—Ah, eres tú, Artes —dijo—. Han vaciado la posada y se han largado cagando leches. Hasta Molly. He oído cómo se iban. Empujando un carro, a juzgar por el ruido. ¿Qué estás haciendo tú aquí?

—Soy el ordenanza, sargento —dijo Polly, sacudiéndose el agua del gorro.

—Ah, sí. Es verdad. Ve a despertarlo, pues. Está roncando como un aserradero. Más nos vale que la barcaza no se haya marchado.

—¿Por qué se han largado cag... con viento fresco, sargento? —preguntó Polly, y pensó: ¡Concho! ¡A la hora de la verdad yo tampoco digo palabrotas! Pero no pareció que el sargento se diera cuenta.

Él le dedicó lo que se conoce como una mirada de otros tiempos; en aquella habitaban dinosaurios.

—Se han enterado de algo, seguro —dijo—. Claro que esta guerra la vamos ganando, ya sabes.

—Ah. Oh, y no nos van a invadir en absoluto, me imagino —dijo Polly, con la misma cautela exagerada.

—Eso mismo. Detesto con toda mi alma a esos diablos traicioneros que nos quieren hacer creer que hay un ejército enorme a punto de arrasar este país en cualquier momento —dijo Jackrum.

—Ejem... ¿no hay rastro del cabo Strappi, sargento?

—No, pero aún no le he dado la vuelta a todas las piedras... ¡chist!

Polly se quedó paralizada y escuchó con atención. Se oyó un ruido de cascos, cada vez más nítido a medida que se acercaban y cambiando los golpes sordos por el retumbar de herraduras sobre los adoquines.

—Patrulla de caballería —murmuró Jackrum, dejando el fanal sobre la barra del bar—. Seis o siete caballos.

—¿Nuestros?

—Ni de puto milagro.

El traqueteo se ralentizó y por fin se detuvo al otro lado de la puerta.

—Tú dales conversación —dijo Jackrum, estirando el brazo y pasando el cerrojo de la puerta. Luego dio media vuelta y se dirigió a la parte de atrás de la posada.

—¿Cómo? ¿Y qué les digo? —susurró Polly—. ¿Sargento?

Jackrum se había esfumado. Polly oyó murmullos al otro lado de la puerta, seguidos de un par de porrazos impacientes.

Se quitó la casaca. Se arrancó el chacó de la cabeza y lo tiró al otro lado de la barra. Por lo menos ya no era un soldado. Y mientras alguien sacudía la puerta contra el cerrojo, vio algo blanco tirado entre los desechos. Qué tentación tan terrible...

La puerta se abrió de golpe al segundo impacto, pero los soldados no entraron de inmediato. Tumbada detrás de la barra, forcejeando para ponerse las enaguas por encima de los pantalones remangados, Polly intentó descifrar los ruidos. Por lo que dedujo del frufrú de ropa y los golpes sordos, cualquiera que hubiera estado al acecho junto a la puerta preparando una emboscada lo habría lamentado de forma muy breve y terminal. Intentó contar a los invasores; daba la impresión de que eran tres por lo menos. En medio de aquel silencio tenso, la sobresaltó oír una voz que hablaba en tono normal:

—Hemos oído cómo pasaba el cerrojo. Eso quiere decir que estás aquí dentro. No te busques problemas. No queremos tener que buscarte.

Ni yo quiero que lo hagáis, pensó Polly. ¡No soy un soldado! ¡Marchaos! Y lo siguiente que pensó fue: ¿Cómo que no eres un soldado? Cogiste el chelín y besaste el retrato, ¿verdad? Y de pronto un brazo se metió por detrás de la barra y la agarró. Por lo menos no tuvo que fingir.

—¡No! ¡Por favor, señor! ¡No me haga daño! ¡Es que me he asustado! ¡Por favor!

Pero en su interior había cierta... calcetinidad que se sentía avergonzada, y quería repartir patadas.

—Por los dioses, ¿tú qué eres? —dijo el soldado de caballería, obligándola a erguirse y mirándola como si fuera una especie de pieza de museo.

—¡Polly, señor! ¡La camarera, señor! ¡Lo que pasa es que se han largado y me han dejado aquí!

—¡No hagas ruido, chica!

Polly asintió. Lo último que necesitaba en aquellos momentos era que Blusa bajara corriendo las escaleras con su sable y su Esgrima para principiantes.

—Sí, señor —dijo con voz chillona.

—Camarera, ¿eh? Pues entonces ponnos tres pintas de lo que tú probablemente llamarías tu mejor cerveza.

Por lo menos eso podía ocurrir de forma automática. Había visto las jarras bajo la barra, y los toneles estaban detrás de su espalda. La cerveza estaba aguada y olía acre, pero lo más probable era que no pudiera disolver un penique.

El soldado de caballería la miró con atención mientras ella llenaba las jarras.

—¿Qué te ha pasado en el pelo? —preguntó.

Polly estaba preparada para aquello.

—¡Oh señor, me lo han cortado, señor! ¡Porque le sonreí a un soldado ezlobeno, señor!

—¿Aquí?

—En Drok, señor. —Era un pueblo mucho más cercano a la frontera—. ¡Y mi madre dijo que era una vergüenza para la familia y me mandaron aquí, señor!

Al dejar las jarras sobre la barra le temblaban las manos, y apenas estaba exagerando. Apenas... aunque un poco sí. Estás actuando como una chica, se dijo. ¡Sigue así!

Ahora tenía ocasión de examinar a los invasores. Llevaban uniformes de color azul marino, botas enormes y pesados cascos de caballería. Uno de ellos estaba de pie junto a las persianas cerradas. Los otros dos la estaban mirando a ella. Uno tenía galones de sargento y expresión de intensa sospecha. El que la había agarrado era capitán.

—Esta cerveza es espantosa, muchacha —dijo, oliendo la jarra.

—Sí, señor, ya lo sé, señor —farfulló Polly—. No me hacían caso, señor, decían que hay que tapar los barriles con una sábana mojada cuando hay tantos truenos, señor, y Molly nunca limpia la espita y...

—El pueblo está vacío, ¿lo sabes?

—Se han largado todos con viento fresco, señor —dijo Polly con cara solemne—. Va a haber una invasión, señor. Lo dice todo el mundo. Les tienen miedo a ustedes, señor.

—Todos menos tú, ¿eh? —dijo el sargento.

—¿Cómo te llamas, chica que sonríe a los soldados ezlobenos? —dijo el capitán, sonriente.

—Polly, señor —dijo Polly. Su mano encontró lo que estaba buscando a tientas debajo de la barra. La mejor amiga del camarero. Siempre había una.

—¿Y tú me tienes miedo, Polly? —dijo el capitán. El soldado que estaba junto a la ventana soltó una risita.

El capitán tenía un bigote bien recortado y con las puntas enceradas, y Polly calculó que debía de medir más de metro ochenta. También tenía una bonita sonrisa, que de alguna manera mejoraba por la cicatriz de su cara. Un círculo de cristal le cubría un ojo. La mano de Polly agarró la cachiporra escondida.

—No, señor —dijo ella, volviendo a mirar un ojo normal y un cristal—. Esto... ¿para qué es ese cristal, señor?

—Es un monóculo —dijo el capitán—. Me ayuda a verte, por lo cual le estoy eternamente agradecido. Yo siempre digo que si tuviera dos me entrarían los antojos.

Aquello arrancó una risa obediente al sargento. Polly mantuvo la cara inexpresiva.

—¿Y me vas a decir dónde están los reclutas? —preguntó el capitán.

Ella se obligó a no cambiar de expresión.

—No.

El capitán sonrió. Tenía una buena dentadura, pero ahora no había ninguna calidez en su mirada.

—No estás en posición de no saber nada —dijo—. No les haremos daño, te lo aseguro.

Se oyó un grito a lo lejos.

—No mucho —dijo el sargento, con más satisfacción de la necesaria.

Se escuchó otro chillido. El capitán hizo una señal con la cabeza al hombre que había junto a la puerta, que salió con sigilo. Polly sacó el chacó de debajo de la barra y se lo puso.

—Uno de ellos te ha dado su gorra, ¿verdad? —dijo el sargento, y su dentadura ni de lejos estaba tan bien como la del capitán—. Vaya, me gustan las chicas que les sonríen a los soldados...

La cachiporra le dio en toda la cabeza. Estaba hecha con un tallo viejo de endrino e hizo caer al sargento como un árbol talado. El capitán se echó atrás mientras Polly salía de la barra con la porra lista de nuevo. Pero no había desenvainado la espada, y se estaba riendo.

—A ver, chica, si lo que quieres... —El capitán le agarró el brazo mientras ella se giraba, la atrajo hacia sí con fuerza, sin dejar de reír, y se dobló hacia delante casi en silencio cuando la rodilla de Polly hizo impacto contra su cajón de los calcetines. Gracias, Gingiva. Mientras él se encogía, ella dio un paso atrás y bajó la porra contra su casco, haciéndolo tañer.

Polly estaba temblando. Se sentía mareada. Su estómago era un bulto pequeño al rojo vivo. ¿Qué otra cosa podía haber hecho? ¿Acaso debía pensar «Hemos conocido al enemigo y es amable»? Además, aquel capitán no lo era. Era un engreído.

Sacó un sable de una vaina y se internó en la noche. Seguía lloviendo y del río venía una niebla que lo cubría todo hasta la altura de la cintura. Fuera habría una media docena de caballos, aunque no estaban atados. Había un soldado esperando junto a ellos. Vagamente, por encima del murmullo de la lluvia, Polly oyó cómo el hombre hacía ruidos tranquilizadores para calmar a uno de ellos. Deseó no haberlo oído. Bueno, ella había aceptado el chelín. Agarró la cachiporra con fuerza.

Solo había dado un paso cuando la niebla que había entre ella y el hombre se arremolinó lentamente hacia arriba y algo salió de ella. Los caballos se revolvieron, inquietos. El hombre se volvió, una sombra se movió, el hombre se desplomó...

—¡Eh! —susurró Polly.

La sombra se giró.

—¿Oliveti? Soy yo, Maladicto —dijo—. Me ha mandado el sargento a ver si necesitabas ayuda.

—¡El puto Jackrum me ha dejado a solas con un grupo de hombres armados! —dijo Polly entre dientes.

—¿Y?

—Bueno... he noqueado a dos de ellos —respondió Polly, sintiendo mientras lo decía que aquello más bien estropeaba su posición de víctima—. Pero hay otro que ha pasado al otro lado del camino.

—Creo que a ese lo hemos cogido —dijo Maladicto—. Bueno, digo «cogido» pero... Tolón ha estado a punto de destriparlo. Eso sí es una chica con lo que yo llamo asuntos pendientes. —Se dio la vuelta—. A ver... siete caballos, siete hombres. Sí.

—¿Tolón? —dijo Polly.

—Oh, sí. ¿No te habías dado cuenta? Se ha vuelto loca cuando el hombre ha cargado contra Esti. Bueno, echemos un vistazo a esos caballeros tuyos, ¿de acuerdo? —dijo Maladicto, dirigiéndose a la puerta de la posada.

—Pero Esti y Tolón... —empezó a decir Polly, corriendo para no quedarse atrás—. O sea, tal y como se comportan, yo... yo creí que ella era su chica... pero pensaba que Tolón... O sea, sé que Esti es una chic...

Hasta en la oscuridad relucieron los dientes de Maladicto cuando sonrió.

—Está claro que el mundo se está desplegando delante de ti, ¿eh? ¿Oliveti? Cada día algo nuevo. Y ahora travestismo, por lo que veo.

—¿Qué?

—Llevas enaguas, Oliveti —dijo Maladicto, metiéndose detrás de la barra. Polly bajó la vista con expresión culpable y empezó a quitárselas, pero entonces pensó: espera un momento...

El sargento se las había apañado para apoyarse en la barra, donde ahora estaba vomitando. El capitán gemía en el suelo.

—¡Buenas noches, caballeros! —dijo el vampiro—. Presten atención, por favor. Soy un vampiro reformado, lo cual quiere decir que soy un manojo de instintos reprimidos, sujetos solo a base de saliva y café. Sería incorrecto decir que no soy propenso a la carnicería violenta y desgarradora. Es no arrancarles sus gargantas a lo que no soy propenso. Por favor, no me lo pongan todavía más difícil.

El sargento se apartó como pudo de la superficie de la barra y trató de atizarle un golpe torpón a Maladicto. Casi sin prestar atención, Maladicto se inclinó hacia atrás para evitarlo y le respondió con un gancho que lo derribó.

—El capitán tiene mal aspecto —dijo—. ¿Qué ha intentado hacerle a un pobre chico indefenso como tú?

—Ser condescendiente conmigo —dijo Polly, mirando furiosa a Maladicto.

—Ah —dijo el vampiro.

\* \* \*

Maladicto llamó suavemente a la puerta del cuartel. Esta se abrió un poco, y luego del todo. Carborundo bajó su garrote. Sin decir palabra, Polly y Maladicto arrastraron a los dos soldados de caballería al interior. El sargento Jackrum estaba sentado en un taburete junto al fuego, bebiendo una jarra de cerveza.

—Buen trabajo, muchachos —dijo—. Ponedlos con los demás. —Hizo un gesto vago con la jarra hacia la pared opuesta, donde había cuatro soldados huraños encorvados bajo la mirada de Tolón. Los habían esposado juntos. El último soldado estaba tumbado en la mesa, mientras Igor trabajaba en él con hilo y aguja—. ¿Cómo va eso, peluso? —preguntó.

—Ze pondrá bien, zargento —dijo Igor—. Parecía peor de lo que era, en realidad. Menos mal, porque hazta que lleguemoz al campo de batalla no tendré recambioz.

—¿Tienes un par de piernas para el viejo Trespartes? —preguntó Jackrum.

—Venga, sargento, no diga esas cosas —dijo Escalote con tranquilidad. Estaba sentado al otro lado de la chimenea—. Déjeme solamente los caballos que traían estos y sus sillas de montar. A sus chicos les irán bien sus sables, sin ninguna duda.

—Nos buscaban a nosotros, sargento —dijo Polly—. Solo somos una panda de reclutas sin formar y nos estaban buscando. ¡Me podrían haber matado, sargento!

—No, yo reconozco el talento cuando lo veo —dijo Jackrum—. Buen trabajo, chaval. Yo me he tenido que escaquear porque un hombre grandote con su uniforme enemigo completo es difícil de pasar por alto. Además, había que despertar a todos los demás. Eso es pensamiento militar, ¿sabéis?

—Pero si yo no hubiera... —Polly vaciló—. ¡Si no los hubiera engañado, podrían haber matado al teniente!

—¿Lo ves? Siempre hay un lado positivo, da igual cómo lo mires —dijo Escalote.

El sargento se puso de pie, se secó la boca con el dorso de la mano y se tiró del cinturón hacia arriba. Fue paseando plácidamente hasta el capitán, estiró el brazo y lo levantó agarrado de la casaca.

—¿Por qué estaba usted buscando a estos chicos, señor?

El capitán abrió su ojo y reparó en aquel hombre gordo.

—Soy oficial y caballero, sargento —murmuró—. Hay unas normas.

—Por aquí no abundan mucho los caballeros en estos momentos, señor —dijo el sargento.

—Y que lo diga —susurró Maladicto. Polly, embriagada de alivio y tensión descargada, tuvo que taparse la boca con la mano para contener una risita.

—Ah, sí. Las normas. Los prisioneros de guerra y esas cosas —continuó Jackrum—. Eso quiere decir que hasta tienen que comer ustedes lo mismo que nosotros, pobres diablos. ¿O sea que no va a hablar conmigo?

—Soy el... capitán Horentz del Primero de Dragones Pesados. No diré más. —Y algo en la forma en que lo había dicho dio un codazo a Polly en el cerebro. Está mintiendo.

Jackrum lo miró un momento con cara inexpresiva y luego dijo:

—Vamos a ver... Parece que lo que tenemos aquí es un encabronamiento, lo cual, mis queridos muchachos de los Queseros, se define como una obstrucción al avance del progreso. ¡Me propongo lidiar con ello del siguiente modo! —Soltó la casaca del hombre y el capitán cayó hacia atrás.

El sargento Jackrum se quitó el gorro. Después también se quitó la casaca, revelando una camisa manchada y unos tirantes de color rojo chillón. Seguía siendo casi esférico; de cuello hacia abajo los pliegues de piel se solapaban hasta llegar a las regiones tropicales. El cinturón debía de estar ahí simplemente para ajustarse a las regulaciones, pensó Polly.

Se llevó una mano al cuello y desató un cordel que llevaba atado. El cordel atravesaba un agujero que había en una moneda deslustrada.

—¡Cabo Escalote! —dijo.

—¡Sí, sargento! —contestó Escalote, cuadrándose.

—Reparará usted en que me estoy despolojando de mi insignia y le estoy entregando a usted mi chelín oficial, lo cual quiere decir que, como la última vez que me alisté fue por doce años y de eso ya hace dieciséis, ¡ahora soy a todos los efectos un maldito civil!

—Sí, señor Jackrum —dijo Escalote con alegría.

Entre los prisioneros, varias cabezas se levantaron de golpe al oír aquel nombre.

—Y como ese es el caso, y como usted, capitán, está invadiendo nuestro país en plena noche y al amparo de la oscuridad, y yo soy un humilde civil, creo que no hay ninguna regla que me impida pegarle siete tipos distintos de somantas de palos hasta que me diga por qué ha venido aquí y cuándo van a llegar el resto de sus compañeros. Y puede que eso me cueste algún tiempo, señor, porque hasta la fecha solo he descubierto cinco tipos de somantas. —Se remangó la camisa, volvió a alzar en volandas al capitán y echó un puño hacia atrás...

—Solo teníamos que arrestar a los reclutas y tenerlos bajo custodia —dijo una voz—. ¡No les íbamos a hacer daño! ¡Y ahora déjelo en el suelo, Jackrum, maldición! ¡Todavía está viendo las estrellas!

Era el sargento de la posada. Polly miró a los demás prisioneros. Aun estando vigilados por Carborundo y Maladicto, y bajo la mirada furiosa de Tolón, había una sensación nítida de que el primer golpe que recibiera el capitán desencadenaría una revuelta. Y Polly pensó: son muy protectores, ¿no?

Jackrum también debía de haberse dado cuenta.

—Ah, así me gusta —dijo, bajando al capitán suavemente pero sin soltarle la casaca—. Sus hombres lo honran a usted, capitán.

—Eso es porque no somos esclavos, jodido comerremolachas —gruñó uno de los soldados.

—¿Esclavos? Todos mis chicos se han alistado por voluntad propia, cabezanabo.

—Tal vez creen haberlo hecho —dijo el sargento—. Pero les ha mentido usted. Llevan años mintiéndoles. ¡Van a morir todos por culpa de sus estúpidas mentiras! ¡Por sus mentiras y esa vieja puta mentirosa, podrida y demacrada de duquesa que tienen!

—¡Soldado Goom, descanse! ¡Es una orden! ¡Descanse, he dicho! ¡Soldado Maladicto, quítele esa espada al soldado Goom! ¡Es otra orden! ¡Sargento, ordene a sus hombres que retrocedan despacio! ¡Despacio! ¡Ahora mismo! ¡A fe mía que no soy un hombre violento, pero como alguien, el que sea, me desobedezca, por Dios, ese hombre se enfrenta a una costilla rota!

Jackrum gritó todo eso en una única y larga explosión de sonido sin quitarle la vista de encima al capitán.

La reacción, el orden y la quietud jadeante solo habían tardado unos segundos en llegar. Polly contempló el repentino retablo mientras se le distendían los músculos.

Los soldados ezlobenos se estaban replegando. El garrote que Carborundo sostenía en alto empezó a descender suavemente. A la pequeña Pirao la tenía levantada en vilo Maladicto, que le había quitado una espada de la mano, posiblemente nadie más que un vampiro se podría haber movido más deprisa que Pirao cuando había cargado contra los prisioneros.

—Custodia —dijo Jackrum en voz baja—. Es una palabra curiosa. Mire a mis chiquillos, ¿quiere? Entre todos no juntan ni un pelo de barba, quitando el troll, y el liquen no cuenta. Unos pipiolos, eso es lo que son. ¿Qué tiene de peligroso una panda inofensiva de mozos de granja que pueda preocupar a una elegante panda de azotacaballos como ustedes?

—Por favor, ¿alguien ze podría acercar para poner un dedo en ezte nudo? —dijo Igor desde su mesa de operaciones improvisada—. Ya cazi he terminado.

—¡Inofensiva! —dijo el sargento, mirando cómo forcejeaba Pirao—. ¡Pero si son un hatajo de putos dementes!

—Quiero hablar con su oficial, maldita sea —dijo el capitán, ya algo menos aturdido—. Porque tendrán un oficial, ¿no?

—Sí tenemos uno en alguna parte, por lo que yo recuerdo —dijo Jackrum—. Artes, ve a buscar al ruperto, ¿quieres? Y mejor que te quites el vestido antes. Con los rupertos nunca se sabe. —Dejó con cuidado al capitán sobre un banco y puso la espalda recta—. ¡Carborundo, Maladicto, cortadle algo a todo prisionero que se mueva, y a cualquier hombre que intente atacar a un prisionero! —dijo—. A ver... ah, sí. Trespartes Escalote, deseo alistarme en su maravilloso ejército, con sus muchas oportunidades para un joven dispuesto a aplicarse.

—¿Había soldadeado usted alguna vez antes? —preguntó Escalote, sonriendo.

—Cuarenta años combatiendo hasta al último cabrón en ciento cincuenta kilómetros a la redonda de Borogravia, cabo.

—¿Talentos especiales?

—Seguir con vida, cabo, pase lo que pase.

—Entonces permítame que le ofrezca un chelín y un ascenso inmediato al rango de sargento —dijo Escalote, devolviéndole la casaca y el chelín—. ¿Quiere Oscular a la Damisela Alegre?

—A mi edad ya no —respondió Jackrum, volviendo a ponerse la casaca—. Ya está —dijo—. Todo arreglado, todo limpio, todo legal. Adelante, Artes, te he dado una orden.

\* \* \*

Blusa estaba roncando. Su vela se había consumido. Tenía un libro abierto sobre la manta. Polly se lo quitó suavemente de debajo de los dedos. El título, casi invisible en la cubierta manchada, era: Tacticus: las campañas.

—¿Señor? —susurró.

Blusa abrió los ojos, la vio y luego se volvió y hurgó frenéticamente junto a la cama.

—Están aquí, señor —dijo Polly, entregándole sus anteojos.

—Ah, Artes, gracias —dijo el teniente, incorporándose hasta sentarse—. ¿Ya es medianoche?

—Un poco más tarde, señor.

—¡Oh, cielos! ¡Tenemos que darnos prisa! ¡Deprisa, páseme los pantalones! ¿Los hombres han pasado buena noche?

—Nos han atacado tropas ezlobenas, señor. Del Primero de Dragones Pesados. Los hemos hecho prisioneros, señor. No ha habido bajas, señor...

... porque no esperaban que nos resistiéramos. Querían cogernos vivos. Y se han topado con Carborundo y con Maladicto y... conmigo.

Le había costado mucho, mucho, obligarse a sí misma a golpear con aquella cachiporra. Pero una vez hecho, había resultado fácil. Y luego le había dado vergüenza que la sorprendieran vestida con enaguas, por mucho que llevara los pantalones debajo. Había pasado de chico a chica con solo pensarlo, y le había sido tan... fácil. Le hacía falta tiempo para reflexionar sobre aquello. Le hacía falta tiempo para pensar en muchas cosas. Y sospechaba que el tiempo iba a llegar en suministros escasos.

Blusa seguía sentado allí con los pantalones a medio poner, mirándola fijamente.

—Vuelva a explicarme eso, ¿quiere, Artes? —dijo—. ¿Ha capturado a unos enemigos?

—No solo yo, señor, yo únicamente he cogido a dos —dijo Polly—. Los hemos, ejem, reunido entre todos, señor.

—¿Dragones Pesados?

—Síseñor.

—¡Se trata del regimiento personal del príncipe! ¿Nos han invadido?

—Creo que era más bien una patrulla, señor. Siete hombres.

—¿Y ninguno de ustedes está herido?

—Noseñor.

—¡Páseme mi camisa! ¡Oh, demonios!

Fue entonces cuando Polly se fijó en el vendaje que llevaba el teniente en la mano derecha. Tenía una mancha roja de sangre. Él vio la expresión de ella.

—Algo así como una herida autoinfligida, Artes —dijo en tono nervioso—. «Puliendo» mis ejercicios de esgrima después de la cena. Nada grave. Solo estoy un poco «oxidado», ya sabe. No me puedo apañar con los botones. Si fuera tan amable...

Polly ayudó al teniente a ponerse con dificultad el resto de la ropa y echó sus otras escasas posesiones en un saco. Había que ser un hombre fuera de lo común, reflexionó ella, para cortarse la mano que empuñaba la espada con su propia espada.

—Tengo que pagar la cuenta... —murmuró el teniente mientras bajaban apresuradamente la escalera a oscuras.

—No puede, señor. Todos han huido, señor.

—Tal vez debería dejarles una nota, ¿no cree? No me gustaría que pensaran que me he «dado el piro» sin...

—¡Se han marchado todos, señor! —exclamó Polly, empujándolo hacia la puerta de salida. Se detuvo frente al cuartel, le arregló la casaca y le miró fijamente la cara—. ¿Se lavó usted anoche, señor?

—No había... —empezó a decir Blusa.

La reacción fue automática. Por mucho que Polly fuera quince meses más joven, llevaba demasiado tiempo haciendo de madre a Paul.

—¡Pañuelo! —exigió.

Y como hay cosas que quedan programadas en el cerebro a muy tierna edad, él sacó uno obedientemente.

—¡Escupa! —ordenó Polly. Luego usó el pañuelo mojado para quitarle una mancha de la cara a Blusa y se dio cuenta, mientras lo estaba haciendo, de que lo estaba haciendo.

No había vuelta atrás. La única salida era hacia delante.

—Muy bien —dijo con brusquedad—. ¿No se ha dejado nada?

—No, Artes.

—¿Ha ido al excusado esta mañana? —continuó su boca, mientras su cerebro se encogía de miedo a un consejo de guerra. Estoy conmocionada, pensó, y él también. Así que uno se aferra a lo que sabe. Y no se puede parar...

—No, Artes —respondió el teniente.

—Entonces tiene que ir como es debido antes de que subamos a la barcaza, ¿de acuerdo?

—Sí, Artes.

—Pase adentro, pues, como un buen teniente.

Polly se apoyó en la pared y se apresuró a recobrar el aliento con unas pocas bocanadas mientras Blusa entraba en el cuartel, y a continuación siguió sus pasos.

—¡Oficial presente! —ladró Jackrum.

El pelotón, que ya estaba en formación, se puso en distintos grados de firmes. El sargento hizo un brusco saludo marcial delante de Blusa, provocando que el joven se echara hacia atrás.

—¡Partida de reconocimiento enemiga apresada, señor! ¡Andamos rodeados de peligro, señor! ¡En vista de la gran emergencia de la emergencia, señor, y dado que no tiene usted suboficiales porque el cabo Strappi se ha escaqueado, y en vista de que soy un antiguo soldado con buena reputación, está usted autorizado a reclutarme como auxiliar de acuerdo con las Regulaciones de la duquesa, Regla 796, Sección 3.ª [a], Párrafo ii, señor, gracias, señor!

—¿Cómo? —dijo Blusa, mirando a su alrededor con cara de sueño y cobrando conciencia de que en un mundo de repentina agitación había una enorme casaca roja que parecía saber lo que hacía—. Ah. Sí. Bien. ¿Regla 796, dice? Por supuesto. Buen trabajo. Continúe, sargento.

—¿Está usted al mando aquí? —ladró Horentz, poniéndose en pie.

—Ciertamente, capitán —respondió Blusa.

Horentz lo miró de arriba abajo.

—¿Usted? —dijo, con la palabra rezumando desprecio.

—Ciertamente, señor —dijo Blusa, frunciendo los ojos.

—En fin, tendremos que hacer lo que podamos. Ese gordo cabrón —dijo Horentz, señalando con un dedo amenazador a Jackrum—, ¡ese cabrón me ha tratado con violencia! ¡Siendo prisionero! ¡Encadenado! ¡Y ese... chico —añadió el capitán, escupiendo la palabra en dirección a Polly— me ha dado una patada en los pelusos y a punto ha estado de matarme a garrotazos! ¡Le exijo que nos deje libres!

Blusa se giró hacia Polly.

—¿Le ha pegado usted una patada en los «pelusos», Partes?

—Ejem... síseñor. Un rodillazo, en realidad. Y me llamo Artes, señor, aunque entiendo que se haya equivocado usted.

—¿Qué estaba haciendo él en ese momento?

—Ejem... abrazándome, señor. —Polly vio que Blusa enarcaba las cejas y se lanzó de cabeza—. Yo estaba transitoriamente disfrazado de chica, señor, a fin de disipar sospechas.

—Y luego... ¿le dio garrotazos?

—Síseñor. Uno solo, señor.

—¿Y se puede saber qué le hizo parar después del primero? —dijo Blusa.

—¿Señor? —dijo Polly, mientras Horentz ahogaba un gemido.

Blusa se giró con una mirada casi angelical de placer en la cara.

—Y usted, sargento —continuó—, ¿es cierto que le ha puesto la mano encima al capitán?

Jackrum dio un paso adelante y saludó con elegancia.

—No de hecho per se y tal, señor, no —dijo, manteniendo la mirada fija en un punto situado a unos tres metros de altura en la pared opuesta—. Solo me he planteado que, teniendo en cuenta que él había invadido nuestro país para capturar a nuestros muchachos, señor, no estaría mal que el capitán experimentara sentimientos transitorios de espanto y sobrecogimiento, señor. A fe mía, señor, no soy un hombre violento.

—Claro que no, sargento —respondió Blusa. Y ahora, aunque seguía sonriendo, su sonrisa tenía un matiz de regocijo malévolo.

—Por todos los dioses, pedazo de idiota, no puede usted creer a estos palurdos ignorantes, son la escoria de... —empezó a decir Horentz.

—Por supuesto que los creo —dijo Blusa, temblando de nerviosismo desafiante—. Confiaría en su testimonio antes que en el de usted, señor, aunque me dijeran que el cielo es verde. Y da la impresión de que por mucha formación que les falte, han derrotado a algunos de los mejores soldados de Ezlobenia por medio del ingenio y la osadía. Tengo plena confianza en que todavía guardan más sorpresas para nosotros...

—Bastaría con que os bajarais los calzones —susurró Maladicto.

—¡Cállate! —dijo Polly entre dientes, y luego tuvo que volver a morderse el puño.

—Yo le conozco, capitán Horentz —dijo Blusa, y por un pequeño instante el capitán pareció preocupado—. Quiero decir que conozco a los hombres como usted. Los he tenido que soportar toda la vida. Matones corpulentos y joviales, con el cerebro en los pantalones. ¿Se atreve a entrar a caballo en nuestro país y pensar que vamos a tenerles miedo? ¿Cree que puede apelar a mí pasando por encima de mis hombres? ¿Me lo exige? ¿En territorio de mi país?

—Capitán... —murmuró el sargento de caballería, mientras Horentz contemplaba boquiabierto al teniente—. Van a llegar pronto...

—Ah —dijo Horentz, vacilante. Luego pareció que recobraba la compostura con cierto esfuerzo—. Vienen refuerzos —dijo, casi ladrando—. Libérenos ahora, idiota, y puede que deje pasar esto como una simple estupidez de nativos. En caso contrario, me encargaré de que las cosas les vayan muy, muy mal a usted y a sus... ja... hombres.

—¿Se ha considerado que siete soldados de caballería no bastaban para reducir a unos mozos de granja? —dijo Blusa—. Está sudando usted, capitán. Está preocupado. ¿Y sin embargo está esperando refuerzos?

—¡Permiso para hablar, señor! —ladró Jackrum, y continuó sin pararse—. ¡Queseros! ¡Cojan sus condenadas armas ahora mismo! ¡Maladicto, devuélvale al soldado Goom la espada y deséele suerte! ¡Carborundo, agarre un puñado de esas picas de tres metros! Los demás...

—También tenemos esto, sargento —dijo Maladicto—. Las hay a montones. Las he cogido de las sillas de montar de nuestros amigos. —Sostuvo en alto algo que a Polly le pareció un par de enormes ballestas de mano, metálicas y estilizadas.

—¿Ballestas de caballería? —dijo Jackrum, como un niño abriendo un maravilloso regalo de la Vigilia de los Puercos—. Eso es la recompensa por llevar una vida honesta y sobria, niños. Menudos chismecitos terroríficos. ¡Cojamos un par por cabeza!

—No quiero violencia innecesaria, sargento —dijo Blusa.

—¡A sus órdenes, señor! —dijo el sargento—. ¡Carborundo! ¡Al primero que entre corriendo por esa puerta lo quiero ver clavado a la pared! —Vio que el teniente lo estaba mirando y añadió—: ¡Pero no demasiado fuerte!

... y entonces alguien llamó a la puerta.

Maladicto apuntó hacia allí con dos ballestas. Carborundo levantó un par de picas con cada mano. Polly levantó su cachiporra, un arma que por lo menos sabía usar. Los otros muchachos, y muchachas, levantaron las armas que Trespartes les había podido conseguir. Se hizo el silencio. Polly miró a su alrededor.

—¿Adelante? —se aventuró a decir.

—Sí, claro, bastará con eso —dijo Jackrum, poniendo los ojos en blanco.

La puerta se abrió y un hombrecillo muy pulcro entró con cautela. Por su complexión, tono de piel y peinado se parecía bastante a Mala...

—¿Un vampiro? —preguntó Polly en voz baja.

—Oh, demonios —dijo Maladicto.

La indumentaria del recién llegado, sin embargo, era poco habitual. Llevaba una chaqueta de esmoquin más bien anticuada con las mangas cortadas y muchos, muchos bolsillos cosidos por todas partes. Frente al pecho, colgada del cuello, tenía una caja negra de gran tamaño. En contra de todo sentido común, sonrió de oreja a oreja al ver una docena de armas preparadas para infligir una muerte perforante.

—¡Marravilloso! —dijo, levantando la caja y desplegando tres patas para formar un trípode sobre el que ponerla—. Perro... ¿podrría moverrse el trroll un poco a la izquierrda, porr favorr?

—¿Eh? —dijo Carborundo.

Los miembros del pelotón se miraron entre ellos.

—Sí, y si el sarrgento tuvierra la amabilidad de ponerrse más al centrro, y todos levantarran esas espadas un poco más —continuó el vampiro—. ¡Perrfecto! Y usted, señorr, si pudierra darme un grrrh...

—¿Grrrh? —dijo Blusa.

—¡Muy bien! Ahorra ferroz de verrdad...

Hubo un destello cegador y una breve exclamación de «oh, mie...» seguida de un tintineo de cristal roto.

Allí donde había estado el vampiro ahora había un pequeño cono de polvo. Parpadeando, Polly vio cómo se elevaba borboteando hasta adoptar forma humana, que se condensó nuevamente en el vampiro.

—Cielos, de verrdad pensaba que el filtrro nuevo funcionarría —dijo—. En fin, se aprrende viviendo. —Les dedicó una sonrisa luminosa y añadió—: Y ahorra... ¿cuál de ustedes es el capitán Horrentz, porr favorr?

\* \* \*

Había pasado media hora. Polly seguía perpleja. El problema no era que no entendiera lo que estaba pasando. El problema era que antes de poder entenderlo tenía que entender otras muchas cosas. Una de ellas era el concepto de «periódico».

Blusa parecía orgulloso y preocupado por turnos, pero nervioso todo el tiempo. Polly lo miró con atención, en gran parte porque estaba hablando con el hombre que había entrado detrás del iconografista. Iba vestido con un sobretodo de cuero y pantalones de montar, y se pasaba la mayor parte del tiempo apuntando cosas en un cuaderno, dirigiendo miradas perplejas de vez en cuando al pelotón. Por fin, Maladicto, que tenía buen oído, se acercó paseando a los reclutas desde el sitio donde estaba apoyado ociosamente en la pared.

—Muy bien —dijo, bajando la voz—. Todo es un poco complicado, pero... ¿alguno de vosotros sabe algo de periódicos?

—Zí, mi primo zegundo Igor de Ankh-Morpork me habló de elloz —dijo Igor—. Zon como una ezpecie de comunicadoz del gobierno.

—Hum... más o menos. Pero no los escribe el gobierno. Los escribe gente normal que toma nota de las cosas —explicó Maladicto.

—¿Como un diario personal? —preguntó Tolón.

—Hum... no...

Maladicto intentó explicarse. El pelotón intentó entenderlo. Seguía sin tener ningún sentido. A Polly le daba la impresión de ser una especie de espectáculo de marionetas. Y en todo caso, ¿por qué ibas a confiar en algo escrito? Ella no confiaba nada en «¡Madres de Borogravia!», y eso lo había escrito el gobierno.

Y si no podías confiar en el gobierno, ¿en quién podías confiar?

En casi todo el mundo, bien pensado...

—El señor de Worde trabaja para un periódico de Ankh-Morpork —dijo Maladicto—. Dice que vamos perdiendo. Dice que el número de víctimas sube como la espuma y que las tropas están desertando y que todos los civiles están huyendo a las montañas.

—¿P-por qué deberíamos creerle? —preguntó Pirao con vehemencia.

—Bueno, hemos visto un montón de víctimas y refugiados y al cabo Strappi no se lo ve desde que se enteró que tenía que ir al frente —dijo Maladicto—. Lo siento, pero es verdad. Lo hemos visto todos.

—Vale, pero él solo es un hombre cualquiera de un país extranjero. ¿P-por qué nos iba a mentir la duquesa? O sea, ¿por qué nos iba a enviar únicamente para morir? —dijo Pirao—. ¡Ella v-vela por nosotros!

—Todo el mundo dice que vamos ganando —dijo Tolón, vacilante tras aquel momento de vergüenza.

A Pirao le estaban cayendo lágrimas por la cara.

—Eso no es cierto —dijo Polly—. Y yo tampoco creo que vayamos ganando.

—¿Alguien cree que sí? —preguntó Maladicto.

Polly examinó todas las caras.

—Pero decirlo... es como una traición contra la duquesa, ¿no? —dijo Pirao—. Es Propagar la Alarma y el Desaliento, ¿no?

—Tal vez tendríamos que estar alarmados —dijo Maladicto—. ¿Sabéis cómo ha llegado aquí ese hombre? Se dedica a viajar de un lado a otro apuntando cosas sobre la guerra para su papel de noticias. Se encontró a esos soldados de caballería un poco camino arriba. ¡En nuestro país! Y ellos le dijeron que se habían enterado de que los últimos reclutas de toda Borogravia estaban aquí y que no eran más que, ejem, «una pandillita de novatos con voz de pito». Dijeron que venían a capturarnos por nuestro propio bien y que le dejarían hacer una imagen de nosotros para su periódico. Que así podría mostrar a todo el mundo lo mal que estaban las cosas, dijeron, viendo cómo apuramos los últimos recursos.

—¡Sí, pero cuando los hemos derrotado se han quedado clavados en el sitio! —dijo Tolón, con una sonrisa cruel—. Ya no tiene nada que escribir, ¿eh?

—Hum... en realidad, sí. ¡Dice que esto es todavía mejor!

—¿Mejor? Pero ¿de qué lado está él?

—Es un poco complicado, la verdad. Viene de Ankh-Morpork, pero no está exactamente con su bando. Ejem... Otto Alarido, que es quien le hace las imágenes...

—¿El vampiro? ¡Se ha deshecho en polvo cuando ha habido esa luz brillante! —dijo Polly—. Y luego... ha vuelto.

—Bueno, yo estaba detrás de Carborundo en ese momento —dijo Maladicto—. Pero conozco la técnica. Lo más probable es que tuviera un frasquito de cristal lleno de s... sa... sagh... no, espera, puedo decirlo... sangre. —Suspiró—. ¡Ya está! Sin problema. Un frasquito fino lleno de... eso que he dicho... que se ha roto contra el suelo y ha hecho que el polvo se condensara otra vez. Es muy buena idea. —Maladicto ensayó una tenue sonrisa—. Creo que se involucra mucho en lo que hace, ya sabéis. De todas formas, me ha contado que de Worde tan solo intenta averiguar la verdad. Y entonces la pone por escrito y se la vende a todo el que la quiera.

—¿Y la gente le deja hacer eso? —se extrañó Polly.

—Eso parece. Otto dice que consigue poner lívido de rabia al comandante Vimes una vez por semana, más o menos, pero que nunca pasa nada.

—¿Vimes? ¿El Carnicero? —dijo Polly.

—Es duque, dice Otto. Pero no como los nuestros. Otto dice que nunca lo ha visto descuartizar a nadie. Otto es un Crespón Negro, como yo. No mentiría a otro que lleva la cinta. Y él dice que la imagen que ha tomado va a circular por los clacs esta misma noche desde la torre más cercana. ¡Estará en el papel de noticias mañana! ¡Y además, imprimen una copia aquí!

—¿Cómo se puede mandar una imagen por clacs? —preguntó Polly—. Yo conozco a gente que las ha visto. ¡Son un montón de cajas encima de una torre que hacen «clac-clac»!

—Ah, Otto también me lo ha explicado —dijo Maladicto—. Es muy ingenioso.

—¿Y cómo funciona, entonces?

—Bueno, no he entendido lo que me ha dicho. Tenía que ver con... números. Pero daba la impresión de ser muy ingenioso. En todo caso, de Worde le acaba de contar al ten... al ruperto que sin duda la noticia de que una panda de chavales ha dado una paliza a unos soldados experimentados llamará mucho la atención de la gente.

Los miembros del pelotón se miraron entre ellos, avergonzados.

—Ha sido un poco de chiripa, y además teníamos a Carborundo —dijo Tolón.

—Y yo los he engañado —dijo Polly—. Quiero decir que no me saldría bien otra vez.

—¿Y qué? —preguntó Maladicto—. Lo hemos hecho. ¡Lo ha hecho el pelotón! ¡La próxima vez lo haremos de forma distinta!

—¡Eso! —dijo Tolón.

Y hubo un momento colectivo de euforia en el que habrían sido capaces de cualquier cosa. Se prolongó durante todo un... momento.

—Pero no funcionará —dijo Otis—. Solamente hemos tenido suerte. Tú sabes que no funcionará, Maladicto. Todos sabéis que no funcionará, ¿verdad?

—Bueno, no estoy diciendo que podamos, ya sabéis, vencer a un regimiento entero de golpe —dijo Maladicto—. Y es posible que el ten... el ruperto sea un poco novato. Pero podríamos contribuir a marcar la diferencia. El viejo Jackrum sabe lo que se hace...

—A fe mía, no soy un hombre violento... ¡patapum! —rió Tolón, y se oyeron unas cuantas... sí, risitas de chica, eran risitas, Polly lo sabía, procedentes del pelotón.

—No, no lo eres —dijo Otis rotundamente—. Aquí no hay nadie que lo sea, ¿verdad? Porque somos chicas.

Hubo un silencio absoluto.

—Bueno, Carborundo y Oliveti no, vale —continuó, como si aquel silencio estuviera absorbiéndole unas palabras que no quería pronunciar—. Y no estoy segura de Maladicto e Igor. Pero sé que el resto de nosotras lo somos, ¿verdad? Tengo ojos, tengo orejas y tengo cerebro. ¿De acuerdo?

En el silencio se oyó el lento retumbar que precedía siempre a un pronunciamiento de Carborundo.

—Si ayuda para algo —dijo, con un voz que de pronto tenía más arena que grava—, mi nombre de verdad es Jade.

Polly se vio acechada por las miradas. Estaba avergonzada, claro. Pero no por la razón obvia. Era por la otra, por esa pequeña lección que a veces la vida enseña a palos: que no eres el único que observa el mundo. Que la otra gente es gente; mientras los miras, ellos te miran a ti, y piensan en ti mientras tú piensas en ellos. Que tú no eres el centro del mundo.

No iba a haber ninguna manera de salir de aquello. Y en cierta manera, era un alivio.

—Polly —dijo, casi en un susurro.

A continuación preguntó con la mirada a Maladicto, que puso una sonrisa claramente evasiva.

—¿Es el mejor momento? —dijo.

—Muy bien, chavales, ¿qué narices hacéis aquí plantados? —berreó Jackrum, a quince centímetros de la nuca de Maladicto. Nadie lo había visto llegar; se movía con el sigilo propio de los suboficiales, que a veces desconcertaba incluso a los Igors.

La sonrisa de Maladicto no se inmutó.

—Caramba, pues esperando sus órdenes, sargento —dijo, dándose la vuelta.

—¿Te crees que eres listo, Maladicto?

—Hum... sí, sargento. Bastante listo —admitió el vampiro.

En la sonrisa de Jackrum no había demasiado humor.

—Bien. Me alegro de enterarme. No quiero otro cabo estúpido. Sí, ya sé que ni siquiera eres un soldado como es debido, pero ¡sorpresa!, ahora eres cabo, porque me hace falta uno y tú eres el que mejor viste. Pídele unos galones a Trespartes. Los demás... esto no es una puta reunión de madres, nos largamos en cinco minutos. ¡A moverse!

—Pero los prisioneros, sargento... —empezó a decir Polly todavía intentando digerir la revelación.

—Vamos a llevarlos hasta la posada, los ataremos en porreta y los esposaremos entre ellos —dijo Jackrum—. Menudo diablillo salvaje cuando lo calientan, nuestro ruperto, ¿eh? Y Trespartes se va a llevar sus botas y sus caballos. Les va a costar un poco llegar lejos, así en porreta...

—¿Y no los soltará el escritor? —dijo Tolón.

—Me da igual —dijo Jackrum—. Lo más seguro es que pueda cortar las cuerdas, pero pienso tirar la llave de las esposas en la letrina, y ahí les va a costar un buen rato pescarla.

—¿De qué lado está ese hombre, sargento? —preguntó Polly.

—No lo sé. Yo no confío en ellos. No les hago caso. No hablo con ellos. Nunca hablo con gente que apunta cosas. Norma militar. ¡Y ahora, sé que os he dado una orden porque he oído el jodido eco! ¡A obedecerla! ¡Nos marchamos!

—Es el camino de la perdición, chaval, eso de los ascensos —dijo Escalote a Maladicto, mientras se acercaba bamboleándose con dos galones colgados del garfio. Sonrió—. Ahora te deben tres peniques más al día, solo que no te llegarán porque no nos están pagando, pero mirando el lado bueno, tampoco te caerán retenciones, y mira que les chiflan las retenciones. ¡Tal como lo veo yo, si te pones a marchar hacia atrás, se te desbordarán los bolsillos!

\* \* \*

La lluvia se había detenido. La mayor parte del pelotón estaba desfilando delante del cuartel, donde ahora había un pequeño carromato cubierto que pertenecía al escritor del papel de noticias. Tenía una bandera enorme colgando de un palo mástil, pero Polly no consiguió distinguir los colores a la luz de la luna. Al lado del carromato, Maladicto estaba enfrascado en conversación con Otto.

El centro de atención, sin embargo, era la hilera de caballos de batalla. A Blusa le habían ofrecido uno, pero lo había rechazado con un gesto y una mirada de alarma, murmurando algo sobre ser leal a su corcel, que a ojos de Polly era una rejilla de tostar pan autopropulsada y con problemas de actitud. Pero probablemente hubiera tomado la decisión correcta, porque aquellos eran animales grandes, anchos, curtidos por la batalla y ansiosos de acción; montar a uno de ellos habría dado demasiado de sí la entrepierna de los pantalones de Blusa y cualquier intento de refrenarlo le habría arrancado los brazos por el hombro. Ahora cada caballo tenía un par de botas colgando de la silla, salvo el que iba en cabeza, un animal verdaderamente magnífico sobre el que el cabo Escalote parecía un adorno de última hora.

—Yo no galopo ni en pollinos, ya lo sabes, Trespartes —dijo Jackrum mientras terminaba de amarrar las muletas detrás de la silla de montar—, pero este que tienes aquí es un caballo de narices.

—Carajo, ya lo creo, sargento. ¡Con ese caballo se podría alimentar a una sección entera durante una semana! —dijo el cabo.

—¿Seguro que no quieres venirte con nosotros? —añadió Jackrum, apartándose—. Supongo que aún te quedarán una o dos cosas para que te las corten esos hijos de puta, ¿no?

—Gracias, sargento, es una oferta amable —dijo Trespartes—. Pero los caballos rápidos no tardarán en escasear, y yo estaré en el meollo del asunto, por así decirlo. Estos de aquí valen tres años de paga. —Se giró en la silla y saludó con la cabeza al pelotón—. Que tengáis toda la suerte del mundo, chavales —añadió en tono alegre—. Caminaréis con la Muerte todos los días, pero yo lo he visto y se dice que alguna vez ha guiñado un ojo. Y recordad: ¡llenaos las botas de sopa! —Apremió a los caballos hasta ponerlos al paso y desapareció con sus trofeos en la penumbra.

Jackrum miró cómo se marchaba, negó con la cabeza y se volvió hacia los reclutas.

—Muy bien, señoritas... ¿Qué tiene tanta gracia, soldado Dogal?

—Ejem, nada, sargento, es que... estaba pensando en otra cosa... —dijo Tolón, a punto de asfixiarse.

—No os pagan para que penséis en cosas, os pagan para que marchéis. ¡Hacedlo!

El pelotón se alejó con paso marcial. La lluvia fue remitiendo hasta quedar en nada pero el viento arreció un poco, haciendo traquetear las ventanas, cruzando las casas abandonadas, abriendo y cerrando puertas como si buscara algo que juraría que acababa de dejar allí. Era lo único que se movía en Plotz, salvo la llama de una vela, cerca del suelo en la habitación del fondo del cuartel abandonado.

La vela estaba inclinada de forma que se apoyaba en un hilo de algodón atado entre las patas de un taburete. Eso quería decir que cuando la vela se consumiera lo bastante, quemaría el hilo y caería al suelo justo encima de un tosco reguero de paja que llevaba a una pila de jergones sobre la que alguien había colocado dos vetustas latas de aceite para lámparas.

En aquella noche húmeda y lánguida, esto tardó una hora en suceder, y entonces todas las ventanas estallaron.

\* \* \*

El día siguiente amaneció en Borogravia como si fuera un pez grande y gordo. Una paloma se elevó sobre los bosques, se ladeó un poco y puso rumbo directo al valle del Tolladero. Incluso desde allí arriba se veía la mole de piedra negra de la torre, alzándose del mar de árboles. La paloma aceleró su vuelo, una chispa decidida en la mañana recién estrenada...

... y soltó un chillido mientras la oscuridad descendía desde el cielo y la aferraba con garras de hierro. Águila ratonera y paloma cayeron durante un momento y a continuación el águila ganó un poco de altura y aleteó hacia delante.

La paloma pensó: ¡000000000! Pero de haber tenido mayor capacidad para el pensamiento coherente, y de haber sabido algo acerca de cómo atrapan palomas las aves de presa, [[2]](#footnote-2)tal vez se habría preguntado por qué la agarraban con tanta... amabilidad. La estaban sosteniendo, no estrujando. Tal como estaban las cosas, lo único que podía pensar era: ¡000000000!

El águila ratonera alcanzó el valle y empezó a trazar círculos bajos sobre la torre del homenaje. Mientras el ave remolineaba, una figura diminuta se desprendió del arnés de cuero que llevaba sobre la espalda y, con mucho cuidado, bajó poco a poco rodeando el cuerpo y bajando hasta las garras. Llegó hasta la paloma aprisionada, se arrodilló sobre ella y le rodeó el cuello con los brazos. El águila descendió hasta pasar rozando un balcón de piedra, se encabritó en el aire y soltó a la paloma. Pájaro y hombrecillo diminuto cruzaron las losas rodando y dando botes, dejando atrás un rastro de plumas, y se quedaron quietos.

Por fin una voz procedente de debajo de la paloma dijo:

—Joder...

Unos pasos urgentes cruzaron corriendo las losas y alguien quitó la paloma de encima al cabo Buggy Swires. Era un gnomo, y apenas medía quince centímetros de altura. Por otro lado, en calidad de jefe y único miembro de la Sección Aérea de la Guardia de la Ciudad de Ankh-Morpork, se pasaba la mayor parte del tiempo tan arriba que todo el mundo le parecía pequeño.

—¿Te encuentras bien, Buggy? —preguntó el comandante Vimes.

—No estoy mal del todo, señor —dijo Buggy, escupiendo una pluma—. Pero no ha sido elegante, ¿verdad? Lo haré mejor la próxima vez. El problema es que las palomas son demasiado estúpidas para pilotarlas...

—¿Qué me traes?

—¡El Times ha mandado esto desde su carromato, señor! ¡Lo He seguido hasta aquí!

—¡Buen trabajo, Buggy!

Hubo un revuelo de alas y el águila ratonera aterrizó sobre las almenas.

—Y, hum, ¿este cómo se llama? —añadió Vimes. El águila le dedicó la mirada enloquecida y distante de todas las aves.

—Ella es Morag, señor. Adiestrada por los pictsies. Un pájaro estupendo.

—¿Esta era la que nos costó un cajón de whisky?

—Sí, señor, y vale hasta la última copa.

La paloma forcejeó en la mano de Vimes.

—Espera ahí, pues, Buggy, y voy a buscar a Reg para que traiga un poco de conejo crudo —dijo, y entró en su torre.

La sargento Angua estaba esperando junto a su mesa, leyendo el Testamento Vivo de Nuggan.

—¿Eso es una paloma mensajera, señor? —preguntó ella, mientras Vimes se sentaba.

—No —dijo Vimes—. Espera un minuto, ¿quieres? Me gustaría echar un vistazo dentro de la cápsula del mensaje.

—Pues parece una paloma mensajera —dijo Angua, dejando el libro en la mesa.

—Ah, pero los mensajes que vuelan por el aire son una Abominación contra Nuggan —dijo Vimes—. Las oraciones de los fieles rebotan en ellos, al parecer. No, yo creo que he encontrado una mascota perdida y estoy mirando dentro de este tubito de aquí para ver si encuentro el nombre y la dirección del propietario, porque soy una buena persona.

—¿Entonces en realidad no está usted interceptando los reportajes del corresponsal del Times, señor? —dijo Angua, sonriente.

—No exactamente, no. Simplemente soy un lector tan entusiasta que quiero ver hoy las noticias de mañana. Y parece que al señor de Worde se le da bien descubrir cosas. Angua, quiero que estos idiotas dejen de pelearse para que todos nos podamos ir a casa, y si para conseguirlo hay que dejar que alguna paloma se me cague en el escritorio, que así sea.

—Oh, lo siento, señor. No me he dado cuenta. Supongo que la mancha saldrá.

—Ve a decirle a Reg que busque algo de conejo para el águila, ¿quieres?

Después de que Angua se marchara, Vimes desenroscó con cuidado el tapón del tubo y sacó un rollito de papel muy fino. Lo desdobló, lo alisó y leyó la escritura diminuta, sonriendo mientras lo hacía. Luego le dio la vuelta al papel y miró la imagen.

Todavía la seguía mirando cuando Angua regresó con Reg y con medio cubo de crujientes trozos de conejo.

—¿Algo interesante, señor? —preguntó Angua con candidez.

—Bueno, sí. Se puede decir que sí. Cambian todos los planes, se cancelan todas las apuestas. ¡Ja! Oh, señor de Worde, pobre tonto...

Le pasó el papel a la sargento. Ella leyó la noticia con atención.

—Bien por ellos, señor —dijo—. La mayoría aparentan quince años, y viendo el tamaño de esos dragones, bueno, la cosa es digna de admiración.

—Sí, sí, desde luego, desde luego —dijo Vimes, su cara reluciente como la de un hombre con un chiste que contar—. Dime, ¿de Worde entrevistó a algún mandamás ezlobeno al llegar aquí?

—No, señor. Tengo entendido que se negaron a recibirlo. No entienden bien qué es un reportero, así que imagino que el edecán lo echó de allí y le dijo que estaba molestando.

—Cielos, pobre hombre —dijo Vimes, sin dejar de sonreír—. El otro día conociste al príncipe Heinrich. Descríbemelo...

Angua carraspeó.

—Bueno, señor, era... principalmente verde, tirando a azul, con dejes de grrllss y una traza de...

—Quiero decir que me lo describas asumiendo que yo no soy un hombre lobo que ve con el hocico —puntualizó Vimes.

—Ah, sí —dijo Angua—. Lo siento, señor. Metro ochenta y ocho, ochenta y dos kilos, pelo rubio, ojos verdeazules, una cicatriz de sable en la mejilla izquierda, lleva monóculo en el ojo derecho, bigote encerado...

—Bien, buena observación. Y ahora mira al «capitán Horentz» de la imagen, ¿quieres?

Ella volvió a mirar y entonces dijo, en voz muy baja:

—Oh, cielos. ¿Ellos no lo sabían?

—No se lo iba a decir él, ¿verdad? ¿Es posible que hubieran visto algún retrato?

Angua se encogió de hombros.

—Lo dudo, señor. Porque, ¿dónde podrían haberlo visto? Aquí no ha habido nunca un periódico hasta que aparecieron los carromatos del Times la semana pasada.

—¿Tal vez algún grabado?

—No, son una Abominación a menos que sean de la duquesa.

—O sea que de verdad no lo sabían. Y de Worde no lo había visto nunca —dijo Vimes—. Pero tú sí lo viste cuando llegamos el otro día. ¿Qué impresión te llevaste? Entre nosotros solamente.

—Un hijo de puta arrogante, señor, y sé de qué estoy hablando. De esos hombres que creen saber lo que gusta a las mujeres y que eso son ellos mismos. Muy amistosos justo hasta el momento en que una dice que no.

—¿Tonto?

—No creo. Pero no tan listo como se cree.

—Sí, porque no le dijo su auténtico nombre a nuestro amigo el escritor. ¿Has leído la última parte?

Angua leyó, al final del texto: «Perry, el capitán, me estuvo amenazando y arengando después de que se marcharan los reclutas. Por desgracia, no tuve tiempo para pescar la llave de las esposas de la letrina. Por favor, hagan saber al príncipe dónde se encuentran cuanto antes. WdW».

—Parece que a William tampoco le cayó bien —dijo ella—. Me pregunto por qué había salido el príncipe con una partida de reconocimiento.

—Has dicho que era un hijo de puta arrogante —respondió Vimes—. A lo mejor tan solo quería cruzar un momento a ver si su querida tía seguía respirando...

Su voz se apagó. Angua observó la cara de Vimes, que estaba mirándola sin verla. Ella conocía a su jefe. Vimes pensaba que la guerra no era más que otro crimen, igual que el asesinato. No le caía muy bien la gente con títulos, y consideraba que ser duque era un empleo y no un pasaporte a la grandeza. Tenía un extraño sentido del humor. Y tenía buen ojo para lo que ella consideraba presagios, esas pequeñas briznas que trae el viento y anuncian que se avecina tormenta.

—En pelotas —dijo con una risita—. Los podrían haber degollado. No lo hicieron. Les quitaron las botas y les dejaron volver dando saltitos a casa en porreta. —El pelotón, por lo que parecía, había encontrado un amigo.

Ella esperó.

—Me dan pena los borogravianos —dijo Vimes.

—A mí también, señor —respondió Angua.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Su religión les ha salido rana. ¿Ha visto usted las últimas Abominaciones? Abominan del olor a remolacha y de la gente pelirroja. Con caligrafía más bien temblorosa, señor. Y los tubérculos son el alimento básico de aquí. Hace tres años fue Abominable plantar tubérculos en los terrenos donde hubieran crecido cereales o guisantes.

Vimes no reaccionó a aquello, y Angua recordó que era un chico de ciudad.

—Quiere decir que no hay verdadera rotación de cultivos, señor —explicó ella—. La tierra se empobrece. Las enfermedades se acumulan. Tenía usted razón en que se estaban volviendo locos. Estos... mandamientos son idiotas, y cualquier granjero lo puede ver. Me imagino que la gente los va siguiendo lo mejor que puede, pero tarde o temprano o los rompen y se sienten culpables o bien los cumplen y sufren. Y sin razón alguna, señor. He estado echando un vistazo. Aquí la gente es muy religiosa, pero su dios los ha decepcionado. No me extraña que sobre todo recen a su familia real.

Angua lo vio mirar durante un rato el mensaje de la paloma. Por fin Vimes dijo:

—¿A qué distancia está Plotz?

—A unos ochenta kilómetros —dijo Angua, y añadió—: A ritmo de lobo, tal vez seis horas.

—Bien. Buggy no te perderá de vista. El pequeño Henry va a irse dando brincos a casa, o se encontrará con una de sus patrullas, o con una patrulla enemiga... lo que sea. Pero cuando todo el mundo vea esa imagen se va a armar una buena. Seguro que de Worde lo habría soltado si el príncipe hubiera sido amable y educado. Eso le enseñará a meterse con el poder sobrecogedor de una prensa libre y ecuánime, jajá. —Se sentó con la espalda recta y se frotó las manos como alguien ansioso por actuar—. Vale, pongamos la paloma otra vez de camino antes de que la echen de menos, ¿eh? Haz que Reg se dé un tambaleo hasta donde se aloja la gente del Times, y que les diga que su paloma se ha metido por la ventana equivocada. Otra vez.

\* \* \*

Fueron buenos momentos, recordó Polly.

No bajaron a los muelles del río. Se veía que allí no había ninguna barcaza. No se habían presentado y el barquero había salido sin ellos. Lo que hicieron fue cruzar el puente y poner rumbo al bosque, con Blusa encabezando la comitiva a lomos de su caballo vetusto. Maladicto marchaba por delante y... Jade iba a retaguardia. Cuando era un vampiro quien guiaba, no era necesario llevar luces por la noche, y un troll a retaguardia ciertamente disuadiría a cualquiera de pisarles los talones.

Nadie mencionó la barcaza. Nadie habló en absoluto. El caso era... el caso era, Polly se dio cuenta, que ya no marchaban solos. Compartían el Secreto. Era un alivio enorme, y ahora mismo no les hacía falta hablar del tema. Pese a todo, probablemente fuera buena idea mantener una producción regular de pedos, eructos, hurgamientos de nariz y rascamientos de entrepierna, solo por si acaso.

Polly no sabía si estar orgullosa de que la hubieran tomado por un chico. O sea, pensó, me he esforzado mucho para hacerlo bien, he dominado el paso varonil echándole un par de calcetines al asunto, jajá, me he inventado la rutina del falso afeitado cuando las demás ni siquiera habían pensado en el problema, llevo días sin limpiarme las uñas y me enorgullezco de poder eructar como los mejores. Es decir, sí que lo estaba intentando. Simplemente era un poco irritante descubrir que había tenido tanto éxito.

Al cabo de unas cuantas horas de aquello, cuando ya estaba amaneciendo de verdad, olieron a humo. Había una tenue capa gris entre los árboles. El teniente Blusa levantó la mano para que se detuvieran, y Jackrum fue a conversar con él en voz baja.

Polly dio un paso adelante.

—¿Permiso para susurrar yo también, sargento? Creo que sé lo que es esto.

Jackrum y Blusa se la quedaron mirando. Entonces el sargento dijo:

—Muy bien, Artes. Vete a averiguar si estás en lo cierto, pues.

Aquel era un aspecto del asunto que a Polly no se le había ocurrido, pero ya había puesto las cartas en la mesa. Jackrum cedió al ver su expresión, hizo una señal con la cabeza a Maladicto y le dijo:

—Ve con él, cabo.

Dejaron atrás al pelotón y avanzaron con cautela, por encima de los lechos de hojas recién caídas. El humo era espeso y aromático y, por encima de todo, iba cargado de recuerdos. Polly se dirigió allí donde la maleza más densa se aprovechaba de la luz adicional de un claro y se abrió paso por una espaciosa arboleda de avellanos. Allí el humo era más denso y apenas se movía.

La arboleda terminó. A unos metros de distancia, en una parcela amplia de terreno desbrozado, un montículo parecido a un pequeño volcán vomitaba humo y llamas al aire.

—Un horno de carbón —susurró Polly—. Leña de castaño apilada y cubierta de arcilla. Debería estar ahí ardiendo sin llama durante varios días. Lo más probable es que el viento lo avivara anoche y el fuego se ha encendido. Ahora ya no hará buen carbón, está ardiendo demasiado deprisa.

Lo rodearon con sigilo, sin salir de los matorrales. Por el claro había esparcidas otras carboneras de arcilla, con pequeñas volutas de vapor y de humo saliendo de sus cúspides. Había un par de hornos en proceso de construcción, con la arcilla fresca amontonada junto a unos manojos de ramitas de castaño. Había una cabaña, y los montículos, y nada más que el silencio, únicamente interrumpido por el chisporroteo del fuego descontrolado.

—El carbonero está muerto, o casi muerto —dijo Polly.

—Está muerto —dijo Maladicto—. Aquí huele a muerte.

—¿Lo puedes oler a pesar del humo?

—Claro —dijo Maladicto—. Hay cosas que se nos da bien oler. Pero ¿cómo lo has sabido tú?

—Siempre vigilan los fuegos como si fueran halcones —dijo Polly, con la mirada fija en la cabaña—. No lo habría dejado salirse de madre así si siguiera vivo. ¿Está dentro de la cabaña?

—Están dentro de la cabaña —dijo Maladicto llanamente.

Echó a caminar por el terreno humeante.

Polly corrió detrás de él.

—¿Hombre y mujer? —preguntó—. Sus esposas suelen vivir en el monte con...

—No puedo saberlo si son viejos.

La cabaña era una construcción provisional, hecha de castaño entretejido y con un tejado de lona; los carboneros se desplazaban mucho de un lado a otro, de un bosquecillo al siguiente. No tenía ventanas, pero sí tenía un umbral, con un trapo que hacía de puerta. El trapo estaba corrido a un lado; el umbral estaba oscuro.

Tengo que tomarme esto como un hombre, pensó Polly.

Había una mujer en la cama y un hombre tirado en el suelo. Había otros detalles que su mirada captó pero en los que su cerebro no quiso fijarse. Había muchísima sangre por todas partes. Se trataba de una pareja de viejos. Ya no envejecerían más.

Fuera de nuevo, Polly aspiró unas bocanadas frenéticas de aire.

—¿Crees que lo han hecho esos soldados de caballería? —preguntó por fin, y entonces se dio cuenta de que Maladicto estaba temblando—. Oh... la sangre... —dijo.

—¡Puedo aguantarlo! ¡No pasa nada! ¡Solo tengo que enfriarme la mente, no pasa nada! —Se apoyó contra la cabaña, respirando pesadamente—. Vale, estoy bien —dijo—. Y no huelo caballos. ¿Por qué no usas los ojos? Ha llovido y todo está lleno de barro bien blando, pero no hay pisadas de cascos. Y si muchas huellas de pies. Esto lo hemos hecho nosotros.

—No seas torito, nosotros estábamos...

El vampiro se había agachado para recoger algo de entre las hojas caídas. Le quitó el barro con el pulgar. En el latón fino y prensado se veía la insignia del Queso Llameante de los Dentroyfuera.

—Pero... yo creía que éramos los buenos —dijo Polly débilmente—. O las buenas, o lo que sea.

—Yo creo que necesito un café —dijo el vampiro.

\* \* \*

—Desertores —dijo el sargento Jackrum, diez minutos más tarde—. Pasa a menudo. —Tiro la insignia al fuego.

—¡Pero eran de nuestro bando! —dijo Otis.

—¿Y qué? No todo el mundo es un amable caballero como tú, soldado Grilleto —dijo Jackrum—. Y menos después de unos cuantos años recibiendo flechazos y comiendo escubo de rata. Durante la retirada de Khrusk me pasé tres días sin agua y luego me caí de cara en un charco de meados de caballo, una circunstancia que no ayudó a mis sentimientos de buena voluntad hacia mis congéneres humanos ni equinos. ¿Hay algún problema, cabo?

Maladicto estaba de rodillas, hurgando en su petate con aire distraído.

—Ha desaparecido mi café, sargento.

—Será que no lo guardaste bien —dijo Jackrum en tono indiferente.

—¡Nada de eso, sargento! Lavé la cafetera y la guardé junto con el saquito de los granos anoche después de la cena. Sé que lo hice. ¡Yo no me tomo el café a la ligera!

—Pues como haya sido otro, va a desear que yo no hubiera nacido —gruñó Jackrum, echando un vistazo al resto del pelotón—. ¿Alguien más ha perdido algo?

—Ejem... no iba a decir nada, porque no lo sabía seguro —dijo Otis—. pero acabo de abrir mi petate y me ha dado la impresión de que me habían revuelto las cosas...

—¡Ajá! —dijo Jackrum—. ¡Mira por dónde! Voy a decir esto una sola vez, muchachos. Mangar cosas de vuestros compañeros es un delito castigado con la horca, ¿lo entendéis? Nada baja la moral más deprisa que un cabroncete traidor metiendo mano en los petates de los demás. ¡Y como me entere de que alguien lo ha estado haciendo, se va a enterar de quién soy yo! —Fulminó con la mirada al pelotón—. No os voy a exigir que vaciéis vuestros petates como si fuerais unos criminales —dijo—. Pero será mejor que comprobéis que no os falta nada. Siempre es posible que alguno se haya guardado algo que no es suyo por casualidad, de acuerdo. Recogiendo muy deprisa, con poca luz, puede pasar. Y en caso de que sí, lo arregláis entre vosotros, ¿comprendido? Yo me largo a afeitarme. El teniente Blusa está vomitando detrás de la cabaña después de ver los cadáveres, pobre.

Polly hurgó a la desesperada en su petate. La noche anterior lo había metido todo allí dentro de cualquier manera, pero lo que ahora estaba buscando frenéticamente...

... no estaba. Pese al calor que venía de los montículos de carbón, se estremeció.

Los rizos habían desaparecido. Intentó recordar febrilmente lo que habían hecho la noche anterior. Habían tirado sus petates de cualquier manera nada más llegar al cuartel, ¿no? Y era cierto que Maladicto se había hecho un café a la hora de la cena. Había lavado la pequeña cafetera y la había secado...

Se oyó un débil gemido. Pirao, con el contenido escaso de su petate desperdigado a su alrededor, sostuvo en alto la cafetera. Estaba casi completamente aplastada.

—P-p—p... —empezó a decir.

La mente de Polly se aceleró, como una rueda de molino en plena inundación. Todo el mundo se había llevado los petates al cuarto de atrás donde estaban los jergones, ¿verdad? O sea que seguirían allí mientras ellos luchaban contra los soldados de caballería...

—Oh, Pir —dijo Otis—. Oh, cielos...

Así pues, ¿quién podía haberse colado por la puerta de atrás? El pueblo estaba desierto salvo por el pelotón y la caballería. Tal vez alguien quería vigilarlos, y de paso causar algún que otro problema...

—¡Strappi! —dijo en voz alta—. ¡Tiene que haber sido él! ¡Esa rata se debió de topar con la caballería y luego volvió a hurtadillas para ver qué pasaba! ¡Está claro que el muy puñet... el muy cabrón se puso a hurgar en nuestros petates allí atrás! Venga ya —añadió, mientras los demás la miraban—. ¿Vosotros os imagináis a Pirao robando a alguien? Y además, ¿cuándo ha tenido la oportunidad de hacerlo?

—¿Y no lo habrían hecho prisionero? —objetó Tolón, mirando la cafetera aplastada que Pirao tenía en las manos temblorosas.

—Si se quitara el chacó y la casaca no sería más que otro estúpido civil, ¿verdad? O bien podría decirles que era un desertor. Podría inventarse alguna historia —dijo Polly—. Ya visteis cómo trataba a Pirao. Y también ha hurgado en mi petate. Me ha robado... una cosa mía.

—¿Qué era? —preguntó Otis.

—Una cosa y punto, ¿vale? Lo ha hecho para... causar problemas. —Vio cómo pensaban los demás.

—Me parece convincente —dijo Maladicto, asintiendo bruscamente—. Menuda rata. Muy bien, Pir, saca los granos y ya me las apañaré como pueda...

—No hay g-g—g...

Maladicto se tapó los ojos con la mano.

—¿No hay granos? —dijo—. Por favor, ¿alguien tiene los granos?

Hubo un registro general y una falta general de resultados.

—No hay granos —gimió Maladicto—. Ha tirado los granos...

—Vamos, chicos, tenemos que apostar centinelas —dijo Jackrum, acercándose—. Ya lo habéis arreglado todo, ¿verdad?

—Sí, sargento. Oli piensa... —empezó a decir Otis.

—¡Nos habíamos hecho un pequeño lío al guardar las cosas, sargento! —se apresuró a decir Polly, ansiosa por mantenerse alejada de todo lo que tuviera que ver con rizos desaparecidos—. ¡No hay nada de qué preocuparse! Todo arreglado, sargento. No hay problema. No hay por qué preocupar a nadie. Nada... de nada, sargento.

Jackrum miró al pelotón sobresaltado, a continuación a Polly, luego otra vez al pelotón y por fin de nuevo a Polly. Ella notó que la taladraba con la mirada, desafiándola a que cambiara aquella expresión frenética y tensa de sinceridad.

—Vaaale —dijo lentamente—. Muy bien. Arreglado, ¿eh? Buen trabajo, Artes. ¡Firmes! ¡Oficial presente!

—Sí, sí, sargento, gracias, pero no creo que haga falta andarse con tantas formalidades —dijo Blusa, a quien se veía bastante pálido—. ¿Puedo hablar con usted cuando haya terminado, por favor? Y creo que deberíamos enterrar los, ejem, cadáveres.

Jackrum saludó.

—A sus órdenes, señor. ¡Dos voluntarios para cavar una tumba para esos pobres desgraciados! Goom y Tewt... pero ¿qué está haciendo ese?

Esti estaba junto al horno de carbón en llamas. Sostenía una rama encendida a medio metro de la cara y la giraba a un lado y al otro, mirando las llamas.

—Ya lo hago yo, sargento —dijo Tolón, poniéndose al lado de Pirao.

—¿Qué pasa, que estáis casados? —preguntó Jackrum—. Tú estás de guardia, Dogal. Dudo que quienes hayan hecho esto vayan a volver, pero si vuelven, grita, ¿de acuerdo? Tú e Igor venid conmigo, y os enseñaré vuestros puestos de vigilancia.

—No hay café —gimió Maladicto.

—Pero si es un mejunje asqueroso —dijo Jackrum, alejándose—. Una taza de té caliente y dulce es el mejor amigo del soldado.

Polly agarró la tetera para calentar el agua del afeitado de Blusa y se alejó a toda prisa. Aquella era otra cosa que se aprendía en el ejército: haz ver que estás ocupado. Tú hazlo ver y nadie se preocupará mucho por saber en qué andas ocupado.

¡Puto, puto Strappi! ¡Le había robado su pelo! Y trataría de usarlo contra ella si podía, de eso no cabía duda. Era su estilo. ¿Qué se propondría hacer ahora? Bueno, a Jackrum no se iba a acercar, eso también estaba claro. Se quedaría esperando en alguna parte. Que era lo mismo que iba a tener que hacer ella.

El pelotón había acampado contra el viento para que no les llegara el humo. Se suponía que era una parada para descansar, porque la noche anterior nadie había dormido mucho, pero cuando Jackrum se puso a asignarles tareas, les recordó:

—Hay un viejo dicho del ejército que dice: Mala suerte para ti.

Ni siquiera se plantearon usar la cabaña de madera entretejida, pero sí había unos cuantos armazones cubiertos de lona para mantener seca la madera de poda. Los que no habían recibido ninguna tarea se tumbaron sobre los montones de ramitas, que eran blandos y no olían y en todo caso eran mejores que los jergones infestados del cuartel.

Blusa, en calidad de oficial, tenía un refugio para él solo. Polly había estado apilando montones de ramitas para hacerle una silla que fuera por lo menos mullida. Al acabar, dejó las cosas del afeitado y se giró para marcharse...

—¿Me puede afeitar usted, Artes? —pidió el teniente.

Por suerte, Polly estaba de espaldas y él no vio la cara que ponía.

—Esta maldita mano está bastante hinchada, me temo —continuó Blusa—. En circunstancias normales no se lo pediría, pero...

—Sí, por supuesto, señor —dijo Polly, porque no había alternativa. Vamos a ver... se le daba bastante bien frotar una cara lampiña con la navaja desafilada, eso sí. Ah, y había rasurado a unos cuantos cerdos muertos en las cocinas de La Duquesa, pero solamente porque a nadie le gusta el beicon peludo. Pero aquellas cosas en realidad no contaban, ¿verdad? El pánico brotó, y brotó con más fuerza al ver que se acercaba Jackrum. Estaba a punto de degollar a un oficial en presencia de un sargento.

Bueno, en caso de duda, hazte el ajetreado. Regla militar: Hazte el ajetreado y confía en que haya un ataque por sorpresa.

—¿No está siendo usted un poco estricto con los hombres, sargento? —dijo Blusa, mientras Polly le echaba una toalla alrededor del cuello.

—No, señor. Hay que tenerlos ocupados, ahí está el truco. De otra manera, se desaniman —dijo Jackrum en tono firme.

—Sí, pero es que acaban de ver a un par de cadáveres horrorosamente mutilados —dijo Blusa, y se estremeció.

—Eso les servirá de práctica, señor. Van a ver muchos más.

Polly se giró hacia las cosas de afeitar que había colocado encima de otra toalla. Vamos a ver... navaja de degollar, oh cielos, quería decir de afeitar, la piedra gris para el afilado basto, la piedra roja para el afilado fino, el jabón, la brocha, el cuenco... bueno, por lo menos la espuma sí que sabía hacerla...

—Desertores, sargento. Mala cosa —continuó Blusa.

—Siempre los hay, señor. Por eso la paga siempre lleva retraso. Dar la espalda a tres meses de paga atrasada hace que se lo piensen dos veces.

—El señor de Worde del periódico dijo que se había producido un gran número de deserciones, sargento. Es muy extraño que deserten tantos hombres del bando ganador.

Polly hizo girar vigorosamente la brocha. Por primera vez desde que Maladicto había llegado para alistarse, Jackrum pareció incómodo.

—Pero ¿de qué lado está él, señor? —preguntó.

—Sargento, estoy seguro de que no es usted tonto —dijo Blusa, mientras detrás de él la espuma rebasaba el borde del cuenco y caía al suelo—. Hay desertores desesperados fuera del país. Nuestras fronteras parecen encontrarse lo bastante desprotegidas como para permitir que la caballería enemiga opere sesenta kilómetros del lado de «nuestro bello país». Y el Alto Mando parece estar tan desesperado, sí, desesperado, sargento, que hasta media docena de hombres sin instrucción y, con franqueza, muy jóvenes, tienen que ir al frente.

Ahora la espuma había cobrado vida propia. Polly vaciló.

—Toalla caliente primero, por favor, Artes —dijo Blusa.

—Síseñor. Lo siento, señor. Me he olvidado, señor —dijo Polly, presa del pánico. Tenía un vago recuerdo de pasar por delante de la barbería de Munz. Toalla caliente sobre la cara. De acuerdo. Agarró una toallita, le echó un poco de agua hirviendo, y escurrió y se la puso en la cara al teniente. Este no gritó, exactamente.

—Aaaaaagh hay otra cosa que me preocupa, sargento.

—¿Síseñor?

—La caballería debe de haber apresado al cabo Strappi. De otra manera, no entiendo cómo pueden haberse enterado de dónde estaban nuestros hombres.

—Bien pensado, señor —dijo el sargento, mirando cómo Polly le aplicaba la espuma en la boca y la nariz.

—Confío en que no vayan a pff torturar al pobre hombre —dijo el teniente.

Jackrum no dijo nada al respecto, aunque su silencio era elocuente. Polly deseó que dejara de desviar la mirada hacia ella.

—Pero ¿por qué iba un desertor a pff dirigirse directamente al pff frente? —preguntó Blusa.

—Tiene lógica, señor, para un viejo soldado. Sobre todo para un político.

—¿En serio?

—Confíe en mí, señor —dijo Jackrum.

Detrás de Blusa, Polly se puso a frotar la navaja de arriba abajo contra la piedra roja. Ya estaba tan pulida como el hielo.

—Pero nuestros muchachos, sargento, no son «viejos soldados». Hacen falta pff dos semanas para convertir a un recluta en un «combatiente» —dijo el teniente.

—Tienen madera, señor. Yo lo puedo conseguir en un par de días, señor —respondió Jackrum—. ¿Artes?

Polly estuvo a punto de rebanarse el pulgar.

—Sí, sargento —dijo con voz temblorosa.

—¿Tú crees que podrías matar a un hombre hoy?

Polly echó un vistazo a la navaja. El filo relucía.

—¡Lamento decir que creo que sí, señor!

—Ahí lo tiene, señor —dijo Jackrum, con una sonrisa torcida—. Estos chavales tienen algo, señor. Son rápidos. —Caminó por detrás de Blusa, le quitó la navaja de la mano en silencio a una agradecida Polly y siguió hablando—: Hay unas cuantas cuestiones que deberíamos discutir, señor, en privado. Creo que Artes debería irse a descansar un poco.

—Por supuesto, sargento.Pas devant les soldats jeunes, ¿eh?

—Sí, y eso también, señor —dijo Jackrum—. Retírese, Artes.

Polly se alejó, con la mano derecha todavía temblando. Mientras se marchaba, oyó que Blusa suspiraba y decía:

—Corren tiempos complicados, sargento. El mando nunca había sido una carga tan pesada. El gran general Tacticus dice que en tiempos de peligro el comandante tiene que ser como el águila y ver el conjunto, y sin embargo tiene que ser al mismo tiempo como el halcón y ver cada detalle.

—Síseñor —dijo Jackrum, deslizándole la navaja por una mejilla—. Y si se comporta como un pardillo común, señor, puede pasarse el día comiendo cardos por el monte.

—Esto... bien dicho, sargento.

\* \* \*

Polly no se sorprendió nada al ver que el entierro del carbonero y su esposa vino acompañado por una pequeña oración de Pirao. La oración pedía a la duquesa que intercediera ante el dios Nuggan para conceder a los fallecidos el descanso eterno y artículos similares. Polly había oído aquello en muchas ocasiones; siempre se preguntaba cómo funcionaría el proceso.

Ella no había rezado desde el día en que ardió el pájaro, ni siquiera cuando su madre estaba muriendo. Un dios que quemaba pinturas de pájaros no iba a salvar a una madre. Un dios como aquel no merecía una oración.

Pirao, sin embargo, rezaba por todo el mundo. Pirao rezaba como una niña, con los ojos fuertemente cerrados y apretando los puños hasta que se le ponían blancos. La vocecilla de pito temblaba con una fe tan intensa que Polly se sintió incómoda, luego avergonzada y por fin, después del sonoro «amén», asombrada de que el mundo no pareciese distinto de como era antes. Durante un par de minutos, había sido un sitio mejor...

Dentro de la cabaña había un gato. Estaba encogido de miedo bajo la tosca cama y bufaba a todo el que se le acercaba.

—Se han llevado toda la comida pero hay zanahorias y nabos en un huertecito que queda un poco colina abajo —dijo Otis, mientras se alejaban de allí.

—Eso s-sería robarles a los muertos —dijo Pirao.

—Bueno, si no quieren dárnoslos que los agarren, ¿no? —dijo Otis—. ¡Ya están bajo tierra!

Por alguna razón, en aquel momento aquello resultó gracioso. Se habrían reído de cualquier cosa.

Ahora quedaban Jade, Esti, Otis y Polly. Todos los demás estaban montando guardia. Estaban las cuatro sentadas junto a la hoguera, sobre la cual bullía un pequeño caldero. Esti se encargaba de vigilar el fuego. Polly observó que siempre parecía más animada cerca de un fuego.

—Estoy preparando escubo de caballo para el ruperto —dijo Otis, adoptando con naturalidad una jerga que había aprendido hacía la friolera de veinte horas—. Lo ha pedido específicamente. Tengo montones de cecina de caballo que me dio Trespartes, pero Tolón dice que puede tumbar unos faisanes mientras está de servicio.

—Espero que también dedique algo de tiempo a mirar si vienen enemigos —dijo Polly.

—Tendrá cuidado —dijo Esti, atizando el fuego con un palo.

—Sabes que si nos descubren nos pueden dar una paliza y mandarnos a casa, ¿no? —dijo Otis.

—¿Quién pudiera? —saltó Polly, tan de repente que se sorprendió hasta ella misma—. ¿Quién podría? ¿Quién lo va a intentar, aquí fuera? ¿A quién le importa, aquí fuera?

—Bueno, hum, llevar ropa de hombre es una Abominación contra Nuggan...

—¿Por qué?

—Lo es y ya está —dijo Otis con firmeza—. Pero...

—... pero tú la llevas —continuó Polly.

—Bueno, no tenía más remedio —dijo Otis—. Y me la probé y a mí no me pareció tan abominable.

—¿Os habéis dado cuenta de que los hombres te hablan distinto? —preguntó Esti con timidez.

—¿Te hablan? —dijo Polly—. También te escuchan distinto.

—No te están mirando todo el tiempo —dijo Otis—. Ya me entendéis. Ahora nos tratan como a... otra persona. Si una chica fuera por la calle llevando espada, vendría un hombre y se la intentaría quitar.

—A las trolls no nos dejan llevar garrotes —dijo Jade—. Piedras grandes y ya está. Y no está bien que una chica se deje liquen, porque los chicos dicen que calva es pudorosa. He tenido que frotar caca de pájaro con mi cabeza para crecerme este montón.

Aquel era un discurso bastante largo para un troll.

—Vaya, no lo sabíamos —dijo Polly—. Ejem... a nosotros todos los trolls nos parecen iguales, más o menos.

—Yo soy peñascosa de nacimiento —dijo Jade—. No sé por qué me tengo que pulir.

—Sí que hay una diferencia —dijo Otis—. Creo que son los calcetines. Es como que te tiran para delante todo el tiempo. Es como si el mundo entero girara alrededor de tus calcetines. —Suspiró y bajó la mirada a la carne de caballo, que ya estaba casi blanca de tanto hervirla—. Esto ya está —dijo—. Será mejor que vayas y se lo des al ruperto, Polly... Quiero decir, Oliveti. Ya le he dicho al sargento que podía prepararle algo mejor, pero dice que el teniente le ha comentado lo bueno que estaba anoche...

Un pequeño pavo silvestre, una pareja de faisanes y un par de conejos, todos atados juntos, aterrizaron delante de Otis.

—Menos mal que nos teníais de centinelas, ¿eh? —dijo Tolón, sonriendo y haciendo zumbar una honda vacía en la mano—. Una piedra, un bocado. Maladicto se ha quedado de guardia. Dice que olerá a cualquiera antes de que ellos lo vean y que está demasiado nervioso para comer. ¿Qué puedes hacer con todo eso?

—Guiso de caza —dijo Otis con firmeza—. Tenemos las verduras y todavía me queda media cebolla. Se[[3]](#footnote-3)guro que puedo improvisar un horno con uno de esos...

—¡De pie! ¡Firmes! —gritó Jackrum, que se había acercado sin hacer ruido. Retrocedió un paso con una sonrisita en la cara mientras el escuadrón se ponía de pie a trompicones—. Soldado Dogal, debo de tener una vista de putísima madre —dijo, cuando estuvieron todos más o menos erguidos.

—Sí, sargento —dijo Tolón, mirando al frente.

—¿Adivinas por qué, soldado Dogal?

—No, sargento.

—¡Es porque sé que estás montando guardia del perímetro, Dogal, pero te veo igual de bien que si estuvieras aquí delante de mí, Dogal! ¿Verdad que sí, Dogal?

—¡Sí, sargento!

—¡Menos mal que todavía estás montando guardia del perímetro, Dogal, porque el castigo por ausentarte de tu puesto en tiempo de guerra es la muerte, Dogal!

—Pero yo...

—¡Nada de peros! ¡No quiero oír ningún pero! ¡No quiero que pienses que soy un gritón, Dogal! ¡El cabo Strappi sí que era gritón, pero es porque era un maldito político! ¡A fe mía que no soy ningún gritón pero como no vuelvas a tu puesto en treinta segundos te arranco la lengua!

Tolón salió por piernas. El sargento Jackrum carraspeó y continuó con voz tranquila:

—Chicos, os voy a dar lo que llamamos una verdadera charla de orientación, no como esos discursos políticos llenos de florituras que os daba Strappi. —Carraspeó—. El propósito de esta charla es haceros saber cómo estamos. Estamos de mierda hasta el cuello. No podríamos estar peor ni aunque llovieran ojetes. ¿Alguna pregunta?

Como los desconcertados reclutas no tenían ninguna, él continuó mientras iniciaba un lento paseo alrededor del pelotón.

—Sabemos que hay fuerzas enemigas en la zona. En estos momentos no tienen botas. Pero vendrán otros con botas para dar y vender. Además, puede que haya desertores por aquí. ¡No van a ser gente amable! ¡Serán maleducados! Por consiguiente, el teniente Blusa ha decretado que vamos a viajar campo a través y de noche. Sí, ya nos hemos encontrado con el enemigo y lo hemos vencido. Pero ha sido de chiripa. No se esperaban que fuerais soldados bruscos y duros. Ni vosotros tampoco, así que ahora no quiero que vayáis de cojonudos. —Se inclinó hacia delante hasta tener la cara a pocos centímetros de la de Polly—. ¿Tú te sientes cojonudo, soldado Artes?

—¡No, sargento!

—Bien. Bien. —Jackrum dio un paso atrás—. Nos dirigimos al frente, chicos. A la guerra. Y en medio de una guerra de las feas, ¿cuál es el mejor lugar para estar? Aparte de la luna, claro. ¿Alguien lo sabe?

Lentamente, Jade levantó la mano.

—Adelante —dijo el sargento.

—El ejército, sargento —respondió la troll—. Porque... —Empezó a contar con los dedos—. Uno, te dan armas y armadura y tal. Dos, tienes otros hombres armados alrededor. Esto... muchos, te pagan y te dan mejor comida que a la gente de la calle Civil. Esto... montones, si te rindes te vuelves prisionero y hay reglas para eso como No Patear Prisioneros En La Cabeza y tal, porque si tú pateas a sus prisioneros en la cabeza ellos patearán a tus prisioneros en la cabeza, o sea que es como patearte tu misma cabeza, pero no hay reglas de no patear a los civiles enemigos en la cabeza. Hay otras cosas de esas pero se me han acabado los números. —Les dedicó una sonrisa de diamante—. Podemos ser lentos pero no somos tontos —añadió.

—Estoy impresionado, soldado —dijo Jackrum—. Y además, tienes razón, ¡Solo pinchamos hueso en que vosotros no sois soldados! Pero en eso os puedo ayudar. Ser soldado no es difícil. Si lo fuera, los soldados no lo podrían hacer. Solamente hay tres cosas que tenéis que recordar, las cuales son, a saber: uno obedecer las órdenes dos arrearle bien al enemigo y tres no morirse. ¿Vale? ¡Pues ya casi estáis! ¡Buen trabajo! ¡Me propongo asistiros en la ejecución de las tres! ¡Sois mis chiquillos y yo cuidaré de vosotros! ¡Entretanto, tenéis obligaciones! ¡Otis, a cocinar! ¡Soldado Artes, atiende al ruperto! ¡Y cuando acabes, practica ese afeitado! ¡Ahora voy a visitar a los que están de guardia y a dispensarles la palabra sagrada! ¡Descansen!

Se quedaron más o menos firmes hasta que probablemente el sargento ya no las pudiera oír, y entonces se relajaron.

—¿Por qué siempre está gritando? —preguntó Otis—. Quiero decir, solo tiene que pedirlo...

Polly vertió el horrible escubo en un cuenco de hojalata y fue casi corriendo al refugio del teniente. Este levantó la vista de un mapa y le sonrió como si ella estuviera trayéndole un banquete.

—Ah, escubo —dijo.

—En realidad nosotros comemos otra cosa, señor —informó Polly—. Seguro que hay bastante para todos...

—Por los cielos, no, hacía años que no comía algo como esto —dijo Blusa, cogiendo la cuchara—. Por supuesto, en la escuela no nos gustaba mucho.

—¿Comía usted cosas como esto en la escuela, señor? —preguntó Polly.

—Sí. Casi todos los días —dijo Blusa en tono feliz.

A Polly no le cabía aquello en la cabeza. Blusa era un pez gordo. Los peces gordos comían cosas de pez gordo, ¿verdad?

—¿Había hecho usted algo malo, señor?

—No entiendo a qué se refiere, Artes —dijo Blusa, sorbiendo aquel horrible aguachirle—. ¿Han descansado los hombres?

—Sí, señor. Los muertos han sido un poco chocantes...

—Sí. Mal asunto —suspiró el teniente—. Así es la guerra, por desgracia. Siento mucho que estén teniendo que aprender tan deprisa. Todo es una verdadera lástima. Estoy seguro de que las cosas se podrán arreglar cuando lleguemos al Tolladero, aun así. Ningún general puede esperar que unos jóvenes como ustedes sean soldados instantáneos. Pienso hacerme oír a ese respecto. —Sus rasgos de conejo se pusieron desacostumbradamente firmes, como si un hámster hubiera encontrado un agujero en su rueda de andar.

—¿Me necesita para algo más, señor? —dijo Polly.

—Esto... ¿los hombres hablan de mí, Artes?

—Pues no, señor, la verdad es que no.

El teniente pareció decepcionado.

—Oh. Oh, de acuerdo. Gracias, Artes.

\* \* \*

Polly se preguntaba si Jackrum dormía alguna vez. Ella estaba haciendo su turno de guardia cuando el sargento le apareció por detrás, diciendo:

—¡Adivina quién soy, Artes! Estás de vigía. Deberías ver al temible enemigo antes de que él te vea a ti. ¿Qué es el CRAS?

—¡Contorno, resplandor, aspecto y sombra, sargento! —dijo Polly, poniéndose firme. Ya se esperaba aquella pregunta.

Aquello causó que el sargento hiciera una pausa antes de decir

—Vaya, con que lo has adivinado, ¿eh?

—¡Noseñor! ¡Un pajarito me lo ha dicho al relevarle, señor! ¡Me ha comentado que usted se lo había preguntado, señor!

—Ah, o sea que los chiquillos de Jackrum se están conchabando contra el bueno de su viejo sargento, ¿eh? —dijo Jackrum.

—Noseñor ¡Compartiendo información importante para el pelotón en una situación de supervivencia vital, sargento!

—Tienes una lengua muy rápida, Artes, eso te lo reconozco.

—¡Gracias, sargento!

—¡Pero veo que no estás en ninguna puta sombra, Artes, ni tampoco has hecho nada para cambiar tu puto aspecto; tu contorno se está recortando contra la puta luz y tu sable resplandece como un diamante en la puta oreja de un deshollinador! ¡Explícate!

—¡Es por la otra C, sargento! —dijo Polly, sin dejar de mirar al frente.

—¿Y cuál es?

—¡Color, sargento! ¡Voy de puto color blanco y rojo en un puto bosque gris, sargento!

Polly se arriesgó a mirar con el rabillo del ojo. A Jackrum le brillaba un brillo en sus ojitos de cerdo. Era el brillo que se obtenía cuando el sargento estaba secretamente complacido.

—¿Te avergüenzas de ese uniforme tan, tan adorable, Artes? —preguntó.

—No quiero que me vean muerto con él puesto, sargento —dijo Polly.

—Ja. Descanse, Artes.

Polly sonrió, mirando al frente.

Cuando abandonó la guardia para tomarse un cuenco de guiso de caza, Jackrum estaba enseñando esgrima básica a Esti y a Tolón, usando varas de castaño a modo de espadas. Para cuando Polly terminó, ya estaba enseñando a Pirao algunas sutilezas sobre el uso de las efectivas ballestas de pistola, sobre todo las relativas a no darse la vuelta con el arma cargada y diciendo: «¿P-para qué sirve esto de aquí, sargento?». Pirao manejaba las armas igual que una mujer muy meticulosa se desharía de un ratón muerto: con el brazo extendido y tratando de no mirar. Pero incluso a ella se le daban mejor que a Igor, que no parecía cómodo con lo que, para él, era cirugía aleatoria.

Jade dormitaba. Maladicto estaba colgado de las rodillas bajo el techo de un cobertizo, con los brazos cruzados sobre el pecho. No debía de estar mintiendo cuando dijo que había aspectos de ser un vampiro a los que costaba renunciar.

Igor y Maladicto...

De Maladicto todavía no estaba segura, pero Igor tenía que ser un chico, con aquellas cicatrices alrededor de la cabeza y aquella cara que solo podía calificarse como de andar por casa. Era [[4]](#footnote-4)discreto y pulcro, pero tal vez esa era la manera de ser de los Igor...

Otis la despertó zarandeándola.

—¡Nos vamos de aquí! ¡Mejor será que vayas a encargarte del ruperto!

—¿Cómo? ¿Eh? Oh... ¡vale!

El campamento entero estaba alborotado. Polly se puso de pie con torpeza y fue a toda prisa a la cabaña del teniente Blusa, que estaba delante de su espantoso caballo y sujetando la rienda con expresión perdida.

—Ah, Artes —dijo—. No estoy nada seguro de que esté haciendo esto bien...

—No, señor. Tiene las correas hechas un lío y el bocado está del revés —dijo Polly, que había ayudado a menudo en los establos de la posada.

—Ah, eso explicaría por qué me costaba tanto llevarlo anoche —dijo Blusa—. Supongo que debería saber estas cosas, pero en casa teníamos un hombre que se encargaba de ellas...

—Yo lo hago, señor —dijo Polly. Desenredó la brida con unos movimientos cuidadosos—. ¿Cómo se llama él, señor?

—Talacéfalo —dijo Blusa en tono dócil—. Era el legendario semental del general Tacticus, ¿sabe?

—Pues no lo sabía, señor —dijo Polly. Echó la espalda hacia atrás y miró entre las patas traseras del caballo. Vaya, sí que era miope, Blusa, sí...

La yegua miró a Polly en parte con los ojos, que eran pequeños y malignos, pero principalmente con los dientes amarillos, de los cuales tenía una cantidad ingente. A Polly le dio la impresión de que el animal se estaba planteando soltar una risita.

—Yo se lo aguanto mientras usted monta en la silla, señor —dijo.

—Gracias. ¡Es verdad que se mueve un poco cuando lo intento!

—Ya me imagino, señor —dijo Polly. Sabía distinguir a los caballos difíciles, y aquel tenía todos los atributos de un absoluto cabronazo, de esos que no se acobardaban lo más mínimo por la obvia superioridad de la especie humana.

La yegua se dedicó a mirarla mal y a enseñarle los dientes mientras Blusa montaba, pero Polly había tenido la cautela de situarse lejos de los montantes del refugio. Talacéfalo no era de las que se encabritaban y daban coces. Era mucho más taimada, Polly se daba cuenta; era de las que te pisoteaban el pie...

Apartó el pie justo cuando el casco llegaba al suelo. Pero Talacéfalo, furiosa por verse contrariada, se giró, se retorció, bajó la cabeza y le lanzó un rápido mordisco a Polly en los calcetines enrollados.

—¡Caballo malo! —le riñó Blusa—. Lo siento, Artes. ¡Creo que está ansioso por entrar en la refriega! ¡Oh, madre mía! —añadió, bajando la vista—. ¿Se encuentra bien, Artes?

—Bueno, está estirando un poco, señor... —dijo Polly, viéndose arrastrada hacia un lado. Blusa se había vuelto a poner blanco.

—Pero es que le ha mordido... lo tiene cogido por... justo por...

Polly cayó en la cuenta. Bajó la mirada y recordó a toda prisa lo que había oído durante numerosas peleas de bar sin reglas.

—¡Ah... uuuo... argh... caramba! ¡En toda la fruta! ¡Aargh! —se lamentó, y entonces, como en aquel momento parecía buena idea, bajó los puños con toda su fuerza contra el hocico de la yegua. El teniente se desmayó.

\* \* \*

Costó bastante devolver el conocimiento a Blusa, pero por lo menos eso dio a Polly tiempo para pensar.

El teniente abrió los ojos y los enfocó en ella.

—Esto, se ha caído usted del caballo, señor —le explicó Polly.

—¿Artes? ¿Se encuentra bien? Muchacho, lo tenía cogido por...

—¡Solo harán falta unos cuantos puntos, señor! —dijo Polly alegremente.

—¿Cómo? ¿De Igor?

—Noseñor. En la tela nada más, señor —dijo Polly—. Los pantalones me van un poco grandes.

—Ah, bueno. Grandes, ¿eh? Buf, ¿no? Te ha ido de poco, ¿eh? Bueno, no me puedo pasar el día entero aquí tumbado...

El pelotón lo ayudó a montar a Talacéfalo, que seguía soltando risitas impenitentes. Y ya que hablaban de cosas que iban grandes, Polly se propuso hacer algo con la casaca del teniente la próxima vez que pararan. A ella no se le daba muy bien la aguja, pero si Igor no podía conseguir que le quedara mejor, entonces no era el hombre que ella creía que era. Y esa era una frase que suscitaba un interrogante.

Jackrum los hizo formar a base de gritos. Ya iban haciéndolo mejor. Y también con más pulcritud.

—¡Muy bien, Dentroyfueras! Esta noche vamos...

Una dentadura enorme y amarilla le quitó la gorra.

—¡Oh, mis disculpas, sargento! —exclamó Blusa detrás de su espalda, intentando refrenar a la yegua con las riendas.

—¡No es molestia, señor, estas cosas pasan! —dijo Jackrum, recuperando furiosamente su gorra.

—Me gustaría dirigirme a mis hombres, sargento.

—¿Hum? Esto... sí, señor —dijo Jackrum, con cara preocupada—. Por supuesto, señor. ¡Dentroyfueras! ¡A la de una, a la de dos, ateeeen ción!

Blusa carraspeó.

—Ejem... hombres —dijo—. Como ya saben, tenemos que apresurarnos a llegar al valle del Tolladero, donde al parecer se nos necesita. Viajar de noche evitará... enredos. Ejem... yo... —Se los quedó mirando, con la cara retorcida por alguna clase de conflicto interior—. Esto... tengo que decir que no creo que estemos... es decir, todas las pruebas apuntan... ejem... a mí no me parece que... hum... creo que debería decirles que...

—¿Permiso para hablar, señor? —preguntó Polly—. ¿Se encuentra usted bien?

—Limitémonos a confiar en que nuestros superiores estén tomando las decisiones acertadas —balbuceó Blusa—. Pero tengo plena confianza en ustedes y estoy seguro de que harán todo lo que puedan. ¡Larga vida a la duquesa! Continúe, sargento Jackrum.

—¡Dentroyfueras! ¡Formación! ¡Marchen!

Y partieron hacia el crepúsculo y rumbo a la guerra.

\* \* \*

El orden de avance fue el mismo que la noche anterior, con Maladicto de avanzada. Las nubes retenían algo de calor y eran lo bastante finas como para insinuar algo de luz de luna aquí y allá. Los bosques de noche no presentaban ningún problema para Polly, y de todas maneras aquello no era un verdadero bosque salvaje. Ni tampoco lo que hacían, estrictamente hablando, era marchar. Era más bien un avance sigiloso de alta velocidad, en grupos de uno o de dos.

Polly se había hecho con dos de las ballestas de caballería y ahora las llevaba metidas de cualquier modo entre las correas del petate. Eran unos artefactos espantosos, casi como el cruce entre una ballesta pequeña y un reloj. Había mecanismos en el grueso eje, y la ballesta en sí apenas medía quince centímetros de anchura; de alguna manera, apoyando el peso en ella, se podía cargar con bastante energía almacenada para que una diabólica flechita metálica atravesara un tablón de dos centímetros de grosor. Las armas eran de metal azulado, elegantes y malignas. Pero como dice el viejo refrán militar: más vale que yo te dispare a ti que tú a mí, hijo de puta.

Polly se adelantó a las filas hasta ponerse al lado de Igor. Él la saludó con la cabeza en medio de la penumbra y luego volvió a concentrarse en la caminata. Necesitaba la concentración, porque su petate era el doble de grande que los demás. A nadie le apetecía preguntarle qué llevaba dentro. A veces daba la impresión de que se oía moverse algún líquido allí dentro.

A veces pasaba por Munz algún Igor, aunque técnicamente eran una Abominación a los ojos de Nuggan. A Polly siempre le había parecido que usar trozos de alguien que estaba muerto para ayudar a sobrevivir a otras tres o cuatro personas era una idea sensata, pero en el púlpito el padre Jupe había argumentado que a Nuggan no le interesaba que la gente viviera, sino que viviera como es debido. La congregación había emitido murmullos generales de aprobación, pero Polly sabía perfectamente que había un par de personas allí sentadas que tenían una mano o un brazo o una pierna un poco menos bronceada o un poco más peluda que la otra. Por todas aquellas montañas había leñadores. Y sufrían accidentes, accidentes rápidos y repentinos. Y como no abundaban los trabajos para leñadores mancos, los hombres partían en busca de un Igor que lograra lo que no se podía conseguir con oraciones.

Los Igors tenían un lema: todo lo que va, acaba por volver. No había que pagarles por adelantado. Había que pagarles por retrasado, y aquella era francamente la parte que preocupaba a la gente. Cuando te estabas muriendo, aparecía misteriosamente un Igor en tu portal y solicitaba permiso para llevarse algún trozo que necesitara con urgencia alguien de su «pequeña lizta». No les importaba en absoluto esperar a que se hubiera marchado el sacerdote, y se decía que cuando llegaba el momento hacían un trabajo muy limpio. Sin embargo, pasaba muy a menudo que cuando aparecía un Igor el donante en potencia se asustaba y se volvía hacia Nuggan, a quien le gustaba la gente entera. En esos casos el Igor se marchaba sin decir nada y con mucha educación, y no volvía nunca más. Jamás regresaba a aquella aldea o aquel campamento de leñadores. Ni él ni ningún otro Igor. Todo lo que va, acaba por volver... o se detiene.

Por lo que veía Polly, los Igors creían que el cuerpo no era más que un tipo muy complicado de indumentaria. Lo curioso del caso era que los nugganitas creían lo mismo.

—¿Te alegras de haberte alistado, Igor? —preguntó Polly mientras avanzaban con paso ligero.

—Zí, Oli.

—En la próxima parada que hagamos, ¿le puedes echar un vistazo a la mano del ruperto, por favor? Tiene un corte muy feo.

—Zí, Oli.

—¿Te puedo hacer una pregunta, Igor? —Zí, Oli.

—¿Cómo se llaman las Igor femeninas, Igor?

Igor dio un traspié y siguió andando. Se quedó un rato callado y luego dijo:

—Muy bien, ¿qué es lo que he hecho mal?

—A veces te olvidas de cecear —respondió Polly—. Pero sobre todo... es un presentimiento. Algún detalle de la forma en que te mueves, tal vez.

—La palabra que estás buscando es «Igorina» —dijo Igorina—. No ceceamos tanto como los chicos.

Continuaron guardando más silencio hasta que Polly dijo:

—Y yo que pensaba que cortarme el pelo ya era bastante malo...

—¿Lo dices por los puntos? —dijo Igorina—. Me loz puedo quitar en cinco minutos. Solo son de adorno.

Polly vaciló. Pero al fin y al cabo, los Igor tenían que ser de fiar, ¿no?

—¿Y no te cortaste el pelo?

—En realidad, solo me lo ecztirpé —dijo Igorina.

—El mío lo guardé en el petate —continuó Polly, intentando no mirar los puntos de sutura que rodeaban la cabeza de Igorina.

—Yo también —dijo Igorina—. En un frasco. Zigue creciendo.

Polly tragó saliva. Hacía falta carecer de imaginación gráfica para hablar de cuestiones personales con un Igor.

—El mío me lo robaron en el cuartel. Estoy segura de que fue Strappi —dijo.

—Oh, cielos.

—Odio pensar que lo tiene él.

—¿Por qué lo trajiste?

Y aquella era la pregunta. Polly había hecho planes y los había hecho con pericia. Hasta había engañado a las demás. Había sido serena y sensata y no había sentido más que una débil punzada al cortarse el pelo...

... y luego se lo había traído con ella. ¿Por qué? Podía haberlo tirado. No era mágico. Era simple pelo. Lo podía haber tirado y ya está. Fácil. Pero... pero... ah, claro, las doncellas lo podrían haber encontrado. Eso era. Lo había tenido que sacar a toda prisa de la casa. Exacto. Para enterrarlo en alguna parte cuando estuviera muy, muy lejos. Eso.

Pero no lo había hecho, ¿verdad...?

Había estado muy ocupada. Claro, dijo la vocecilla de su traición interior. Había estado muy ocupada engañando a todos menos a ella misma, ¿verdad?

—¿Qué puede hacer Strappi? —dijo Igorina—. Jackrum lo tumbaría nada máz verlo. ¡Es un desertor y un ladrón!

—Sí, pero se lo puede contar a alguien —objetó Polly.

—Muy bien, entonces tú dices que es un rizo de la enamorada que dejaste en casa. Hay muchos soldados que llevan un guardapelo o algo parecido. Ya sabes: «Su pelo dorado de hermozoz tirabuzones», como dice la canción.

—¡Pero era todo mi pelo! ¿Un guardapelo? ¡No cabría todo ni en un sombrero!

—Ah —dijo Igorina—. Entonces puedez decir que la queríaz muchísimo, ¿no?

Pese a todo, a Polly se le escapó la risa y no la pudo refrenar. Se mordió la manga y trató de seguir marchando, con los hombros convulsos.

Notó como si un árbol pequeño le diera un codazo en la espalda.

—Esos dos, no meter tanto ruido —retumbó Jade.

—Lo siento, lo siento —dijo Polly entre dientes.

Igorina se puso a silbar. Polly conocía la canción.

Me siento solo desde que crucé la colina

dejando atrás el páramo y el valle...

Y Polly juró: aquella sí que no. Con una canción ya bastaba. Y yo sí que quiero dejar a la chica en casa, pero parece que me la he traído conmigo... Y en aquel momento salieron de entre los árboles y vieron el resplandor rojo.

El resto del pelotón ya se había juntado para mirarlo. Cubría una gran parte del horizonte, y se avivaba y se atenuaba en algunos lugares ante sus ojos.

—¿Es el infierno? —dijo Pirao.

—No, pero los hombres lo han convertido en uno, me temo —dijo el teniente—. Es el valle del Tolladero.

—¿Está ardiendo, señor? —preguntó Polly.

—Serás inocente, eso es solo la luz de las fogatas de cocina, reflejándose en las nubes —dijo el sargento Jackrum—. Los campos de batalla siempre se ven espantosos por la noche. ¡No os preocupéis, muchachos!

—¿Y qué están cocinando, elefantes? —dijo Maladicto.

—¿Y qué es eso? —dijo Polly, señalando una colina cercana, cuya silueta se recortaba oscura sobre la noche. En la cima había una lucecita que parpadeaba muy deprisa.

Se oyó un susurro y un «pop» metálico cuando Blusa sacó un pequeño catalejo y lo extendió.

—¡Tienen clacs de luz, esos diablos! —dijo.

—Hay otra por ahí —bramó Jade, señalando una colina que se elevaba mucho más lejos—. Brillo, brillo.

Polly contempló el color rojo del cielo y luego aquella lucecita fría que seguía parpadeando. Una luz suave y silenciosa. Inofensiva. Y detrás de ella, un cielo en llamas...

—Estará en código —dijo Blusa—. Espías, no me cabe duda.

—¿Clacs de luz? —preguntó Tolón—. ¿Eso qué es?

—Una Abominación a los ojos de Nuggan —respondió Blusa—. Por desgracia, porque nos vendría de perlas si también las tuviéramos nosotros, ¿eh, sargento?

—Síseñor —dijo Jackrum automáticamente.

—Los únicos mensajes que deberían viajar por el aire son las oraciones de los fieles. Alabado sea Nuggan, alabada sea la duquesa, etcétera —dijo Blusa, frunciendo los ojos. Suspiró—. Qué lástima. ¿A cuánto estamos de esa colina, en su opinión, sargento?

—Poco más de tres kilómetros, señor —dijo Jackrum—. ¿Vale la pena que nos acerquemos de extranjis?

—Deben de saber que alguien los verá y se acercará a mirar, así que supongo que no se van a «hacer los remolones» —murmuró Blusa—. En cualquier caso, hum, esos trastos serán muy direccionales. En cuanto bajáramos al valle los perderíamos.

—¿Permiso para hablar, señor? —dijo Polly.

—Por supuesto —dijo Blusa.

—¿Cómo hacen que esa luz brille tanto, señor? ¡Es de color blanco puro!

—Son una especie de fuegos artificiales, tengo entendido. ¿Por qué?

—¿Y mandan los mensajes con luz?

—Sí, Artes. ¿Adónde quieres ir a parar?

—¿Y la gente que recibe esos mensajes los contesta de la misma manera? —insistió Polly.

—Sí, Artes. De eso se trata.

—Entonces... a lo mejor no nos hace falta ir hasta aquella colina, señor. Esa luz nos apunta a nosotros, señor.

Todos se dieron la vuelta. Por encima de sus cabezas se elevaba la colina que estaban bordeando.

—¡Bien pensado, Artes! —susurró Blusa—. ¡Vamos allá, sargento! —Descabalgó de su yegua, que automáticamente dio un paso a un lado para asegurarse de que el teniente se caía de bruces nada más tocar suelo.

—¡A la orden, señor! —dijo Jackrum, ayudándolo a levantarse—. Maladicto, tú llévate a Goom y a Dogal y dais la vuelta por la izquierda. Los demás rodearéis por la derecha... tú no, Carborundo, no te ofendas, pero esto se tiene que hacer en silencio, ¿vale? Tú te quedas aquí. Artes, tú te vienes conmigo...

—Yo también voy, sargento —dijo Blusa, y solamente Polly vio que Jackrum hacía una mueca.

—¡Buena idea, señor! —dijo el sargento—. Le sugiero que venga... le sugiero que Artes y yo vayamos con usted. ¿Todo el mundo lo tiene claro? Llegad arriba del todo sin llamar la atención y que nadie, nadie, se mueva hasta que oigáis mi señal...

—Mi señal —dijo Blusa en tono firme.

—Eso quería decir, señor. ¡Deprisa y sin hacer ruido! ¡Dadles con todo pero quiero que quede al menos uno vivo! ¡Adelante!

Los dos equipos se desplegaron a derecha e izquierda y desaparecieron. El sargento les dio un par de minutos de ventaja y luego partió con una rapidez inusual para un hombre de su corpulencia; tan deprisa que por un momento Polly y el teniente se quedaron atrás. Detrás de ellos, una abatida Jade los vio marcharse.

Los árboles iban clareando a medida que subían la empinada ladera, pero no lo bastante como para que arraigara mucha maleza. Polly descubrió que le resultaba más fácil subir a cuatro patas, agarrándose a las matas y retoños para equilibrarse. Al cabo de un rato notó un olor a humo, químico y acre. También estaba segura de oír unos tenues chasquidos...

Un árbol alargó un brazo y tiró de ella hasta meterla en las sombras.

—No digas ni una puta palabra —dijo Jackrum entre dientes—. ¿Dónde está el ruperto?

—¡No lo sé, sargento!

—¡Mierda! ¡No se puede dejar que un ruperto ande suelto por ahí! ¡A saber qué tontería se le meterá en la cabezota hacer, ahora que se imagina que está al mando! ¡Tú eres su cuidador! ¡Encuéntralo!

Polly se deslizó de vuelta pendiente abajo y encontró a Blusa apoyado en un árbol, jadeando débilmente.

—Ah... Artes —resolló—. Parece que... me está volviendo... el... asma...

—Yo le ayudo, señor —dijo Polly, cogiéndole la mano y tirando de él hacia delante—. ¿Podría jadear un poco menos fuerte, señor?

Poco a poco, tirando y empujando, consiguió hacer llegar al hombre hasta el árbol de Jackrum.

—¡Me alegro de que esté con nosotros, señor! —dijo el sargento entre dientes, con la cara retorcida en una expresión de afabilidad enloquecida—. Si no le importa esperar aquí, Artes y yo subiremos hasta...

—Yo también voy, sargento —insistió Blusa.

Jackrum vaciló.

—Síseñor —dijo—. Pero con todo el respeto, señor, yo entiendo de escaramuzas...

—Vamos, sargento —dijo Blusa, echándose al suelo boca abajo y empezando a arrastrarse.

—Sí, señor —murmuró Jackrum en tono lúgubre.

Polly también avanzó con cautela. Allí arriba la hierba era más corta, mordisqueada por los conejos, con pequeños matorrales dispersos. Se concentró en no hacer ruido y se dirigió a los chasquidos. El olor a humo químico se hizo más fuerte. Flotaba en el aire que la rodeaba. Y a medida que avanzaba, empezó a verlo en motitas ligeras. Levantó la cabeza.

Había tres hombres a pocos metros de distancia, con sus siluetas perfiladas sobre el fondo de la noche. Uno de ellos sostenía un tubo de más de metro y medio de largo, apoyado en su hombro por un lado y en un trípode por el otro. Apuntaba hacia la colina alejada. En el otro extremo, un palmo o dos por detrás de la cabeza del hombre, había una caja grande y cuadrada. Dejaba escapar un poco de luz por las junturas, y de un pequeño tubo de estufa que tenía encima salía una densa humareda.

—Artes, a la de tres —dijo Jackrum, a la derecha de Polly—. Uno...

—Descanse, sargento —dijo Blusa en voz baja, a su izquierda.

Polly vio que la cara enorme y rubicunda de Jackrum se giraba con expresión de asombro:

—¿Señor?

—Mantenga la posición —ordenó Blusa.

Por encima de ellos, el tableteo continuaba.

Secretos militares, pensó Polly. ¡Espías! ¡Enemigos! ¡Y nosotros aquí sin hacer nada! Era igual que ver cómo se escapa la sangre de una arteria.

—¡Señor! —susurró Jackrum, humeando de rabia.

—Mantenga la posición, sargento. Es una orden —dijo Blusa sin inmutarse.

Jackrum se tranquilizó, pero solo era la calma engañosa de un volcán a punto de explotar. El incesante parloteo de los clacs continuó. Parecía que no se iba a acabar nunca. Al lado de Polly, el sargento Jackrum bullía y se retorcía como un perro atado con correa.

Cesaron los chasquidos. Polly oyó el murmullo distante de una conversación.

—Sargento Jackrum —susurró Blusa—, ¡puede usted «echarles el guante» ya mismo!

Jackrum salió disparado de la hierba como una perdiz.

—¡Vamos, muchachos!¡A por ellos!

Lo primero que pensó Polly, mientras se levantaba de un salto y echaba a correr, fue que de pronto la distancia era mucho mayor de lo que le había parecido.

Los tres hombres se habían girado al oír el grito de Jackrum. El que tenía el tubo de clacs ya lo estaba dejando caer para coger una espada, pero Jackrum se le echó encima como una avalancha. El hombre cometió el error de no huir. Hubo un breve choque de espadas y luego una melé, y el sargento Jackrum ya era una melé bastante mortífera por sí solo.

El segundo hombre pasó volando junto a Polly, pero ella estaba corriendo hacia el tercero. Este retrocedió ante su ataque mientras se llevaba la mano a la boca, se dio la vuelta para correr y se encontró cara a cara con Maladicto.

—¡No dejes que se lo trague! —gritó Polly.

El brazo de Maladicto salió disparado y levantó por la garganta entre forcejeos al hombre.

Habría sido una operación perfecta si no hubiera llegado el resto del pelotón, que había puesto toda su energía en correr y no le quedaba nada para detenerse. Hubo colisiones.

Maladicto cayó mientras su cautivo le daba una patada en el pecho e intentaba zafarse, pero se estrelló contra Tolón. Polly saltó por encima de Igorina, casi tropezó con Pirao, que estaba en el suelo, y se lanzó a la desesperada hacia su presa, que ahora estaba de rodillas. El hombre había desenfundado una daga y la movía frenéticamente hacia ella mientras se agarraba la garganta con la otra mano y hacía ruidos de asfixia. Polly apartó el cuchillo de un golpe, se puso detrás de él y le dio un manotazo tan fuerte como pudo en la espalda. Él cayó hacia delante. Antes de que lo pudiera agarrar, una mano alzó al enemigo en volandas y la voz de Jackrum bramó:

—¡No podemos dejar que este pobre hombre se ahogue, Artes! —Y con la otra mano le asestó un puñetazo en el estómago que sonó como un filetón contra una tabla de madera. El hombre bizqueó y algo grande y blanco salió volando de su boca por encima del hombro de Jackrum.

Jackrum lo dejó caer al suelo y se giró hacia Blusa.

—¡Señor, protesto, señor! —dijo, temblando de furia—. ¡Nos hemos quedado ahí mirando cómo estos diablos mandaban quién sabe qué mensajes, señor! ¡Son espías, señor! ¡Podríamos haberlos parado en ese mismo momento, señor!

—¿Y luego, sargento? —replicó Blusa.

—¿Cómo?

—¿No le parece que la gente con que hablaban se preguntaría qué sucede si los mensajes se hubieran cortado? —dijo el teniente.

—Aun así, señor...

—Mientras que ahora tenemos su aparato, sargento, y sus amos no saben que lo tenemos —dijo Blusa.

—Sí, bueno, pero ha dicho usted que estaban mandando mensajes en código, señor, y...

—Ejem, me parece que también tenemos su libro de claves, señor —dijo Maladicto, adelantándose con el objeto blanco en la mano—. Ese hombre se lo ha intentado comer, sargento. Papel de arroz. Pero se podría decir que se le ha atragantado.

—Y usted se lo ha sacado, sargento, y seguramente le haya salvado la vida. ¡Bien hecho! —dijo Blusa.

—Pero uno de ellos se ha escapado, señor —dijo Jackrum—. Y pronto llegará a...

—¿Sargento?

La figura de Jade se fue alzando sobre la hierba. Mientras llegaba con paso lento, los demás vieron que arrastraba a un hombre por el pie. Cuando la tuvieron más cerca resultó obvio que el hombre estaba muerto. La gente viva tiene más cabeza.

—¡He oído los gritos y él venía corriendo y me he levantado de golpe y se ha estampado de cabeza contra mi yo! —se quejó Jade—. ¡Ni siquiera he podido pegarle!

—Bueno, soldado, por lo menos podemos decir sin temor a equivocarnos que ha sido detenido —dijo Blusa.

—Zeñor, ezte hombre se eztá muriendo —dijo Igorina, arrodillada junto al hombre que el sargento Jackrum había salvado tan claramente de asfixiarse—. ¡Ha zido envenenado!

—¿Lo ha zido? ¿Por quién? —preguntó Blusa—. ¿Está seguro?

—La ezpuma verde que le zale de la boca es una pizta clara, zeñor.

—¿De qué se ríe, soldado Maladicto? —dijo Blusa.

El vampiro soltó una risita.

—Oh, lo siento, señor. A los espías les dicen: «Si te cogen, cómete los documentos», ¿verdad? Es una buena forma de asegurarse de que no revele ningún secreto.

—¡Pero usted tiene el... libro mojado en la mano, cabo!

—A los vampiros no se nos envenena tan fácilmente, señor —dijo Maladicto, sin perder la calma.

—De todaz maneraz, lo máz zeguro ez que zolamente zea letal por vía oral, zeñor —dijo Igorina—. Una coza espantosa. Ezpantoza. Eztá muerto, zeñor. No puedo hacer nada.

—Pobre tipo. En fin, al menos tenemos los códigos —dijo Blusa—. Un gran descubrimiento, soldados.

—Y un prisionero, señor, y un prisionero —dijo Jackrum.

El único superviviente, que era el que había estado operando los clacs, gimió y trató de moverse.

—Un poco magullado, supongo —añadió Jackrum, con cierta satisfacción—. Cuando yo aterrizo en alguien, señor, se queda bien aterrizado.

—Dos de ustedes, tráiganlo aquí —dijo Blusa—. Sargento, faltan unas horas para el amanecer y cuando llegue quiero estar bien lejos de aquí. Quiero a los otros dos enterrados más abajo en el bosque y...

—Solo tiene que decir «continúe, sargento», señor —dijo Jackrum, casi gimoteando—. ¡Así funciona la cosa, señor! ¡Usted me dice lo que quiere y yo les doy las órdenes a ellos!

—Los tiempos están cambiando, sargento —dijo Blusa.

\* \* \*

Mensajes que volaban por el cielo. Eran una Abominación contra Nuggan.

La lógica de aquello sonaba impecable para Polly, que estaba ayudando a Pirao a cavar dos tumbas. Las oraciones de los fieles manaban hacia el seno de Nuggan, en sentido ascendente. Y una serie de cosas invisibles, como la santidad y la gracia y la lista semanal de Abominaciones, fluían de Nuggan hacia los fieles, en sentido descendente. Lo que estaba prohibido eran los mensajes de un humano a otro que fueran, por así decirlo, de lado a lado. Se podían producir colisiones. Eso para quien creyera en Nuggan. Para quien creyera en la oración.

El verdadero nombre de Pirao era Alice, le confió mientras cavaban, pero costaba aplicarle aquel nombre a un muchacho pequeño y flaco como un palo, con el pelo mal cortado y no mucha pericia con la pala, y que tenía la costumbre de ponerse un poco demasiado cerca y de mirar un poco a la izquierda de tu cara cuando hablaba contigo. Pirao creía en la oración. Creía en todo. Aquello hacía que fuera un poco... incómodo hablar con ella para quien no creyera en lo mismo. Pero Polly sintió que debía hacer el esfuerzo.

—¿Cuántos años tienes, Pir? —le preguntó, echando una palada de tierra.

—D-d—diecinueve, Polly —dijo Pirao.

—¿Por qué te has alistado?

—Me lo dijo la duquesa —dijo Pirao.

Ese era el motivo de que la gente no hablara mucho con Pirao.

—Pir, supongo que sabes que llevar ropa de hombre es una Abominación, ¿verdad?

—Gracias por recordármelo, Polly —dijo Pirao, sin un asomo de ironía—. Pero la duquesa me dijo que nada de lo que haga para completar mi gesta será considerado Abominable.

—Una gesta, ¿eh? —dijo Polly, intentando parecer jovial—. ¿Y qué clase de gesta?

—Tengo que tomar el mando del ejército —dijo Pirao.

A Polly se le erizaron los pelos de la nuca.

—¿Sí? —dijo.

—Sí, la duquesa salió de su cuadro cuando yo estaba durmiendo y me dijo que fuera inmediatamente al Tolladero —dijo Pirao—. La Madrecita me habló, Oli. Me dio órdenes. Ella guía mis pasos. Ella me sacó de la vil esclavitud. ¿Cómo puede ser eso una Abominación?

Tiene una espada, pensó Polly. Y una pala. Esto se tiene que manejar con cuidado.

—Qué bien —dijo.

—Y... y te tengo que decir que... yo... nunca en la vida había sentido tanto amor y tanta camaradería —continuó Pirao con ardor—. Los últimos días han sido los más felices de mi vida. Todos vosotros habéis sido tan amables conmigo, tan gentiles. La Madrecita me guía. Nos guía a todos, Oli. Tú también lo crees, ¿verdad? —La luz de la luna reveló sendos regueros de lágrimas cruzando la mugre de las mejillas de Pirao.

—Hum —dijo Polly, y buscó frenéticamente una forma de no mentir. La encontró—. Ejem... ¿sabes que yo estoy intentando encontrar a mi hermano?

—Bueno, eso dice mucho en tu favor, la duquesa lo sabe —dijo Pirao enseguida.

—Pues, bueno... También lo estoy haciendo por La Duquesa —dijo Polly, sintiéndose fatal—. Pienso en La Duquesa a todas horas, lo tengo que admitir.

Bueno, eso era cierto. Simplemente no era honesto.

—Me alegro muchísimo de oírlo, Oli, porque pensaba que habías perdido la fe —dijo Pirao—. Pero lo has dicho con mucha convicción. Tal vez sería un buen momento para ponernos de rodillas y...

—Pir, estás de pie en la tumba de alguien —dijo Polly—. Todo tiene su ocasión, ¿no crees?. Volvamos con los otros, ¿eh?

¿Aquella chica había pasado los días más felices de su vida caminando penosamente a través de bosques, cavando tumbas y tratando de eludir a los soldados de ambos bandos? El problema de Polly era que tenía una mente que hacía preguntas aun cuando de verdad, de verdad no quería conocer las respuestas.

—Entonces... ¿la duquesa aún te sigue hablando? —dijo mientras regresaban por entre los árboles oscuros.

—Oh, sí. Cuando estábamos en Plotz, durmiendo en el cuartel —dijo Pirao—. Me dijo que todo estaba funcionando.

No lo hagas, no le preguntes nada más, dijo una parte de la mente de Polly, pero ella no hizo caso, llevada por una curiosidad dad espantosa. Pirao era una chica maja —bueno, más o menos maja, con un matiz de canguelo—, y sin embargo hablar con ella era como hurgarse en una costra: sabías casi seguro lo que habría bajo el cascarón, pero hurgabas de todos modos.

—¿Y qué solías hacer antes de alistarte? —preguntó.

Pirao le dedicó una sonrisa inquietante.

—Solía recibir palizas.

\* \* \*

El té se estaba haciendo en una pequeña hondonada situada cerca del camino. Había varios miembros del pelotón montando guardia. A nadie le gustaba la idea de que hubiera hombres con ropa oscura merodeando por allí cerca.

—¿Una taza de brebaje? —dijo Otis, sosteniendo varias en alto. Unos días atrás lo habrían llamado «té con leche y azúcar», pero aunque todavía no dominaran los andares, estaban decididas a hablar como soldados lo antes posible.

—¿Qué está pasando? —preguntó Polly.

—No sé —dijo Otis—. El sargento y el ruperto se han ido hacia ahí con el prisionero, pero a los bisoñés nadie nos dice nada.

—Se dice «bisoños», creo —dijo Pirao, cogiendo el té.

—En todo caso, les he preparado un par de tazas. A ver qué puedes averiguar tú, ¿eh?

Polly se bebió el té de un trago, agarró las dos tazas y se alejó a toda prisa.

En el borde de la hondonada encontró a Maladicto reclinado contra un árbol. Aquello lo tenían los vampiros: nunca podían parecer desaliñados. Lo que estaban era... ¿cómo se decía? Déshabillé. Significaba desastrados, pero con toneladas de estilo. En aquel caso, Maladicto llevaba la casaca abierta y se había metido el paquete de cigarrillos en la banda del chacó. Hizo el saludo militar con su ballesta cuando pasó Polly.

—¿Oli? —dijo.

—¿Sí, cabo?

—¿Llevan café en los petates?

—Lo siento, cabo. Solo té.

—¡Maldición! —Maladicto dio un golpe al árbol que tenía detrás—. Eh, antes te has ido directa al hombre que se estaba comiendo las claves. Directa. ¿Cómo es posible?

—Pura suerte —dijo Polly.

—Sí, claro. Y qué más. Tengo muy buena visión nocturna.

—Oh, de acuerdo. Bueno, el de la izquierda estaba echando a correr y el del medio estaba soltando el tubo de clacs y llevándose la mano a la espalda, pero al de la derecha le ha parecido que meterse algo en la boca era más importante que pelear o escaparse. ¿Satisfecho?

—¿Y todo eso lo has razonado en un par de segundos? Qué listo.

—Sí, vale. Y ahora por favor olvídalo, ¿de acuerdo? No quiero llamar la atención. Ni siquiera tengo unas ganas especiales de estar aquí. Solo quiero encontrar a mi hermano. ¿Vale?

—Muy bien. He pensado que te gustaría saber que alguien te ha visto, nada más. Y mejor será que les lleves ese té antes de que se intenten matar entre ellos.

Por lo menos yo estaba vigilando al enemigo, pensó Polly con furia mientras se alejaba. No estaba vigilando a uno de los míos. ¿Quién se ha creído ese tipo que es? O esa tipa.

Oyó las voces acaloradas mientras se abría paso entre unos matorrales.

—¡No se puede torturar a un hombre desarmado! —dijo la voz de Blusa.

—¡Pues no pienso esperar a que se arme, señor! ¡Sabe cosas! ¡Y es un espía!

—¡No se atreva a darle otra patada en las costillas! ¡Es una orden, sargento!

—Preguntarle con educación no ha funcionado, ¿verdad, señor? ¡«Por favorcito, si fuera usted tan amable» no es un método reconocido de interrogatorio! ¡Usted no tendría que estar aquí, señor! ¡Lo que tendría que hacer es decirme: «Sargento, averigüe lo que pueda de este prisionero» y luego irse a otra parte y esperar a que yo le contara qué le he sacado, señor!

—¡Lo ha vuelto a hacer!

—¿El qué? ¿El qué?

—¡Le ha dado otra patada!

—¡No es verdad!

—¡Sargento, le he dado una orden!

—¿Y?

—¡El té está listo! —dijo Polly en tono jovial.

Los dos hombres se giraron. Les cambió la expresión. Si hubieran sido pájaros, las plumas les habrían vuelto suavemente a su sitio.

—Ah, Artes —dijo Blusa—. Buen trabajo.

—Sí... buen muchacho —dijo el sargento Jackrum.

La presencia de Polly pareció bajar la temperatura. Los dos hombres se dedicaron a beberse el té y a mirarse con recelo entre sí.

—Se habrá dado cuenta, sargento, de que esos hombres llevaban el uniforme verde oscuro del Primer Batallón, regimiento 59 de Arqueros Ezlobenos. Infantería ligera de apoyo —dijo Blusa, con cortesía gélida—. Ese no es el uniforme de un espía, sargento.

—¿Síseñor? Pues entonces habían dejado que se les ensuciaran mucho los uniformes. No les brillaban nada los botones, señor.

—Patrullar detrás de las líneas enemigas no equivale a espiar, sargento. Usted también lo debió de hacer en su época.

—Más veces de las que usted podría contar, señor —replicó Jackrum—. Y sabía de sobra que si me pillaban me esperaba una buena patada en los fondillos. Pero los de apoyo son los peores, señor. Tú te crees que estás a salvo en el frente y de pronto resulta que un cabrón sentado entre los matorrales de una colina ha estado calculando el viento y la distancia y le acaba de atravesar la cabeza de un flechazo a tu compañero. —Cogió un arco largo de aspecto extraño—. ¿Ve estas cosas que tienen? Es un Burleigh & Fuerteenelbrazo Número Cinco Recurvado, fabricado en la puta Ankh-Morpork. Un arma asesina de verdad. Yo digo que le demos a elegir, señor. Nos puede decir lo que sabe e irse rápido. O no decir ni pío e irse por las malas.

—No, sargento. Es un oficial enemigo capturado en combate y merece un trato justo.

—No, señor. Es un sargento, y los sargentos no merecen ningún respeto, señor. Si lo sabré yo. Son astutos y tramposos, por lo menos los que conocen su trabajo. Si este tipo fuera un oficial no me importaría, señor. Pero los sargentos son listos.

Se oyó un gruñido procedente del prisionero atado.

—Aflójele la mordaza, Artes —dijo Blusa.

Por puro instinto, aunque el instinto no tuviera más que un par de días de edad, Polly echó un vistazo a Jackrum. El sargento se encogió de hombros. Ella le quitó el trapo de la boca.

—Hablaré —dijo el prisionero, escupiendo pelusa de algodón—. ¡Pero no con ese saco de grasa! Hablaré con el oficial. ¡Que ese hombre no se me acerque!

—¡No estás en posición de negociar, soldadete! —gruñó Jackrum.

—Sargento —dijo el teniente—. Estoy seguro de que tiene usted asuntos que atender. Por favor, atiéndalos. Y mande a un par de hombres para aquí. Este hombre no puede hacer nada contra cuatro de nosotros.

—Pero...

—Le he dado otra orden, sargento —dijo Blusa. Se volvió hacia el prisionero mientras Jackrum se marchaba dando zancadas furiosas—. ¿Cómo se llama?

—Sargento Talludo, teniente. Y si tiene usted algo de sentido común, me va a soltar ahora mismo y a rendirse.

—¿Rendirme? —dijo Blusa, mientras Igorina y Pirao llegaban corriendo al claro, armadas y perplejas.

—Sí. Hablaré bien de usted cuando nos encuentren los chicos. No se imagina cuántos hombres les andan buscando. ¿Puedo beber algo, por favor?

—¿Cómo? Ah, sí. Por supuesto —dijo Blusa, como si lo hubieran sorprendido comportándose con mala educación—. Artes, tráigale una taza de té al sargento. ¿Y por qué nos están buscando, si no es mucho preguntar?

Talludo le dedicó una sonrisa torcida.

—¿No lo sabe?

—No —respondió Blusa con frialdad.

—¿De verdad no lo sabe? —Ahora Talludo se echó a reír. Se lo veía demasiado tranquilo para estar atado, mientras que Blusa daba demasiado la impresión de ser un hombre amable pero preocupado que intenta parecer firme y decidido. Para Polly, era como mirar a un niño faroleando al póquer contra un hombre apodado Doc.

—No tengo ganas de juegos, hombre. ¡Suéltelo ya! —dijo Blusa.

—Todo el mundo ha oído hablar de ustedes, teniente. ¡Son nada menos que el Regimiento Monstruoso! —dijo—. Sin ánimo de ofender, claro. Dicen que tienen un troll, un vampiro, un Igor y un hombre lobo. Dicen que... —soltó una risita— ¡que vencieron al príncipe Heinrich y su guardia y que les robaron las botas y les hicieron irse dando saltitos en cueros!

En unos matorrales situados a cierta distancia, un ruiseñor cantó. Durante un buen rato, sin interrupción. Luego Blusa dijo:

—Ja, pues no, en realidad se equivoca usted. Aquel hombre era el capitán Horentz...

—¡Sí, claro, como que les iba a decir quién era a punta de espada! —replicó Talludo—. Un compañero mío me ha contado que uno de ustedes le dio una patada al príncipe en la salchicha con guarnición, pero aún no he visto la imagen.

—¿Alguien hizo una imagen de la patada? —chilló Polly, empapada de un horror repentino.

—No, justo de eso no. Pero por todas partes hay copias del príncipe encadenado, y dicen que la han mandado por clacs hasta Ankh-Morpork.

—¿Y él está... está molesto? —preguntó Polly con voz temblorosa, maldiciendo a Otto Alarido y sus imágenes.

—Pues bueno, vamos a ver —dijo Talludo con sarcasmo—. ¿Molesto? No, no creo que esté molesto. La palabra es «cabreado», creo yo. ¿O «furioso»? Sí, creo que «furioso» es más preciso. Y ahora os anda buscando medio mundo. ¡Felicidades!

Hasta Blusa vio lo trastornada que estaba Polly.

—Ejem... Artes —dijo—. Fue usted, ¿verdad? Quien le...

Una y otra vez las palabras ohdioshepateadoalpríncipeenelplatodesalchicha daban vueltas y más vueltas en la cabeza de Polly como un hámster en una rueda de andar, hasta que de pronto toparon contra algo duro.

—Síseñor —dijo con decisión—. Estaba intentando forzar a una jovencita, señor. ¿No se acuerda?

A Blusa se le alisó la frente, y su expresión se convirtió en una sonrisa de duplicidad infantil.

—Ah, sí, claro. Estaba «remachando el clavo» sin tapujos, ¿verdad?

—¡Y no pensaba en carpintería, señor! —dijo Polly en tono acalorado.

Talludo echó un vistazo a Pirao, que sostenía con aire lúgubre una ballesta que Polly sabía a ciencia cierta que le daba miedo, y a Igorina, que habría preferido de largo empuñar un bisturí al sable que tenía en la mano y parecía angustiada. Polly captó la breve sonrisa del hombre.

—Ahí lo tiene, sargento Talludo —dijo el teniente, girándose hacia el prisionero—. Por supuesto, todos sabemos que en tiempos de guerra se dan conductas atroces, pero algo así es lo último que esperaríamos de todo un príncipe. Si han[[5]](#footnote-5) de perseguirnos porque un joven y galante soldado ha impedido que las cosas se pusieran todavía más repugnantes, que así sea.

—Ahora sí que estoy impresionado —dijo Talludo—. Todo un caballero errante, ¿eh? Este hombre le honra, teniente. ¿Sería posible que me dieran ese té?

A Blusa se le hinchó visiblemente el flaco pecho al oír aquel cumplido.

—Sí, Artes, el té, si es tan amable.

Y así os dejo a los tres solos con este hombre que irradia toda la intención de escapar, pensó Polly.

—¿No podría ir el soldado Goom a buscar...? —empezó a decir.

—¿Hablamos en privado, Artes? —la cortó Blusa.

La atrajo hacia sí, pero Polly no le quitó la vista de encima al sargento Talludo. Puede que estuviera atado de manos y pies pero no confiaría en alguien que sonriera así ni aunque estuviera clavado al techo.

—Artes, está aportando usted mucho al pelotón, pero de verdad no toleraré que se cuestionen continuamente mis órdenes —dijo Blusa—. Al fin y al cabo, es mi ordenanza. Creo que tengo una «tropa bien avenida», pero quiero que se me obedezca. ¿Por favor?

Era como ser embestido por un pececito, pero tuvo que admitir que el teniente llevaba algo de razón.

—Ejem... lo siento, señor —dijo, caminando hacia atrás tanto como pudo para no perderse el final de la tragedia. Entonces dio media vuelta y echó a correr.

Jackrum estaba sentado junto al fuego, con el arco del prisionero sobre las enormes rodillas, cortando rodajas de una especie de salchicha negra con una gran navaja plegable. Estaba masticando.

—¿Dónde están los demás, señor? —preguntó Polly, revolviendo el equipo en busca de una taza.

—Los he puesto a patrullar un perímetro amplio, Artes. Hay que andarse con ojo, no vaya a ser que nuestro coleguita tenga amigos ahí fuera.

... lo cual era perfectamente sensato. Solo que también implicaba que medio pelotón estaba lejos...

—Sargento, ¿se acuerda de aquel capitán del cuartel? Era...

—Tengo buen oído, Artes. Le diste una patada en todos los Privilegios de la Corona, ¿eh? ¡Ja! Eso lo vuelve todo más interesante, ¿eh?

—Esto va a acabar mal, sargento, lo sé —dijo Polly, levantando el cacillo del fuego y derramando la mitad del agua mientras llenaba la tetera hasta arriba.

—¿Tú mascas, Artes? —preguntó Jackrum.

—¿Cómo, sargento? —dijo Polly, distraída.

El sargento le ofreció un trozo negro y pegajoso... de algo.

—Tabaco. Tabaco de mascar —dijo Jackrum—. Personalmente prefiero el Corazón Negro al Alegre Marinero, porque está bañado en ron, pero hay quien dice...

—¡Sargento, ese hombre se va a escapar, sargento! ¡Estoy seguro! No es el teniente quien controla la situación, es él. ¡Se hace el amistoso y todo lo que quiera, pero se lo veo en la mirada, sargento!

—Estoy seguro de que el teniente Blusa sabe lo que se hace, Artes —replicó Jackrum con voz formal—. No me estarás diciendo que un hombre atado puede con cuatro de vosotros, ¿verdad?

—¡Oh, conch... caracoles! —dijo Polly.

—¿Dónde los ves? Anda, déjalo estar y añádele azúcar a eso, lo encontrarás en esa vieja lata negra —dijo Jackrum.

Polly echó un poco en la peor taza de té que había preparado jamás un soldado en activo y regresó corriendo al claro.

Por asombroso que pareciera, el hombre todavía estaba sentado y seguía atado de manos y pies. Sus compañeros de los Queseros lo miraban con caras abatidas. Polly se relajó, pero solamente un poco.

—... y esa es la cuestión, teniente —estaba diciendo el hombre—. No hay deshonor en tirar la toalla, ¿eh? El príncipe lo va a cazar a usted muy pronto, porque ahora es una cuestión personal. Pero si quiere venirse conmigo, haré lo que esté en mi mano para suavizar las cosas. Ahora mismo no le conviene que lo cojan los Dragones Pesados. No tienen demasiado sentido del humor...

—El té está listo —dijo Polly.

—Oh, gracias, Artes —dijo Blusa—. Creo que al menos podemos soltar las manos al sargento Talludo, ¿verdad?

—Sí, señor —dijo Polly, queriendo decir «no, señor». El hombre le presentó las manos atadas y Polly estiró con reparo la mano que sostenía la navaja mientras con la otra sujetaba la taza como un arma.

—Tiene usted aquí a un muchacho astuto, teniente —dijo Talludo—. Da por hecho que le voy a quitar el cuchillo. Buen chico.

Polly cortó la cuerda, apartó a toda prisa el cuchillo y por último le ofreció la taza con cautela.

—Y además ha preparado el té tibio para que no duela cuando se lo tire a la cara —continuó Talludo. Dedicó a Polly mirada firme y sincera de un hijo de puta nato.

Polly se la sostuvo, mentira por mentira.

—Ah, sí. La gente de Ankh-Morpork tiene una pequeña imprenta en un carromato, al otro lado del río —dijo Talludo, sin dejar de mirar a Polly—. Para subir la moral, dicen. Y también han mandado esa imagen por clacs hasta la ciudad. No me pregunten cómo. Oh, sí, buena imagen. «Valerosos novatos derrotan a la élite ezlobena», han escrito. Es curioso, pero parece que el periodista no se dio cuenta de que era el príncipe. ¡Pero todos nosotros sí!

Su voz se volvió todavía más amistosa.

—A ver, muchachos, como soldado de infantería que soy igual que vosotros, me encanta ver en ridículo a esos jodidos montaborricos, así que veniros conmigo y me ocuparé de que por lo menos mañana no durmáis encadenados. Es mi mejor oferta. —Dio un sorbo de té—. Es mejor que la que tuvo casi todo el Décimo. He oído que a vuestro regimiento lo barrieron.

Polly no cambió de expresión, pero por detrás de ella sintió que se encogía hasta quedar hecha una bola diminuta. Mírale a los ojos, mírale a los ojos. Mientes. Mientes.

—¿Lo barrieron? —preguntó Blusa.

Talludo dejó caer la taza de té. Arrebató la ballesta a Pirao con su mano izquierda, agarró el sable de Igorina con la derecha y usó la hoja curvada para cortarse la soga de las piernas. Pasó todo muy deprisa, antes de que ninguno de ellos pudiera enfocar el cambio de situación, y el sargento ya estaba de pie, dando una buena bofetada a Blusa en la cara e inmovilizándolo con una llave de brazo.

—Y tenías toda la razón, chaval —le dijo a Polly, por encima del hombro de Blusa—. Lástima que no seas oficial, ¿eh?

El suelo absorbió las últimas gotas del té derramado. Polly estiró el brazo lentamente para coger su ballesta.

—No lo hagas. Como des un solo paso, como cualquiera de vosotros se mueva un palmo, lo degüello —dijo el sargento—. No será el primer oficial al que mato, creedme...

—La diferencia entre ellos y yo es que a mí no me importa.

Cinco cabezas se giraron. Allí estaba Jackrum, recortándose contra la luz lejana de la fogata. Tenía el arco del sargento enemigo, bien tensado y apuntando directamente al sargento sin importarle nada el hecho de que se interpusiera la cabeza del teniente. Blusa cerró los ojos.

—¿Dispararías a tu propio oficial? —preguntó Talludo.

—Ajá. Tampoco será el primer oficial al que yo mato —dijo Jackrum—. Tú no te vas a ninguna parte, amigo, salvo al suelo. Por las buenas o por las malas... a mí no me importa. —El arco crujió.

—Te estás marcando un farol, amigo.

—A fe mía, no soy un hombre que se marque faroles. Me parece que no nos han presentado, por cierto. Me llamo Jackrum.

El cambio que experimentó el hombre fue un acontecimiento de cuerpo entero. Pareció encogerse, como si cada célula hubiera dicho «oh cielos» en voz muy baja para sí misma. Flaqueó y la cabeza de Blusa descendió un poco.

—¿Puedo...?

—Ya es tarde —dijo Jackrum.

Polly nunca olvidaría el ruido que hizo la flecha.

Hubo silencio, y luego un golpe sordo cuando el cuerpo de Talludo por fin se desequilibró y dio contra el suelo.

Jackrum dejó el arco a un lado con cuidado.

—Ahora ya sabe con quién se estaba metiendo —dijo, como si no acabara de pasar gran cosa—. Una lástima, la verdad. Parecía un tipo bastante decente. ¿Queda algo de brebaje, Artes?

Muy despacio, el teniente Blusa se llevó una mano a la oreja, que la flecha había perforado de camino a su objetivo, y luego miró con un extraño distanciamiento la sangre que tenía en los dedos.

—Vaya, disculpe por eso, señor —dijo Jackrum, jovial—. Es que he visto que sería la única oportunidad y he pensado, bueno, es la parte carnosa. ¡Póngase un pendiente dorado, señor, y será el último grito de la moda! Un pendiente de los más grandes, diría yo.

»No os creáis lo que ha dicho de los Dentroyfuera —continuó Jackrum—. No eran más que mentiras. Me caen bien los que traman algo. Bien, lo que haremos ahora... ¿Alguien me puede decir qué hacemos ahora?

—Esto... ¿enterrar el cuerpo? —probó Igorina.

—Sí, pero mírale las botas. Tiene los pies pequeños y los ezlobenos tienen botas mucho mejores que las nuestras.

—¿Que robemos las botas a un muerto, sargento? —preguntó Pirao, todavía aturdida.

—¡Es más fácil que quitárselas a uno vivo! —Jackrum suavizó un poco el tono de voz cuando vio sus expresiones—. Muchachos, es la guerra, ¿lo entendéis? Era un soldado, ellos eran soldados, vosotros sois soldados... más o menos. Ningún soldado quiere que se eche a perder el rancho o unas buenas botas. Dadles un entierro decente, decid las oraciones que recordéis y confiad en que hayan ido a un sitio donde no se pelee. —Levantó la voz de vuelta a su berrido normal—. ¡Artes, reúne a los demás! ¡Igor, cubre el fuego, haz que parezca que no hemos estado aquí! ¡Nos largamos en diez minutos cero segundos! ¡Podemos recorrer unos cuantos kilómetros antes de que el sol salga del todo! Hacemos eso, ¿no, teniente?

Blusa seguía transfigurado, pero pareció despertarse ahora.

—¿Cómo? Oh. Sí. Claro. Sí, por supuesto. Ejem... sí. Continúe, sargento.

El fuego se reflejó en la cara triunfal de Jackrum. Bajo el resplandor rojo, sus ojillos oscuros eran como agujeros en el espacio, su sonrisa era una entrada al infierno y su corpachón un monstruo del abismo.

El sargento había permitido que pasara, Polly lo sabía. Sí. Había obedecido sus órdenes. No había hecho nada mal. Pero podría haber mandado a Maladicto y a Jade a ayudarnos, en lugar de a Pirao y a Igor, que no son rápidos con las armas. Ha mandado lejos a los otros. Tenía el arco preparado. Ha jugado una partida usándonos como piezas y la ha ganado...

«Pobre viejo soldado», habían cantado el padre de Polly y sus amigos, mientras se formaba la escarcha en los cristales de la ventana, «¡pobre viejo soldado! ¡Si me debo alistar otra vez... el diablo será mi sargento!»

A la luz del fuego, la sonrisa del sargento Jackrum era una media luna sangrienta; su casaca, del color del cielo de un campo de batalla.

—Sois mis chiquillos —rugió—, y yo cuidaré de vosotros.

\* \* \*

Recorrieron unos diez kilómetros antes de que Jackrum ordenase una parada, y para entonces la tierra ya empezaba a cambiar. Había más rocas y menos árboles. El valle del Tolladero era rico y fértil, y esa fertilidad le llegaba río abajo desde el lugar donde estaban ahora: un paisaje de barrancos y bosques bajos y densos de matorrales, donde unas pocas comunidades malvivían de la tierra paupérrima. Era un buen sitio para esconderse. Y justo en aquel lugar, alguien lo había hecho ya. Era una garganta excavada por un arroyo, pero a final del verano el caudal no era más que un hilo de agua entre las rocas. Jackrum debió de haberlo encontrado usando el olfato, porque desde el camino no se veía.

Las cenizas del fuego que encontraron en el pequeño desfiladero aún estaban tibias. El sargento se levantó con dificultad después de examinarlas.

—Una pandilla como la que nos encontramos anoche —dijo.

—¿No podría ser un simple cazador, sargento? —preguntó Maladicto.

—Podría, cabo, pero no lo es —respondió Jackrum—. Os he traído aquí porque parece un barranco ciego y hay agua y tenemos buenos puestos de vigilancia allí arriba y por allí —señaló—. Además, tiene un buen saliente por si llueve y es difícil acercársenos sin que los veamos. Militar, en otras palabras. Y anoche a alguien se le ocurrió la misma idea que a mí. Así que mientras ellos andan por ahí buscándonos, nosotros nos vamos a sentar bien cómodos donde ya han mirado. Quiero a un par de vosotros de guardia ahora mismo.

Polly hizo la primera guardia en lo alto del pequeño barranco que había al borde del desfiladero. Sí que era un buen emplazamiento, eso estaba claro. Allí podría esconderse un regimiento. Y nadie se podía acercar sin ser visto. Y ella estaba arrimando el hombro como un verdadero miembro del pelotón, así que con un poco de suerte Blusa encontraría a otro que le afeitara antes de que ella acabara su turno. Por un hueco entre las copas de los árboles se veía una especie de camino que cruzaba el bosque. No le quitó ojo de encima.

Cuando llegó la hora, Tolón la relevó trayéndole un tazón de sopa. Al otro lado del desfiladero, Esti estaba reemplazando a Pirao.

—¿De dónde eres, Oli? —dijo Tolón, mientras Polly saboreaba la sopa.

No iba a pasar nada por decírselo.

—De Munz —dijo Polly.

—¿En serio? Alguien me comentó que trabajabas en una taberna. ¿Cómo se llamaba la posada?

Ah, ahí sí que podía pasar algo. Sin embargo, ahora ya no sabía cómo mentir.

—La Duquesa —respondió.

—¿Ese sitio tan grande? Muy refinado. ¿Y te trataban bien?

—¿Cómo? Ah... sí. Sí. Bastante bien.

—¿No te pegaban?

—¿Eh? No. Nunca —respondió Polly, nerviosa por el rumbo que estaba tomando la conversación.

—¿Te hacían trabajar duro?

Polly tuvo que pensar en aquello. La verdad era que ella trabajaba más que las dos doncellas juntas, y ellas por lo menos tenían una tarde libre a la semana.

—Normalmente era la primera que se levantaba y la última que se acostaba, si te refieres a eso —dijo. Y para cambiar deprisa de tema, continuó hablando—. ¿Y tú qué? ¿Conoces Munz?

—Vivíamos las dos allí, Tilda y yo... Esti, quiero decir —dijo Tolón.

—¿Ah, sí? ¿Dónde?

—En la Escuela para Chicas Trabajadoras —dijo Tolón, y apartó la vista.

Y aquella era la clase de trampa en que te podía hacer caer la charla ligera, pensó Polly.

—No era un lugar agradable, me parece —dijo, sintiéndose tonta.

—No era un lugar agradable, no. Era muy desagradable —dijo Tolón—. Pirao también estuvo allí, creemos. Por lo menos creemos que era ella. La mandaban muy a menudo a hacer trabajos fuera. —Polly asintió con la cabeza. Una vez, había ido a hacer de doncella a La Duquesa una chica de la escuela. Llegaba por la mañana, bien limpia e impecable con su delantal blanco y saliendo de una fila de chicas muy parecidas encabezada por una maestra y flanqueada por dos hombres corpulentos con palos largos. Era flaca, tenía unos modales insulsos y adiestrados, trabajaba mucho y no hablaba con nadie. Duró solo tres meses y Polly nunca averiguó por qué.

Tolón miró a Polly a los ojos fijamente, casi burlándose de su inocencia.

—Creemos que es la chica que solían encerrar en la habitación especial. Es una cosa que tiene esa escuela. Si no te endureces, se te empieza a girar la cabeza.

—Supongo que os alegrasteis de marcharos —fue lo único que a Polly se le ocurrió decir.

—La ventana del sótano no estaba cerrada —dijo Tolón—. Pero le prometí a Tilda que volveríamos un día del verano próximo.

—Ah, ¿o sea que no estaba tan mal? —dijo Polly, agradeciendo aquel receso.

—No, es porque arderá mejor —dijo Tolón—. ¿Alguna vez te has encontrado con un tipo llamado padre Jupe?

—Oh, sí —dijo Polly, y notando que se esperaba más de ella, añadió—: Solía venir a cenar cuando mi madre... solía venir a cenar. Un poco pomposo, pero parecía buen hombre.

—Sí —respondió Tolón—. Se le daba bien parecer.

Una vez más se abrió un abismo negro en la conversación sobre el que ni siquiera un troll podía tender un puente, y lo único que se podía hacer era apartarse del borde.

—Será mejor que vaya a ver al ten... al ruperto —dijo Polly poniéndose de pie—. Muchas gracias por la sopa.

Bajó con cuidado por el pedregal y por las arboledas de abedul hasta emerger en la orilla del pequeño arroyo que discurría por el desfiladero. Y allí, como si fuera algún espantoso dios fluvial, estaba el sargento Jackrum.

Su casaca roja, que sería una tienda de campaña para hombres de menor talla, estaba echada con cuidado encima de un matorral. El sargento estaba sentado en una roca, sin camisa y con los enormes tirantes colgando, de manera que lo único que salvaba al mundo de ver los pechos desnudos del hombre era una camiseta de lana amarillenta. Por alguna razón, sin embargo, no se había quitado el chacó. Sus cosas de afeitar, incluida una navaja que parecía un machete pequeño y una brocha de afeitar que se podía usar para empapelar una pared, estaban sobre la roca que tenía al lado.

Jackrum se estaba bañando los pies en la corriente. Levantó la vista al acercarse Polly y la saludó amigablemente con la cabeza.

—Buenos días, Artes —le dijo—. Tómatelo con calma. Nunca te des prisa por un ruperto. Siéntate un momento. Quítate las botas. Deja que tus pies sientan el aire fresco. Cuida de tus pies y tus pies cuidarán de ti. —Sacó su enorme navaja y el taco de tabaco de mascar—. ¿Seguro que no quieres un poco?

—No, gracias, sargento. —Polly se sentó sobre una roca en la orilla opuesta del arroyo, que solamente tenía un metro o dos de ancho, y empezó a tirar de sus botas para quitárselas. Tenía la sensación de que le habían dado una orden. Además, ahora mismo notaba que le hacía falta el contraste del agua limpia y fría.

—Así me gusta. Una costumbre asquerosa. Peor que los pitillos —dijo Jackrum, cortando un buen trozo—. Yo empecé cuando era un chavalito. Más vale eso que encender la lumbre de noche, ¿entiendes? No conviene delatar tu posición. Vale, hay que meterse un trozo en la boca de cuando en cuando, pero en la oscuridad nadie ve cómo te lo metes.

Polly chapoteó con los pies. Era verdad que el agua helada lo reanimaba a uno. Pareció que le volvía la vida de golpe. En los árboles que rodeaban el desfiladero cantaban los pájaros.

—Dilo, Artes —dijo Jackrum al cabo de un rato.

—¿Que diga qué, sargento?

—Va, joder, Artes, hace buen día, no me toques las narices. He visto la manera en que me mirabas.

—Muy bien, sargento. Anoche asesinó usted a aquel hombre.

—¿Ah, sí? Demuéstralo —dijo Jackrum sin perder la calma.

—Bueno, no puedo, ¿verdad? Pero usted lo montó todo. Hasta mandó a Igor y Pirao para custodiarlo. No se les dan bien las armas.

—¿Cómo de bien se les tenían que dar, en tu opinión? ¿Cuatro de vosotros contra un hombre atado? —dijo Jackrum—. Ná. Ese sargento era hombre muerto en cuanto lo cogimos, y él lo sabía. Hacía falta un puto genio como ese ruperto tuyo para hacerle creer que tenía alguna esperanza. Estamos en pleno bosque, chaval. ¿Qué iba a hacer Blusa con él? ¿A quién se lo íbamos a entregar? ¿El teniente se lo iba a llevar con nosotros en un carro? ¿O lo iba a atar a un árbol para que diera patadas a los lobos hasta que se le acabaran las fuerzas? Mucho más caballeroso que darle un cigarrillo tranquilo y un tajo rápido ahí donde te vas enseguida, que es lo que él se esperaba y lo que yo le habría dado»

Jackrum se metió el tabaco en la boca.

—¿Sabes para qué vale la mayor parte del adiestramiento militar, Artes? —continuó—. ¿Todos esos gritos que pegan los mierdecillas como Strappi? Todo sirve para que cuando te lo manden seas capaz de clavarle la espada a un pobre cabrón que es igual que tú pero resulta que lleva el uniforme equivocado. El es como tú y tú eres como él. En realidad ni él te quiere matar a ti ni tú lo quieres matar a él. Pero si no lo matas primero, él te mata a ti. A eso se reduce todo. No es fácil hacerlo sin entrenamiento. Los rupertos no reciben ese entrenamiento porque son caballeros. Pues bueno, a fe mía, yo no soy ningún caballero y estoy dispuesto a matar cuando tengo que hacerlo. Y ya he dicho que os mantendría a salvo y ningún maldito ruperto me va a detener. ¡Ese tipo me dio la baja del ejército! —añadió Jackrum, irradiando indignación—. ¡A mí! ¡Y encima esperaba que le diera las gracias! Todos los rupertos bajo los que he servido han tenido la sensatez de escribir «Dirección equivocada» o «En patrulla prolongada» o algo así, y luego han vuelto a echar la carta al correo, todos menos él.

—¿Qué fue lo que le dijo al cabo Strappi que lo hizo huir? —dijo Polly, antes de poder detenerse.

Jackrum se la quedó mirando un rato, sin expresión en los ojos. Luego soltó una risita extraña.

—¿Qué le hace decir una cosita como esa a un chavalín como tú? —preguntó.

—Pues que Strappi se esfumó sin más y de pronto hay una vieja regla que significa que está usted de vuelta en la fuerza, sargento —dijo Polly—. Por eso he dicho una cosita como esa.

—¡Ja! Esa regla no existe, además, no como tal —dijo Jackrum, chapoteando con los pies—. Pero los rupertos nunca leen el reglamento, a menos que estén buscando una razón para colgarte, así que no me podía salir mal. Strappi estaba cagado de miedo, eso ya lo sabes.

—Sí, pero se podía haber escaqueado más adelante —dijo Polly—. No era tonto. ¿Escaparse en plena noche? Debía estar huyendo de algo que tenía muy cerca, ¿verdad?

—Vaya, qué cerebro más maligno tienes, Artes —dijo Jackrum en tono feliz. Polly volvió a tener la sensación clara de que el sargento estaba disfrutando de aquello, igual que había parecido complacido cuando ella había protestado por el uniforme. No era un matón como Strappi, y trataba a Igorina y a Pirao con algo parecido a la preocupación paternal, pero a Polly, a Maladicto y a Tolón no dejaba de azuzarlos, esperando que azuzaran en respuesta.

—Hace su trabajo, sargento —dijo ella.

—Simplemente tuve un pequeño tétatet con él, por decirlo de alguna manera. Con tranquilidad. Le expliqué todas las cosas feas que pueden pasar vísavis en la confusión de la guerra.

—¿Como que te encuentren degollado? —sugirió Polly.

—Se han dado casos —dijo Jackrum con inocencia—. ¿Sabes, muchacho? Algún día llegarás a ser un sargento cojonudo. Cualquier tonto sabe usar los ojos y las orejas, pero tú usas ese cerebro tuyo para conectarlos.

—¡No pienso hacerme sargento! ¡Voy a terminar el trabajo y marcharme a mi casa! —se encendió Polly.

—Sí, yo también dije eso una vez. —Jackrum sonrió—. Artes, a mí no me hace falta ningún clac-clac. No me hace falta el papelito de noticias. El sargento Jackrum sabe lo que se cuece. Habla con los hombres que regresan, los que no quieren hablar con nadie más. Sé más que el ruperto, por mucho que él reciba esas cartitas de comandancia que tanto le preocupan. Con el sargento Jackrum habla todo el mundo. Y en su gorda cabezota, el sargento Jackrum ata todos los cabos. El sargento Jackrum sabe lo que se cuece.

—¿Y qué es, sargento? —preguntó Polly en tono inocente.

Jackrum no contestó de inmediato. Lo que hizo fue estirar el brazo con un gruñido y frotarse un pie. El chelín corroído que le colgaba de un cordel, y que había descansado inocentemente sobre la camiseta de lana, se balanceó hacia delante. Pero hubo otra cosa. Por un momento algo dorado se escapó del cuello abierto de la camiseta. Algo ovalado y dorado, sujeto por una cadena dorada, centelleó bajo la luz del sol. Entonces el sargento irguió la espalda y el objeto se perdió de nuevo de vista.

—Esta es una guerra jodidamente extraña, chico —dijo—. Es cierto que ahí fuera no solamente hay soldados ezlobenos. Los muchachos dicen que hay uniformes que no habían visto nunca. Hemos pateado montones de traseros todos estos años, así que igual es verdad que se han conchabado todos y ahora nos toca pringar a nosotros. Han tomado el fuerte. Oh, sí, lo sé. Pero ahora tienen que defenderlo. Y se acerca el invierno y todos esos chavales de Ankh-Morpork y de todas partes están muy lejos de casa. A lo mejor aún tenemos una posibilidad. Ja, sobre todo ahora que al príncipe se le ha metido entre ceja y ceja encontrar al joven soldado que le arreó una patada en todo el aparejo nupcial. Eso quiere decir que está furioso. Cometerá equivocaciones.

—Bueno, sargento, yo pienso...

—Me alegro de que lo hagas, soldado Artes —dijo Jackrum convirtiéndose de pronto otra vez en sargento—. Y yo pienso que después de que atiendas al ruperto y te hayas echado una siesta, tú y yo les vamos a dar una lección de manejo de la espada a los muchachos. Da igual qué puta guerra sea esta, tarde o temprano el joven Pirao va a tener que usar esa espada que va meneando por ahí. ¡A ello!

Polly encontró al teniente Blusa sentado de espaldas al barranco, comiendo escubo de un cuenco. Igorina estaba guardando su instrumental médico y Blusa tenía la oreja vendada.

—¿Va todo bien, señor? —dijo ella—. Perdone que no estuviera...

—Lo entiendo perfectamente, Artes, tiene que hacer sus turnos igual que los demás «muchachos» —dijo Blusa, y Polly oyó cómo las comillas caían en su sitio—. Me he echado una siesta reparadora y la hemorragia se ha detenido y ciertamente también los temblores. Sin embargo... todavía necesito un afeitado.

—Quiere que lo afeite yo —dijo Polly, con el corazón dándole un vuelco.

—Tengo que sentar ejemplo, Artes, aunque he de decir que ustedes los «muchachos» se esfuerzan tanto que me avergüenzan. ¡A todos se les ven las caras «tan suaves como el culito de un bebé», debo decir!

—Sí, señor. —Polly sacó las cosas del afeitado y se acercó al fuego, donde el cacillo hervía de forma permanente. La mayor parte del pelotón dormitaba, pero Maladicto estaba sentado con las piernas cruzadas junto al fuego, haciendo algo con su gorro.

—Me he enterado de lo que pasó anoche con el prisionero —dijo sin levantar la vista—. No me parece que ese teni que nos ha tocado vaya a durar mucho, ¿a ti?

—¿Ese qué?

—El teniente. Por lo que he oído, lo más probable es que Blusa vaya a sufrir un feo accidente. Jackrum cree que es peligroso.

—Está aprendiendo, igual que nosotros.

—Sí, pero se supone que el teni sabe lo que quiere hacer. ¿Tú crees que lo sabe?

—Jackrum también anda perdido —dijo Polly, rellenando el cacillo con agua fría—. Yo creo que seguimos adelante y ya está.

—Si es que hay algo a lo que llegar —dijo Maladicto. Sostuvo en alto el chacó—. ¿Qué te parece?

Había escrito con tiza las palabras «Nacido para morir» en el costado del gorro, junto al paquete de cigarrillos.

—Muy... individual —dijo Polly—. ¿Por qué fumas? No es muy... vampírico, que digamos.

—Bueno, se supone que no tengo que ser muy vampírico —dijo Maladicto, encendiendo un pitillo con una mano temblorosa—. Es por chupar, que me hace falta. Estoy de los nervios. Me da el tembleque por la falta de café. Y de todas formas no se me dan bien los bosques.

—Pero si eres un vam...

—Ya, ya, si esto fueran criptas no habría problema. Pero no paro de pensar que estoy rodeado de cientos de estacas puntiagudas. La verdad es que... lo estoy empezando a pasar mal. ¡Es como aguantar todo el murciélago otra vez! Ya me vienen las voces y el sudor frío...

—Chist —dijo Polly, mientras Otis gruñía en sueños—. No puede ser —susurró—. ¡Me dijiste que llevabas dos años sin probarla!

—Ah, ¿sa... san... sangre? —dijo Maladicto—. ¿Quién ha hablado de sangre? ¡Estoy hablando de café, maldita sea!

—Tenemos mucho té... —empezó a decir Polly.

—¡No lo entiendes! Es un problema de... ansia. ¡El ansia nunca cesa, solamente la cambias a otra cosa que no provoque que la gente haga un kebab contigo! ¡Necesito café!

¿Por qué yo?, pensó Polly. ¿Es que llevo un letrerito que diga: «Cuéntame tus problemas»?

—Veré qué puedo hacer —dijo—, y llenó a toda prisa la jarra del afeitado.

Polly volvió corriendo con el agua, llevó a Blusa hasta una roca y levantó algo de espuma con la brocha. Luego se puso a afilar la navaja, tomándose todo el tiempo que se atrevió. Cuando él soltó un carraspeo impaciente, ella tomó posición, levantó la navaja y rezó...

... pero no a Nuggan. Nunca a Nuggan, desde la muerte de su madre...

Y de pronto Esti apareció corriendo, intentando gritar un susurro:

—¡Movimiento!

Blusa a punto estuvo de perder otro lóbulo.

Jackrum salió de la nada, con las botas puestas pero los tirantes colgando. Agarró a Esti del hombro y la giró en redondo.

—¿Dónde? —exigió saber.

—¡Por un camino que hay más abajo! ¡Tropas! ¡Carromatos! ¿Qué hacemos, sargento?

—¡No armar escándalo! —murmuró Jackrum—. ¿Vienen hacia aquí?

—¡No, han pasado de largo, sargento!

Jackrum se dio la vuelta y dirigió una mirada satisfecha al resto del pelotón.

—Muy. Bien. Cabo, llévate a Carborundo y a Artes y echad un vistazo. Los demás, pertrechaos y tratad de ser valientes. ¿Eh, teniente?

Blusa se limpió la cara de espuma, perplejo.

—¿Qué? Ah. Sí. Encárguese, sargento.

Veinte segundos más tarde Polly bajaba corriendo la ladera detrás de Maladicto. De vez en cuando se veía el fondo del valle a través de los árboles, y al mirar abajo vio que la luz del sol se reflejaba en algo metálico. Por lo menos los árboles habían cubierto el suelo del bosque de una gruesa capa de agujas de pino y, en contra de la creencia general, la mayoría de los bosques no tienen una alfombra de ramas que crujen al pisarlas. Llegaron al margen del bosque, donde los matorrales peleaban entre ellos para hacerse sitio bajo el sol, y encontraron un buen sitio para mirar.

No había más que cuatro soldados de caballería, con uniforme desconocido, cabalgando en parejas por delante y por detrás de un carromato. El carro era pequeño y tenía una capota de lona.

—¿Qué hay en esa carreta que hacen falta cuatro hombres para protegerlo? —dijo Maladicto—. ¡Debe de ser valioso!

Polly señaló la enorme bandera que colgaba flácida de un asta en el carromato.

—Creo que es el hombre del periódico —dijo—. El carruaje es el mismo. Y la bandera también.

—Entonces está bien que hayan pasado de largo —susurró Maladicto—. Esperemos a que se pierdan de vista y larguémonos sigilosamente como buenos ratoncitos, ¿de acuerdo?

El grupo avanzaba a la velocidad del carromato, y llegado aquel punto los dos jinetes que encabezaban la marcha se detuvieron y se giraron en sus sillas de montar a esperar a que el carruaje los alcanzara. Entonces uno de ellos señaló más allá de los ocultos vigilantes. Se oyó un grito, demasiado lejano para entenderlo. Los jinetes de la retaguardia se acercaron trotando al carro, se reunieron con sus camaradas y los cuatro se giraron para levantar la vista. Hubo un momento de discusión y dos de los jinetes se volvieron al trote por el camino.

—Oh, cachis —dijo Polly—. ¿Qué han visto?

Los jinetes pasaron frente a su escondrijo. Unos momentos más tarde oyeron que los caballos entraban en el bosque.

—¿Corremos a por ellos? —preguntó Jade.

—Deja que se encargue Jackrum —respondió Maladicto.

—Pero si se encarga él, y esos hombres no vuelven... —empezó a decir Polly.

—Cuando no vuelvan —la corrigió Maladicto.

—...entonces los otros dos sospecharán, ¿verdad? Lo más seguro es que uno se quede aquí y el otro vaya a buscar ayuda.

—Entonces nos acercaremos con sigilo y esperaremos —dijo Maladicto—. Mira, han descabalgado. Y el carromato se ha echado a un lado del camino. Si les vemos pinta de preocupados, vamos a por ellos.

—¿Y qué hacemos exactamente? —dijo Polly.

—Amenazamos con dispararles —dijo Maladicto con firmeza.

—¿Y si no nos creen?

—Entonces amenazamos con dispararles levantando mucho más la voz —dijo Maladicto—. ¿Mejor así? ¡Y de verdad espero que tengan café!

\* \* \*

Hay tres cosas que un soldado quiere hacer cuando hay una parada en el camino. Una de ellas es encender un cigarrillo, otra es encender un fuego y la tercera no requiere ninguna llama pero por lo general necesita un árbol.

Los dos [[6]](#footnote-6)jinetes tenían un fuego encendido y una cacerola humeando cuando un joven saltó del carromato, se desperezó, miró a su alrededor, bostezó y se adentró paseando en el bosque. Encontró un árbol conveniente y un momento más tarde pareció que estaba examinando la corteza a la altura de los ojos con estudiado entusiasmo.

La punta de una flecha de ballesta de acero le presionó la nuca y una voz dijo:

—¡Manos arriba y date la vuelta despacio!

—¿Cómo, ahora mismo?

—Hum... vale, no. Puedes terminar lo que estás haciendo.

—La verdad es que creo que me va a ser imposible. Déjame que... vale. Ya está. —El hombre volvió a levantar las manos—. ¿Te das cuenta de que solo tengo que gritar?

—¿Y qué? —dijo Polly—. Yo solo tengo que apretar este gatillo. ¿Vemos quién acaba antes?

El hombre se dio la vuelta.

—¿Lo ves? —preguntó Polly, dando un paso atrás—. Es él otra vez. De Worde. El escritor.

—¡Sois ellos! —exclamó él.

—¿Ellos quiénes? —dijo Jade.

—Oh, cielos —dijo Maladicto.

—¡Escuchad, daría lo que fuera por hablar con vosotros! —dijo de Worde—. Por favor...

—¡Estás con el enemigo! —dijo Polly entre dientes.

—¿Cómo? ¿Ellos? ¡No! Son del regimiento de lord Óxido. ¡De Ankh-Morpork! ¡Los han mandado para protegernos!

—¿En Borogravia? —dijo Maladicto—. ¿De quién deberían de protegeros?

—Deberían protegernos, sin el «de». Hum... bueno... de vosotros, en teoría.

Jade se inclinó hacia abajo.

—Pues qué eficientes, ¿no?

—Escuchad, de verdad tengo que hablar con vosotros —los apremió el hombre—. ¡Esto es asombroso! ¡Todo el mundo os está buscando! ¿Matasteis vosotros a esa pareja de ancianos en el bosque?

Los pájaros cantaron. Lejos de allí se oyó la llamada de la hembra del pájaro carpintero de cresta azul.

—Una patrulla ha encontrado las tumbas recién cavadas —dijo de Worde.

Muy por encima de ellos una garza del hielo, un ave migratoria invernal procedente del Eje, soltó un horrible bocinazo mientras buscaba los lagos.

—Entiendo que no fuisteis vosotros, pues —dijo de Worde.

—Nosotros los enterramos —dijo Maladicto con voz fría—. No sabemos quién los mató.

—Sí que les cogimos unas cuantas verduras —dijo Polly. Se acordaba de haberse reído de ello. Por supuesto, la única razón fue que era eso o echarse a llorar, pero aun así...

—¿Habéis estado viviendo de la tierra? —Acababa de sacar un cuaderno de su bolsillo y estaba apuntando cosas con un lápiz.

—No tenemos por qué hablar contigo —dijo Maladicto.

—¡No, no, sí que tenéis! ¡Os hace falta saber muchas cosas! Estáis en los... Arribayabajo, ¿verdad?

—Los Dentroyfuera —dijo Polly.

—Y... —empezó a decir el hombre.

—Ya es suficiente —dijo Maladicto, y se alejó a zancadas del árbol para adentrarse en el claro. Los dos soldados de caballería levantaron la vista de su fogata y hubo un momento de inmovilidad antes de que uno de ellos tratara de coger su espada.

Maladicto agitó rápidamente la ballesta de uno a otro, hipnotizándolos con la punta como si fuera un reloj meciéndose de una cadenilla.

—Solo tengo un disparo pero vosotros sois dos —dijo—. ¿A quién disparo? Vosotros decidís. A ver, escuchadme con mucha atención: ¿dónde está el café? Tenéis café, ¿verdad? ¡Venga, todo el mundo tiene café! ¡A ver esos granos!

Ellos se quedaron mirando la ballesta y negaron lentamente con la cabeza.

—¿Tú qué me dices, escritor? —gruñó Maladicto—. ¿Dónde escondes el café?

—Solamente tenemos chocolate a la taza —dijo el escritor, levantando las manos a toda prisa cuando Maladicto se volvió hacia él—. Estáis invitados a...

Maladicto dejó caer la ballesta, que se disparó hacia arriba, y se sentó[[7]](#footnote-7) con la cabeza apoyada en las manos.

—Vamos a morir todos —dijo.

Los soldados hicieron el gesto de levantarse y Jade levantó su arbolito.

—Ni se os ocurra —dijo.

Polly se giró hacia el escritor.

—¿Quiere que hablemos con usted, señor? Entonces hable usted con nosotros. ¿Todo esto es por los... calcetines del príncipe Heinrich?

Maladicto se puse de pie de un salto frenético.

—¡Yo digo que nos los carguemos a todos y nos vayamos a casa! —dijo, sin dirigirse a nadie en particular—. «¡Un, dos, tres! ¿Para qué estamos luchando?»

—¿Calcetines? —preguntó el escritor, mirando al vampiro con cara nerviosa—. ¿Qué tienen que ver aquí los calcetines?

—Te acabo de dar una orden, Polly —dijo Maladicto.

—¿Qué es lo que usted cree que no sabemos? —insistió Polly, mirando a de Worde con cara desafiante.

—Bueno, para empezar que sois lo único que queda de los Dentroyfuera...

—¡Eso no es verdad!

—Bueno, hay prisioneros y heridos, creo. Pero ¿para qué os iba a mentir? ¿Y por qué te ha llamado Polly?

—Porque sé mucho de pájaros —dijo Polly, maldiciendo mentalmente—. ¿Cómo sabe lo que le ha estado pasando al regimiento?

—Porque mi trabajo es saber cosas —dijo el hombre—. ¿Qué pájaro es ese de ahí arriba?

Polly levantó la vista.

—No tengo tiempo para juegos idiotas —dijo—. Y eso es un... —se detuvo. Algo volaba en círculos muy arriba, en el azul prohibido.

—¿No lo sabes? —dijo de Worde.

—Sí, claro que lo sé —replicó Polly, irritada—. Es un águila ratonera de cuello blanco. Pero pensaba que nunca se adentraban tanto en las montañas. Solo había visto una en un libro... —Volvió a levantar la ballesta y trató de tomar el control—. ¿Tengo razón, señor Mi-trabajo-es-saber-cosas?

De Worde volvió a levantar las manos y le dedicó una sonrisa forzada.

—Probablemente —dijo—. Yo vivo en la ciudad. Sé distinguir a los gorriones de los estorninos. Más allá de eso, por lo que a mí respecta todo son patos.

Polly lo fulminó con la mirada.

—Escuchad, por favor —dijo el hombre—. Tenéis que escucharme. Hay cosas que os hace falta saber. Antes de que sea demasiado tarde.

Polly bajó la ballesta.

—Si quiere usted hablar con nosotros, espere aquí —dijo—. Cabo, nos marchamos. ¡Carborundo, coge a esos soldados!

—Un momento —dijo Maladicto—. ¿Quién es el cabo de este pelotón?

—Tú —dijo Polly—. Y estás babeando y dando tumbos, y se te ven los ojos raros. ¿Dónde querías llegar?

Maladicto lo meditó. Polly estaba cansada y asustada y en alguna parte de su interior todo eso se estaba transformando en rabia. La suya no era una expresión que uno quisiera ver al otro lado de una ballesta. No se podía matar a un vampiro con una flecha, pero eso no quería decir que no se le pudiera hacer daño.

—Bueno, vale —dijo—. ¡Carborundo, coge a esos soldados! ¡Nos marchamos!

\* \* \*

Se oyó el silbido de un pájaro mientras Polly se acercaba al escondite. Ella lo identificó como la llamada del Imitador Pésimo de Pájaros, y se dijo que tenía que enseñar a las chicas algunas llamadas de pájaros que por lo menos parecieran reales. Imitar pájaros era más difícil de lo que la mayoría de la gente pensaba.

El pelotón estaba en el desfiladero, armado y por lo menos con aspecto peligroso. Hubo cierta relajación cuando vieron que Jade traía atados a los dos soldados de caballería. Había otros dos sentados con aspecto desconsolado contra el barranco, con las manos atadas a la espalda.

Maladicto se acercó con paso elegante a Blusa y saludó.

—Traemos dos prisioneros, teni, y Artes cree que hay alguien ahí abajo con quien usted debería hablar. —Se acercó y bajó la voz—. Es el tipo del periódico, señor.

—Entonces está bien claro que no nos acercaremos a él para nada —dijo Blusa—. ¿Eh, sargento?

—¡Sí, señor! —dijo Jackrum—. ¡No traerá más que problemas, señor!

Polly saludó frenéticamente.

—¡Por favor, señor! ¡Permiso para hablar, señor!

—¿Sí, Artes? —dijo Blusa.

Polly vio que solo había una oportunidad y, nada más que una. Tenía que averiguar qué pasaba con Paul. Su mente funcionó tan deprisa como lo había hecho la noche anterior en la colina, cuando había ido a por el hombre que tenía el libro de códigos.

—Señor, no sé si merece la pena hablar con él, señor, pero puede que valga la pena escucharlo. Aunque crea usted que solamente nos va a contar mentiras. Porque a veces, señor, la forma en que la gente cuenta mentiras, si te cuentan las bastantes, bueno, es como si... como si te enseñaran qué forma tiene la verdad, señor. Y nosotros no tenemos por qué contarle la verdad a él. También le podemos mentir.

—Yo no tengo madera de mentiroso, Artes —dijo Blusa con frialdad.

—Me alegro de oírlo, señor. ¿Vamos ganando esta guerra, señor?

—¡No sigas por ahí, Artes! —bramó Jackrum.

—No era más que una pregunta, sargento —dijo Polly en tono de reproche.

El pelotón esperó en el claro, absorbiendo hasta el último sonido con los oídos. Todo el mundo sabía la respuesta. Estaban esperando a oírla en voz alta.

—Artes, hablar así propaga el desaliento —empezó a hablar Blusa, pero lo dijo como si no se lo creyera y tampoco le importase que los demás se dieran cuenta.

—No, señor. En realidad, no. Es mejor que las mentiras —dijo Polly. Cambió el tono de voz y le añadió el filo que su madre solía usar con ella cuando la estaba riñendo—. Decir mentiras es malo. A nadie le caen bien los mentirosos. Dígame la verdad, por favor.

Algún armónico de aquel tono debió de alojarse en una parte antigua del cerebro de Blusa. Cuando Jackrum abrió la boca para bramar, el teniente levantó una mano.

—No vamos ganando, Artes, pero tampoco hemos perdido todavía.

—Creo que lo sabemos todos, señor, pero es bueno oírselo a usted —dijo Polly, dedicándole una sonrisa de aliento.

Aquello también pareció funcionar.

—Supongo que no tiene nada de malo ser educado con un pobre hombre —dijo Blusa, como si estuviera pensando en voz alta—. Puede que se le escape información valiosa si lo interrogamos con habilidad.

Polly miró al sargento Jackrum, que a su vez miraba hacia arriba como si estuviera rezando.

—Permiso para ser el hombre que interrogue al caballero señor —dijo el sargento.

—Permiso denegado, sargento —replicó Blusa—. Me gustaría que saliera vivo y no quiero perder otro lóbulo. Lo que sí puede hacer es llevarse a Artes hasta el carromato y traerlo aquí.

—Muy bien, señor —dijo—. Vamos, Artes.

Jackrum no abrió la boca mientras volvían ladera abajo, pisando la alfombra de agujas de pino. Luego, al cabo de un rato, dijo:

—¿Sabes por qué esos soldados han encontrado nuestro refugio, Artes?

—No, sargento.

—Porque el teniente ha ordenado a Otis que apagara el fuego de inmediato. Ni siquiera había humo. Así que Otis ha ido y le ha vaciado el cacillo encima.

Polly pensó en aquello durante unos segundos.

—¿Vapor, sargento?

—¡Eso mismo! Se ha levantado una puta nube enorme. No ha sido culpa de Otis. Por lo menos, los jinetes no nos han dado problemas. Han sido lo bastante listos para no intentar escaparse de media docena de ballestas. Eso es ser inteligente, para un soldado de caballería.

—Buen trabajo, sargento.

—No me hables como si fuera un ruperto, chaval —dijo Jackrum sin alterarse.

—Lo siento, sargento.

—Veo que estás aprendiendo a manejar a los oficiales, eso sí. Has de asegurarte de que te den las órdenes correctas, ¿entiendes? Vas a ser un buen sargento, Artes.

—No quiero ser sargento.

—Ya, claro —dijo Jackrum. Podría significar cualquier cosa.

Después de vigilar el camino durante un par de minutos salieron y pusieron rumbo al carromato. De Worde estaba sentado en un taburete junto al mismo, tomando notas en un cuaderno, pero en cuanto los vio se puso de pie a toda prisa.

—Sería buena idea salir del camino —dijo cuando se acercaron—. Tengo entendido que hay muchas patrullas.

—¿Patrullas ezlobenas, señor? —dijo Jackrum.

—Sí. En teoría esto... —señaló la bandera que colgaba flácida del carromato— tendría que mantenernos a salvo, pero ahora mismo todo el mundo está un poco tenso. ¿Es usted el sargento Jack Ram?

—Jackrum, señor. Y le agradecería que no apuntara mi nombre en su cuadernito, señor.

—Lo siento, sargento, pero es mi trabajo —dijo de Worde con total tranquilidad—. Tengo que apuntar las cosas.

—Bueno, señor, mi trabajo es soldadear —dijo Jackrum, subiendo al carromato y cogiendo las riendas—. Pero supongo que se da cuenta de que en este preciso momento no lo estoy matando. Vámonos, ¿eh?

Polly subió a la parte de atrás del carro mientras empezaba a moverse. Estaba lleno de cajas y equipo, y aunque puede que en algún momento hubiera estado todo bien ordenado, aquel orden no era más que un recuerdo lejano, lo cual indicaba a las claras que el carro era propiedad de un hombre. Junto a ella, media docena de las palomas más grandes que había visto en su vida dormitaban en un posadero dentro de su jaula de alambre, y Polly se preguntó si serían una alacena viviente. Una de ellas abrió un ojo y dijo con pereza: «¿Currucú?», que en palomo quiere decir: «¿Lo qué?».

Casi todas las demás cajas llevaban etiquetas del tipo —se acercó para verlas mejor— «Galletas de Campaña Patentadas del Cap. Horace Calumney» o «Extracto de Estofado». Mientras Polly cavilaba que a Otis le encantaría hacerse con un par de aquellas cajas, un fardo de ropa que colgaba del techo del carro bamboleante se movió un poco y apareció una cara.

—Buenosss díass —dijo, colgando cabeza abajo.

William de Worde se giró en el asiento de delante.

—Solo es Otto, soldado —dijo—. No tenga miedo.

—Sí, no le voy a morrderr —dijo la cara en tono alegre. Sonrió. La cara de un vampiro no mejora cuando está del revés, y en esas circunstancias una sonrisa no ayudaba en absoluto—. Se lo garrantizo.

Polly bajó la ballesta. Jackrum se habría quedado impresionado de ver lo deprisa que la había levantado. Ella misma estaba impresionada, y también avergonzada. Los calcetines volvían a pensar por ella.

Otto se descolgó con mucha elegancia hasta el suelo del carromato.

—¿Adónde vamos, porr favorr? —preguntó.

—A un sitio que conozco, señor —dijo Jackrum—. Bien tranquilito.

—Bien, necesito sacarr a los diablillos a hacerr ejerrcicio. Se ponen nerrviosos si los tengo mucho tiempo encerrados.

Otto apartó una pila de papeles y dejó al descubierto su enorme caja de hacer imágenes. Abrió una pequeña escotilla.

—Arriba, mis muchachos —dijo. Se oyó un coro de vocecitas agudas en el interior.

—Mejor que le dé un toque de aviso sobre el Tigre, señor de Worde —dijo Jackrum, mientras el carromato subía rodando por un viejo sendero de leñadores.

—¿El Tigre? ¿Quién es el Tigre?

—Ups —dijo Jackrum—. Lo siento, así es como llamamos al teniente, señor, por lo valiente que es. Olvídese de lo que he dicho, ¿quiere?

—¿Así que es valiente? —dijo de Worde.

—Y listo, señor. No deje que lo engañe, señor. Es una de las grandes mentes militares de su generación, señor.

Polly se quedó boquiabierta. Ella misma había sugerido que mintieran a aquel hombre, pero... ¿tanto?

—¿En serio? Entonces, ¿por qué no ha pasado de teniente? —preguntó el escritor.

—Ah, ya veo que a usted no se le puede engañar, señor —dijo Jackrum, rezumando perspicacia—. Sí, es un enigma, señor, por qué se hace llamar teniente. Pero me atrevo a decir que sus razones tendrá, ¿eh? Es como cuando Heinrich se hace pasar por capitán, ¿no? —Se dio un golpecito en el costado de la nariz—. ¡Yo lo veo todo señor, y no digo ni pío!

—Lo único que pude averiguar de él es que hacía alguna clase de trabajo de oficina en su cuartel general, sargento —dijo de Worde. Polly vio que sacaba su cuaderno, despacio y con cautela.

—Sí, ya supongo que habrá podido averiguar una cosa como esa —dijo Jackrum, haciendo un enorme guiño conspiratorio—. Y luego, cuando las cosas se ponen negras de verdad, lo sueltan, señor. Le quitan la correa, señor. Pero conste que yo no sé nada de nada, señor.

—¿Y qué hace, explota? —preguntó de Worde.

—¡Jajá, muy gracioso, señor! —rió Jackrum—. No, señor. Lo que hace, señor, es evaluar situaciones, señor. Yo no lo entiendo del todo, señor, porque no soy un gran pensador, pero la prueba del pastel, señor, está en probarlo, y anoche nos asaltaron och... veinte soldados de caballería ezlobenos, señor, y al teniente le bastó evaluar la situación en un abrir y cerrar de ojos para ensartar a cinco de esos cabrones, señor. Como un kebab, señor. Lo ves y no parece que tenga sangre en las venas, pero si lo provocas se convierte en un torbellino mortal. Por supuesto, yo no le he dicho nada de todo esto, señor.

—¿Y lo han puesto a cargo de una panda de reclutas, sargento? —insistió de Worde—. No me parece muy verosímil.

—Unos reclutas que han capturado a varios soldados de caballería de élite, señor —dijo Jackrum, con aspecto afligido—. Eso es liderato. Cada uno a su oficio, señor. Yo no soy más que un viejo soldado sencillo, señor, que las ha visto de todos los colores. A fe mía que no soy un hombre mentiroso, señor, pero miro al teniente Blusa y no me creo lo que veo.

—A mí solo me pareció que estaba confundido —dijo de Worde, pero en su voz había un matiz de incertidumbre.

—Era una pequeña conmoción, señor. Se llevó un porrazo que habría tumbado a un hombre de menos valía, y aun así se volvió a poner de pie. ¡Asombroso, señor!

—Hum —dijo de Worde, apuntando algo.

El carromato cruzó el arroyuelo salpicando y se adentró bamboleándose en el desfiladero. El teniente Blusa estaba sentado en una roca. Había intentado arreglarse, pero tenía la casaca mugrienta, las botas enfangadas, una mano hinchada y su oreja, pese a los cuidados de Igorina, seguía inflamada. Tenía la espada sobre las rodillas. Jackrum detuvo el carromato con cuidado junto a una arboleda de abedules. Los cuatro soldados enemigos estaban atados contra el barranco. Aparte de ellos, el campamento parecía estar desierto.

—¿Dónde están los demás hombres, sargento? —susurró de Worde, mientras bajaba con agilidad del carromato.

—Ah, están por aquí, señor —dijo Jackrum—. Vigilándolo a usted. Probablemente sea buena idea no hacer movimientos bruscos, señor.

No había nadie más a la vista... y de pronto Maladicto se materializó.

La gente nunca miraba las cosas de verdad, Polly lo sabía. Solo echaban vistazos. Y lo que había sido una zona de matorrales era ahora el cabo Maladicto. Polly se lo quedó mirando. Había hecho un agujero en el centro de su vieja manta y las manchas de barro y de hierba sobre el color gris mohoso habían convertido al vampiro en parte del paisaje hasta que había hecho el saludo militar. También se había pegado ramitas con hojas por todo el casco.

El sargento Jackrum puso unos ojos como platos. Polly nunca había visto a nadie abrir los ojos literalmente como platos, pero el sargento tenía la cara idónea para hacerlo a nivel de campeonato. Pudo notar cómo Jackrum tomaba aire al mismo tiempo que reunía palabrotas para una bronca de tomo y lomo... y entonces recordó que estaba interpretando al sargento Alegre Gordinflón, y que no era momento de pasar al sargento Incandescente.

—Cómo son los chavales, ¿eh? —dijo a de Worde con una risita—. ¿Qué será lo próximo que inventen?

De Worde asintió nerviosamente, sacó un fajo de periódicos de debajo de su asiento y se acercó al teniente.

—El señor de Worde, ¿verdad? —dijo Blusa, poniéndose de pie—. Artes, ¿podemos traerle una taza de, ejem, «brebaje», al señor de Worde? Así me gusta. Tome asiento en una roca, señor.

—Muy amable de su parte recibirme, teniente —dijo de Worde—. ¡Parece que haya visto usted unas cuantas guerras! —añadió, haciendo un intento de mostrarse jovial.

—No, solamente esta —respondió Blusa, con cara perpleja.

—Quería decir que lo han herido a usted, señor —dijo de Worde.

—¿Esto? Ah, no es nada, señor. Me temo que la herida de la mano me la hice yo mismo. Practicando con la espada, ya sabe.

—¿Ah, o sea que es zurdo, señor?

—No, no.

Polly, que estaba lavando una taza, oyó que Jackrum decía con la comisura de la boca:

—¡Tendría que haber visto cómo acabaron los otros dos, señor!

—¿Está usted al corriente del desarrollo de la guerra, teniente? —preguntó, de Worde.

—Dígamelo usted, señor —dijo Blusa.

—Todo su ejército está contenido en el valle del Tolladero. Atrincherado, en su mayoría, fuera del alcance de la artillería del fuerte. Todos los demás fuertes que tenían ustedes en la frontera han sido capturados. Las guarniciones de Drerp, Glitz y Arblatt están derrotadas. Por lo que tengo entendido, teniente, su pelotón es la única fuerza militar que sigue sobre el terreno. O por lo menos —añadió—, la única que sigue combatiendo.

—¿Y mi regimiento? —preguntó Blusa en voz baja.

—Lo que queda del Décimo participó hace unos días en un intento valeroso, pero francamente suicida, de reconquistar el fuerte de Tolladero, señor. La mayoría de los supervivientes son prisioneros de guerra, y tengo que decirle que casi todo su alto mando está capturado. Estaban en el fuerte cuando fue tomado. Hay mazmorras muy grandes en ese fuerte, señor, y están bastante llenas.

—¿Por qué debería creerle?

Yo le creo, pensó Polly. Así que Paul puede estar muerto, herido o capturado. Y no me sirve de mucho pensar que hay dos posibilidades entre tres de que esté vivo.

De Worde tiró sus periódicos a los pies del teniente.

—Está todo ahí, señor. No me lo he inventado yo. Es la verdad. Y seguirá siendo verdad sin importar que se lo crea usted o no. Hay más de seis países aliados contra Borogravia, entre ellos Genua, Mouldavia y Ankh-Morpork. En el bando de ustedes no hay nadie. Están solos. La única razón de que todavía no estén derrotados es que no lo quieren admitir. ¡He visto a sus generales, señor! ¡Son grandes líderes, y sus hombres pelean como demonios, pero se niegan a rendirse!

—Borogravia no conoce el significado de la palabra «rendirse», señor de Worde —dijo el teniente.

—¿Puedo prestarle un diccionario, señor? —replicó bruscamente de Worde, poniéndose rojo—. ¡Se parece mucho al significado de «pactar alguna clase de paz mientras se tiene alguna posibilidad», señor! ¡Es un poco como «dejarlo estar mientras se sigue teniendo cabeza», señor! Por los dioses, señor, ¿es que no lo entiende? ¡La razón de que siga habiendo un ejército en el valle del Tolladero es que los aliados todavía no han decidido qué hacer con él! ¡Están hartos de masacres!

—¡Ah, o sea que seguimos presentando batalla!

De Worde suspiró.

—No lo entiende, señor. Están hartos de masacrarlos a ustedes. Ahora ellos tienen el fuerte en su poder. Y allí arriba hay algunas máquinas de guerra enormes. Ellos... con franqueza, señor, algunos de los aliados preferirían barrer lo que queda del ejército de ustedes. Sería como cazar ratas en un tonel. Los tienen a ustedes a su merced. Y sin embargo, ustedes continúan atacando. ¡Atacando el fuerte! Está construido sobre roca maciza y tiene murallas de treinta metros de altura. Hacen incursiones desde la otra orilla del río. Están encajonados y no tienen a donde ir y los aliados podrían limitarse a aniquilarlos cuando les diera la gana, y en cambio ustedes actúan como si solo se tratase de algún contratiempo momentáneo. ¡Eso es lo que está sucediendo en realidad, teniente! Ustedes no son más que un pequeño cabo suelto.

—Tenga cuidado, por favor —lo avisó Blusa.

—Perdone, señor, pero ¿conoce usted lo más mínimo la historia reciente? En los últimos treinta años han declarado ustedes la guerra hasta al último de sus vecinos por lo menos una vez. Todos los países luchan, pero ustedes arman camorra. ¡Y el año pasado no se les ocurrió otra cosa que volver a invadir Ezlobenia!

—Nos invadieron ellos, señor de Worde.

—Lo han informado mal, teniente. Ustedes invadieron la provincia del Tolladero.

—Esa provincia se confirmó como suelo de Borogravia por el Tratado de Lint, hace más de cien años.

—Que se firmó a punta de espada, señor. Y que en todo caso, ya no le importa a nadie. Todo se ha hecho más grande que sus tontas escaramuzas entre la realeza. Porque sus hombres derribaron el Gran Tronco, ¿entiende? Las torres de clacs. Y además cortaron la ruta de diligencias. Ankh-Morpork considera eso bandidaje.

—¡Le he dicho que tenga cuidado! —saltó Blusa—. No me pasa por alto que va exhibiendo la bandera de Ankh-Morpork en su carromato con orgullo evidente.

—Civis morporkias sum, señor. Soy ciudadano de Ankh-Morpork. Se puede decir que Ankh-Morpork me cobija bajo su amplia y más bien grasienta ala, aunque admito que a la metáfora le falta un poco de trabajo.

—Sin embargo, sus soldados de Ankh-Morpork no están en posición de protegerlo.

—Señor, tiene razón. Podría hacerme matar ahora mismo —se limitó a decir de Worde—. Usted lo sabe. Yo lo sé. Pero no lo va a hacer, por tres razones. Los oficiales de Borogravia tienden al honor. Lo dice todo el mundo. Por eso no se rinden. Además, yo sangro que es una barbaridad. Y por último, no le hace falta, porque todo el mundo está interesado en ustedes. De pronto, todo ha cambiado.

—¿Interesado en nosotros?

—Señor, en cierto sentido usted podría ayudar mucho ahora mismo. Al parecer, la gente de Ankh-Morpork se ha quedado asombrada cuando... escuche, ¿ha oído hablar usted de algo llamado «interés humano», señor?

—No.

De Worde se lo intentó explicar. Blusa escuchó boquiabierto y, al final, dijo:

—¿Lo he entendido bien? ¿Por mucha gente que haya caído muerta o herida en esta maldita guerra, sus lectores no le han encontrado mucho interés? ¿Y se lo encuentran ahora, solo por nosotros? ¿Por una pequeña escaramuza en un pueblo del que no habían oído hablar nunca? ¿Y gracias a eso, de pronto somos un «pequeño y valeroso país» y la gente está diciendo a su periódico que su gran ciudad tendría que estar de nuestro lado?

—Sí, teniente. Anoche hicimos una segunda edición, ¿sabe? Después de averiguar que el «capitán Horentz» era en realidad el príncipe Heinrich. ¿Lo sabía en aquellos momentos, señor?

—¡Por supuesto que no! —levantó la voz Blusa.

—Y usted, soldado, ejem, Artes, ¿le habría dado una patada en sus... le habría dado usted una patada de haberlo sabido?

A Polly se le cayó una taza de los puros nervios, y a continuación miró a Blusa.

—Puede contestar, por supuesto, Artes —dijo el teniente.

—Bueno, sí, señor. Le habría dado una patada. Más fuerte, probablemente. Me estaba defendiendo, señor —dijo Polly, cuidándose de no entrar en más detalles. No se podía estar seguro de qué haría con ellos alguien como de Worde.

—Claro, sí, bien —dijo de Worde—. Entonces a lo mejor le gustará ver esto. Lo ha dibujado nuestro caricaturista Fizz para la edición especial. Ha salido en portada. Hemos vendido un número récord de ejemplares. —Le dio una hoja de papel de mala calidad, que a juzgar por lo arrugada que estaba tenía que haberse doblado muchas veces.

Era un dibujo a pluma, con muchos sombreados. Mostraba a una figura enorme, con una espada muy grande, un monóculo monstruoso y un bigote ancho como una percha, que estaba amenazando a una figura mucho más pequeña sin más armas que un instrumento para desenterrar remolachas, y que de hecho tenía ensartada una remolacha en la punta. Por lo menos, eso era lo que había estado sucediendo hasta el momento en que la figura más pequeña, ataviada con una imitación pasable del chacó de los Dentroyfuera y con una cara que se parecía un poco a la de Polly, daba a la otra figura una patada directa a la zona inguinal. De la boca de Polly salía una especie de globo que contenía las palabras: «¡Chúpate esa en los privilegios de la corona, maleante!». El globo que salía de la boca del ogro, que solamente podía ser el príncipe Heinrich, decía: «¡Oh, mi sucesión! ¿Cómo puede algo tan pequeño dolerme tanto?». Y de fondo, una mujer gorda que llevaba un vestido de noche con pliegues y un enorme casco anticuado había juntado las manos sobre un busto inverosímilmente grande, mirando la pelea con una mezcla de preocupación y admiración, y globeando: «¡Oh, amor! ¡Creo que acabaron con nuestro romance!».

Como nadie más abría la boca, y nadie hacía más que mirar, de Worde dijo con bastantes nervios:

—Fizz es bastante, hum, directo con estos asuntos, pero asombrosamente popular. Ejem. Fíjense, lo más curioso es que aunque probablemente Ankh-Morpork sea el matón más grande que hay, de forma más o menos sutil, sin embargo tenemos debilidad por la gente que planta cara a los matones. Sobre todo a los de sangre azul. Tenemos tendencia a ponernos de su lado, siempre y cuando no nos salga muy caro.

Blusa carraspeó.

—Es un retrato bastante bueno de usted, Artes —dijo con voz ronca.

—¡Solamente usé la rodilla, señor! —protestó Polly—. ¡Y le aseguro que esa señora gorda no estaba!

—Es Morporkia —dijo de Worde—. Es una especie de representación de la ciudad, salvo que no va toda cubierta de barro y de hollín.

—Y yo tengo que añadir, por mi parte —dijo Blusa, con voz de discurso público—, que Borogravia es de hecho más grande que Ezlobenia, aunque la mayor parte del país sea poco más que montañas yermas...

—Eso en realidad no importa —dijo de Worde.

—¿Ah, no? —dijo Blusa.

—No, señor. Eso es solo un hecho. No es política. En política, señor, los dibujos como este son poderosos. Señor, hasta los comandantes de la alianza están hablando de ustedes, y los ezlobenos están furiosos y perplejos. Si ustedes, los héroes del momento, pudieran hacer una llamada al sentido común...

El teniente respiró hondo y despacio.

—Esta es una guerra estúpida, señor de Worde. Pero yo soy un soldado. He «besado a la duquesa», tal como decimos. Y eso es un juramento de lealtad. No me tiente para que lo rompa. Debo luchar por mi país. Repeleremos a todos los invasores. Si hay desertores, los encontraremos y los volveremos a reunir. Conocemos el terreno. Mientras nosotros sigamos libres, Borogravia seguirá libre. Ahora ya ha «dicho usted la suya». Gracias. ¿Dónde está ese té, Artes?

—¿Cómo? ¡Oh, casi listo, señor! —dijo Polly, volviéndose hacia el fuego.

Había sido un anhelo repentino y extraño, pero un plan estúpido. Ahora, allí fuera, todos los inconvenientes se hacían visibles. ¿Cómo se llevaría a Paul a casa? ¿Él querría ir con ella? ¿Podría habérselas apañado? Incluso si su hermano seguía vivo, ¿cómo iba Polly a sacarlo de una cárcel?

—Entonces ustedes son guerrilleros, ¿no? —dijo el señor de Worde, detrás de ella—. Están todos locos.

—No, no somos irregulares —replicó Blusa—. Hemos besado a la duquesa. Somos soldados.

—En fin —dijo de Worde—. Entonces por lo menos admiro su espíritu. Ah, Otto...

El vampiro iconografista se les acercó tranquilamente y les dedicó una sonrisa tímida.

—No tengan miedo. Soy un Crespón Negro igual que su cabo —dijo—. Ahora mi pasión es la luz.

—Ah... ejem, así me gusta —dijo Blusa.

—Haz las iconografías, Otto —dijo de Worde—. Estos caballeros tienen una guerra que luchar.

—Por curiosidad, señor de Worde —lo interrumpió Blusa—, ¿cómo hizo llegar las imágenes a su ciudad tan deprisa? Debió de usar magia, supongo.

—¿Cómo? —De Worde pareció momentáneamente descolocado—. No, no, señor. Los magos son caros y el comandante Vimes ha dicho que en esta guerra no vamos a ser los primeros en usar magia. Lo que hacemos es mandar las cosas por paloma hasta nuestra oficina del fuerte y luego por clacs desde la torre más cercana del Tronco.

—¿En serio? —dijo Blusa, mostrando bastante más animación de la que Polly había visto hasta el momento—. ¿Y usan números para designar una escala de grises, tal vez?

—Mein Gotts! —exclamó Otto.

—Pues mire, ahora que lo menciona, sí —dijo de Worde—. Me impresiona mucho que usted...

—He visto las torres de clacs que hay en la otra orilla del Tolladero —dijo Blusa, con los ojos iluminados—. Qué buena idea, usar cajones con postigos en lugar de los antiguos brazos de señales. ¿Y me equivoco si supongo que la caja superior, la que abre los postigos una vez por segundo es una especie de, hum, de reloj del sistema que se asegura de que toda la línea de clacs esté sincronizada? Ah, bien, ya me lo parecía. Lo más probable es que un ciclo por segundo sea el límite de los mecanismos, así que sin duda ahora todos sus esfuerzos se dedican a maximizar el contenido de información por operación de postigo, ¿no? Sí, me imaginaba que sería así. En cuanto al envío de imágenes, bueno, tarde o temprano todas las cosas son números, ¿verdad? Por supuesto, usarían cada una de las dos columnas de cuatro cajas para mandar un código de gris, pero eso debe de ser muy lento. ¿Se han planteado un algoritmo de estrujado?

De Worde y Alarido intercambiaron una mirada.

—¿Está seguro de que nunca ha hablado con nadie de esto? —preguntó el escritor.

—Oh, es todo muy elemental —dijo Blusa, con una sonrisa feliz—. A mí se me había ocurrido en el contexto de los mapas militares, que por supuesto son en su mayoría espacio en blanco. Así que me pregunté si sería posible indicar en una columna un tono determinado y por otra parte señalar hasta qué distancia en la fila continúa ese tono. Y una ventaja magnífica de esto es que si el mapa únicamente usa el blanco y el negro, todavía hay más...

—No ha visto usted una torre de clacs por dentro, ¿verdad? —dijo de Worde.

—Por desgracia, no —dijo Blusa—. Esto no es más que «pensar en voz alta» basándome en la existencia de facto de su imagen. Creo que se me ocurren algunos otros, ejem, trucos matemáticos para acelerar todavía más el envío de información, pero estoy seguro de que ya se les habrán ocurrido también. Por supuesto, una modificación bastante pequeña podría duplicar potencialmente la carga de información de todo el sistema de un plumazo. Y eso sin usar filtros de colores por la noche, que estoy seguro de que incluso con el esfuerzo mecánico añadido aumentarían sin duda el rendimiento en... Lo siento, ¿he dicho algo incorrecto?

Los dos hombres tenían idénticas miradas vidriosas. De Worde se obligó a recuperarse.

—Oh... hum, no. Nada —dijo—. Esto... parece usted haber entendido las cosas muy... deprisa.

—Oh, todo ha sido extremadamente sencillo en cuanto me he puesto a pensar en ello —dijo Blusa—. Pasó exactamente lo mismo cuando tuve que rediseñar el sistema de archivo del departamento, ¿sabe? La gente construye una cosa que funciona. Luego cambian las circunstancias y tienen que ponerse a hacer retoques para que siga funcionando, y están tan ocupados haciendo retoques que no pueden ver que sería mucho mejor construir un sistema totalmente nuevo que se adaptara a las nuevas circunstancias. Pero para alguien que llega de fuera, la idea es obvia.

—¿En política igual que, ejem, en sistemas de archivo, diría usted? —preguntó de Worde.

A Blusa se le arrugó el ceño.

—Lo siento, me parece que no le sigo... —dijo.

—¿Está usted de acuerdo en que a veces el sistema de un país está tan anticuado que solamente los forasteros ven la necesidad de un cambio generalizado? —dijo de Worde. Sonrió.

El teniente Blusa no le devolvió la sonrisa.

—Una cuestión que tal vez merezca la pena —prosiguió de Worde—. Ejem... dado que desean ustedes contarle su desafío al mundo, ¿le importaría que mi colega les hiciera un retrato?

Blusa se encogió de hombros.

—Si le hace ilusión a usted... —dijo—. Es una Abominación, claro, pero últimamente cuesta encontrar algo que no lo sea. Tiene que decirle usted al mundo, señor de Worde, que Borogravia no se va a someter. Que no nos vamos a rendir. Que seguiremos luchando. Apunte eso en su cuadernito, por favor. ¡Mientras aguantemos de pie, seguiremos dando coces!

—Sí, pero permítame que les suplique una vez más...

—Señor de Worde, seguramente habrá oído usted el dicho de que la pluma es más poderosa que la espada...

De Worde se pavoneó un poco.

—Por supuesto, y yo...

—¿Quiere ponerlo a prueba? Haga su imagen, señor, y luego mis hombres lo escoltarán de vuelta a su camino.

Otto Alarido se puso de pie e hizo una reverencia ante Blusa. Descolgó su caja de hacer pinturas.

—Tarrdarré un minuto nada más —dijo.

Nunca es cierto. Polly observó con horrorizada fascinación cómo Otto tomaba una imagen tras otra del teniente Blusa en una variedad de lo que el oficial creía que eran poses heroicas. Resulta terrible ver a un hombre intentar proyectar hacia fuera una barbilla que, en la práctica, no tiene.

—Muy impresionante —dijo de Worde—. Solo espero que viva usted para verlo en mi periódico, señor.

—Espero ese momento con la máxima expectación —respondió Blusa—. Y ahora, Artes, por favor acompañe al sargento y devuelvan a estos dos caballeros para que sigan su camino.

Otto se acercó a Polly mientras volvían andando al carromato.

—Necesito contarrte algo sobrre vuestrro vampirro —dijo.

—¿Ah, sí?

—¿Erres amigo suyo? —preguntó Otto.

—Sí —dijo Polly—. ¿Pasa algo?

—Hay un prroblema...

—¿Que está nervioso porque se le ha acabado el café?

—Ojalá fuerra tan simple como eso. —Otto pareció incómodo—. Tienes que entenderr que cuando un vampirro deja... la «ese», hay un prroceso que llamamos trransferrencia, ¿de acuerrdo? Nos obligamos a desearr otra cosa. Parra mí no fue dolorroso. Yo ansío la perrfección de la luz y las sombrras. ¡Las imágenes son mi vida! Perro su cabo ha elegido... el café. Y ahorra no tiene.

—Ah, entiendo.

—No estoy segurro de que lo entiendas. A él prrobablemente le parrecerría muy sensato. Es un ansia humana, y a nadie le extrraña que uno diga, porr ejemplo: «Me muerro porr una taza de café», o «matarría por una taza de café». Perro sin café, me temo que... reverrtirrá. Entiende que parra mí es muy difícil hablarr de... —La voz de Otto se apagó.

—¿Qué quieres decir con revertir?

—Prrimerro habrrá pequeñas alucinaciones, crreo. Una susceptibilidad psíquica a toda clase de influencias prrocedentes de vete a saberr dónde, y las alucinaciones de los vampirros son tan fuerrtes que pueden contagiarrse. Crreo que eso ya está pasando. Se volverrá... errático. Eso puede seguirr así varios días. Y entonces su condicionamiento se vendrrá abajo y volverrá a ser, nuevamente, un auténtico vampirro. Se acabarrá el señor Simpático Que Bebe Café.

—¿Y yo no puedo hacer nada para ayudarlo?

Otto dejó reverencialmente su caja de imágenes en la parte de atrás del carromato y se volvió hacia ella.

—Le puedes buscarr algo de café o... puedes tenerr a mano una estaca de maderra y un cuchillo muy grrande. Le harrías un favor, crréeme.

—¡No puedo hacer eso!

Otto se encogió de hombros.

—Pues encuentrra a alguien que pueda.

\* \* \*

—¡Es un hombre asombroso! —dijo de Worde, mientras el carromato regresaba bamboleándose por entre los árboles—. Ya sé que los clacs van contra la religión de ustedes, pero el teniente parece entenderlos a la perfección.

—Como le dije, señor, se pone a evaluar cosas y no para —dijo Jackrum, con una amplia sonrisa—. Una mente afilada como una navaja.

—Estaba hablando de unos algoritmos de clacs que las compañías apenas están empezando a investigar —siguió de Worde—. Ese departamento del que hablaba...

—Ah, ya veo que no se le escapa nada, señor —dijo Jackrum—. Van muy de tapadillo. No puedo hablar del tema.

—Para serle sincero, sargento, yo daba por sentado que Borogravia estaba, bueno... atrasada.

La sonrisa de Jackrum era reluciente y acartonada.

—Si parece que estemos muy atrás, señor, es únicamente para poder tomar buena carrerilla.

—¿Sabe, sargento? Es una lástima enorme ver desperdiciada una mente como la de ese hombre —dijo de Worde, mientras un bache sacudía el carromato—. No vivimos en una época de héroes ni de famosos actos de resistencia desesperada ni de cargas a gloria o muerte. Haga un favor a sus hombres e intente decírselo al teniente, ¿quiere?

—Ni se me ocurriría, señor —dijo Jackrum—. Aquí está su camino, señor. ¿Adónde se dirige ahora?

—Al valle del Tolladero, sargento. Es una buena historia, sargento. Gracias. Permítame que le estreche la mano.

—Me alegro de que lo piense, señor —dijo Jackrum, ofreciéndole la mano. Polly oyó un tintineo de monedas que pasaban de una palma a otra. De Worde cogió las riendas.

—Pero tengo que avisarle, sargento, de que lo más probable es que mandemos nuestro material por paloma en menos de una hora —dijo—. Vamos a tener que decir que han tomado prisioneros.

—No se preocupe por eso, señor —dijo Jackrum—. Para cuando lleguen aquí sus colegas a rescatar a esos jinetes, ya estaremos a medio camino de regreso a las montañas. A nuestras montañas.

Se separaron. Jackrum los miró hasta que desaparecieron y se giró hacia Polly.

—Menudos aires de grandeza se da ese —dijo—. ¿Lo has visto? ¡Me ha insultado dándome propina! —Se miró la palma de la mano—. Hum, ¿cinco dólares de Morpork? Bueno, por lo menos sabe insultar con generosidad —añadió, y las monedas desaparecieron en su chaqueta con notable velocidad.

—Yo creo que nos quiere ayudar, sargento —dijo Polly.

Jackrum no hizo caso a aquello.

—Odio la puta Ankh-Morpork —dijo—. ¿Quiénes son para decirnos lo que tenemos que hacer? ¿A quién le importa lo que piensen?

—¿De verdad cree que podemos reunir desertores, sargento?

—Nones. Si ya han desertado, ¿qué les va a impedir hacerlo por segunda vez? Cuando desertaron escupieron a la duquesa, ahora no pueden darle un besito y reconciliarse. Se concede un beso y no hay más.

—Pero el teniente Blusa...

—El ruperto tendría que dedicarse a lo suyo, que son las sumas. Se cree que es soldado. No ha caminado por un campo de batalla en su vida. Todas esas patrañas que le ha soltado a tu amigo eran rollos de «muerte o gloria». Y te voy a decir una cosa, Artes, he mirado a la Muerte más a menudo de lo que quiero recordar, pero a la Gloria nunca la he visto ni asomarse. Eso sí, estoy muy a favor de mandar a esos idiotas a buscarnos donde no estamos.

—No es mi amigo, sargento —dijo Polly.

—Sí, bueno, a ti te gusta todo eso de leer y escribir —gruñó Jackrum—. No se puede confiar en la gente que se dedica a esas cosas. Se dedican a embrollar el mundo y luego resulta que todo lo que sabes está mal.

Llegaron de vuelta al desfiladero. El pelotón había regresado de sus diversos escondrijos y ahora la mayoría estaban congregados alrededor de uno de los periódicos. Por primera vez, Polly vio la Imagen.

Salían todos bastante bien, sobre todo Otis y Pirao. Polly quedaba casi escondida tras el corpachón de Jackrum. Pero detrás de ellos se veían las caras hurañas de los soldados de caballería, y sus expresiones eran toda una imagen por sí mismas.

—Qué bien sale Tolón —dijo Igorina, que ceceaba mucho menos cuando no había oficiales que la oyeran.

—¿Creéis que tener una imagen como esta es una Abominación a los ojos de Nuggan? —dijo Otis en tono nervioso.

—Probablemente —dijo Polly, algo distraída—. La mayoría de las cosas lo son.

Ojeó por encima el texto que acompañaba a la imagen. Estaba lleno de expresiones como «valerosos mozos de granja», «humillación a las mejores tropas de Ezlobenia» y «varapalo donde duele». Entendió por qué aquello había causado tantos problemas.

Hojeó el resto de páginas. Estaban atiborradas de extrañas historias sobre lugares que no le sonaban de nada, y de imágenes de gente que no reconocía. Pero una página era una masa de texto gris, situado bajo una línea en letra mucho más grande que decía:

POR QUÉ HAY QUE PARAR

A ESTE ESTADO DEMENTE

Polly paseó su perpleja mirada por diversas expresiones de aquel mar de letras: «invasiones deshonrosas de estados vecinos», «ingenuos adoradores de un dios loco», «un matón desvergonzado», «ultraje tras ultraje», «desafiando descaradamente la opinión internacional»...

—Muchachos, no leáis esa bazofia, no se sabe dónde ha estado —dijo Jackrum con buen ánimo, llegando detrás de ellos—. Serán todo mentiras. Nos marchamos ahora mi... ¡Cabo Maladicto!

Maladicto salió de entre los árboles y saludó con desgana. Todavía llevaba puesta su manta.

—¿Qué estás haciendo sin uniforme?

—Llevo el uniforme debajo, sargento. No queremos que nos vean, ¿verdad? Así vestidos, nos hacemos uno con la selva.

—¡Es un bosque, cabo! Y sin los putos uniformes, ¿cómo demonios vamos a distinguir amigos de enemigos?

Maladicto encendió un cigarrillo antes de contestar.

—Tal como yo lo veo, sargento —dijo—, el enemigo es todo el mundo salvo nosotros.

—Espere un momento, sargento —dijo Blusa, que había levantado la vista de un periódico y ahora miraba al recién llegado con interés considerable—. Existen precedentes en la antigüedad, ¿sabe? El general Woi Can Tando trasladó a su ejército disfrazado de campo de girasoles, y el general Tacticus ordenó una vez a un batallón que se vistiera de abetos.

—¿Girasoles? —dijo Jackrum, con una voz que rezumaba desdén.

—Ambas acciones tuvieron éxito, sargento.

—¿Sin uniformes? ¿Sin insignias? ¿Sin galones, señor?

—Tal vez usted podría pasar por una flor especialmente grande —dijo Blusa, y su cara no reveló ni un asomo de humor—. Y seguro que ha ejecutado usted acciones de noche, cuando todos los distintivos son invisibles, ¿no?

—Sí, señor, pero la noche es la noche, señor, mientras que los girasoles son... ¡son girasoles, señor! ¡He llevado este uniforme más de cincu... toda la vida, señor, y andar a hurtadillas sin uniforme es completamente deshonroso! ¡Es cosa de espías, señor. —La cara de Jackrum había pasado del rojo al morado, y a Polly le asombró ver lágrimas en el rabillo de sus ojos.

—¿Cómo podemos ser espías, sargento, si estamos en nuestro propio país? —respondió Blusa con calma.

—El teni tiene razón, sargento —dijo Maladicto.

Jackrum se dio la vuelta como un toro hostigado y a continuación, para asombro de Polly, se desinfló. Pero el asombro no le duró mucho. Conocía a aquel hombre. No sabía por qué, pero Jackrum tenía algo que ella podía leer. Estaba en sus ojos. Podía mentir con una mirada tan sincera y tranquila como la de un ángel. Y si parecía echarse atrás, ciertamente era para tener carrerilla después.

—Muy bien, muy bien —dijo el sargento—. A fe mía, no soy un hombre que desobedezca las órdenes. —Y sus ojos centellearon.

—Así me gusta, sargento —dijo Blusa.

Jackrum recobró la compostura.

—Pero no quiero ser un girasol —dijo.

—Por suerte en esta zona lo único que hay son abetos, sargento.

—Me ha quedado claro, señor. —Jackrum se volvió hacia el impresionado pelotón—. Muy bien, Último Destacamento —vociferó—. ¡Ya habéis oído al teniente! ¡Todos de abetos!

\* \* \*

Había pasado una hora. Por lo que veía Polly, habían partido en dirección a las montañas pero habían trazado un amplio semicírculo, de manera que habían terminado yendo hacia el mismo sitio del que venían, pero unos kilómetros más allá. ¿Los guiaba Blusa o había cedido la tarea a Jackrum? Ninguno de los dos se estaba quejando.

El teniente ordenó que se detuvieran en una arboleda de abedules, doblando de esa manera el tamaño de la arboleda. Se podía decir que el camuflaje estaba resultando eficaz, porque el rojo brillante y el blanco destacan mucho sobre los verdes y los grises. Más allá de eso, sin embargo, el lenguaje se agotaba.

Jade se había raspado la pintura y volvía a ser verde y gris. Igorina parecía un matorral andante. Pirao se agitaba todo el tiempo como un álamo temblón, por lo que el susurro de sus hojas era continuo. Los demás habían llevado a cabo intentos más o menos razonables, y Polly estaba bastante orgullosa de su propio trabajo. Jackrum tenía la misma pinta de árbol que una enorme pelota de goma roja; Polly sospechaba que además había abrillantado a escondidas el latón de su uniforme. Cada árbol sostenía una taza de té en alguna rama o mano. Al fin y al cabo era un descanso de cinco minutos.

—Hombres —dijo Blusa, como si acabara de llegar a aquella conclusión—. Puede que hayan pensado que estamos regresando hacia las montañas para reunir allí un ejército de desertores. ¡Pero esa historia es, en realidad, una artimaña para engañar al señor de Worde! —Hizo una pausa, como si estuviera esperando alguna reacción. Todos lo miraron. Continuó—: De hecho, lo que estamos haciendo es continuar nuestro viaje al valle del Tolladero. Que es lo último que el enemigo esperará de nosotros.

Polly echó un vistazo al sargento. Estaba sonriendo.

—Está demostrado que una fuerza pequeña y ligera puede entrar en sitios donde no conseguiría penetrar un batallón —continuó Blusa—. ¡Hombres, esa fuerza vamos a ser nosotros! ¿No es verdad, sargento Jackrum?

—¡Síseñor!

—Caeremos como un mazazo sobre las fuerzas que sean más pequeñas que nosotros —dijo Blusa con alegría.

—¡Síseñor!

—Y cuando encontremos a una más numerosa que nosotros, nos fundiremos en silencio con el bosque...

—¡Síseñor!

—Nos colaremos entre sus centinelas...

—Eso mismo, señor —dijo Jackrum.

—¡... y tomaremos el Fuerte de Tolladero bajo sus mismas narices!

El té de Jackrum salió disparado por todo el claro.

—Me atrevo a decir que nuestro enemigo se siente inexpugnable solo porque controla un fuerte armado hasta los dientes y situado en un risco rocoso con murallas de treinta metros de altura y seis de grosor —continuó Blusa, como si en ese momento la mitad de los árboles no estuvieran chorreando té—. ¡Pero le espera una sorpresa!

—¿Se encuentra bien, sargento? —susurró Polly. Jackrum estaba haciendo ruiditos extraños con la garganta.

—¿Alguien tiene alguna pregunta? —dijo Blusa.

Igorina levantó una rama.

—¿Cómo vamos a entrar, señor? —dijo.

—Ah. Buena pregunta —dijo Blusa—. Y a su debido tiempo, todo se hará evidente.

—Caballería aérea —dijo Maladicto.

—¿Disculpe, cabo?

—¡Máquinas voladoras, señor! —dijo Maladicto—. No sabrán de dónde hemos salido. Bajamos en una ZA que nos convenga, los eliminamos y nos damos el piro.

El ceño despejado de Blusa se arrugó un poco.

—¿Máquinas voladoras? —preguntó.

—Una vez vi un dibujo de una que había hecho un tal Leonardo de Quirm. Era una especie de... molino de viento volador. Como una especie de hélice enorme que surca los vientos...

—No creo que nos vaya a hacer falta una cosa de esas, aunque su consejo es bienvenido —dijo Blusa.

—¡No nos hacen falta molinos para irnos a tomar viento, señor! —consiguió decir Jackrum—. ¡Señor, solo tenemos un puñado de reclutas, señor! Todo eso del honor y la libertad y tal solamente era para engatusar al escritor, ¿verdad? ¡Buena idea, señor! Sí, vayamos al valle del Tolladero, nos colamos y nos juntamos con los demás. Allí es donde deberíamos estar, señor. ¡No puede decir en serio eso de tomar el fuerte, señor! Yo no lo intentaría ni con mil hombres.

—Puede que yo lo intente con media docena, sargento.

A Jackrum se le salieron los ojos de las órbitas.

—¿En serio, señor? ¿Y qué va a hacer el peluso Goom? ¿Atacarlos con sus temblores? Y el joven Igor los coserá, ¿verdad? ¿Y el soldado Dogal los mirará mal? Son chavales prometedores, señor, pero no son hombres.

—El general Tacticus dijo que el destino de una batalla puede depender de las acciones de un hombre en el lugar adecuado, sargento —dijo Blusa sin alterarse.

—Y también de tener muchos más soldados que el otro mamón, señor —insistió Jackrum—. Señor, tenemos que juntarnos con el resto del ejército. Puede que esté atrapado, puede que no. Todo eso de que no quieren hacer una masacre con nosotros, señor, no tiene ningún sentido. La idea siempre es ganar señor. Si los demás han dejado de atacar es porque nos tienen miedo. Ahí abajo es donde tenemos que estar. Ese es el lugar para unos jóvenes reclutas, señor, allí donde puedan aprender. ¡El enemigo los está buscando, señor!

—Si el general Fhrac está entre los prisioneros, lo tendrán cautivo en el fuerte —dijo Blusa—. Tengo entendido que fue el primer oficial bajo el que sirvió como sargento, ¿me equivoco?

Jackrum vaciló.

—Es verdad, señor —dijo al final—. Y fue el teniente más tonto que he conocido nunca, quitando uno.

A Polly le dio un codazo su memoria. Si Paul estaba vivo, lo tendrían en el fuerte. Su mirada se encontró con la de Otis. La chica asintió. Había estado pensando más o menos lo mismo. Nunca hablaba mucho de su... prometido, y Polly se preguntaba cuán oficial sería el compromiso.

—Permiso para hablar, sargento —dijo.

—Muy bien, Artes.

—Me gustaría encontrar una manera de entrar en el fuerte, sargento.

—Artes, ¿te estás ofreciendo voluntario para atacar el castillo más grande y más fuerte que hay en ochocientos kilómetros a la redonda? ¿Tú solo?

—Yo también voy —dijo Otis.

—Ah, ¿vais a ser dos? —preguntó Jackrum—. Bueno, entonces no pasa nada.

—Yo voy —dijo Pirao—. La duquesa me ha dicho que tengo que ir.

Jackrum bajó la vista hacia la carita flaca y los ojos húmedos de Pirao y suspiró. Se giró hacia Blusa.

—Pongámonos en marcha, señor, ¿le parece? Podemos hablar de esto más adelante. Por lo menos nos dirigimos a Tolladero, la primera parada en el camino al infierno. Artes e Igor, vosotros vais de punta. ¿Maladicto?

—¡El mismo!

—Esto... tu irás de avanzada.

—¡Copio!

—Bien.

Cuando el vampiro pasó por delante de Polly, el mundo se transformó por un breve instante: el bosque se volvió más verde, el cielo más gris y oyó un ruido en lo alto, que sonaba como «fupfupfup». Y luego todo desapareció.

Las alucinaciones vampíricas son contagiosas, pensó ella. ¿Qué estará pasando en su cabeza? Avanzó a toda prisa con Igorina y todos se adentraron una vez más en el bosque.

Los pájaros cantaban. El efecto era apacible siempre que no se supiera nada del canto de los pájaros, pero Polly reconocía las llamadas de alarma cercanas y las amenazas territoriales más lejos y, por todas partes, la obsesión por el sexo. Lo volvía todo un poco menos agradable.

—¿Polly? —di[[8]](#footnote-8)jo Igorina.

—¿Hum?

—¿Serías capaz de matar si tuvieras que hacerlo?

Polly regresó de golpe al momento presente.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Creo que es la pregunta que ze le hace a un soldado —dijo Igorina.

—No lo sé. Si me estuvieran atacando, supongo que sí. O por lo menos podría hacerles bastante daño para que no se levantaran. ¿Y tú?

—Nosotros tenemos un gran rezpeto por la vida, Polly —dijo Igorina en tono solemne—. Es fácil matar a alguien y casi imposible devolverle la vida.

—¿Casi?

—Bueno, a menos que tengas un pararrayos de los buenos. Y aunque lo tengas, el paciente nunca vuelve a zer el mismo. La cubertería tiende a pegárseles encima.

—Igorina, ¿por qué estás tú aquí?

—Al clan no le... gustan mucho las chicas que se involucran demasiado en la Gran Obra —dijo Igorina, con cara abatida—. «Tú dedícate a tu aguja», me dice siempre mi madre. Que no tiene nada de malo, pero yo sé que también se me dan bien las incisiones. Zobre todo las partes complicadas. Y creo que cualquier mujer que estuviera en la losa se sentiría mucho mejor si supiera que hay una mano femenina en el interruptor de «eztamos muertos hace mucho». Azí que se me ocurrió que tener un poco de experiencia en el campo de batalla convencería a mi padre. Los soldados no tienen muchos miramientos con quién les salva la vida.

—Supongo que los hombres son iguales en todo el mundo —dijo Polly.

—Por dentro, sin ninguna duda.

—Y... ejem... ¿de verdad te puedes volver a poner el pelo? —Polly lo había visto en su frasco cuando levantaban el campamento: giraba suavemente en un líquido verde, como un alga extraña y preciosa.

—Oh, sí. Los trasplantes de cuero cabelludo son fáciles. Escuece un poco durante un par de minutos y luego ya está...

Hubo un movimiento entre los árboles y a continuación una mancha borrosa se concretó en Maladicto. El vampiro se llevó un dedo a los labios mientras se acercaba y susurró en tono apremiante:

—¡Charlie nos sigue los pasos!

Polly e Igorina se miraron entre sí.

—¿Quién es Charlie?

Maladicto se las quedó mirando y luego se frotó la cara, algo ausente.

—Lo... siento, ejem... lo siento, es... ¡escuchad, alguien nos sigue! |Lo sé!

\* \* \*

El sol se estaba poniendo. Polly asomó un ojo por encima del saliente rocoso, en la dirección de donde habían venido. Pudo distinguir el camino, dorado y rojo bajo la luz vespertina. Todo estaba tranquilo. La repisa estaba cerca de la cima de otra colina redondeada; su parte trasera hacía las veces de suelo de un pequeño espacio cercado, rodeado de matorrales. Era un buen puesto de vigilancia para quien deseara ver sin ser visto, y también lo había sido en un pasado reciente, a juzgar por los restos de fogatas.

Maladicto estaba sentado con la cabeza apoyada en las manos, flanqueado por Jackrum y Blusa. Los dos procuraban comprender, pero no hacían demasiados avances.

—¿O sea que no es que oigas nada? —preguntó Blusa.

—No.

—¿Y tampoco has visto nada y no hueles nada? —dijo Jackrum.

—¡No! ¡Ya se lo he dicho! Pero hay algo que va a por nosotros. ¡Nos vigila!

—Pero si no puede... —empezó a decir Blusa.

—Escuchen, soy un vampiro —jadeó Maladicto—. Ustedes confíen en mí, ¿de acuerdo?

—Yo lo haría, zargento —dijo Igorina, desde detrás de Jackrum—. Loz Igor trabajamoz a menudo como zirvientez de vampiroz. En momentoz de tenzión su ezpacio perzonal puede tener una ecztenzión de máz de quince kilómetroz dezde zu cuerpo.

Hubo la habitual pausa que sigue a un ceceo prolongado. La gente necesita tiempo para pensar.

—¿Ecztenzión? —dijo Blusa.

—¿Saben que a veces uno puede notar que lo están mirando? —balbuceó Maladicto—. Pues esto es lo mismo pero multiplicado por mil. Y no es una... sensación, es algo que sé.

—Hay mucha gente buscándonos, cabo —dijo Blusa, dándole una palmadita amistosa en el hombro—. Eso no quiere decir que nos vayan a encontrar.

Polly, que estaba contemplando desde las alturas el bosque bañado en luz dorada, abrió la boca para hablar. La tenía seca. No le salió nada.

Maladicto se sacudió de encima la mano del teniente.

—¡Esa... persona no nos está buscando! ¡Sabe dónde estamos!

Polly intentó llevarse algo de saliva a la boca y lo volvió a intentar.

—¡Movimiento!

Y entonces ya no estaba allí. Habría jurado que había algo en el camino, algo que se fundía con la luz, revelado únicamente por los cambios en la trama ondulante de sombras al moverse.

—Esto... tal vez no —murmuró.

—Escuchen, todos estamos faltos de sueño y también un poco «de los nervios» —dijo Blusa—. No perdamos la calma, ¿de acuerdo?

—¡Necesito café! —gimió Maladicto, meciéndose hacia delante y hacia atrás.

Polly escrutó el sendero lejano. El viento suave agitaba los árboles, y caían suavemente unas hojas de color dorado rojizo. Por un momento hubo un indicio... Se puso de pie. Si se miraba fijamente y durante mucho tiempo el movimiento de las sombras y las ramas, al final se podía ver cualquier cosa allí. Era como buscar dibujos en las llamas.

—Muy. Bien —dijo Otis, que había estado preparando algo junto al fuego—. Puede que esto funcione. Por lo menos huele a café. Bueno... bastante parecido al café. Bueno... bastante parecido al café si el café se hiciera con bellotas, al menos.

Había asado unas bellotas. En aquella época del año el bosque estaba a rebosar de ellas, y todo el mundo sabía que las bellotas asadas y molidas podían sustituir al café, ¿verdad? Polly había opinado que valía la pena probarlo, aunque no recordaba a nadie que, enfrentado a aquella elección, jamás hubiera dicho: «¡No, no pienso volver a tocar el café, qué asco! ¡Ponme un sucedáneo de bellota molida, largo y cargado con extra de arenilla flotando!».

Cogió la taza que le dio Otis y se la llevó al vampiro. Mientras se inclinaba... el mundo cambió.

... fupfupfup...

El cielo era una neblina polvorienta que convertía el sol en un disco de color rojo sangre. Por un momento Polly las vio en el cielo, unas hélices gigantes y gruesas girando en el aire, flotando en el aire pero acercándose lentamente a ella...

—Está teniendo escenas ladospectivas —susurró Igorina, a su lado.

—¿Ladospectivas?

—Son como... las escenas retrozpectivas de otra persona. No sabemos nada de ellos. Podrían venir de cualquier parte. ¡En ese estado un vampiro está abierto a toda clase de influencias! ¡Dale el café, por favor!

Maladicto agarró la taza y trató de beber su contenido tan deprisa que se le derramó sobre la barbilla. Las dos miraron cómo tragaba.

—Sabe a barro —dijo, dejando la taza.

—Sí, pero ¿funciona?

Maladicto levantó la vista y parpadeó.

—Por los dioses, esta cosa es repulsiva.

—¿Estamos en un bosque o en una selva? ¿Hay hélices voladoras? —preguntó Igorina en tono firme—. ¿Cuántos dedos tengo levantados?

—¿Sabes? Eso es algo que un Igor no tendría que decir nunca —dijo Maladicto, haciendo una mueca—. Pero... las... sensaciones no son tan fuertes. ¡Me lo puedo tragar! Lo puedo aguantar.

Polly miró a Igorina, que se encogió de hombros y dijo:

—Qué bien. —Y le hizo un gesto a Polly para que se reuniera con ella a cierta distancia de allí—. Él, o posiblemente ella, está justo al límite.

—Bueno, todos estamos así —dijo Polly—. Apenas estamos durmiendo nada.

—Tú ya me entiendes. Me he, ejem, tomado la libertad de, ejem... estar preparada. —Sin decir una palabra más, Igorina dejó que su casaca se abriera durante un instante. Polly vio un cuchillo, una estaca de madera y un mazo, dentro de unos bolsillitos muy bien cosidos.

—No va a llegar la cosa a eso, ¿verdad?

—Espero que no —respondió Igorina—. Pero si llega, soy la única que puede encontrarle el corazón con exactitud. La gente siempre cree que está más a la izquierda de lo...

—No va a llegar a eso —dijo Polly en tono firme.

\* \* \*

El cielo estaba rojo. La guerra estaba a un día de distancia.

Polly se movía poco a poco justo por debajo del risco con la lata del té. Era el té lo que mantenía al ejército de pie. Acordarse de lo que es real... bueno, eso no era tan fácil. Tolón y Esti, por ejemplo. No importaba cuál de las dos estuviera de guardia, también encontraría a la otra en el puesto. Y allí estaban, sentadas una junto a otra en un árbol caído, mirando ladera abajo. Estaban cogidas de la mano. Siempre se agarraban de la mano cuando creían que estaban a solas. Pero a Polly le parecía que no se cogían la mano como lo hacen, bueno, las amigas. Se cogían la mano muy fuerte, como alguien que ha resbalado por un barranco aferra la mano de su salvador, temiendo que soltarla signifique despeñarse.

—¡El té está listo! —dijo con voz trémula.

Las chicas se dieron la vuelta y ella hundió un par de tazas en el té hirviendo.

—¿Sabéis? —les dijo en voz baja—. Nadie os odiaría si os escaparais esta noche.

—¿Qué quieres decir, Oli? —preguntó Esti.

—Bueno, ¿qué hay en Tolladero para vosotras? Ya os habéis escapado de la escuela. Podéis ir a donde queráis. Seguro que las dos podríais escaquearos...

—Nos quedamos —aseveró Tolón—. Lo hemos hablado. ¿Adónde más podríamos ir? Además, ¿y si hay alguien siguiéndonos de verdad?

—Probablemente sea un animal, nada más —dijo Polly, aunque ella misma no se lo creía.

—Los animales no hacen esas cosas —dijo Tolón—. Y no creo que Maladicto se hubiera puesto tan nervioso. Serán más espías. Pues los vamos a pillar nosotros a ellos.

—Nadie nos va a hacer volver —dijo Esti.

—Oh. Ejem... bien —dijo Polly, retrocediendo—. Bueno, yo a lo mío, a nadie le gusta el té frío, ¿eh?

Rodeó la colina a toda prisa. Siempre que Esti y Tolón estaban juntas, ella se sentía una intrusa.

Pirao estaba de guardia en un pequeño llano boscoso, vigilando la tierra de más abajo con su habitual expresión de intensidad ligeramente preocupante. Se giró al oír que Polly se acercaba.

—Ah, Polly —dijo Pirao—. ¡Buenas noticias!

—Oh, bien —respondió Polly débilmente—. Me gustan las buenas noticias.

—Me ha dicho que no pasa nada si no llevamos los pañuelos de fustán en la cabeza —dijo Pirao.

—¿Cómo? Ah. Bien —dijo Polly.

—Pero solo porque estamos sirviendo a un Propósito Elevado —dijo Pirao. Y del mismo modo que Blusa podía decir comillas, Pirao dejaba caer mayúsculas en una frase hablada.

—Entonces está bien —dijo Polly.

—¿Sabes, Polly? —preguntó Pirao—. Creo que el mundo sería un lugar mucho mejor si lo gobernaran las mujeres. Dejaría de haber guerras. Por supuesto, el Libro consideraría esa idea una Grave Abominación contra Nuggan. Puede que hacerlo sea un error. Lo voy a consultar con la duquesa. Bendice esta taza de la que voy a beber —añadió.

—Ejem, sí —dijo Polly, y se preguntó qué era más temible: que Maladicto se convirtiera de repente en un monstruo voraz o que Pirao completara el viaje mental en que se había embarcado. Había sido doncella de cocina y ahora estaba sometiendo el Libro a un análisis crítico y hablando con un icono religioso. Esas cosas generaban fricciones. La compañía de quienes buscan la verdad es infinitamente preferible a la de quienes creen haberla encontrado.

Además, pensó mientras miraba beber a Pirao, solo se pensaba que el mundo mejoraría si lo gobernaran las mujeres en caso de no conocer realmente a muchas mujeres. O al menos, a muchas ancianas. Por ejemplo, todo aquel asunto de los pañuelos de fustán. Las mujeres se tenían que cubrir el pelo los viernes, pero no había ni una sola mención del asunto en el Libro, que solía ser bastante puñ... bastante jodidamente riguroso sobre casi todo. Solo era una costumbre. Se hacía porque se había hecho siempre. Y si te olvidabas, o si no querías ponértelo, las ancianas te pillaban. Tenían ojos de halcón. Prácticamente podían ver a través de las paredes. Y los hombres se fijaban, porque ningún hombre quería contrariar a las arpías, no fueran a empezar a vigilarlo a él, así que se acababa impartiendo un castigo desganado. Siempre que había una ejecución, y sobre todo cuando había una flagelación, te encontrabas sin falta a las abuelitas en primera fila, chupando caramelos de menta.

Polly se había olvidado su pañuelo de fustán. En casa lo había llevado los viernes, por la única razón de que resultaba más sencillo que no hacerlo. Ahora juró que, si alguna vez volvía, nunca se lo volvería a poner...

—Esto... ¿Pir? —dijo.

—¿Sí, Polly?

—Tú tienes una línea directa con la duquesa, ¿verdad?

—Hablamos de cosas —respondió Pirao en tono soñador.

—Supongo que, ejem, no podrías sacar con ella el tema del café, ¿verdad? —dijo Polly, sintiéndose fatal.

—La duquesa solamente puede mover cosas muy, muy pequeñas —dijo Pirao.

—¿Unos pocos granitos, tal vez? ¡Pir, de verdad necesitamos café! No me parece que las bellotas sean un gran sucedáneo.

—Rezaré por ello —dijo Pirao.

—Bien. Haz eso —dijo Polly. Y por extraño que pareciera, sintió un poco más de esperanza. Maladicto tenía alucinaciones, pero Pirao tenía una certidumbre que podría doblar barrotes de acero. Era lo opuesto a una alucinación, de alguna manera. Era como si ella pudiera ver lo que era real y tú no.

—¿Polly? —dijo Pirao.

—¿Sí?

—Tú no crees en la duquesa, ¿verdad? Me refiero a la duquesa de verdad, no a tu posada.

Polly observó la carita fruncida e intensa.

—Bueno, a ver, dicen que está muerta, y yo le rezaba cuando era pequeña, pero ya que lo preguntas no es exactamente, hum, que crea en el sentido de... —balbuceó.

—La tienes de pie justo detrás de ti. Justo detrás de tu hombro derecho.

En medio del silencio del bosque, Polly se dio la vuelta.

—No la veo —dijo.

—Me alegro por ti —replicó Pirao, devolviéndole la taza vacía.

—Pero no he visto nada —dijo Polly.

—No —dijo Pirao—. Pero te has girado.

Polly nunca había hecho muchas preguntas sobre la Escuela para Chicas Trabajadoras. Ella era, por definición, una Buena Chica. Su padre era un hombre influyente en la comunidad, y ella trabajaba duro, no tenía mucho trato con los hombres y, sobre todo, era... bueno, lista. Era lo bastante inteligente para hacer lo que hacían otros muchos en la crónica e irracional demencia que era la vida cotidiana en Munz. Sabía lo que tenía que ver y lo que tenía que fingir que no veía, cuándo tenía que obedecer y cuándo limitarse a ofrecer la cara de obediencia, cuándo tenía que hablar y cuándo tenía que guardarse sus pensamientos. Había aprendido los mecanismos de supervivencia. La mayoría de la gente los aprendía. Pero si te rebelabas, o simplemente eras peligrosamente sincera, o tenías la clase equivocada de enfermedad, o no se te quería, o si te gustaban los chicos más de lo que las ancianas consideraban adecuado o, peor todavía, se te daba mal contar... entonces la escuela era tu destino.

Ella no sabía gran cosa de lo que ocurría allí dentro, pero su imaginación se apresuró a llenar los espacios en blanco. Y se preguntó lo que te pasaría en aquella olla a presión infernal. Si eras dura, como Tolón, te hervía hasta endurecerte y te proporcionaba un caparazón. Con Esti... difícil saberlo. Era callada y tímida hasta que veías la luz del fuego reflejada en sus ojos, y a veces las llamas seguían allí cuando ni siquiera había ningún fuego que reflejar. Pero si eras Pirao, a quien de entrada le habían tocado malas cartas, y encima te encerraban, te hacían pasar hambre, te daban palizas y te maltrataban de una manera que solo Nuggan sabía (y sí, pensó Polly, probablemente Nuggan sí supiera) y te obligaban a retraerte más y más, ¿qué encontrabas allí al fondo? Y después de verlo, levantarías la mirada desde aquellos abismos hacia la única sonrisa que has conocido jamás.

\* \* \*

El último hombre de guardia era Jackrum, porque Otis estaba cocinando. Estaba sentado en una roca cubierta de musgo, con la ballesta en una mano, mirando algo que tenía en la otra. Se giró de golpe al oír que ella se acercaba, y Polly acertó a captar un destello de oro cuando Jackrum volvió a guardarse algo en la casaca.

El sargento bajó la ballesta.

—Pareces un elefante de tanto ruido que haces, Artes —dijo.

—Lo siento, sargento —dijo Polly, que sabía que no lo había hecho. Cogió la taza de té y se giró para volver a bajar la colina.

—¿Ves ese matorral de ahí abajo, Artes? ¿Justo a la derecha de ese tronco caído?

Polly frunció los ojos.

—Sí, sargento —dijo.

—¿Le ves algo raro?

Polly volvió a mirar. Seguro que tenía algo raro, decidió, de otra manera no lo preguntaría. Se concentró.

—La sombra está mal —decidió por fin.

—Así me gusta. Y la razón es que nuestro amiguete está detrás del matorral. Me ha estado vigilando a mí y yo lo he estado vigilando a él. Así están las cosas. Pondrá pies en polvorosa en cuanto vea moverse a alguien, y está demasiado lejos para tirarle una flecha.

—¿Un enemigo?

—No creo.

—¿Un amigo?

—Un diablo bien gallito, en cualquier caso. Le trae sin cuidado que sepa que está ahí. Vuelve a subir la colina, muchacho, y tráeme ese arco grande que le quitamos al... ¡Ahí va!

La sombra se había esfumado. Polly se quedó mirando el bosque, pero la luz oblicua ya se estaba volviendo escarlata y el crepúsculo se desplegaba entre los árboles.

—Es un lobo —dijo Jackrum.

—¿Un hombre lobo? —preguntó Polly.

—Vaya, ¿y qué te hace pensar eso?

—Que el sargento Talludo dijo que teníamos a un hombre lobo en el pelotón. Y yo estoy seguro de que no. Porque a estas alturas ya lo habríamos descubierto, ¿no? Pero me pregunté si ellos han visto a alguno.

—En todo caso, no podemos hacer nada al respecto —dijo Jackrum—. Una flecha de plata acabaría con el problema, pero no tenemos ninguna.

—¿Y qué me dice de nuestros chelines, sargento?

—Ah, ¿crees que puedes matar a un hombre lobo con un pagaré?

—Ya, claro. —Y luego Polly añadió—: Pero usted tiene un chelín de verdad, sargento. Colgando del cuello con ese medallón de oro.

Si se podía doblar acero sobre la convicción de Pirao, se podría haber fundido con la mirada de furia de Jackrum.

—Lo que yo llevo al cuello no es asunto tuyo, Artes, y lo único peor que un hombre lobo soy yo si alguien me intenta quitar el chelín, ¿entendido?

Se suavizó al ver la expresión aterrada de Polly.

—Seguiremos nuestro camino después de comer —dijo—. Buscaremos un sitio mejor para descansar. Uno más fácil de defender.

—Estamos todos bastante cansados, sargento.

—Por eso quiero que estemos todos en pie y armados si nuestro amigo vuelve con sus coleguitas —replicó Jackrum.

Jackrum siguió la mirada de Polly. El relicario de oro se le había salido de la casaca y ahora colgaba culpable de su cadena. Lo guardó otra vez con pericia.

—No es más que una... chica que conocí —dijo—. Eso es todo, ¿vale? Fue hace mucho tiempo.

—Yo no le he preguntado nada, sargento —dijo Polly, apartándose un poco.

Los hombros de Jackrum se relajaron.

—Es verdad, muchacho, no me has preguntado. Y yo tampoco te estoy preguntando ninguna cosa a ti. Pero supongo que deberíamos encontrarle algo de café al cabo, ¿eh?

—¡Amén a eso, sargento!

—Y nuestro ruperto está soñando con llevar coronas de laurel en la cabeza, Artes. Nos ha caído encima un maldito héroe. No saben pensar, no saben luchar y los muy cabrones no sirven para nada que no sean los famosos actos de resistencia desesperada y que le manden una medalla a su madre. Yo he estado en unos cuantos famosos actos de resistencia desesperada, y son carnicerías. A eso os está llevando Blusa, acuérdate de lo que te digo. ¿Y qué vais a hacer entonces, eh? Hemos tenido algunas escaramuzas, pero eso no es la guerra. ¿Crees que serás bastante hombre para aguantarlo cuando el metal encuentre la carne?

—Usted lo hizo, sargento —dijo Polly—. Ha dicho que estuvo en varias resistencias desesperadas.

—Sí, chaval. Pero quien tenía el metal era yo.

\* \* \*

Polly regresó subiendo la cuesta. Todo esto, pensó, cuando ni siquiera hemos llegado. El sargento está pensando en la chica que dejó en casa... bueno, es normal. Y Tolón y Esti solamente piensan la una en la otra, pero supongo que después de estar en esa escuela... y en cuanto a Pirao...

Se preguntó cómo habría sobrevivido ella a la escuela. ¿Se habría endurecido igual que Tolón? ¿Se habría replegado en sí misma, como las doncellas que iban y venían y trabajaban duro y nunca tenían nombre? O tal vez sería ella quien se hubiera vuelto como Pirao, al encontrar una puerta dentro de su cabeza... puede que sea alguien insignificante, pero hablo con los dioses.

Pirao había dicho «no a tu posada». ¿Alguna vez había hablado a Pirao de La Duquesa? Seguro que no. Probablemente Pirao... pero no, se lo había contado a Tolón, ¿verdad? Eso lo explicaba, pues. Todo aclarado. Tolón se lo debía de haber mencionado a Pirao en algún momento. No tenía nada de raro, por mucho que prácticamente nadie conversara nunca con Pir. Era muy difícil. Era una chica muy intensa, muy retraída. Pero aquella era la única explicación posible. Sí. Polly no iba a permitir que hubiera ninguna otra.

Polly se estremeció y fue consciente de que había alguien caminando a su lado. Levantó la vista y soltó un gemido.

—Eres una alucinación, ¿verdad?

OH, SÍ. TODOS OS ENCONTRÁIS EN UN ESTADO DE SENSIBILIDAD EXACERBADA CAUSADO POR EL CONTAGIO MENTAL Y LA FALTA DE SUEÑO.

—Si eres una alucinación, ¿cómo puedes saber eso?

LO SÉ PORQUE LO SABES TÚ. SIMPLEMENTE A MÍ SE ME DA MEJOR EXPRESARLO.

—No voy a morir, ¿verdad? Ahora mismo, quiero decir.

NO. PERO YA SE TE DIJO QUE CAMINARÍAS CON LA MUERTE TODOS LOS DÍAS.

—Ah... sí. Lo dijo el cabo Escalote.

ES UN VIEJO AMIGO MÍO. SE PODRÍA DECIR QUE TIENE EL PLAN DE FINANCIACIÓN.

—¿Te importará caminar un poco más... invisiblemente?

CLARO. ¿ASÍ BIEN?

—¿Y también en silencio?

Cesó el sonido, lo cual probablemente fuera la respuesta.

—Y sácate un poco de lustre —dijo Polly al aire vacío—. Y esa túnica hay que lavarla.

No hubo respuesta, pero ella se sintió mejor al decirlo.

Otis había hecho un estofado de ternera cortada a dados y hierbas. Era magnífico. También era un misterio.

—No recuerdo que nos hayamos cruzado con ninguna vaca soldado —dijo Blusa, mientras le acercaba su plato de hojalata para repetir.

—Ejem... no, señor.

—¿Y sin embargo ha conseguido usted carne de ternera?

—Ejem... sí, señor. Esto... cuando el escritor ese vino en su carromato, bueno, mientras ustedes hablaban, ejem, yo me acerqué por el otro lado y eché un vistazo dentro...

—Hay un nombre para la gente que hace esa clase de cosas, soldado —dijo Blusa en tono severo.

—Sí, y es «intendente», Otis. Bien hecho —dijo Jackrum—. Si a ese escritor le entra hambre, siempre se puede comer sus propias palabras, ¿eh, teniente?

—Ejem... sí —dijo Blusa con cautela—. Sí. Por supuesto. Buena iniciativa, soldado.

—Oh, no se me ocurrió a mí, señor —dijo Otis con voz alegre—. Me lo mandó el sargento.

Polly se detuvo, con la cuchara a medio camino de la boca, y miró sucesivamente al sargento y al teniente.

—¿Enseña usted a saquear, sargento? —dijo Blusa.

El pelotón ahogó una exclamación colectiva. Si aquello fuera la taberna de La Duquesa, los clientes habituales estarían abandonando el local a toda prisa y Polly estaría ayudando a su padre a quitar las botellas del estante.

—No es saquear, señor, no es saquear —dijo Jackrum, lamiendo la cuchara con tranquilidad—. Según las Regulaciones de la duquesa, Regla 611, Sección 1 [c], Párrafo i, señor, sería requisar, ya que dicho carromato es propiedad de la puta Ankh-Morpork, señor, que está ayudando y prestando apoyo al enemigo. Requisar está permitido, señor.

Los dos hombres se aguantaron un momento las miradas y a continuación Blusa se llevó una mano detrás de la espalda y la metió en su petate. Polly vio que sacaba un librito pequeño pero grueso.

—Regla 611 —murmuró. Blusa levantó un momento la vista hacia el sargento y empezó a pasar las páginas finas y relucientes—. 611. Pillaje, Requisiciones y Saqueo. Ah, sí. Y... a ver... usted sigue con nosotros, sargento Jackrum, en virtud de la Regla 796, creo que me recordó usted en aquel momento...

Hubo otro silencio interrumpido únicamente por las páginas pasando. La Regla 796 no existe, recordó Polly. ¿De verdad se van a pelear por esto?

—796, 796 —dijo Blusa en voz baja—. Ah... —Miró fijamente la página y Jackrum lo miró fijamente a él.

Blusa cerró el libro con un «fluap» que sonó a cuero.

—¡Absolutamente correcto, sargento! —dijo, animado—. ¡Le felicito por su conocimiento enciclopédico del reglamento!

Jackrum parecía a punto de estallar.

—¿Cómo?

—¡Prácticamente lo recitó usted al pie de la letra, sargento! —dijo Blusa. Y hubo un brillo en sus ojos. Polly recordó cómo había mirado Blusa al capitán de caballería capturado. Ahora tenía la misma mirada, la que decía: ahora tengo yo todos los ases en la mano.

A Jackrum le temblaron las papadas.

—¿Tiene algo que añadir, sargento? —preguntó Blusa.

—Ejem, no... señor —dijo Jackrum, con una cara que era una declaración abierta de guerra.

—Partiremos cuando salga la luna —dijo Blusa—. Les sugiero que hasta entonces descansemos todos. Y luego... a por la victoria. —Saludó con la cabeza al grupo y fue caminando hasta el sitio donde Polly había extendido su manta al abrigo de los matorrales. Al cabo de unos momentos se oyeron ronquidos, a los que Polly se negó a dar crédito. Claramente Jackrum tampoco se lo dijo. Se levantó y se alejó a zancadas de la luz del fuego. Polly echó a correr detrás de él.

—¿Tú has oído eso? —gruñó el sargento, contemplando las colinas cada vez más oscuras—. ¡Ese piltrafilla! ¿Qué derecho se cree que tiene a mirar las palabras del libro?

—Bueno, es que usted citó capítulo y versículo, sargento —dijo Polly.

—¿Y qué? Se supone que los oficiales tienen que creerse lo que se les dice. ¡Y luego ha sonreído! ¿Lo has visto? ¡Me ha pillado mintiendo y me ha sonreído! ¡Se cree que ahora me tiene en sus manos porque me ha pillado!

—Es que usted ha mentido, sargento.

—¡No he mentido, Artes! ¡No es mentir cuando se lo haces a los oficiales! ¡Es presentarles el mundo tal como ellos creen que tiene que ser! No se puede dejar que empiecen a comprobar las cosas por sí mismos. Se hacen ideas equivocadas. Te lo dije, ese tipo hará que nos maten a todos. ¿Invadir el jodido fuerte? ¡Ese hombre está mal de la cabeza!

—¡Sargento! —dijo Polly en tono apremiante.

—¿Sí, qué?

—¡Nos están haciendo señales, sargento!

En la cima de una colina distante, parpadeando como una estrella vespertina temprana, había una luz blanca centelleando.

\* \* \*

Blusa bajó su catalejo.

—Están repitiendo «TB» —dijo—. Y estoy convencido de que esas pausas más largas indican que están apuntando con el tubo en direcciones distintas. Están buscando a sus espías. «Te busco», ¿entienden? ¿Soldado Igor?

—¿Zeñor?

—Usted sabe cómo funciona ese tubo, ¿verdad?

—Oh, zí, zeñor. Zolo hay que encender una bengala dentro de la caja y dezpuéz ya es coza de apuntar y pulzar.

—No irá usted a contestar, ¿verdad, señor? —dijo Jackrum, horrorizado.

—Por supuesto que sí, sargento —replicó Blusa con energía—. Soldado Carborundo, por favor monte el tubo. Grilleto, por favor, acerque el fanal. Voy a tener que leer el libro de códigos.

—¡Pero eso delatará nuestra posición! —dijo Jackrum.

—No, sargento, porque aunque es posible que el término no le resulte del todo familiar, tengo intención de hacer eso que llamamos «mentir» —dijo Blusa—. Igor, estoy seguro de que tiene usted unas tijeras o algún instrumento para hacer escisiones, aunque preferiría que no intentara usted repetir esa última palabra.

—Tengo unoz inztrumentoz eczcelentez como loz que uzted menciona, zeñor —dijo Igorina fríamente.

—Bien. —Blusa miró a su alrededor—. Ya es casi noche cerrada. Ideal. Coja mi manta y corte, veamos, un círculo de ocho centímetros de la misma, y luego ate la manta cubriendo la parte de delante del tubo.

—¡Ezo le quitará la mayor parte de la luz, zeñor!

—Exactamente. Mi plan se basa en eso —dijo Blusa con orgullo.

—Señor, cuando vean la luz sabrán que estamos aquí —dijo Jackrum, como si le estuviera repitiendo las cosas a un niño.

—Ya se lo he explicado, sargento. Voy a mentir —dijo Blusa.

—No se puede mentir con...

—Gracias por su aportación, sargento, eso será todo por ahora —dijo Blusa—. ¿Estamos listos, Igor?

—Cazi, zeñor —dijo Igorina, atando la manta sobre el extremo del tubo—. Muy bien, zeñor. Enciendo la bengala cuando me diga.

Blusa abrió el librito.

—¿Listo, soldado? —preguntó.

—Ajá —dijo Jade.

—Cuando yo diga «largo» usted mantiene pulsado el gatillo mientras cuenta hasta dos y luego lo suelta. Cuando yo diga «corto» usted lo mantiene pulsado mientras cuenta hasta uno y, del mismo modo, lo suelta. ¿Lo entiende?

—Ajá, teni. Lo podría tener pulsado hasta montones, si quiere —dijo Jade—. Uno, dos, muchos, montones. Sé contar bien. Números altísimos. Usted pida, pida.

—Con dos ya basta —dijo Blusa—. Y usted, soldado Goom, quiero que coja mi catalejo y esté pendiente de los destellos largos y cortos que dé aquella luz de allí, ¿entendido?

Polly vio la cara de Pirao y dijo con rapidez:

—¡Ya lo hago yo, señor!

Una mano pequeña y blanca la cogió del brazo. Bajo el pobre resplandor que dejaban escapar las pantallas del fanal, los ojos de Pirao brillaban con la luz de la certeza.

—Ahora la duquesa guía nuestros pasos —dijo, y cogió el catalejo que le ofrecía el teniente—. Lo que estamos haciendo es obra de ella, señor.

—¿Lo es? Oh. Vaya... eso está bien —dijo Blusa.

—Ella bendecirá este instrumento de visión lejana que voy a usar —dijo Pirao.

—¿De veras? —dijo Blusa en tono nervioso—. Así me gusta. A ver... ¿estamos listos? Transmita lo siguiente... largo... largo... corto...

El obturador del tubo chasqueó y traqueteó mientras el mensaje viajaba centelleando por el cielo. Cuando la troll bajó el tubo, hubo medio minuto de oscuridad. Y luego:

—Corto... largo... —empezó a decir Pirao.

Blusa se acercó el libro de códigos a la cara, moviendo los labios mientras leía a la luz de los puntitos de luz que se escapaban de los costados de la caja:

—D... N... D... S... T... S... —dijo—. F... L... T... P... R...

—¡Eso no es un mensaje!

—Al contrario, quieren saber dónde estamos porque tienen problemas para ver nuestra luz —dijo Blusa—. Mande lo siguiente... corto...

—¡Protesto, señor!

Blusa bajó el libro.

—Sargento, estoy a punto de decirle a nuestro espía que estamos diez kilómetros más lejos de lo que estamos en realidad, ¿lo entiende? Y estoy seguro de que nos van a creer porque he reducido artificialmente la emisión de luz de nuestro instrumento, ¿lo entiende? Y les voy a decir que sus espías han encontrado a un grupo muy grande de reclutas y desertores que se dirige a las montañas y que los están persiguiendo, ¿lo entiende? Nos estoy volviendo invisibles, ¿lo entiende? ¿Lo entiende, sargento Jackrum?

El pelotón contuvo la respiración.

Jackrum se puso firme con movimientos rígidos.

—¡Entendido del todo, señor! —dijo.

—¡Muy bien!

Jackrum continuó en posición de firmes mientras los mensajes iban de un lado a otro, como un alumno travieso al que obligan a quedarse de pie junto a la mesa del maestro.

Los mensajes centelleaban por el cielo, de la cima de una colina a la de la otra. Las luces parpadeaban. El tubo de clacs traqueteaba. Pirao cantaba los largos y los cortos. Blusa apuntaba en el libro:

—N... M... V... 2... —dijo en voz alta—. Ja. Eso es una orden para que nos quedemos donde estamos.

—Más luces, señor —dijo Pirao.

—L... P... A... 3... —dijo Blusa, sin dejar de tomar notas—. Eso quiere decir: «Estad listos para ayudar». N... V... S... N... Eso es...

—¡Eso no está en código, señor! —exclamó Polly.

—¡Soldado, mande lo siguiente ahora mismo! —graznó Blusa—. Largo... largo...

El mensaje se envió. Ellos se quedaron mirando mientras el rocío descendía y, en el cielo, las estrellas salían y mandaban mensajes parpadeantes que nadie intentaba descifrar nunca.

Los clacs guardaron silencio.

—Ahora marchémonos lo antes posible —dijo Blusa. Carraspeó suavemente—. Tengo entendido que la expresión sería: «Salgamos de aquí pitando leches».

—Cerca, señor —dijo Polly—. Bastante... cerca.

\* \* \*

Había una canción borograviana muy, muy antigua que tenía más uves y zetas de las que podía pronunciar nadie de las tierras bajas. Se titulaba «¡Plogviehze!». Que quería decir: «¡El sol ha salido! ¡Vayamos a la guerra!». Hacía falta tener una historia muy especial para meter todo aquello en una sola palabra.

Sam Vimes suspiró. Los pequeños países de aquel lugar peleaban por culpa del río, por culpa de los tarados idiotas, por culpa de disputas reales, pero principalmente luchaban porque habían luchado siempre. Iban a la guerra, de hecho, porque el sol salía.

Aquella guerra se había hecho un nudo a sí misma.

Río abajo, el valle se estrechaba hasta convertirse en un cañón antes de que el Tolladero se zambullera en una cascada de cuatrocientos metros de altura. Cualquiera que intentara subir por aquellas escarpadas montañas se internaría en un mundo de desfiladeros, riscos afilados como cuchillos, hielo permanente y muerte todavía más permanente. Cualquiera que intentara cruzar ahora el Tolladero para entrar en Ezlobenia sería destripado en la orilla. La única manera de salir del valle era seguir el Tolladero curso arriba, lo cual situaría cualquier ejército a la sombra del fuerte. Aquello sería un hecho favorable cuando el fuerte estaba en manos borogravianas. Pero ahora que se lo habían arrebatado, tendrían que cruzar dentro del alcance de sus propias armas.

¡Y menudas armas! Vimes había visto catapultas capaces de lanzar una bola de roca a casi cinco kilómetros. La bola se partiría al caer en esquirlas tan afiladas como agujas. También estaba aquella otra máquina que lanzaba discos de acero de dos metros en vuelo raso por el aire. Tan pronto como tocaban tierra y volvían a elevarse ya eran completamente impredecibles, pero eso solo los volvía más aterradores. A Vimes le habían contado que aquellos discos afilados probablemente siguieran avanzando durante varios centenares de metros sin importar cuántos hombres o caballos se encontrasen por el camino. Y aquellas eran únicamente las ideas más recientes. Había montones de armas convencionales, si se podían definir así las ballestas gigantes, las catapultas y mangoneles que arrojaban bolas de fuego efebio, que quedaba pegado en su objetivo mientras seguía ardiendo.

Desde las alturas de su torre ventosa, Vimes alcanzaba a ver las fogatas del ejército atrincherado por toda la llanura. El enemigo no se podía batir en retirada, y la alianza, si se podía llamar así a aquel batiburrillo petulante, no se atrevía a subir por el valle hacia el corazón del país teniendo a aquel ejército detrás de la espalda, pero tampoco tenía bastantes hombres para defender el fuerte y además acorralar al enemigo.

Y dentro de unas semanas, empezaría a nevar. Los pasos entre las montañas se llenarían. Nada podría atravesarlos. Y cada día habría miles de hombres y de caballos que alimentar. Por supuesto, al cabo de un tiempo los hombres podrían comerse a los caballos, y de esa manera arreglar dos problemas alimentarios de un plumazo. Después tendrían que recurrir a la clásica y familiar rotación de piernas que, según le había contado a Vimes uno de los ezlobenos más amistosos, constituía un rasgo habitual de las guerras invernales allí arriba. Y como el que se lo había contado era el capitán «Patacoja» Spachurr, Vimes se lo creía.

Y luego llovería, y entonces la lluvia y la nieve fundida se juntarían para convertir el maldito río en una inundación. Pero antes de eso la alianza ya estaría deshecha por las rencillas y todos se habrían marchado a casa. Lo único que los borogravianos tenían que hacer, de hecho, era mantener su posición para conseguir un empate.

Soltó una palabrota en voz baja. El príncipe Heinrich había heredado el trono de un país cuya principal exportación era una especie de zueco de madera pintado a mano, pero aun así juraba que en diez años su capital, Rigour, sería la «Ankh-Morpork de las montañas». Por alguna razón, creía que aquello complacería a Ankh-Morpork.

El príncipe afirmaba estar ansioso por aprender la forma de hacer las cosas de Ankh-Morpork, la clase de ambición inocente que podía muy bien llevar a un gobernante con aspiraciones a... bueno, a averiguar de qué forma hacía las cosas Ankh-Morpork. Heinrich tenía reputación de sagaz en su tierra, pero Ankh-Morpork había rebasado la sagacidad mil años atrás, había superado la astucia a toda velocidad, había dejado muy atrás el ingenio, y ahora, por el camino más largo, iba directa al grano.

Vimes hojeó los papeles que tenía sobre la mesa y levantó la vista al oír un chillido áspero y estridente en el exterior. Un águila entró con un largo y llano descenso por la ventana abierta y se posó en una percha improvisada que había al otro lado de la sala. Vimes caminó hasta allí mientras la figura diminuta que había montada a lomos del ave se quitaba sus anteojos de vuelo.

—¿Cómo va la cosa, Buggy? —dijo.

—Están empezando a sospechar, señor Vimes. Y la sargento Angua dice que ahora que están tan cerca la cosa empieza a ser arriesgada.

—Pues dile que se vuelva para acá.

—Sí, señor. Y les sigue haciendo falta café.

—¡Maldita sea! ¿No han encontrado ni un poco?

—No, señor, y la cosa se está poniendo fea con el vampiro.

—¡Bueno, teniendo en cuenta que ahora ya sospechan, si les soltamos encima una petaca con café lo van a ver clarísimo.

—La sargento Angua dice que probablemente no habría mucho problema si lo hiciéramos, señor. No ha dicho por qué. —El gnomo miró a Vimes con cara expectante. Lo mismo hizo su águila—. Han hecho un camino muy largo, señor. Para ser un puñado de chicas. Bueno... sobre todo chicas.

Vimes estiró el brazo con gesto ausente para acariciar al ave.

—¡No lo haga, señor! ¡Le arrancará el pulgar! —gritó Buggy.

Llamaron a la puerta y entró Reg con una bandeja de carne cruda.

—He visto a Buggy en el cielo, así que se me ha ocurrido bajar a las cocinas, señor.

—Bien hecho, Reg. ¿Nunca te preguntan para qué quieres carne cruda?

—Sí, señor. Les digo que se la come usted, señor.

Vimes hizo una pausa antes de contestar. Al fin y al cabo, Reg lo hacía con buena intención.

—Bueno, seguramente no puede perjudicar mi reputación —dijo—. Por cierto, ¿qué pasaba en la cripta?

—Oh, no son lo que yo llamaría unos zombis como es debido, señor —dijo Reg, eligiendo un trozo de carne y dejándolo colgar delante de Morag—. Son más bien unos hombres muertos que andan.

—Esto... ¿sí? —dijo Vimes.

—Me refiero a que no tienen verdadero raciocinio —continuó el zombi, cogiendo otro pedazo de conejo crudo—. No abrazan las oportunidades que brinda la vida después de la tumba, señor. Solo son un montón de viejos recuerdos con piernas. Esas cosas son las que manchan el buen nombre de los zombis, señor Vimes. ¡Me ponen furioso! —Morag intentó atrapar otro pellejo ensangrentado de conejo que Reg, distraído por un momento, agitaba de aquí para allá.

—Esto... ¿Reg? —dijo Buggy.

—¿Tan difícil es modernizarse, señor? Míreme a mí, por ejemplo. Un día me desperté muerto. ¿Y acaso...?

—¡Reg! —lo avisó Vimes, mientras la cabeza de Morag se mecía hacia delante y hacia atrás.

—¿...me quedé cruzado de brazos? ¡No! ¡Y tampoco...!

—¡Reg, ten cuidado! ¡Te acaba de arrancar dos dedos!

—¿Cómo? Oh. —Reg levantó una mano menguada y se la quedó mirando—. Vaya, hombre, qué maleza. —Bajó la vista al suelo con una esperanza que enseguida se truncó—. Mierda. ¿Hay alguna posibilidad de que la podamos hacer vomitar?

—Solo metiéndole los dedos en la garganta, Reg. Lo siento. Buggy, haz lo que puedas. Y tú, Reg, vuelve abajo a ver si tienen algo de café, ¿quieres?

\* \* \*

—Oh, cielos —murmuró Otis.

—Es grande —dijo Tolón.

Blusa no dijo nada.

—¿No lo había visto nunca, señor? —preguntó Jackrum divertido, mientras contemplaban la torre lejana del fuerte desde los matorrales donde estaban apostados, a ochocientos metros de distancia.

Si existe una escala de cuento de hadas para los castillos, donde la parte más alta la ocupan esos castillos blancos y erizados de agujas con los tejados azules y puntiagudos, entonces el Fuerte de Tolladero era bajo, negro y se aferraba a su saliente rocoso igual que una nube de tormenta. A su alrededor discurría un cauce del Tolladero; el camino de llegada a la península donde se erigía el fuerte era amplio y desprotegido y el lugar ideal para que se diera un paseo quien estuviese cansado de la vida. Blusa tomó nota de todo aquello.

—Esto, no, sargento —dijo—. Había visto pinturas, claro pero... no le hacen justicia.

—¿Alguno de esos libros que lee usted dice qué tenemos que hacer, señor? —preguntó Jackrum. Estaban tumbados en unos matorrales a ochocientos metros de distancia.

—Posiblemente, sargento. En La artesanía de la guerra, Woi Can Tando dijo: ganar sin luchar es la mayor victoria. El enemigo desea que lo ataquemos allí donde es más fuerte. Por tanto, lo vamos a decepcionar. Ya se nos presentará una manera, sargento.

—Bueno, a mí nunca se me ha presentado, y he estado aquí docenas de veces —dijo Jackrum, sin dejar de sonreír—. ¡Ja, hasta las ratas tendrían que disfrazarse de lavanderas para meterse en ese lugar! Aunque llegaras al final de ese camino, te esperan entradas estrechas, agujeros en el techo por donde te tiran aceite hirviendo, cancelas por todas partes que ni un troll podría echar abajo, un par de laberintos y cien pequeñas formas de ganarte un flechazo. Oh, es un lugar maravilloso para atacarlo.

—Me pregunto cómo entraría la alianza —dijo Blusa.

—Lo más probable es que a traición, señor. El mundo está lleno de traidores. O tal vez descubrieran la entrada secreta, señor. ¿Sabe cuál digo, señor? La que usted está seguro de que hay. O a lo mejor se le ha olvidado... Esas cosas pueden irse de la cabeza cuando uno está ocupado, imagino.

—Reconozcamos el terreno, sargento —dijo Blusa con frialdad, mientras salían a gatas de los matorrales. Se sacudió las hojas del uniforme. A Talacéfalo, o, como la llamaba Blusa, «al fiel corcel», lo habían soltado kilómetros atrás. No se podía avanzar con sigilo a caballo y, como había señalado Jackrum, aquel bicho era demasiado flaco para que nadie se lo quisiera comer y demasiado ladino para que nadie lo quisiera montar.

—De acuerdo, señor, sí, eso bien podemos hacerlo, señor —dijo Jackrum ahora, todo amabilidad regodeante—. ¿Qué terreno quiere que reconozcamos, señor?

—Tiene que haber una entrada secreta, sargento. Nadie construiría un sitio así con una sola entrada. ¿No le parece?

—Síseñor. Lo que pasa es que tal vez la hayan mantenido en secreto, señor. Solo intento ayudar, señor.

Se giraron al oír que alguien rezaba con apremio. Pirao se había puesto de rodillas, con las manos juntas. El resto del pelotón se apartó sutilmente de ella. La devoción es algo maravilloso.

—¿Qué está haciendo el soldado, sargento? —preguntó Blusa.

—Rezar, señor.

—Me he fijado en que lo hace mucho. ¿Eso entra dentro, ejem, del reglamento, sargento? —susurró el teniente.

—Eso siempre es complicado, señor, créame —dijo Jackrum—. Personalmente he rezado muchas veces en el campo de batalla. He recitado muchas veces la Oración del Soldado, señor, y no me importa admitirlo.

—Ejem... creo que no la conozco —dijo Blusa.

—Oh, supongo que no tardará en sabérsela, señor, en cuanto tenga delante al enemigo. Por lo general, suele decir algo así como «Oh, dios, déjame matar a ese cabrón antes de que él me mate a mí». —Jackrum sonrió al ver la expresión de Blusa—. Esa es la que yo llamo la Versión Autorizada, señor.

—Sí, sargento, pero ¿dónde estaríamos si todos nos pasáramos el día rezando? —preguntó el teniente.

—En el cielo, señor, sentados a la mano derecha de Nuggan —respondió Jackrum al instante—. Eso me enseñaron a mí de mocoso, señor. Aunque claro, se iba a poner un poco abarrotado, así que mejor que no lo hagamos.

Momento en el cual Pirao dejó de rezar, se puso de pie y se limpió el polvo de las rodillas. Dedicó al pelotón aquella sonrisa suya tan luminosa y preocupante.

—La duquesa guiará nuestros pasos —dijo.

—Ah. Bien —dijo Blusa con un hilo de voz.

—Ella nos enseñará el camino.

—Maravilloso. Ejem... ¿no habrá mencionado por casualidad alguna referencia en el mapa? —dijo el teniente.

—Ella nos dará ojos para que veamos.

—¿Eh? Bien. Bueno, estupendo —dijo Blusa—. Desde luego, me siento mucho mejor ahora que sé eso. ¿Usted no, sargento?

—Síseñor —dijo Jackrum—. Porque antes de esto, señor, no teníamos una oración.

\* \* \*

Exploraron en grupos de tres, mientras el resto del pelotón permanecía oculto entre la maleza en una profunda hondonada. Había patrullas enemigas, pero no resulta difícil eludir a media docena de hombres que no abandonan los senderos y no se preocupan de no hacer ruido. Se trataba de tropas ezlobenas, y actuaban como si fueran los dueños del lugar.

Por alguna razón Polly terminó patrullando con Maladicto y Pirao o, en otras palabras, con un vampiro que estaba al límite y una chica que posiblemente ya lo había dejado tan atrás que podía ver un nuevo límite más allá del horizonte. Ahora Pirao cambiaba de un día para otro, eso estaba claro. El día en que todos se habían alistado, hacía una eternidad, era un animalillo tembloroso que se asustaba de las sombras. Ahora a veces parecía más alta, henchida de alguna certidumbre etérea, y las sombras huían a su paso. Bueno, no es que huyeran al pie de la letra, admitió Polly. Pero Pirao andaba como si debieran hacerlo.

Y entonces se había producido el Milagro del Pavo. Que no era fácil de explicar.

Los tres habían estado recorriendo los barrancos. Habían esquivado un par de puestos de vigilancia ezlobenos, alertados por el olor de las fogatas para cocinar aunque, por desgracia, no por el olor a café. Maladicto parecía estar manteniendo bien la compostura, salvo por cierta tendencia a farfullar letras y números para sí mismo, pero Polly le había hecho parar amenazando con golpearlo con un palo si volvía a hacerlo.

Habían llegado al borde de un barranco que ofrecía una vista distinta del fuerte, y nuevamente Polly levantó el catalejo y examinó las paredes macizas y los salientes rocosos en busca de algún indicio de que hubiera más entradas.

—Mira abajo, hacia el río —dijo Pirao.

Su círculo de visión se emborronó hacia arriba mientras Polly movía el instrumento. Cuando se detuvo, solo vio blancura. Tuvo que apartar el catalejo para ver qué era lo que había estado mirando.

—Oh, cielos —dijo.

—Tiene lógica, sin embargo —dijo Maladicto—. Y hay un sendero que sigue el río, ¿lo veis? Por ahí va otro par de mujeres.

—Pero es una entrada diminuta —objetó Polly—. Y nada más fácil que registrar a quienes lleguen para ver si van armados.

—Por ahí no pueden entrar soldados, entonces —dijo el vampiro.

—Nosotros podríamos —dijo Polly—. Y somos soldados, ¿verdad?

Hubo una pausa antes de que Maladicto dijera:

—A los soldados les hacen falta armas. Las espadas y las ballestas llaman la atención.

—Habrá armas dentro —dijo Pirao—. Me lo ha dicho la duquesa. El castillo está lleno de armas.

—¿Y te ha dicho cómo hacer que el enemigo las suelte? —dijo Maladicto.

—Muy bien, muy bien —se apresuró a decir Polly—. Tenemos que contárselo al ruperto lo antes posible, ¿de acuerdo? Volvamos.

—Un momento, el cabo soy yo —dijo Maladicto.

—Muy bien —dijo Polly—. ¿Y?

—¿Volvamos? —dijo Maladicto.

—Buena idea.

Más tarde Polly se dio cuenta de que tendría que haber prestado atención al canto de los pájaros. Las lejanas llamadas estridentes le habrían transmitido la noticia, de haber estado lo bastante tranquila como para escuchar.

No habían avanzando más de treinta metros cuando vieron al soldado.

En el ejército ezlobeno había alguien peligrosamente listo. Esa persona se había dado cuenta de que la forma de avistar intrusos no era desfilar armando ruido por los hollados caminos, sino acechar furtivamente entre los árboles.

El soldado tenía una ballesta. Fue pura suerte... probablemente pura suerte que estuviera mirando para otro lado cuando Polly salió de detrás de un matorral de acebo. Ella se arrojó detrás de un árbol y le hizo señales frenéticas a Maladicto, que se acercaba por el camino y tuvo el sentido común de ponerse a cubierto.

Polly desenvainó la espada y la sostuvo contra el pecho con las dos manos. Oía al hombre. Todavía no estaba muy cerca de ella pero la distancia se estaba acortando. Probablemente el pequeño puesto de observación donde acababan de estar fuera un punto de paso en la ruta de la patrulla. Al fin y al cabo, pensó con amargura, era justo la clase de tropiezo que podían tener unos idiotas sin instrucción militar; tal vez una patrulla poco ruidosa los podría haber sorprendido incluso allí mismo...

Cerró los ojos y trató de respirar con normalidad. ¡Aquí lo tenía aquí lo tenía aquí lo tenía! Había llegado la hora de la verdad.

Qué había que recordar qué había que recordar qué había que recordar... cuando el metal encuentre la carne... sé tú quien tenga el metal.

Hasta notó un sabor a metal en la boca.

El hombre iba a pasar justo por su lado. Estaría alerta, pero no tan alerta. Sería mejor darle un tajo que clavar la espada. Sí, un buen sablazo a la altura de la cabeza bastaría para matar...

...al hijo de una madre, al hermano de una hermana, a un chaval que siguió al tambor para ganarse un chelín y su primer traje nuevo. Ojalá Polly hubiera recibido instrucción, ojalá hubiera tenido unas semanas para apuñalar muñecos de paja hasta convencerse de que todos los hombres estaban hechos de paja...

Se quedó paralizada. En el recodo del camino, quieta como un árbol, con la cabeza gacha, estaba Pirao. En cuanto el soldado de reconocimiento llegara al árbol de Polly, la vería.

Tendría que hacerlo ya. Tal vez fuera ese el motivo por el que lo hacían los hombres. No para salvar duquesas ni tampoco países. Matabas al enemigo para impedirle que matara a tus compañeros, que a su vez podían salvarte a ti...

Escuchó los pasos cautelosos que se iban acercando al árbol. Levantó el sable, vio el centelleo de la luz en su filo...

Un pavo salvaje se elevó de entre los matorrales al otro lado del sendero, convertido en una erupción de alas, plumas y ecos estruendosos. Medio volando y medio corriendo, se metió dando botes en el bosque. Se oyó el ruido seco de una ballesta y un último graznido.

—Eh, buen tiro, Woody —dijo una voz cercana—. ¡Parece uno de los grandes!

—¿Lo has visto? —dijo otra voz—. ¡Un paso más y me habría tropezado con él!

Detrás de su árbol, Polly se permitió exhalar.

Una tercera voz, a cierta distancia de allí, gritó:

—Volvámonos ya, ¿de acuerdo, cabo? ¡Con el jaleo que hemos montado, seguro que el Tigre ya ha corrido dos kilómetros!

—Sí, y yo me muero de miedo —dijo la voz más cercana—. El Tigre está detrás de cada árbol, ¿no?

—Vale, dejémoslo por hoy. Mi mujer lo va a cocinar de maravilla...

Gradualmente, las voces de los soldados se perdieron entre los árboles. Polly bajó la espada. Vio que Maladicto se asomaba desde su matorral y se la quedaba mirando. Ella se llevó un dedo a los labios. Él asintió. Ella esperó a que los cantos de los pájaros se apagaran un poco antes de salir de su escondite. Pirao parecía estar perdida en sus pensamientos; Polly la cogió con mucho cuidado de la mano. En silencio, escondiéndose de árbol en árbol, regresaron a la hondonada. Cosa rara en ellos, Polly y Maladicto no hablaron. Pero un par de veces sí que se miraron a los ojos.

Por supuesto que los pavos permanecían escondidos hasta que el cazador ya estaba a punto de pisarlos. Por supuesto que aquel pavo debía de haber estado allí todo el tiempo y que no había perdido los nervios pajariles hasta que el soldado de reconocimiento se acercó. Había sido un pavo más grande de lo normal, al que ningún soldado hambriento se podría resistir, pero... ¿y bien?

Como los traidores cerebros no dejan de pensar solo porque uno quiera que paren, el de Polly añadió: Pirao había dicho que la duquesa podía mover cosas pequeñas. ¿Cómo de pequeño es un pensamiento de la mente de un pavo?

En la hondonada solamente los esperaban Jade e Igorina. Los demás habían encontrado una base de operaciones mejor a kilómetro y medio de allí, según les contaron.

—Hemos encontrado la entrada secreta —dijo Polly en voz baja, mientras se alejaban.

—¿Vamos a poder entrar? —preguntó Igorina.

—Es la entrada de las lavanderas —dijo Maladicto—. Está abajo, pegada al río. Pero hay un sendero.

—¿Lavanderas? —preguntó Igorina—. ¡Pero si estamos en guerra!

—Supongo que la ropa se sigue ensuciando —dijo Polly.

—Se debe de ensuciar más, pienso yo —dijo Maladicto.

—Pero... ¿nuestras paisanas? ¿Lavando la ropa del enemigo? —dijo Igorina, escandalizada.

—Si es eso o morirse de hambre, sí —dijo Polly—. He visto a una mujer que salía cargando una cesta llena de pan. Dicen que el fuerte está lleno de graneros. Además, ¿tú no cosiste a un oficial enemigo?

—Es distinto —afirmó Igorina—. A nosotros el deber nos obliga a zalvar a los otros hom... personas. Nadie ha dicho nunca nada de sus calz... ropa interior.

—Podríamos entrar —dijo Polly—. Si nos disfrazáramos de mujeres.

Aquello fue recibido con silencio. Y luego:

—¿Disfrazáramos? —preguntó Igorina.

—¡Ya me entendéis! —respondió Polly.

—¿De lavanderas? —dijo Igorina—. ¡Estas zon manoz de cirujana!

—¿En serio? ¿Y dónde las has conseguido? —preguntó Maladicto. Igorina le sacó la lengua.

—En todo caso, no tengo intención de que nos pongamos a lavar nada —dijo Polly.

—¿Entonces qué intención tienes? —preguntó Igorina.

Polly vaciló.

—Quiero sacar a mi hermano si está ahí dentro —dijo—. Y si pudiéramos impedir la invasión, también sería buena idea.

—Para eso podría hacernos falta más almidón del habitual —dijo Maladicto—. No es que quiera, ya sabes, echar a perder el espíritu del momento, pero es una idea espantosa. El teni no va a aprobar una cosa tan descabellada.

—No, no la aprobará —dijo Polly—. Pero la sugerirá él.

\* \* \*

—Hum —dijo Blusa, un poco más tarde—. ¿Lavanderas? ¿Eso es algo habitual, sargento Jackrum?

—Oh, sí, señor. Supongo que las mujeres de por aquí lo seguirán haciendo, igual que cuando el fuerte lo teníamos nosotros —dijo Jackrum.

—¿Quiere decir que prestan ayuda y servicio al enemigo? ¿Por qué?

—Mejor que morirse de hambre, señor. La vida es así. Y no siempre se limitan a lavarles la ropa.

—¡Sargento, aquí hay hombres jóvenes! —dijo bruscamente Blusa, ruborizándose.

—Tarde o temprano van a tener que descubrir el planchado y el remendado, señor —dijo Jackrum con una sonrisa de oreja a oreja.

Blusa abrió la boca. Blusa cerró la boca.

—El té está listo, señor —dijo Polly. El té era algo asombrosamente útil. Proporcionaba una excusa para hablar con cualquiera.

Estaban en lo que quedaba de una granja medio derruida. A juzgar por su aspecto, ni siquiera las patrullas se molestaban en pasar por allí: no había huellas de fuegos recientes ni siquiera de la ocupación más breve. Apestaba a podredumbre y faltaba la mitad del tejado.

—¿Y las mujeres vienen y van sin problema, Artes? —preguntó el teniente.

—Sí, señor —dijo Polly—. Y he tenido una idea, señor. ¿Permiso para contarle mi idea, señor? —Vio que Jackrum enarcaba una ceja. Se estaba pasando de empalagosa, tenía que admitirlo pero no había mucho tiempo.

—Por favor, cuéntela, Artes —dijo Blusa—. De lo contrario me temo que explotará usted.

—¡Podrían espiar para nosotros, señor! ¡Hasta podríamos conseguir que nos abrieran las puertas!

—¡Bien dicho, soldado! —dijo Blusa—. Me gusta que la tropa piense.

—Sí, claro —gruñó Jackrum—. Un poco más agudo y se pincha. Señor, son lavanderas, señor, básicamente. Que no se ofenda el joven Artes, que es un muchacho bien listo, pero el típico guardia presta atención si la comadre Riley intenta abrir las puertas del fuerte. Y no hay tan solo un par de puertas, además. Hay seis pares, y unos patios la mar de majos en medio para que los guardias te puedan echar el ojo por si no eres quien esperan, y puentes levadizos, y techos con pinchos que te caen encima si a alguien no le gusta la pinta que traes. ¡Intente abrir todo eso con jabón en las manos!

—Me temo que al sargento no le falta razón, Artes —dijo Blusa en tono triste.

—Bueno, suponga que un par de mujeres consiguieran tumbar a unos pocos guardias, señor, entonces nos podrían dejar entrar por la puertecita que usan ellas —dijo Polly—. ¡A lo mejor hasta podemos capturar al comandante del fuerte, señor! Apuesto a que en el fuerte hay muchas mujeres, señor. En las cocinas y tal. ¡Nos podrían... ir abriendo puertas!

—Oh, venga ya, Artes... —empezó a decir Jackrum.

—No, sargento. Espere —dijo Blusa—. Por asombroso que parezca, Artes, con su entusiasmo adolescente, aunque no se haya dado cuenta, me ha dado una idea muy interesante...

—¿De verdad, señor? —preguntó Polly, que con su entusiasmo adolescente había considerado la posibilidad de tatuarle la idea en la cabeza a Blusa. Para ser un hombre tan listo, la verdad es que era bastante lento.

—Ya lo creo, Artes —dijo Blusa—. Porque, por supuesto, para dejarnos entrar solamente nos hace falta una «lavandera», ¿verdad que sí?

Aquellas comillas parecían prometedoras.

—Bueno, sí, señor —dijo Polly.

—¡Y si, por decirlo de alguna manera, pensamos «sin ceñirnos al molde» de hecho, esa «mujer» no tiene por qué ser una mujer!

Blusa sonrió encantado. Polly permitió a su ceño fruncirse de honrado desconcierto.

—¿Ah, no, señor? —dijo—. Creo que no lo entiendo, señor. Estoy perplejo, señor.

—¡«Ella» podría ser un hombre, Artes! —dijo Blusa, a punto de explotar de regocijo—. ¡Uno de nosotros! ¡Disfrazado!

Polly dejó escapar un suspiro de alivio. El sargento Jackrum se rió.

—¡Por el amor de dios, señor, disfrazarse de lavanderas se usa para salir de los sitios! ¡Reglas militares!

—¡Si conseguimos meter a un hombre, podría reducir a los guardias cercanos a la puerta, espiar la situación desde una perspectiva militar y dejar entrar al resto de la tropa! —dijo Blusa—. ¡Si se hiciera de noche, hombres, por la mañana podríamos haber tomado posiciones clave!

—Pero estos no son hombres, señor —dijo Jackrum.

Polly se giró. El sargento la estaba mirando fijamente, atravesándola con la mirada. Oh, concho, digo, coño... lo sabe...

—¿Cómo dice?

—Son... mis chiquillos, señor —continuó Jackrum, guiñándole el ojo a Polly—. Unos chavales listos, muy ingeniosos, pero lo suyo no es rajar gargantas y apuñalar corazones. Se alistaron para ser piqueros en el campo de batalla, señor, en un ejército como es debido. Sois mis chiquillos, les dije cuando los alisté, y yo cuidaré de vosotros. ¡No puedo quedarme de brazos cruzados mientras usted los lleva a una muerte segura!

—Esa decisión me corresponde a mí, sargento —replicó Blusa—. Estamos en «la encrucijada del destino». A la hora de la verdad, ¿quién no está dispuesto a entregar su vida por su país?

—En una batalla como corresponde, señor, no recibiendo porrazos en la cabeza de una panda de tipos malcarados por haberte colado en su fuerte.

—Sargento, no tenemos elección. Tenemos que aprovecharnos de «la marea de la fortuna».

—Me conozco la marea, señor. Siempre deja atrás pececillos boqueando. —El sargento se puso de pie, con los puños apretados.

—Su preocupación por sus hombres lo honra, sargento, pero nos corresponde a nosotros...

—¿Un famoso acto de resistencia desesperada señor? —lo interrumpió Jackrum. Escupió hábilmente sobre el fuego del hogar destartalado—. ¡Al infierno con esos actos, señor! ¡Solo sirven para morir famoso!

—Sargento, su insubordinación se está volviendo...

—Iré yo —dijo Polly en voz baja.

Los dos hombres se detuvieron, se giraron y la miraron.

—Iré yo —repitió Polly, en voz más alta—. Alguien tiene que ir.

—¡No seas memo, Artes! —le espetó Jackrum—. Tú no sabes qué hay ahí dentro, no sabes qué guardias están esperando al otro lado de la puerta, no sabes...

—Pues ya me enteraré, sargento, ¿no cree? —dijo Polly, con una sonrisa desesperada—. Tal vez pueda llegar a algún sitio donde se me vea y mandarles señales, o...

—En esta cuestión, por lo menos, el sargento y yo estamos de acuerdo, Artes —dijo Blusa—. En serio, soldado, simplemente no funcionaría. Sí, usted es valiente, está claro, pero ¿qué le hace pensar que podría hacerse pasar por una mujer?

—Bueno, señor... ¿cómo?

—Su arrojo no pasará desapercibido, Artes —dijo Blusa con una sonrisa—. Pero ¿sabe?, los buenos oficiales observan de cerca a sus hombres, y debo decir que he percibido en usted, en todos vosotros, una serie de pequeños... hábitos, perfectamente normales, nada de qué preocuparse, como quizá la ocasional exploración profunda de narices, y cierta tendencia a sonreír después de una ventosidad, una inclinación adolescente natural a, ejem, rascarse la... rascarse a sí mismos en público... esa clase de cosas. Son los pequeños detalles de ese tipo los que los delatarían en un santiamén y revelarían a cualquier observador que son hombres disfrazados de mujeres, créame.

—Estoy seguro de que los podría engañar, señor —dijo Polly, casi sin voz.

Notó los ojos de Jackrum puestos en ella . Jolín si... ¡joder si lo sabes, ya lo creo que sí! ¿Cuánto tiempo hace que lo sabes?

Blusa negó con la cabeza.

—No, a usted lo detectarían en un abrir y cerrar de ojos. Todos son unos muchachos excelentes, pero aquí solamente hay un hombre que tiene alguna posibilidad de engañarlos. ¿Grilleto?

—¿Síseñor? —dijo Otis, rígida de pánico instantáneo.

—¿Cree que me podría encontrar un vestido?

Maladicto fue el primero en romper el silencio.

—Señor, ¿nos está diciendo que... va a intentar entrar usted disfrazado de mujer?

—Bueno, está claro que soy el único que tiene algo de práctica —dijo Blusa, frotándose las manos—. En mi antigua escuela siempre nos estábamos poniendo faldas. —Se quedó mirando el círculo de caras absolutamente inexpresivas—. Para hacer teatro, claro —siguió en tono jovial—. En nuestro internado no había chicas, por supuesto. Pero nunca dejamos que eso nos detuviera. Caray, todavía se habla de la interpretación que hice de lady Alegre cuando representamos Comedia de cornudos, por lo que tengo entendido, y en cuanto a mi Ñamñam... ¿el sargento Jackrum se encuentra bien?

El sargento se acababa de doblar por la mitad, pero aun así, con la cara a la altura de las rodillas, consiguió graznar:

—Una vieja herida de guerra, señor. Me ha venido así de repente.

—Por favor ayúdelo, soldado Igor. ¿Por dónde iba yo? Veo... veo que todos parecen desconcertados, pero esto no tiene nada de extraño. Es una (antigua y respetable) tradición, que los hombres se disfracen de chicas. En sexto curso, los chavales lo solían hacer todo el tiempo por puro cachondeo. —Se detuvo un momento y añadió con aire pensativo—: Sobre todo Wrigglesworth, no sé por qué... —Agitó la cabeza como para sacudirse una idea y continuó—: En todo caso, tengo experiencia en este terreno, ¿comprenden?

—Y... ¿qué haría usted si, quiero decir, cuando entre, señor? —dijo Polly—. No solamente tendrá que engañar a los guardias. Allí dentro habrá otras mujeres.

—Eso no planteará ningún problema, Artes —dijo Blusa—. Actuaré de manera femenina, y además tengo un truco escénico, ¿sabe?, que es poner la voz muy aguda, de esta forma. —Su falsete podría rayar el cristal—. ¿Lo ven? —dijo—. No, si lo que nos hace falta es una mujer, yo soy su hombre.

—Asombroso, señor —dijo Maladicto—. Por un momento podría haber jurado que había una mujer en la sala.

—Y yo podría averiguar si hay otras entradas mal vigiladas —continuó Blusa—. ¡Quién sabe! ¡Hasta es posible que pueda hacerme con la llave de algún guardia usando mis artimañas femeninas! En todo caso, si todo está despejado les mandaré una señal. Colgaré una toalla de una ventana, tal vez. Algo que esté claramente fuera de lo normal.

Hubo más silencio. Varios miembros del pelotón estaban mirando el techo.

—S-sí —dijo Polly—. Ya veo que lo tiene todo bien planeado, señor.

Blusa suspiró.

—Ojalá estuviera aquí Wrigglesworth —dijo.

—¿Por qué, señor?

—Tenía una habilidad pasmosa a la hora de hacerse con un vestido, el joven Wrigglesworth —dijo el teniente.

La mirada de Polly se encontró con la de Maladicto. El vampiro hizo una mueca y se encogió de hombros.

—Hum... —dijo Otis.

—¿Sí, Grilleto?

—Yo tengo unas enaguas en el petate, señor.

—¡Madre mía! ¿Por qué?

Otis se ruborizó. No tenía pensada una respuesta.

—Para vendaz, zeñor —intervino Igorina sin perder comba.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Exacto! —dijo Otis—. Esto... las encontré en la posada, cuando estuvimos en Plün...

—Lez pedí a loz muchachoz que ze hicieran con todo el lino que pudieran, zeñor. Por zi acazo.

—¡Qué idea más razonable, sí señor! —exclamó Blusa—. ¿Alguien más tiene algo?

—No me zorprendería en absoluto, zeñor —dijo Igorina, mirando a su alrededor.

Las miradas se intercambiaron. Los petates se abrieron. Salvo Polly y Maladicto, resultó que todo el mundo llevaba algo, mostrado con la mirada gacha. Un vestido, unas enaguas o, en la mayoría de los casos, un pañuelo de fustán, transportado por alguna clase de necesidad residual e inexplicable.

—Obviamente han pensado ustedes que íbamos a sufrir heridas graves —dijo Blusa.

—Toda precaución ez poca, zeñor —dijo Igorina. Sonrió a Polly.

—Bueno, ahora mismo llevo el pelo bastante corto... —caviló Blusa.

Polly pensó en sus rizos, ahora perdidos y probablemente siendo acariciados por Strappi. Pero la desesperación se abrió paso entre los recuerdos.

—Parecían sobre todo ancianas —dijo rápidamente—. Llevaban pañuelos en la cabeza y cofias. Seguro que Igori... que Igor puede apañar algo, señor.

—Loz Igorz eztamoz llenoz de recurzoz, zeñor —asintió Igorina. Se sacó de la casaca una cartera de cuero negro—. Diez minutoz con una aguja, zeñor, no me hace falta máz.

—Ah, las ancianas sí que me salen de maravilla —dijo Blusa. Con una rapidez que hizo dar un respingo a Esti, estiró las dos manos retorcidas como garras, arrugó la cara en una expresión de imbecilidad enloquecida y graznó—: ¡Ay, pobrecica de mí! ¡Mis pobres pies cansados! ¡Hoy en día las cosas ya no son como antes! ¡Cáspita!

Detrás de él, el sargento Jackrum se llevó las manos a la cabeza.

—Asombroso, señor —dijo Maladicto—. ¡Nunca había visto una transformación así!

—¿Tal vez un poquitín menos anciana, señor? —sugirió Polly, aunque lo cierto era que Blusa le había recordado mucho a su tía Hattie cuando llevaba dos tercios de jarra de jerez.

—¿Usted cree? —dijo Blusa—. Bueno, si lo ve tan claro...

—Y, hum, si se encuentra usted a un guardia, ejem, las ancianas no suelen intentar, intentar...

—... besuquearse... —susurró Maladicto, cuyos pensamientos claramente bajaban en picado por la misma pendiente espantosa.

—... besuquearse con ellos —terminó de decir Polly, sonrojándose, y luego, después de pensárselo un momento, añadió—: Bueno, a no ser que se hayan tomado una copa de jerez.

—Y yo le zugiero que ze razure eza cara, zeñor...

—¿Razure? —preguntó Blusa.

—Rasure, señor —dijo Polly—. Voy a preparar sus cosas, señor.

—Aah, sí. Claro. No se ve a muchas ancianas con barba, ¿eh? Salvo mi tía Parténope, por lo que recuerdo. Y... ejem... nadie tendrá un par de globos, ¿verdad?

—Esto, ¿para qué, señor? —dijo Tolón.

—Una buena pechuga siempre hace reír —dijo Blusa. Examinó la hilera de caras—. ¿No es buena idea, tal vez? Me llevé una buena ronda de aplausos haciendo de la Viuda Tembleques en Lástima que sea un árbol. ¿No?

—Me parece que Igor le puede coser algo un poco más, ejem, realista, señor —dijo Polly.

—¿En serio? En fin, si de verdad piensan que es mejor... —dijo Blusa, abatido—. Bueno, voy a caracterizarme.

Desapareció en la única otra habitación de la casa. Al cabo de unos segundos, los demás lo oyeron recitar: «¡Cáspita, mis pobres pies cansados!» en varios tonos de arañazo en una pizarra.

El pelotón formó un corro.

—¿De qué iba todo esto? —preguntó Tolón.

—Estaba hablando del teatro —dijo Maladicto.

—¿Y eso qué es?

—Una Abominación contra Nuggan, por supuesto —dijo el vampiro—. Sería muy largo de explicar, criatura. Es gente que finge ser otra gente para contar una historia en una sala inmensa donde el mundo es un lugar distinto. Y otra gente se sienta a mirarlos y a comer chocolate. Muy, muy abominable.

—Yo una vez vi un espectáculo de guiñoles en el pueblo —dijo Otis—. Al acabar se llevaron preso al tipo y se convirtió en Abominación.

—Me acuerdo de eso —dijo Polly.

Por lo visto estaba prohibido mostrar a cocodrilos comiéndose a autoridades, pese a que en el pueblo nadie sabía lo que era un cocodrilo hasta que llegó el espectáculo de marionetas. La parte en que el payaso pegaba a su mujer también constituía una Abominación, porque había usado un palo más grueso que el reglamentario de una pulgada.

—El teniente no va a durar ni un minuto, ya lo sabéis —dijo.

—Sí, pero no quiere ezcuchar, ¿verdad? —dijo Igorina—. Haré lo que pueda con laz tijeraz y la aguja para convertirlo en mujer, pero...

—Igorina, cuando eres tú quien habla de esas cosas me vienen a la cabeza imágenes muy extrañas —dijo Maladicto.

—Lo siento —dijo Igorina.

—¿Puedes rezar por él, Pirao? —pidió Polly—. Me parece que en esto nos va a hacer falta un milagro.

Pirao cerró obedientemente los ojos, juntó un momento las manos y luego dijo con timidez:

—Me temo que dice que va a hacer falta más que un pavo.

—¿Pir? —dijo Polly—. ¿De verdad...? —Entonces se detuvo, bajo la mirada de aquella carita luminosa.

—Sí, de verdad —dijo Pirao—. De verdad hablo con la duquesa.

—Sí, bueno, yo antes también lo hacía —ladró Tolón—. Hubo un tiempo en que le suplicaba. Y aquella cara estúpida se me quedaba mirando y no hacía nada. Nunca impedía nada. Todo aquello, toda aquella estúpida... —La chica se detuvo, tenía demasiadas palabras bloqueándole el cerebro—. Y en todo caso, ¿por qué te iba a hablar a ti?

—Porque yo escucho —dijo Pirao en voz baja.

—¿Y qué te dice?

—A veces solamente llora.

—¿Ella llora?

—Porque la gente quiere muchísimas cosas, y ella no les puede dar nada. —Pirao les dedicó una de aquellas sonrisas suyas que iluminaban la sala—. Pero todo irá bien cuando yo ocupe el lugar que me corresponde.

—Bueno, pues entonces no pasa nada... —empezó a decir Polly, sumida en la nube de profunda vergüenza que Pirao conjuraba en ella.

—Sí, vale —dijo Tolón—. Pues yo no pienso rezarle a nadie, ¿de acuerdo? Nunca más. No me gusta esto, Pir. No eres mala persona, pero no me gusta cómo sonríes... —Se detuvo—. Oh, no...

Polly miró fijamente a Pirao. Tenía la cara flaca y angulosa, y la duquesa del cuadro parecía, bueno, un rodaballo sobrealimentado, pero de pronto la sonrisa, la sonrisa en sí...

—¡Esto no lo pienso aguantar! —gruñó Tolón—. ¡Para ahora mismo! ¡Lo digo en serio! ¡Me estás poniendo los pelos de punta! ¡Oli, haz que esa chica... que ese chico pare de sonreír así!

—Tranquilizaos, todos... —empezó a decir Polly.

—¡Callaos de una puta vez! —gritó Jackrum—. No me oigo ni masticar. Mirad, estáis todos nerviosos. Esas cosas pasan. Y a Pirao le ha dado por ponerse religioso antes de la pelea. Esas cosas también pasan. Lo que hay que hacer es guardárselo todo para el enemigo. Calmaos. Es lo que en el ejército llamamos una orden, ¿de acuerdo?

—¿Artes? —Era Blusa.

—Mejor que te des prisa —dijo Maladicto—. Lo más seguro es que haya que atarle el corsé...

\* \* \*

De hecho, Blusa estaba sentado en lo que quedaba de una silla.

—Ah, Artes. Afeitado, por favor —dijo.

—Oh, pensaba que ya tenía la mano mejor, señor.

—Ejem... sí. —Blusa pareció incómodo—. El problema, Artes, es que... nunca me he afeitado yo, para serle sincero. En la escuela tenía a un hombre que lo hacía, y luego por supuesto en el ejército compartía un ordenanza con Blatherskite y, ejem, los intentos que he hecho por mi cuenta han sido un poco sangrientos. Nunca había pensado de verdad en ello hasta que llegué a Plotz, y, ejem... de pronto era vergonzoso...

—Lo lamento, señor —dijo Polly. El mundo nunca dejaba de sorprenderte.

—Más tarde tal vez me pueda dar unos consejos —continuó Blusa—. Usted siempre va impecablemente afeitado, no puedo evitar darme cuenta. El general Fhrac estaría orgulloso. Dicen que es muy antibigotes.

—Si usted quiere, señor —dijo Polly. No había escapatoria. Fingió que afilaba la navaja. Tal vez pudiera lograrlo con solo unos pocos cortecitos...

—¿Cree que tendría que llevar la nariz enrojecida? —preguntó Blusa.

—Probablemente, señor —dijo Polly. El sargento sabe lo mío, estoy segura, pensó. Sé que lo sabe. ¿Por qué no dice nada?

—¿Probablemente, Artes?

—¿Cómo? Ah. No... ¿Por qué la nariz roja, señor? —preguntó Polly, aplicando la espuma con vigor.

—Tal vez resultaría más pff gracioso.

—No estoy seguro de que sea ese el propósito del ejercicio, señor. Bueno, si quiere usted, ejem, echarse hacia atrás, señor...

—Hay algo que debe usted saber del joven Artes, señor.

Polly soltó un auténtico chillido. Tan en silencio como solo puede andar un sargento, Jackrum había entrado a hurtadillas en la sala.

—¿pff sargento? —dijo Blusa.

—Artes no sabe afeitar a un hombre, señor —dijo Jackrum—. Dame la navaja, Artes.

—¿No sabe afeitar? —preguntó Blusa.

—Noseñor. Artes nos mintió, ¿verdad, Artes?

—Muy bien, sargento, no hace falta alargar esto —suspiró Polly—. Teniente, yo soy...

—... menor de edad —dijo Jackrum—. ¿Verdad, Artes? Solo tienes catorce años, ¿a que sí? —Miró a Polly por encima de la cabeza del teniente y le guiñó un ojo.

—Ejem... mentí para alistarme, señor, sí —dijo Polly.

—No creo que a un chavalín como él haya que arrastrarlo al fuerte, por muy dispuesto que esté —dijo Jackrum—. Y no creo que él haya sido el único, ¿verdad, Artes?

Ah, con que a eso jugamos. Chantaje, pensó Polly.

—Sí, sargento —dijo ella en tono fatigado.

—No podemos dejar que masacren a unos chiquillos, señor, ¿no le parece? —preguntó Jackrum.

—Entiendo lo que pff quiere decir, sargento —dijo el teniente, mientras Jackrum le pasaba suavemente el filo de la navaja por la mejilla—. Un asunto complicado.

—¿Mejor que lo dejemos estar, pues? —sugirió Jackrum.

—Por otro lado, sargento, me consta que usted pff mismo se alistó siendo un niño —dijo Blusa. La navaja dejó de moverse.

—Bueno, todo era distinto en aquellos... —empezó a decir Jackrum.

—Parece ser que tenía usted cinco años —continuó el teniente—. Verá, cuando me enteré de que lo iba a conocer a usted, toda una leyenda del ejército, como es natural eché un vistazo a los archivos para poder hacer, tal vez, unos cuantos chistes oportunos mientras le entregaba su baja con honores. Ya sabe, pequeñas reminiscencias humorísticas de tiempos pasados... Imagínese cómo de confundido me quedé, por consiguiente, al averiguar que al parecer lleva usted cobrando un sueldo desde hace, bueno, era difícil concretarlo, pero posiblemente sesenta años por lo menos.

Polly había afilado a conciencia la navaja. Y ahora estaba apoyada en la mejilla del teniente. Polly se acordó del asesinato —bueno, vale, de la muerte de un prisionero a la fuga— en el bosque. Tampoco será el primer oficial al que yo mato...

—Probablemente sea un error administrativo de esos, señor. —dijo Jackrum con frialdad. En aquella sala en penumbra, donde el musgo ya colonizaba las paredes, el sargento tenía una figura imponente.

Un búho, posado en la chimenea, ululó. Los ecos recorrieron la sala.

—De hecho, no, sargento —dijo Blusa, que no parecía consciente de la navaja—. Su fichero, sargento, había sido manipulado. En numerosas ocasiones. Una vez, incluso por el general Fhrac. El general sustrajo diez años a la edad de usted y firmó el cambio. Y no fue el único. Con franqueza, sargento, únicamente veo una conclusión posible.

—¿Y cuál es, señor? —La navaja se volvió a detener, sin dejar de presionar el cuello de Blusa. El silencio pareció prolongarse otro momento largo, afilado e interminable.

—Que había algún otro hombre llamado Jackrum —dijo Blusa despacio—. Cuyos registros se han... mezclado con los de usted y... todos los intentos de arreglarlo que han hecho los oficiales a quienes, hum, no se les daban muy bien los números solo han confundido más el asunto.

La navaja empezó a moverse una vez más, con suavidad sedosa.

—Creo que ha dado usted en el clavo, señor —dijo Jackrum.

—Voy a escribir una nota explicativa y añadirla al fichero —continuó Blusa—. Me parece que lo más sensato es preguntarle sin más qué edad tiene. ¿Qué edad tiene usted, sargento?

—Cuarenta y tres años, señor —dijo Jackrum sin dudarlo.

Polly levantó la vista, esperando el trueno genérico que debería acompañar a una mentira de magnitud tan cósmica.

—¿Está seguro? —dijo Blusa.

—Cuarenta y cinco, señor. Las penurias de la vida de soldado hacen mella en la cara, señor.

—Aun así...

—Ah, ahora me acuerdo de otro par de cumpleaños que se me habían ido de la cabeza, señor. Tengo cuarenta y siete, señor.

Siguió sin haber ningún estruendo de censura celestial, observó Polly.

—Ejem... sí, muy bien. Al fin y al cabo, si alguien lo sabe es usted, ¿eh, sargento? Yo lo corrijo.

—Gracias, señor.

—Igual que hizo el general Fhrac. Y el comandante Chanclo. Y el coronel Polain, sargento.

—Síseñor. El error administrativo me ha seguido todos y cada uno de los días de mi vida, señor. He sido un mártir en sus manos. —Jackrum dio un paso atrás—. Ya está, señor. La cara tan suave como el culito de un bebé. Las cosas siempre tienen que ir suaves, ¿eh, señor? Siempre me ha gustado que todo vaya suave.

\* \* \*

Vieron al teniente Blusa bajar por entre los árboles en dirección al sendero. Lo vieron unirse a la hilera esforzada y errática de mujeres que iban hacia la puerta. Escucharon por si oían gritos, pero no oyeron ninguno.

—¿A-alguna mujer se bambolea tanto? —preguntó Pirao, escrutando entre los matorrales.

—Legalmente no, me parece —dijo Polly, estudiando el fuerte con el catalejo del teniente—. Bueno, pues tendremos que esperar a que nos mande señal de que está bien.

En algún lugar del cielo, un águila ratonera chilló.

—No, seguro que lo han detenido tan pronto como ha cruzado esa puerta —dijo Maladicto—. Podéis apostar lo que queráis.

Dejaron a Jade de guardia. Con la pintura raspada, la troll podía encajar tan bien en cualquier paisaje rocoso que nadie la vería antes de toparse con ella, y para cuando se toparan con ella ya sería demasiado tarde.

Regresaron abriéndose paso por el bosque y casi habían llegado a la granja en ruinas cuando sucedió.

—Lo llevas muy bien, Mal —dijo Polly—. ¿Puede que esas bellotas hayan funcionado? No has mencionado para nada el café...

Maladicto se detuvo y se giró despacio. Para horror de Polly, de pronto la cara le brillaba de sudor.

—Tenías que sacar el tema, ¿no? —dijo con voz ronca—. ¡Oh, por favor, no! ¡Con lo bien que estaba aguantando! ¡Con lo bien que lo llevaba! —Se desplomó hacia delante, pero logró quedarse a cuatro patas. Entonces levantó la cabeza y se le vio un brillo rojizo en los ojos—. Trae a... Igorina —murmuró, jadeando—. Sé que se ha preparado para esto...

... fupfupfup...

—Salid de aquí mientras podáis —murmuró, con los dientes visiblemente alargados—. Voy a...

Hubo una sombra, un movimiento fugaz y el vampiro cayó hacia delante, noqueado por un saquito de un cuarto de kilo de granos de café que acababa de caer de un cielo despejado.

\* \* \*

Polly llegó a la granja cargando a Maladicto sobre un hombro. Lo dejó tan cómodo como pudo sobre un montón vetusto de paja y el pelotón se puso a deliberar.

—¿Creéis que tendríamos que intentar sacarle el saco de la boca? —preguntó Otis nerviosa.

—Lo he intentado pero se resiste —dijo Polly.

—¡Pero si está inconsciente!

—¡Sigue sin soltarla! La está chupando. ¡Os juro que estaba sin sentido, pero aun así creo que ha estirado el brazo y lo ha agarrado y lo ha mordido! ¡Y el saco ha caído de un cielo despejado!

Tolón miró fijamente a Pirao.

—¿La duquesa hace servicio de habitaciones? —dijo.

—¡No! ¡Dice que n-no ha sido ella!

—Hay lluviaz ecztrañaz de peces —dijo Igorina, arrodillándose junto a Maladicto—. Supongo que es posible que un torbellino haya pasado arrasando una plantación de café, y luego tal vez la descarga de un relámpago en el éter superior...

—¿En qué momento recorrió una fábrica que hacía saquitos de café? —dijo Tolón—. Saquitos con un hombre alegre con turbante dibujado, que parece decir: «¡Tostado klatchiano, calidad especial! ¡Cuando no basta con hervir con una piqueta!».

—Bueno, ya que lo pones de eza manera que parece un poco inverosímil... —Igorina se puso de pie y añadió—: Creo que estará bien cuando se despierte. Posiblemente un poco locuaz, eso sí.

—Muy bien, chicos, descansad un poco —dijo Jackrum, entrando en la habitación—. Démosle al ruperto un par de horas para cagarla y luego ya podemos escabullirnos rodeando el valle, bajar tranquilamente y unirnos al resto del ejército. Buen rancho y mantas como es debido para dormir, ¿eh? ¡Justo lo que nos hace falta!

—No sabemos si la va a fastidiar, sargento —dijo Polly.

—Ah, claro, ya, a lo mejor a estas alturas ya se ha casado con el comandante de la guarnición, ¿eh? Cosas más raras han pasado, aunque no me acuerdo de cuándo. Artes y Grilleto, estáis de guardia. Los demás, dormid un rato.

\* \* \*

Una patrulla ezlobena pasó a lo lejos. Polly la observó hasta que se perdió de vista. Empezaba a hacer buen día, cálido y con un poco de viento. Buen tiempo para secar cosas. Buen día para ser lavandera. Y tal vez Blusa tendría éxito. Tal vez todos los guardias fueran ciegos.

—¿Pol? —susurró Otis.

—Sí, Otis... oye, ¿cómo te llamabas en tu vida normal?

—Betty. Me llamo Betty. Esto... la mayoría de los Dentroyfuera están en el fuerte, ¿verdad?

—Eso parece.

—O sea que es allí donde es más probable que encuentre a mi prometido, ¿no?

Ya hemos hablado de eso, pensó Polly.

—Es posible.

—Puede que sea muy difícil si hay muchos hombres... —dijo Betty, una mujer con algo de que preocuparse.

—Bueno, en caso de que lleguemos hasta los prisioneros y les preguntemos, seguro que alguno lo conocerá de nombre. ¿Cómo se llama?

—Johnny —susurró Betty.

—¿Johnny a secas? —preguntó Polly.

—Ejem... sí...

Ah, pensó Polly. Creo que sé cómo va esto...

—Tiene el pelo rubio y ojos azules, y creo que llevaba un pendiente dorado y... y una cosa de esas de forma rara... ¿cómo se llama? Ah, sí, una especie de carbúnculo en el, el... trasero.

—Ya. Ya.

—Hum... ahora que lo digo en voz alta, no parece una descripción muy útil, supongo.

No a menos que estemos en posición de hacer una ronda de identificaciones rarísima, pensó Polly, y no me imagino qué posición sería.

—No demasiado —dijo.

—Me comentó que en el regimiento todo el mundo lo conoce —continuó Betty.

—¿Sí? Oh, bien —dijo Polly—. Pues entonces solo tenemos que preguntar.

—Y, ejem, íbamos a romper una moneda de seis peniques por la mitad, ya sabes, lo típico, para que si él tenía que pasar años lejos de mí estuviéramos seguros de reconocernos, porque las dos mitades encajarían...

—Ah, eso nos ayudará un poco, imagino.

—Bueno, sí, lo que pasa es que le di la moneda y él me dijo que se la llevaría al herrero para partirla en su banco, y se fue para allí, y, esto, creo que lo llamaron... —la voz de Betty se apagó gradualmente.

Bueno, era más o menos lo que me esperaba, pensó Polly.

—Supongo que te parezco una chiquilla tonta —murmuró Betty al cabo de un momento.

—Una mujer imprudente, tal vez —replicó Polly, girándose para mirar atentamente el paisaje.

—Fue, ya sabes, un romance tempestuoso...

—A mí me parece más bien huracanado —dijo Polly, y Betty sonrió.

—Sí, fue un poco así —dijo.

Polly devolvió sonrisa por sonrisa.

—Betty, no tiene sentido hablar de tonterías o imprudencias en un momento como este —dijo—. ¿Dónde vamos a buscar la sabiduría? ¿En un dios que odia los rompecabezas y el color azul? ¿En un gobierno fósil dirigido por un retrato? ¿En un ejército que cree que la testarudez es lo mismo que el valor? ¡Comparado con todo eso, lo único que tú hiciste mal fue calcular el tiempo!

—Pero no quiero terminar en la escuela —dijo Betty—. Se llevaron a una chica de nuestro pueblo y estaba pataleando y chillando...

—¡Pues lucha! —dijo Polly—. Ahora tienes una espada, ¿no? ¡Resístete! —Vio la expresión de horror de la cara de Betty y recordó que no estaba hablando con Tolón—. Mira, si salimos vivas de esta hablaremos con el coronel. A lo mejor nos puede ayudar. —Al fin y al cabo, tal vez tu chico se llamaba Johnny de verdad, pensó, y tal vez lo llamaron de pronto a filas de verdad. La esperanza es algo maravilloso. Continuó—: Si salimos de esta no va a haber escuela ni va a haber palizas. Ni para ti ni para ninguna de nosotras. No si tenemos cerebro. No si somos listas.

Betty estaba al borde de las lágrimas, pero consiguió sonreír otra vez.

—Y además, Pirao está hablando con la duquesa —dijo—. ¡Ella arreglará las cosas!

Polly se quedó mirando el paisaje luminoso e inalterable, vacío salvo por un águila ratonera que trazaba amplios círculos en el azul prohibido.

—De eso no estoy segura —dijo—. Pero ahí arriba hay alguien a quien le caemos bien.

\* \* \*

El crepúsculo era breve en aquella época del año. No habían sabido nada de Blusa.

—He mirado hasta que no podía ver nada —dijo Jade, mientras se sentaban y contemplaban cómo Otis preparaba estofado—. Algunas mujeres que han salido eran las mismas que he visto entrar esta mañana, además.

—¿Estás seguro? —preguntó Jackrum.

—Puede que seamos tontos, sargento —dijo Jade, con expresión dolida—. Pero los trolls tenemos mucha... esto... agua-deesa vi-si-iba. Y por la tarde entraban más mujeres.

—El turno de noche —dijo Tolón.

—En fin, el hombre lo ha intentado —dijo Jackrum—. Con suerte lo habrán metido en una buena celda calentita y le habrán encontrado unos calzones largos. Recoged vuestras cosas, muchachos. Vamos a dar un rodeo hasta nuestras líneas y para la medianoche estaréis bien cómodos en la cama.

Polly se acordó de lo que ella misma había dicho unas horas antes sobre luchar. En algún momento había que empezar.

—Quiero probar otra vez a entrar en el fuerte —dijo.

—Ah, ¿así que quieres, Artes? —dijo Jackrum, con interés burlón.

—Mi hermano está ahí dentro.

—Pues entonces está bien y a salvo.

—Puede que esté herido. Yo voto por el fuerte.

—¿Votas? —preguntó Jackrum—. Caramba, eso es nuevo. ¿Votar en el ejército? ¿Quién quiere que lo maten, chavales? Venga, a ver esas manos. Olvídate, Artes.

—¡Voy a intentarlo, sargento!

—¡De eso nada!

—¡Pruebe a impedírmelo! —Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas. Y ahí está, pensó, un grito que se ha oído en todo el mundo. Después de esto ya no hay vuelta atrás. Me he tirado por el acantilado y a partir de aquí todo es bajada.

La expresión de Jackrum permaneció imperturbable durante un par de segundos, hasta que por fin dijo:

—¿Alguien más vota por el fuerte?

Polly miró a Otis, que se sonrojó.

Pero:

—Nosotros —respondió Tolón. A su lado, Esti encendió una cerilla y la sostuvo de forma que llameara. Viniendo de Esti, aquello era prácticamente un discurso.

—¿Y por qué, si puede saberse? —preguntó Jackrum.

—No queremos estar sentados en un cenagal —dijo Tolón—. Y tampoco nos gusta que nos den órdenes.

—¡Se te tendría que haber ocurrido antes de alistarte en un ejército, muchacho!

—No somos muchachos, sargento.

—¡Si yo digo que lo sois, entonces lo sois!

Bueno, no es nada que no me esperara, pensó Polly. Lo he ensayado bastantes veces en la cabeza. Allá va...

—Muy bien, sargento —dijo—. Hora de poner las cartas sobre la mesa, aquí y ahora.

—Oooh, vaya —dijo Jackrum con voz teatral, sacando su cucurucho arrugado de tabaco del bolsillo.

—¿Cómo?

Jackrum se sentó en lo que quedaba de una pared.

—Solo le inyectaba un poco de frescura a la conversación —dijo—. Continúa, Artes. Di lo que tengas que decir. Ya me parecía que llegaríamos a esto.

—Usted ya sabe que soy una mujer, sargento —dijo Polly.

—Ajá. No confiaría en ti ni para afeitar un queso.

El pelotón se los quedó mirando. Jackrum abrió su enorme navaja y examinó el tabaco de mascar como si fuera la cosa más interesante que había presente.

—Bueno... ejem... ¿qué piensa hacer al respecto? —preguntó Polly, sintiendo que el sargento la había hecho descarrilar.

—No sé. No puedo hacer nada, ¿verdad? Naciste así.

—¡No se lo contó a Blusa! —dijo Polly.

—No.

A Polly le vinieron ganas de lanzar un manotazo y tirar el horrible tabaco de la mano al sargento. Ahora que había superado la sorpresa, aquella falta de reacción tenía algo ofensivo. Era como si alguien abriera la puerta justo antes de que la golpeara el ariete; de pronto estabas corriendo por el edificio sin saber muy bien cómo parar.

—Bueno, somos todas mujeres, sargento —dijo Tolón—. ¿Qué tal eso?

Jackrum se dedicó a cortar el tabaco.

—¿Y qué? —dijo, sin dejar de prestar atención a la tarea que tenía entre manos.

—¿Cómo? —dijo Polly.

—¿Os creéis que nadie más lo ha intentado? ¿Os creéis que sois las únicas? ¿Os creéis que vuestro viejo sargento es sordo, ciego y tonto? Os podíais engañar entre vosotras y cualquiera puede engañar a un ruperto, pero no podéis engañar a Jackrum. No estaba seguro de Maladicto y sigo sin estarlo, porque con los vampiros, ¿quién sabe? Y no estoy seguro de ti, Carborundo, porque con los trolls, ¿a quién le importa? Sin ánimo de ofender.

—No me ofendo —retumbó Jade. Su mirada encontró la de Polly y se encogió de hombros.

—No se me da tan bien leer las señales porque no conozco a muchos trolls —dijo el sargento—. A ti te calé nada más verte, Oli. Fue algo en tu mirada, supongo. Como si... estuvieras vigilando a ver cómo de bien lo hacías.

Oh, demonios, pensó Polly.

—Ejem... ¿tengo un par de calcetines que le pertenecen a usted?

—Ajá. Bien lavados, añado.

—¡Pues ahora mismo se los devuelvo! —exclamó Polly, llevándose las manos al cinturón.

—A su debido tiempo, Artes, a su debido tiempo, no hay prisa —dijo Jackrum, levantando una mano—. Bien lavados, por favor.

—¿Por qué, sargento? —preguntó Tolón—. ¿Por qué no nos delató? ¡Lo podría haber hecho en cualquier momento!

Jackrum se pasó la bola de tabaco de una mejilla a la otra y se quedó un rato sentado y mascando, mirando la nada.

—No, no sois las primeras —dijo—. He visto a bastantes. La mayoría en solitario y la mayoría con miedo... y casi nunca duraban mucho. Pero un par fueron soldados magníficos, magníficos de verdad. Así que miré a todo el grupo y pensé para mí mismo, a ver, pensé, ¿cómo les irá cuando averigüen que hay más?... ¿Sabéis qué son los leones? —Todo el mundo asintió—. Pues bueno, los leones suelen ser unos cobardes de tomo y lomo. Si quieres problemas, con quien te tienes que meter es con las leonas. Son buenas matando, y cazan juntas. Pasa lo mismo en todas partes. Si quieres acabar mal, busca a las señoras. Hasta con los insectos, ¿no? Hay una clase de escarabajo en que ella le arranca de un mordisco la cabeza a él mientras él ejercita sus conyugales, y a eso lo llamo yo acabar fatal. Por otro lado, tengo entendido que él continúa de todas formas, así que igual es distinto para los escarabajos.

Él contempló las expresiones vacías de ellas.

—¿No? —dijo—. Bueno, tal vez pensé: una panda de chicas que aparecen todas al mismo tiempo es algo... raro. Tal vez haya una razón. —Polly vio que el sargento echaba un vistazo rápido a Pirao—. Y en todo caso, no os iba a avergonzar delante de una sabandija como Strappi, y luego pasó todo aquello de Plotz, y luego, bueno, íbamos al galope, por así decirlo, demasiado liados para parar ni un momento. Lo habéis hecho bien, muchachos. Muy bien. Habéis aprendido como los mejores.

—Yo voy a entrar en el fuerte —dijo Polly.

—Oh, no os preocupéis por el ruperto —dijo Jackrum—. Lo más seguro es que ahora mismo se esté zampando un buen cuenco de escubo. Fue a una escuela para jóvenes caballeros, o sea que para él la cárcel será como volver a los viejos tiempos.

—Aun así vamos a ir, sargento. Lo siento —dijo Polly.

—Oh, no digas que lo sientes, Artes, ibas bien hasta ese momento —dijo Jackrum en tono amargo.

Otis se puso de pie.

—Yo también voy —dijo—. Creo que mi... prometido está ahí dentro.

—Yo tengo que ir —dijo Pirao—. La duquesa guía mis pasos.

—Pues entonces yo voy —dijo Igorina—. Probablemente haré falta.

—Yo no creo que pueda pasar de lavandera —retumbó Jade—. Me quedaré aquí y vigilaré a Mal. ¡Ja, si cuando despierte sigue buscando sangre se le van a desafilar los dientes!

Se miraron unas a otras sin decir nada, avergonzadas pero desafiantes. Entonces se oyó el ruido de alguien que aplaudía, lentamente.

—Vaya, muy bonito —dijo Jackrum—. Toda una banda de hermanos, ¿eh? Perdón... de hermanas. Cielos, cielos. Escuchad, Blusa era tonto. Posiblemente por culpa de todos esos libros. Debió de leer todo eso de que es muy noble morir por tu país, me imagino. A mí nunca me ha gustado mucho leer, pero sé que lo bueno es conseguir que otro pobre desgraciado muera por el suyo.

Se pasó el tabaco negro de un lado a otro de la boca.

—Yo quería que estuvierais a salvo, muchachos. Allí abajo con todos los hombres, me pareció que podría sacaros de esta, por muchos amigos que haya mandado el príncipe a por vosotros. Os veo, muchachos, y pienso: pobrecillos, no sabéis nada de la guerra. ¿Qué vais a hacer? Tolón, tiras de narices, pero después de un disparo, ¿quién te va a cubrir mientras recargas? Artes, tú conoces un truco o dos, pero puede que los colegas del castillo conozcan un truco o cinco. Tú cocinas bien, Otis; lástima que ahí dentro la cosa vaya a estar demasiado caliente. ¿Y la duquesa desviará las flechas, Pirao?

—Sí. Lo hará.

—Espero que tengas razón, muchacho —dijo Jackrum, dedicándole a la chica una mirada larga y lenta—. Personalmente, he comprobado que la religión en la batalla sirve de tanto como un casco de chocolate. Y te va a hacer falta más que una oración como te pille el príncipe Heinrich, añadiría yo.

—Lo vamos a intentar, sargento —dijo Polly—. En el ejército no hay nada para nosotras.

—¿Vendrá con nosotras, sargento? —preguntó Otis.

—No, chico. ¿Yo, de lavandera? Lo dudo. Para empezar, creo que no llevo encima ninguna falda. Ejem... una cosa tan solo muchachos. ¿Cómo vais a entrar?

—Por la mañana. Cuando veamos que entran otra vez las mujeres —dijo Polly.

—¿Lo tiene todo planeado, mi general? ¿Y vais a ir vestidos de mujeres?

—Esto... somos mujeres, sargento —respondió Polly.

—Sí, chico. Un detalle técnico. Pero todos vuestros perifollos se los habéis dejado al ruperto, ¿no es verdad? ¿Qué vais a decir a los guardias, que como estaba oscuro os equivocasteis de ropero?

Descendió otro silencio avergonzado. Jackrum suspiró.

—Esta no es una guerra como es debido —dijo—. Aun así, dije que yo cuidaría de vosotros. Sois mis chiquillos, ya os lo dije. —Le relucieron los ojos—. Y lo seguís siendo, por mucho que el mundo se haya puesto del revés. Voy a tener que confiar, señorita Artes, en que hayas aprendido unos cuantos trucos del viejo sargento, aunque imagino que se te pueden ocurrir unos cuantos de cosecha propia. Y ahora será mejor que os consiga el equipo que necesitáis, ¿no?

—Tal vez podríamos ir a hurtadillas y robar algo de las aldeas de donde vienen esas sirvientas... —sugirió Tolón.

—¿Robar a un hatajo de mujeres pobres? —preguntó Polly, con el alma cayéndole a los pies—. Además, habrá soldados por todas partes.

—Bueno, ¿y cómo conseguimos ropa de mujer en un campo de batalla? —dijo Esti.

Jackrum se echó a reír, se puso de pie, se enganchó los pulgares en el cinturón y sonrió de oreja a oreja.

—¡Ya os lo he dicho, chavales, no sabéis nada de nada de la guerra! —dijo.

\* \* \*

... y una de las cosas que no habían sabido es que tiene márgenes.

Polly no estaba segura de qué había esperado encontrar. Hombres y caballos, obviamente. El ojo de su mente los veía enzarzados en combate mortal, pero no podían pasarse el día entero haciendo aquello. De manera que también habría tiendas de campaña. Y hasta ahí más o menos había llegado su vista mental. No había observado que un ejército de campaña es una especie de ciudad grande y portátil. Solo tiene un patrono, y fabrica gente muerta, pero igual que todas las ciudades atrae a... ciudadanos. Lo que más nerviosa la ponía era el ruido de niños llorando, allá en las hileras de tiendas de campaña. Eso no se lo había esperado. Ni tampoco el barro. Ni las multitudes. Por todas partes había fogatas y olor a comida cocinándose. Al fin y al cabo, se trataba de un asedio. La gente se había instalado.

Bajar al llano en plena oscuridad había sido fácil. Únicamente Polly y Otis habían acompañado al sargento, que había dicho que más serían demasiados y darían el cante. Había patrullas, pero la repetición constante les había embotado los sentidos. Además, los aliados no esperaban que nadie se fuera a tomar la molestia de bajar al valle, por lo menos en grupos pequeños. Y los hombres hacen ruido en la oscuridad, mucho más que las mujeres. Había detectado en la penumbra a un centinela borograviano por el ruido que estaba haciendo al chupar para sacarse un trozo de comida de entre los dientes. Pero otro, sin embargo, los había localizado a ellos cuando estaban a tiro de piedra de las tiendas de campaña. Era joven, así que todavía prestaba atención.

—¡Alto! ¿Quién vive? ¿Amigo o enemigo? —La luz de un niego de campaña se reflejó en una ballesta.

—¿Lo veis? —susurró Jackrum—. Ahora es cuando vuestro uniforme es vuestro amigo. ¿No os alegráis de haberlo conservado?

Se adelantó con aire fanfarrón y soltó un escupitajo de tabaco entre las botas del joven centinela.

—Me llamo Jackrum —dijo—. Sargento Jackrum. Y en cuanto a lo otro... tú eliges.

—¿El sargento Jackrum? —preguntó el chico, incapaz de cerrar la boca.

—Sí, chaval.

—¿Cómo, el que mató a dieciséis hombres en la batalla de Zop?

—Solo eran diez, pero eres un buen chico por saberlo.

—¿El mismo Jackrum que cargó con el general Fhrac por veinte kilómetros de territorio enemigo?

—El mismo.

Polly vio unos dientes en la penumbra cuando el centinela sonrió.

—¡Mi padre me contó que peleó con usted en Blunderberg!

—¡Ah, esa fue una batalla intensa, ya lo creo! —dijo Jackrum.

—No, quería decir en el bar, después. Él le mangó su copa y usted le arreó en la boca y él le dio una patada en las pelotas y usted le arreó en la tripa y él le dejó un ojo morado y entonces usted le atizó con una mesa y cuando volvió en sí sus colegas lo estuvieron invitando a cerveza toda la tarde por haberle conseguido dar casi tres puñetazos al sargento Jackrum. Cuenta la historia todos los años, cuando llega el aniversario y se pone borr... a rememorar.

Jackrum lo pensó un momento y luego señaló bruscamente al joven.

—Joe Hubukurk, ¿verdad? —dijo.

La sonrisa se ensanchó hasta el punto de que la parte superior de la cabeza del joven corrió peligro de desprenderse.

—¡Se va a pasar el día entero soltando risitas cuando le cuente que se acuerda usted de él, sargento! ¡Dice que donde usted mea no crece la hierba!

—Bueno, qué puede decir a eso un hombre modesto, ¿eh? —dijo Jackrum.

Luego el joven frunció el ceño.

—Es curioso, él lo daba a usted por muerto, sargento —dijo.

—Dile que le apuesto un chelín a que no lo estoy —respondió Jackrum—. ¿Y tú cómo te llamas, chaval?

—Lart, sargento. Lart Hubukurk.

—Te alegras de haberte alistado, ¿no?

—Sí, sargento —dijo Lart con lealtad.

—Estábamos dando un paseo nada más, chaval. Dile a tu padre que he preguntado por él.

—¡Lo haré, sargento! —El chaval se puso firme como si fuera una guardia de honor de un solo hombre—. ¡Este es un momento de gran orgullo para mí, sargento!

—¿A usted lo conoce todo el mundo, sargento? —susurró Polly, mientras se alejaban.

—Pues casi, sí. Por lo menos en nuestro bando. Me atreveré a declarar que casi todos los enemigos que me conocen ya no llegan a saber mucho más después.

—¡Jamás pensé que esto sería así! —dijo Otis entre dientes.

—¿Así, cómo? —dijo Jackrum.

—¡Hay mujeres y niños! ¡Y tiendas! ¡Huelo a pan cociéndose! Es como... una ciudad.

—Sí, pero lo que nosotros buscamos no lo vamos a encontrar en las calles principales. Seguidme, muchachos. —De repente el sargento Jackrum adoptó un aire furtivo, se agachó por entre dos montones enormes de cajas y emergió al lado de una fragua, cuya forja resplandecía en el atardecer.

En aquella parte del campamento las tiendas tenían los costados abiertos. Los armeros y guarnicioneros trabajaban a la luz de los fanales, con las sombras revoloteando sobre el barro. Polly y Otis tuvieron que apartarse del camino de un tren de mulas, cada uno de cuyos animales cargaba dos toneles en el lomo; las mulas se apartaron para dejar pasar a Jackrum. Tal vez ellas también lo conocen, pensó Polly. Tal vez sea verdad que él conoce a todo el mundo.

El sargento caminaba como si poseyera las escrituras de propiedad del mundo. Saludaba a los demás sargentos con un gesto de la cabeza, se cuadraba perezosamente ante los pocos oficiales que había por allí y no hacía ningún caso al resto.

—¿Había estado usted antes por aquí, sargento? —preguntó Otis.

—No, chaval.

—Pero ¿sabe adónde vamos?

—Correcto. No he estado aquí, pero conozco los campos de batalla, sobre todo cuando todo el mundo ha tenido oportunidad de atrincherarse. —Jackrum olisqueó el aire—. Ah, ya. Ahí lo tenemos. Vosotros dos, esperad aquí.

Desapareció entre dos pilas de leña. Oyeron un murmullo lejano y, al cabo de un momento largo, reapareció con un botellín en la mano.

Polly sonrió.

—¿Eso es ron, sargento?

—Casi, mi pequeño camarero. Anda que no sería bonito que fuera ron, ya lo creo. O whisky o ginebra o coñac. Pero esto no lleva ninguno de esos nombres elegantes. Esto es matarratas de verdad, sí, señor. Puro planetario.

—¿Planetario? —dijo Otis.

—Un lingotazo y ves las estrellas —dijo Polly.

Jackrum sonrió de oreja a oreja, como un maestro hacia su alumno aventajado.

—Eso mismo, Otis. Es un garrafón del peor. Absolutamente siempre que se juntan unos cuantos hombres, alguien encuentra algo que fermentar en una bota vieja, destilar en un viejo cacillo y vendérselo a sus colegas. Este está hecho de ratas, por el olor. Las ratas suelen fermentar bastante bien. ¿Queréis probar?

Otis se apartó instintivamente de la botella. El sargento se rió.

—Buen chico. Limítate a la cerveza —dijo.

—¿Y los oficiales no lo impiden? —preguntó Polly.

—¿Los oficiales? ¿Qué sabrán ellos de nada? —dijo Jackrum—. Y además, se lo he comprado a un sargento. ¿Hay alguien mirándonos?

Polly escrutó la penumbra.

—No, sargento.

Jackrum vertió un poco del líquido en su mano rechoncha y se lo echó en la cara.

—Aau —dijo entre dientes—. Escuece como un demonio. Y ahora, a matar las lombrices de los dientes. Hay que hacer bien el trabajo. —Dio un rápido sorbo de la botella, lo escupió y volvió a encajar el tapón de corcho—. Puaj —dijo—. Vale, vámonos.

—¿Adónde vamos, sargento? —preguntó Otis—. Ahora ya nos lo puede decir, ¿verdad?

—A algún sitio tranquilito donde nuestras necesidades se vean servidas —contestó Jackrum—. Ha de estar por aquí cerca.

—Echa usted una buena peste a alcohol, sargento —dijo Otis—. ¿Lo dejarán entrar si huele a borracho?

—Sí, Otis, muchacho, me dejarán entrar —dijo Jackrum, echando a andar una vez más—. Y la razón es que me tintinean los bolsillos y apesto a alcohol. A todo el mundo le caen bien los borrachos ricos. Ah... por esta hondonada de aquí, ahí estará nuestro... sí, tenía razón. Este es el lugar. Escondido, así como recogidito. ¿Veis ropa colgada a secar, chicos?

Había algunas cuerdas de tender colgadas por detrás de la media docena aproximada de tiendas de campaña insulsas de aquella hondonada lateral, que era poco más que una reguera cavada por las lluvias invernales. Si había habido ropa tendida en las cuerdas, la habían recogido para protegerla del rocío abundante.

—Lástima —dijo Jackrum—. Muy bien, entonces habrá que hacerlo por las malas. Recordad: vosotros actuad con naturalidad y escuchad lo que yo diga.

—Estoy t-temblando, sargento —murmuró Otis.

—Bien, bien, muy natural —dijo Jackrum—. Este es el sitio que buscamos, creo. Tranquilo y recogido, sin nadie que nos vea, con un caminito bien majo que sube la hondonada... —Se detuvo ante una tienda muy grande y golpeó el tablón de afuera con su bastoncillo oficial.

—«CoSA de mAla RefutaCIÓN» —leyó Polly.

—Sí, bueno, a estas señoras no las contrataron por su ortografía —dijo Jackrum, abriendo la portezuela de lona de la tienda de citas.

Dentro había una pequeña zona mal ventilada, una especie de antecámara de lona. Una señora gordezuela y siniestra, con un vestido de bombasí negro, se levantó de una silla y dedicó al trío la mirada más calculadora que Polly había recibido en su vida. La mirada terminó poniendo precio a sus botas.

El sargento se quitó el gorro y con una voz jovial y rotunda que meaba coñac y cagaba budín de ciruelas, dijo:

—¡A las buenas noches, señora mía! Soy el sargento Smith, ¿sabe usted? ¡Yo y estos valientes muchachos de aquí hemos tenido la fortuna de adquirir un botín de guerra, ya me entiende, y no ha habido manera de hacerles cambiar de idea porque se han empeñado y empeñado en ir a la casa de buena reputación más cercana para que los hagan hombres de verdad!

Los ojillos negros de alimaña volvieron a ensartar a Polly. Otis, con las orejas inflamadas como balizas luminosas, miraba fijamente el suelo.

—Parece que habrá que sudar la gota gorda para eso —dijo la mujer en tono seco.

—¡No se ha dicho nunca una verdad más grande, señora mía! —exclamó Jackrum con una sonrisa enorme—. Para mí que bastará con dos de sus bellas flores por barba. —Se oyó un tintineo mientras Jackrum, tambaleándose un poco, dejaba varias monedas de oro sobre la mesilla destartalada.

Algo en el brillo de las monedas distendió muchísimo la situación. La cara de la mujer se deshizo en una sonrisa tan pegajosa como la salsa de babosa.

—Vaya, vaya, siempre es un honor atender a los Dentroyfuera, sargento —dijo ella—. Si son tan amables de pasar al, ejem, sanctasanctórum, esto... caballeros...

Polly oyó un ruido muy débil detrás de ella y se dio la vuelta. No había reparado en el hombre que estaba sentado en una silla junto a la puerta. Tenía que ser un hombre, porque los trolls no eran de color rosado; al lado de este, Unicejo de Plün parecía un palillo. Iba vestido de cuero, que era lo que ella había oído crujir, y tenía los ojos solamente un poco abiertos. Cuando vio que ella lo estaba mirando, le guiñó un ojo. No fue un guiño amistoso.

Hay veces en que uno se da cuenta de repente de que un plan no va a funcionar. El mejor momento para darse cuenta no es en plena ejecución.

—Esto, sargento... —dijo.

El sargento se volvió, vio la mueca frenética de Polly y pareció reparar por primera vez en el guardia.

—Madre mía, vaya educación que tengo —dijo, volviendo a trompicones y hurgándose en el bolsillo.

Sacó una moneda de oro que metió dentro de la mano del hombre asombrado. Luego dio media vuelta, dándose golpecitos en el costado de la nariz con cara de astucia idiota.

—Un consejillo, chavales —dijo—. Al guardia siempre hay que darle propina. Es él quien mantiene a raya a la gentuza. Un hombre muy importante.

Regresó dando tumbos con la señora de negro y soltó un eructo enorme.

—Y ahora, señora mía, ¿podríamos conocer a esas visiones de hermosura que tiene escondidas debajo de esta fanega de grano?

Tener o no esas visiones, pensó Polly unos segundos más tarde, dependía de cómo, cuándo, cuánto y qué hubieras bebido. Ella sabía de aquellos lugares. Servir detrás de una barra puede ampliar mucho la educación. En su pueblo había una serie de señoritas que, en palabras de su madre, eran «más alegres de la cuenta», y a los doce años Polly se había llevado una bofetada por preguntar cómo de alegre se podía ser, entonces. Eran una Abominación contra Nuggan, pero los hombres siempre han encontrado espacio en su religión para pecar un poquito de vez en cuando.

La palabra adecuada para describir a las cuatro señoras que había sentadas en la sala de al lado era, siendo amable, «cansadas». Sin ser amable, había una amplia gama de términos flotando en el aire.

Las mujeres levantaron la vista sin mucho interés.

—Les presento a Fe, Prudencia, Gracia y Consuelo —dijo la señora de la casa—. Me temo que el turno de noche todavía no ha llegado.

—Estoy seguro de que estas bellezas les enseñarán mucho a mis fieros muchachos —dijo el sargento—. Pero... ¿puedo atreverme a preguntarle su nombre, señora mía?

—Soy la señora Achuchón, sargento.

—¿Y tiene usted nombre de pila, si no es mucha indiscreción?

—Dolores —dijo la señora Achuchón—. Para mis... amigos especiales.

—Pues bien, Dolores —dijo Jackrum, y se oyó otro tintineo de monedas en su bolsillo—. No voy a andarme con rodeos y le seré franco, porque ya veo que es usted una mujer de mundo. Estas frágiles flores están muy bien a su manera, porque ya sé yo que en estos tiempos que corren están de moda las mujeres con menos carne que el lápiz de un carnicero, pero un caballero como yo, que ha visto mundo y sabe algo de la vida, bueno, conoce el valor de... la madurez. —Dejó escapar un suspiro—. Por no mencionar la Esperanza y la Paciencia. —Las monedas volvieron a tintinear—. A lo mejor usted y yo podríamos retirarnos a algún buduar adecuado, señora mía, y discutir la cuestión tomando un par de copas.

La señora Achuchón paseó la mirada del sargento a los «muchachos», dio un vistazo rápido hacia la antesala y por fin miró de nuevo a Jackrum con la cabeza inclinada a un lado y una sonrisa tenue y calculadora en los labios.

—Sí... —dijo—. Es usted un hombre muy apuesto, sargento Smith. Aligeremos un poco esos... bolsillos, ¿quiere?

Cogió del brazo al sargento, que dedicó un guiño lleno de picardía a Polly y Otis.

—¡Ya estamos bien surtidos, chavales! —dijo con una risilla—. A ver, para que no os dejéis llevar, cuando sea hora de irnos tocaré el silbato y más os vale que terminéis lo que tengáis entre manos, jajá, y os reunáis conmigo a la voz de ya. ¡El deber nos llama! ¡Acordaos de la hermosa tradición de los Dentroyfuera! —Entre risitas y a punto de tropezar, abandonó la sala del brazo de la propietaria.

Otis se acercó a Polly a toda prisa, y le dijo en voz baja:

—¿Al sargento le pasa algo, Oliveti?

—Nada, que se ha tomado alguna copilla de más —dijo Polly en voz alta, mientras las cuatro chicas se ponían de pie.

—Pero es que... —Otis recibió un codazo en las costillas antes de que pudiera decir nada más. Una de las chicas dejó con cuidado la labor que estaba tejiendo, cogió del brazo a Polly, le dedicó su más trabajada expresión de interés y dijo:

—Eres un joven muy agraciado, ya lo creo... ¿Cómo te llamas, cariño? Yo soy Gracita.

—Oliver —dijo Polly. ¿Y cuál demonios era la hermosa tradición de los Dentroyfuera?

—¿Alguna vez has visto a una mujer sin ropa, Oliver? —Las chicas soltaron una risita.

A Polly se le arrugó el ceño cuando, por un momento, la cuestión la cogió desprevenida.

—Sí —dijo—. Claro.

—Caraaamba, parece que tenemos aquí a un Don Juan experimentado —dijo Gracita, dando un paso atrás—. ¡Puede que tengamos que pedir refuerzos! ¿Por qué no nos vamos tú, yo y Prudencia a un rinconcito que conozco yo, y dejamos que tu amiguito sea el invitado de Fe y Consuelo? A Consuelo se le dan muy bien los jovencitos, ¿verdad que sí, Consuelo?

El sargento Jackrum se había equivocado con su descripción de las chicas. Era verdad que a tres de ellas les faltaban varias comidas para alcanzar un peso saludable, pero al levantarse Consuelo de su enorme sillón se hizo evidente que, de hecho, era un sillón bastante pequeño y casi todo había sido Consuelo. Para ser una mujer corpulenta tenía una carita pequeña, con un ceño perpetuamente fruncido sobre unos ojillos porcinos. En un brazo llevaba tatuada una calavera.

—Es joven —dijo Gracita—. Se curará. Vamos allá, Don Juan...

En cierta manera, Polly se sentía aliviada. Aquellas chicas no le caían demasiado bien. Sí, la profesión podía hundir a cualquiera, pero ella había tenido ocasión de conocer a algunas señoras de virtud incierta de su pueblo y tenían un ingenio que ahora no encontraba.

—¿Por qué trabajáis aquí? —les dijo mientras entraban en una habitación más pequeña con las paredes de lona. Había una cama destartalada que ocupaba la mayor parte del espacio.

—¿Sabes? Pareces un poco joven para ser esa clase de cliente —dijo Gracita.

—¿Qué clase? —preguntó Polly.

—Oh, un santurrón —dijo Gracita—. «¿Qué hace una chica como tú en un sitio como este?» y esas historias. Conque te damos lástima, ¿eh? Por lo menos aquí si alguien se pone brusco tenemos ahí fuera a Garry, y cuando él acaba con el tipo le llega la voz al coronel y al cabrón le cae un buen puro.

—Sí —dijo Prudencia—. Por lo que tenemos entendido, somos las señoritas que viven más seguras en cuarenta kilómetros a la redonda. Y la vieja Achuchón no está demasiado mal. Nos deja quedarnos algo de dinero y nos da de comer y no nos pega, que es más de lo que se puede decir de los maridos, y una tampoco puede andar por ahí suelta, ¿a que no?

Jackrum soportaba a Blusa porque hay que tener un oficial, pensó Polly. Si no se tiene oficial, aparecerá otro oficial y se te llevará. Y a una mujer sola le falta un hombre, mientras que un hombre solo es su propio amo. Pantalones. Ahí está el secreto. Pantalones y un par de calcetines. Nunca soñé que sería así. Te pones pantalones y el mundo cambia. Caminamos distinto. Actuamos distinto. Veo a estas chicas y pienso: ¡Idiotas! ¡Buscaos unos pantalones!

—¿Os importaría quitaros la ropa ya? —les preguntó—. Creo que tenemos prisa.

—Un auténtico Dentroyfuera, este de aquí —dijo Gracita, quitándose el vestido por los hombros—. ¡No pierdas tus quesos de vista, Pru!

—Ejem... ¿qué tiene esto que ver con que estemos en los Dentroyfuera? —preguntó Polly. Empezó a desabotonarse teatralmente la casaca, deseando creer en alguien a quien rogar para poder rogarle que sonara el silbato.

—Pues que nunca le quitáis ojo al negocio —contestó Gracita.

Y tal vez allá arriba sí que había alguien escuchando. Sonó el silbato.

Polly agarró los vestidos y salió corriendo, sin hacer caso de los gritos que quedaron atrás. Fuera colisionó con Otis, tropezó con el cuerpo gimoteante de Garry, vio que el sargento Jackrum sostenía abierta la portezuela de la tienda y salió como una bala a la noche.

—¡Por aquí! —siseó el sargento, agarrándola por el cuello de la casaca antes de haber avanzado un par de metros y haciéndola girar—. ¡Tú también, Otis! ¡Muévete!

El sargento subió corriendo el costado de la hondonada como si fuera un globo infantil arrastrado por el viento, dejando que ellas treparan detrás de él. Llevaba los brazos cargados de ropa, que bailaba a sus espaldas y se enganchaba. Más arriba crecía maleza hasta la altura de las rodillas, traicionera en la oscuridad. Tropezaron y dieron tumbos cruzándola hasta alcanzar vegetación más crecida, momento en el que el sargento las agarró a las dos y las empujó entre los arbustos. Los chillidos y los gritos ya se oían más lejanos.

—Ahora nos vamos a quedar bien calladitos —susurró—. Esto está lleno de patrullas.

—Seguro que nos encontrarán —dijo Polly entre dientes, mientras Otis resollaba.

—De eso nada —replicó Jackrum—. En primer lugar, van a ir todos corriendo hacia los gritos, porque es lo natur... ahí van. —Polly oyó más gritos a lo lejos—. Y además, son gilipollas de remate. Se supone que están vigilando el perímetro y corren hacia un jaleo dentro del campamento. ¡Y además van directos a la luz de los fanales, con lo que al carajo su visión nocturna! ¡Si yo fuera su sargento les esperaba una buena! Vamos. —Se puso de pie y tiró de Otis hasta levantarla—. ¿Estás bien, chaval?

—¡Ha s-sido horrible, sargento! ¡Una de ellas me ha puesto la mano... en... en los calcetines!

—Algo que no pasa a menudo, puedes estar seguro —dijo Jackrum—. Pero habéis hecho un buen trabajo. Ahora vamos a caminar bien tranquilitos y se ha acabado hablar hasta que lo diga yo, ¿de acuerdo?

Caminaron pesadamente durante diez minutos, dando un rodeo al campamento. Oyeron a varias patrullas y cuando salió la luna vieron a un par más en lo alto de las lomas, pero Polly cayó en la cuenta de que, por muy fuertes que hubieran sido los gritos, solo eran retales de la enorme manta de sonido que se alzaba del campamento. A aquella distancia, las patrullas probablemente no los habrían oído, o por lo menos estaban comandadas por la clase de soldados que no querían llevarse una buena.

En la oscuridad, oyó que Jackrum respiraba hondo.

—Muy bien, ya estamos bastante lejos. No lo habéis hecho nada mal, chavales. ¡Ahora sí que sois verdaderos Dentroyfueras!

—Ese guardia estaba inconsciente —dijo Polly—. ¿Le ha pegado usted?

—Veréis, yo soy gordo —dijo Jackrum—. La gente cree que los gordos no saben pelear. Creen que los gordos son graciosos. Creen mal. Le he dado con el canto de la mano en la tráquea.

—¡Sargento! —dijo Otis, horrorizada.

—¿Qué? ¿Qué? ¡Venía a por mí con su garrote! —dijo Jackrum.

—¿Y por qué hacía eso, sargento? —preguntó Polly.

—Oooh, qué soldado tan astuto estás hecho —dijo Jackrum—. Vale, admito que acababa de dejar en el suelo a la señora mía, pero para ser justos sé cuándo alguien me ofrece una jodida copa llena de gotas para dormir.

—¿Ha pegado a una mujer, sargento? —dijo Polly.

—Sí, y quizá cuando se despierte en corsé razone que la próxima vez que un viejo gordo y borracho entre en su tienda, a lo mejor no es tan buena idea hurgarle los bolsillos —gruño Jackrum—. De haberse salido ella con la suya, ahora yo estaría en una zanja sin calzones y con un dolor de cabeza de mil demonios, y si vosotros dos fuerais tan tontos como para quejaros a un oficial ella pondría el grito en el cielo y diría que yo no llevaba un centavo encima al entrar y que estaba borracho y alborotando. Y al coronel le importaría un pimiento, porque pensaría que un sargento lo bastante memo como para dejarse trincar de esa manera se lo merece. Yo sé cosas, ¿sabéis? Yo cuido de mis chiquillos. —Se oyó un tintineo en la oscuridad—. Además, unos cuantos dólares de más no nos irán mal.

—Sargento, no habrá robado usted la caja, ¿verdad? —dijo Polly.

—Sí. Y también le he metido buena mano a su ropero.

—¡Bien! —dijo Otis con fervor—. ¡No era un sitio nada agradable!

—Casi todo era dinero mío, de todas formas —dijo Jackrum—. No parece que hayan hecho mucho negocio hoy.

—¡Pero son ganancias inmorales! —exclamó Polly, y nada más decirlo se sintió una tonta de remate.

—No —dijo Jackrum—. Eran ganancias inmorales, ahora son los beneficios de un hurto común. La vida es mucho más sencilla cuando uno aprende a pensar con claridad.

\* \* \*

Polly se alegró de que no hubiera espejo. Lo mejor que se podía decir de la nueva indumentaria del pelotón era que lo vestía. Pero aquello era la guerra. Casi nunca se veía a nadie llevando ropa nueva. Aun así, se sentían incómodas. Y eso no tenía absolutamente ningún sentido. Pero se miraban unas a otras bajo la luz helada del amanecer y reían, avergonzadas. Uau, pensó Polly, míranos: ¡vestidas de mujeres¡

Por raro que pareciera, era Igorina quien de verdad daba el pego. Había desaparecido en la destartalada habitación contigua llevando su petate. Durante diez minutos el pelotón había oído un gruñido o «ay» ocasional, y después Igorina había regresado luciendo una tupida melena rubia, larga hasta los hombros. Su cara tenía la forma adecuada, sin los bultos y protuberancias con los que los demás estaban familiarizados. Y las suturas de su frente se encogieron y desaparecieron ante la asombrada mirada de Polly.

—¿Eso no duele? —preguntó.

—Pica un poco durante unos minutos —dijo Igorina—. Solamente hay que pillarle el truco. Y llevar el ungüento especial claro.

—Pero ¿por qué tienes ahora una cicatriz curvada en la mejilla? —preguntó Tolón—. Esos puntos no se te están yendo.

Igorina bajó la vista con recato. Incluso había retocado uno de los vestidos para transformarlo en un dirndl, y parecía una joven y lozana doncella de cervecería. Solo mirarla te hacía pedir mentalmente un gran pretzel salado.

—Se tiene que notar en algo —dijo—. Si no, estás decepcionando al clan. Y la verdad es que a mí los puntos me parecen bastante atractivos...

—Bueno, vale —admitió Tolón—. Pero cecea un poco, ¿quieres? Ya sé que esto no tiene ningún sentido, pero es que ahora se te ve, oh, no sé... rara, supongo.

—Muy bien, alineaos —dijo Jackrum. Dio un paso atrás y les dedicó una teatral mirada de desprecio—. Vaya, en mi vida he visto a semejante panda de pend... de lavanderas desgarbadas —dijo—. Os deseo toda la suerte porque joder si os va a hacer falta. Tendréis a alguien vigilando la puerta cuando salgáis, y eso es lo único que os puedo prometer. Soldado Artes, para esta misión serás cabo en funciones sin paga. Espero que hayas aprendido un par de leccioncillas durante nuestro paseo. Dentro y fuera, eso es lo que tenéis que hacer. Nada de famosos actos de resistencia desesperada, por favor. En caso de duda, una buena patada en las pelotas y os largáis con viento fresco. Eso sí, como los asustéis a ellos igual que me asustáis a mí, no deberíais tener problemas.

—¿Está seguro de que no quiere venirse con nosotros, sargento? —preguntó Tolón, que seguía intentando no reír.

—No, muchacho. A mí no me verás con falda. Todo el mundo tiene su sitio, ¿no? El sitio donde pone el límite. Pues bueno, ese es el mío. Ya estoy bastante hundido en el pecado, entre una cosa y otra, pero Jackrum siempre va con sus colores por delante. Soy un viejo soldado. Lucharé como luchan los soldados, en las filas, en el campo de batalla. Además, si yo entrara ahí con sonrisitas y enaguas, me pasaría el resto de la vida aguantando mofas.

—La duquesa dice que hay un c-camino distinto para el sargento Jackrum —dijo Pirao.

—Y no sé yo si no eres tú el que más me asusta de todos, soldado Goom —dijo Jackrum. Se subió el cinturón ecuatorial—. Pero tienes razón. Cuando estéis dentro, yo me escurriré abajo tranquilamente y me colaré en nuestras filas. Si no puedo levantar un pequeño ataque de distracción, es que no me llamo sargento Jackrum. Y como sí que me llamo sargento Jackrum, eso lo demuestra. Ja, hay montones de hombres en este ejército que me deben favores. —Se sorbió un poco la nariz—. O por lo menos, que no me dirán que no a la cara. Y también muchos chavales que querrán contar a sus nietos que combatieron al lado de Jackrum. Pues bueno, voy a darles su oportunidad de soldadear en serio.

—¡Sargento, atacar la entrada principal será un suicidio! —dijo Polly.

Jackrum se dio una palmada en la barriga.

—¿Veis todo esto? —preguntó—. Es como llevar armadura incorporada. Una vez un tipo me clavó un puñal aquí hasta la empuñadura y se quedó pasmado cuando le arreé un cabezazo. Y además, vosotros vais a estar armando tanto jaleo que los guardias estarán distraídos, ¿verdad? Vosotros os valdréis de mí y yo me valdré de vosotros. Pura táctica militar. Hacedme una señal, cualquier señal. Es lo único que me hace falta.

—La duquesa dice que el camino de usted lo lleva más lejos —comentó Pirao.

—¿Ah, sí? —dijo Jackrum, risueño—. ¿Y adónde, pues? ¡Espero que sea a algún sitio con un buen bar!

—La duquesa dice, hum, que debe llevarlo al pueblo de Scritz —dijo Pirao.

Lo dijo en voz baja mientras el resto del pelotón reía, no tanto del comentario como para liberar algo de tensión. Pero Polly lo oyó.

Jackrum era muy, muy hábil de verdad, pensó. Su expresión fugaz de terror desapareció en un instante.

—¿Scritz? Allí no hay nada —dijo—. Es un pueblucho.

—Había una espada —siguió Pirao.

Esta vez Jackrum estaba listo. No hubo ni un asomo de expresión, solamente aquella cara impávida que se le daba tan bien. Y era raro, pensó Polly, porque alguna expresión tendría que haber habido, aunque solo fuera de perplejidad.

—Manejé montones de espadas en mis tiempos —replicó con desdén—. ¿Sí, peluso Dogal?

—Hay una cosa que no nos ha contado nunca, sargento —dijo Tolón, bajando la mano—. ¿Por qué el regimiento se llama Dentroyfuera?

—Los primeros en entrar en batalla, los últimos en salir de la refriega —contestó Jackrum automáticamente.

—¿Y por qué nos apodan los Queseros?

—Eso —dijo Otis—. ¿Por qué, sargento? Tal como lo decían esas chicas, daba la impresión de que lo tendríamos que saber.

Jackrum hizo chasquear la boca con exasperación.

—Oh, Tolón, ¿por qué demonios has tenido que esperar a quitarte los pantalones antes de hacerme esa pregunta? ¡Ahora me va a dar vergüenza contártelo! —Y Polly pensó: estás mareando la perdiz. Sí que nos lo quieres contar. Quieres meterte en cualquier conversación que nos aleje de Scritz.

—Ah —dijo Tolón—. Entonces tiene que ver con sexo, ¿no?

—No como tal, no...

—Bueno, pues cuéntemelo —insistió Tolón—. Querría enterarme antes de morir. Si le hace sentirse mejor, me pondré a dar codazos a los demás y diré «jer, jer, jer».

Jackrum suspiró.

—Hay una canción —dijo—. Empieza así: «Era una mañana de lunes, en pleno mes de mayo...».

—Entonces sí que tiene que ver con sexo —dijo Polly llanamente—. Es una canción popular, empieza con «Era una mañana» y tiene lugar en mayo, QED, trata de sexo. ¿Hay alguna lechera de por medio? Apuesto a que sí.

—Es posible —admitió Jackrum.

—¿Que va al mercado? ¿Para vender sus productos? —preguntó Polly.

—Muy probable.

—Muy. Bien. Ahí tenemos el queso. Y la chica conoce, vamos a ver, a un soldado, a un marinero, a un risueño labriego o posiblemente a un hombre que va todo vestido de cuero, ¿verdad? No, porque trata de nosotros, o sea que tiene que ser un soldado, ¿a que sí? Y como será uno de los Dentroyfuera... oh, cielos, me huelo que se avecina un doble sentido cómico. Tan solo una pregunta: ¿qué pieza de ropa se le desata o se le cae a ella?

—La liga —contestó Jackrum—. Ya habías oído la canción, Artes.

—No, pero sé cómo van las canciones populares. Durante seis meses tuvimos cantantes en la taberna de abajo de c... del trabajo. Al final tuvimos que traer a un hombre con un hurón. Pero hay cosas que no se olvidan... oh, no...

—¿Hay besuqueos en la canción, sargento? —dijo Tolón, sonriendo.

—Más bien besugueos —dijo Igorina, provocando risitas generales.

—No, el soldado robó el queso, ¿verdad? —suspiró Polly—. Mientras la pobre chica estaba allí tumbada esperando a que le atara la liga, ejem ejem, él se largó por piernas con el maldito queso, ¿verdad?

—Ejem... no digas «maldito». No con la falda puesta, Oli —la avisó Tolón.

—Entonces tampoco me llames Oli —dijo Polly—. ¡Llenaos el gorro de pan, llenaos las botas de sopa! Y robad el queso, ¿eh, sargento?

—Eso mismo. Siempre hemos sido un regimiento muy práctico —dijo Jackrum—. Los ejércitos marchan con el estómago, chavales. ¡Con el mío, por supuesto, podrían hasta desfilar en honor de la bandera!

—Fue culpa de ella. Tendría que haber sabido atarse la liga ella sola —dijo Esti.

—Sí. Lo más seguro es que quisiera que le robaran el queso —dijo Tolón.

—Sabias palabras —dijo Jackrum—. ¡Vamos allá, pues... queseros!

\* \* \*

La niebla todavía era espesa cuando descendieron por el bosque hasta el sendero que flanqueaba el río. A Polly no paraba de enganchársele la falda en las zarzas. Le debía de haber pasado también antes de alistarse, pero nunca se había fijado tanto. Ahora la estaba estorbando de verdad. Subió las manos y se ajustó distraída los calcetines, que ahora había separado para usar de relleno en otro lugar. Estaba demasiado flaca, aquel era el problema. Ahora le habrían ido bien los rizos. Decían «chica». En su ausencia, tenía que contentarse con un pañuelo y un cambio de calcetines.

—Muy bien —susurró, mientras llegaban al final de la pendiente—. Acordaos, nada de palabrotas. Risitas, no risotadas. Ni eructos. Y nada de armas. Ahí dentro no pueden ser tan tontos. ¿Alguien se ha traído algún arma?

Las demás negaron con la cabeza.

—¿Tú has traído algún arma, Tol... Magda?

—No, Polly.

—¿Ningún objeto de ninguna clase con cierta cualidad ofensiva? —insistió Polly.

—No, Polly —dijo Tolón con aire recatado.

—¿Tal vez alguna cosa afilada?

—Ah, ¿te refieres a esto?

—Sí, Magda.

—Bueno, las mujeres pueden llevar un cuchillo, ¿no?

—Eso es un sable, Magda. Estás intentando esconderlo, pero es un sable.

—Pero solamente lo uso como cuchillo, Polly.

—Mide un metro de largo, Magda.

—El tamaño no importa, Polly.

—Eso no se lo cree nadie. Déjalo detrás de un árbol, por favor. Es una orden.

—¡Bueno, vale!

Al cabo de un rato, Otis, que había dado la impresión de estar sumida en pensamientos profundos, dijo:

—No entiendo por qué no se ató la liga ella sola...

—Otis, de qué cojo... —empezó a decir Tolón.

—... narices —la corrigió Polly—. Y estás hablando con Betty, acuérdate.

—¿De qué narices estás hablando, Betty? —preguntó Tolón, poniendo los ojos en blanco.

—Bueno, de la canción, claro. Y de todos modos, para atarse una liga no hace falta tumbarse. Sería más difícil —dijo Otis—. Todo es un poco tonto.

Durante un momento largo nadie dijo nada. Tal vez no costaba demasiado ver por qué Otis se había embarcado en su misión.

—Tienes razón —dijo al final Polly—. Es una tontería de canción.

—Una tontería muy grande —asintió Tolón.

Todas estaban de acuerdo. Era una canción tonta.

Salieron al sendero del río. Por delante de ellas, un grupito de mujeres doblaba apresuradamente el recodo del sendero. Sin pensarlo, el pelotón entero levantó la vista. El fuerte brotaba del mismo risco; costaba ver dónde terminaba la roca sin labrar y donde empezaba la vetusta mampostería. No pudieron ver ninguna ventana. Desde allí solamente era una muralla que se elevaba hasta el cielo. No había entrada, decía la muralla. No había salida. En este muro hay pocas puertas y se cierran con un propósito.

Tan cerca del río lento y profundo, el aire les helaba los huesos, y cuanto más arriba miraban más frío se ponía. Al otro lado del recodo apareció ante ellas la pequeña cornisa rocosa donde estaba la puerta de servicio y pudieron ver que las mujeres que iban por delante hablaban con un guardia.

—Esto no va a funcionar —dijo Otis en voz muy baja—. Le están enseñando unos documentos. ¿Alguien ha traído los suyos? ¿No?

El soldado acababa de levantar la vista y ahora examinaba a las chicas, con esa expresión oficial impasible de quien no busca emoción ni aventuras en la vida.

—No os paréis —murmuró Polly—. Si las cosas se ponen muy feas, echaos a llorar.

—Eso es asqueroso —dijo Tolón.

Sus pies traicioneros no paraban de acercarlas. Polly mantuvo la vista gacha, como era propio de una mujer soltera. Había otros guardias mirando, ella lo sabía. Lo más seguro es que estuvieran aburridos, y puede que no se esperaran ningún problema, pero arriba, sobre aquellas murallas, había miradas clavadas en ella.

Llegaron adonde estaba el guardia. Justo al otro lado del angosto umbral de piedra había otro, apostado con desgana entre las sombras.

—Documentos —dijo el guardia.

—Oh, señor, no los tengo —respondió Polly. Había estado pensando su discurso mientras bajaban a través del bosque. Guerra, temor a las invasiones, gente huyendo, falta de comida... no hacía falta inventarse nada, solamente había que recomponer la realidad—. Tuve que escaparme...

—Oh, vale —la interrumpió el guardia—. ¿No tenéis documentos? ¡No hay problema! Haced el favor de pasar a ver a mi colega. ¡Gracias por uniros a nosotros! —Se apartó a un lado e hizo un gesto con la mano hacia la oscuridad de la entrada.

Desconcertada, Polly entró, seguida de las demás. La puerta se cerró detrás de ellas. Una vez dentro, vio que se encontraban en un largo pasadizo con muchas rendijas en las paredes que daban a salas situadas a ambos lados. De las rendijas salía luz de lámparas. Vio sombras al otro lado. Los arqueros que se ocultaran allí podían convertir en picadillo a cualquiera que se viera atrapado en aquel pasillo.

Al final del pasaje se abrió otra puerta. Esta daba a una salita donde había sentado detrás de un escritorio un joven vestido con un uniforme que Polly no reconoció, aunque llevaba insignia de capitán. De pie a su lado había un hombre mucho, mucho más corpulento que llevaba el mismo uniforme, o tal vez dos uniformes cosidos entre ellos. Llevaba espada. Tenía un rasgo característico: cuando aquel hombre sostenía una espada, la espada claramente estaba sostenida, y sostenida por él. Atraía la mirada sin remedio. Hasta Jade se habría quedado impresionada.

—Buenos días, señoras —dijo el capitán—. Conque no tienen documentos, ¿eh? Quítense los pañuelos, por favor.

Y aquí se acaba todo, pensó Polly, mientras el estómago le daba un vuelco. Y nosotras que pensábamos que habíamos sido listas. No había más remedio que obedecer.

—Ah. Ahora me vais a decir que os rasuraron el pelo como castigo por confraternizar con el enemigo, ¿eh? —dijo el hombre, sin apenas levantar la vista—. Salvo tú —añadió mirando a Igorina—. ¿No te apetecía confraternizar con ningún enemigo? ¿Algún problema con los buenos muchachos ezlobenos?

—Esto... no —dijo Igorina.

Ahora el capitán les dedicó una sonrisita luminosa.

—Caballeros, no nos andemos con patrañas, por favor. Caminan ustedes mal. Tenemos vigías, ¿saben? No caminan como deberían y no saben estar de pie. Usted —dijo, señalando a Tolón— se ha dejado un poco de espuma de afeitar debajo de una oreja. Y usted, señor, o bien es deforme o bien ha usado el viejo truco de meterse un par de calcetines debajo de la camiseta.

Roja de vergüenza y humillación, Polly agachó la cabeza.

—Entrar o salir disfrazados de lavanderas —dijo el capitán, negando con la cabeza—. Fuera de este estúpido país todo el mundo se sabe ese truco, chicos, pero aun así la mayoría se esfuerzan más que vosotros. Bueno, se os acabó la guerra. Este sitio tiene unas mazmorras muy, muy grandes y no me importa deciros que lo más probable es que estéis mejor aquí dentro que fuera... Sí, ¿qué quieres tú?

Otis había levantado la mano.

—¿Le puedo enseñar algo? —dijo.

Polly no se dio la vuelta, sino que observó la cara del capitán mientras se oía un susurro de tela junto a ella. No se lo podía creer. Otis se estaba levantando la falda...

—Oh —dijo el capitán, reclinando la espalda en su silla. La cara se le ruborizó.

Hubo un estallido procedente de Tolón, pero fue un estallido de lágrimas. Que salieron acompañadas de un aullido largo y lastimero, mientras se tiraba al suelo.

—¡Con lo que hemos caminaaado! ¡Nos hemos tirado en zanjas para escondernos de los soldados! ¡No hay comida! ¡Queremos trabajar! ¡Y encima usted nos llama chicos! ¿Por qué es taaan cruel?

Polly se arrodilló y la ayudó a levantarse a medias, dándole palmaditas en la espalda mientras los hombros de Tolón se estremecían por la fuerza de los sollozos.

—Ha sido muy duro para todas nosotras —le dijo al sonrojado capitán.

—Si puedes tumbar a ese, yo estrangulo al otro con la cinta del delantal —le susurró Tolón al oído, entre aullido y aullido.

—¿Ha visto ya todo lo que quería ver? —preguntó Polly al ruborizado capitán, con un tintineo de hielo en cada sílaba.

—¡Sí! ¡No! ¡Sí! ¡Por favor! —exclamó el capitán, mirando al guardia con la expresión agónica de quien sabe que en menos de una hora va a ser el hazmerreír del fuerte entero—. Con una sola vez ya hay... quiero decir, que he visto... mirad, estoy completamente satisfecho. Soldado, vaya a traer a una mujer de la lavandería. Lo siento mucho, señoras, yo... tengo que hacer mi trabajo...

—¿Y le gusta? —insistió Polly, todavía gélida.

—¡Sí! —se apresuró a contestar el capitán—. ¡Es decir, no! Tenemos que andarnos con cuidado... ah...

El soldado enorme acababa de regresar, seguido por una mujer. Polly se la quedó mirando.

—Nuevas, ejem, voluntarias —dijo el capitán, haciendo un gesto vago hacia el pelotón—. Estoy seguro de que a la señora Enid le servirán de algo... esto...

—Claro que sí, capitán —dijo la mujer, haciendo una recatada reverencia. Polly no dejaba de mirarla fijamente.

—Ya pueden irse... señoras —dijo el capitán—. Y si trabajan ustedes bien, estoy seguro de que la señora Enid les dará un pase para que no volvamos a tener este problema... ejem...

Otis puso las dos manos sobre el escritorio, se inclinó hacia él y dijo: «¡Bu!». Su silla golpeó la pared.

—Puede que no sea lista —le dijo a Polly—. Pero no soy estúpida.

Pero Polly seguía mirando al teniente Blusa. Le había salido una reverencia sorprendentemente buena.

\* \* \*

El soldado las acompañó por un túnel hasta una cornisa que dominaba lo que podría ser una caverna o una sala; se encontraba a esa altura del fuerte en que no había gran diferencia. Aquello no era una lavandería, sino claramente alguna especie de más allá caluroso y húmedo para quienes requerían ser castigados frotando un poco más. El vapor flotaba bajo el techo, se condensaba y goteaba sobre un suelo por donde ya discurría el agua. Y el sitio se extendía hasta donde se perdía la vista, tina tras tina. Las mujeres se movían como fantasmas entre las nubes movedizas y arremolinadas de niebla.

—Ahí las dejo, señoritas —dijo, y le dio una palmada en el trasero a Blusa—. ¿Te veo esta tarde, entonces, Dafne?

—¡Oh, sí! —gorjeó Blusa.

—A las cinco en punto, pues —dijo el soldado, y se alejó caminando tranquilamente por el pasillo.

—¿Dafne? —dijo Polly, después de que el hombre se fuera.

—Mi «nom de guerre» —dijo Blusa—. Todavía no he encontrado la forma de salir de los pisos inferiores, pero todos los guardias tienen llave y yo tendré la de este en la mano a las cinco y media. ¿Qué ocurre?

—Creo que Tolón, perdón, Magda, se acaba de morder la lengua —dijo Polly.

—¿Magda? Ah, sí. Es buena idea no abandonar el personaje, esto...

—Polly —dijo Polly.

—Bien elegido, el nombre —dijo Blusa, bajando unos peldaños por delante del pelotón—. Es un buen nombre, suena bastante a doncella común del servicio.

—Sí, eso había pensado —dijo Polly muy seria.

—Esto... entonces, ¿el sargento Jackrum no está con ustedes? —preguntó el teniente, con un asomo de nerviosismo.

—No, señor. Ha dicho que iba a liderar una carga contra los portones principales, señor, si le mandábamos una señal. Espero que no lo intente sin señal.

—Madre mía, ese hombre está loco —dijo Blusa—. Pero ustedes han hecho un trabajo espléndido, muchachos. Así me gusta. Sin duda pasarían por mujeres ante alguien que no prestara mucha atención.

—Viniendo de usted, Dafne, es un cumplido enorme —respondió Polly, pensando: caray, se me da de maravilla controlarme la cara.

—Pero no hacía falta que me siguieran —dijo Blusa—. Siento no haber podido mandarles una señal, pero la señora Enid me ha dejado quedarme a pasar la noche. Los guardias no hacen tantos controles de noche, así que he usado ese tiempo para buscar accesos al fuerte superior. Todos tienen cancelas o están fuertemente vigilados, me temo. Pese a todo, el soldado Hauptfidel se ha encaprichado bastante conmigo...

—¡Buen trabajo, señor! —dijo Polly.

—Perdone, quiero que me quede claro, señor —dijo Tolón—. ¿Tiene usted una cita con un guardia?

—Sí, y le sugeriré que vayamos a un sitio oscuro y cuando haya conseguido lo que quiero le romperé el cuello —dijo Blusa.

—¿Eso no es ir un poco lejos en una primera cita? —preguntó Tolón.

—Señor, ¿tuvo usted algún problema para entrar? —dijo Polly. Aquello la había estado incordiando. Le parecía muy injusto.

—No, para nada. Me limité a sonreír y a menear las caderas y me dijeron que entrara. ¿Y ustedes?

—Bueno, hemos tenido algún problemilla —dijo Polly—. La cosa se ha puesto un poco pelu... un poco incómoda durante un momento.

—¿Qué les dije? —dijo Blusa en tono triunfal—. ¡Todo depende de la capacidad actoral! Pero han sido muy valientes por intentarlo. Vengan a conocer a la señora Enid. Una dama muy leal. ¡Las valerosas mujeres de Borogravia están de nuestro lado!

Y, en efecto, había un retrato de la duquesa en el cuartito que servía de oficina a la gobernanta de la lavandería. La señora Enid no era una mujer particularmente corpulenta, pero tenía unos antebrazos como los de Jade, un delantal empapado y la boca más dinámica que Polly había visto en la vida. Sus labios y su lengua liberaban cada palabra como una enorme figura en el aire. Metidas en una caverna llena de silbidos de vapor, ecos, agua chapoteando al caer y ropa mojada golpeteando contra la piedra, las lavanderas miraban los labios cuando los oídos se saturaban. Y mientras la señora Enid escuchaba, la boca también se le movía todo el tiempo, como a alguien que se intenta sacar un trozo de almendra de una muela. Llevaba la camisa remangada por encima de los codos.

La mujer escuchó impasible mientras Blusa le presentaba al pelotón.

—Ya veo —dijo—. Bien. Deje a sus chicos conmigo, señor. Debería volver usted a la sala de plancha.

Cuando Blusa se hubo alejado a saltitos y bamboleándose por entre el vapor, la señora Enid las miró a todas de arriba abajo y luego al trasluz.

—Muchachos —gruñó—. ¡Ja! No se ha dado cuenta, ¿eh? ¡Las mujeres vestidas con ropa de hombre son una Abominación a los ojos de Nuggan!

—Pero si vamos vestidas de mujeres, señora Enid —dijo Polly en tono dócil.

La boca de la señora Enid se movió con ferocidad. Entonces cruzó los brazos. Era como una barricada que se crecía contra todas las cosas impías.

—No está bien —dijo—. Yo tengo un hijo y un marido prisioneros en este sitio y me estoy deslomando a trabajar para el enemigo solo para poder tenerlos vigilados. Nos van a invadir, ¿lo sabéis? Es asombroso todo lo que escuchamos aquí abajo. Sabiendo eso, ¿de qué servirá a vuestros hombres que los rescatéis cuando estemos todos bajo el talón del zueco pintado a mano de Ezlobenia, ¿eh?

—Ezlobenia no nos va a invadir —le aseguró Pirao—. La duquesa se va a encargar de eso. No tenga miedo.

Pirao se llevó la misma mirada que se llevaba siempre que alguien la oía hablar por primera vez.

—Has estado rezando, por lo que veo —dijo la señora Enid con amabilidad.

—No, solamente escuchando —replicó Pirao.

—Así que Nuggan habla contigo, ¿eh?

—No. Nuggan está muerto, señora Enid —dijo Pirao.

Polly agarró a Pirao de su bracito flaco como una cerilla y dijo:

—Perdónenos un momento, señora Enid.

Se llevó a la chica a empujones detrás de un rodillo escurridor hidráulico gigante, que resolló y traqueteó como ruido de fondo de su conversación.

—Pirao, esto se está poniendo... —la lengua nativa de Polly no incluía la palabra «friki», pero de haber sabido que existía la palabra, habría apreciado su incorporación—... extraño. Estás preocupando a la gente. No puedes ir por ahí diciendo que un dios está muerto.

—Ausente, pues. Menguado... creo —dijo Pirao, frunciendo el ceño—. Ya no está con nosotros...

—Seguimos recibiendo Abominaciones.

Pirao intentó concentrarse.

—No, no son reales. Son como... ecos. Voces muertas en una vieja caverna, rebotando de un lado a otro, cambiando las palabras, volviéndose tonterías... Como banderas que antes se usaban para hacer señales pero ahora solamente ondean al viento... —los ojos de Pirao se desenfocaron y su voz se alteró, volviéndose más adulta, más segura de sí misma—... y no vienen de ningún dios. Aquí ya no hay ningún dios.

—Entonces, ¿de dónde vienen?

—De vuestro miedo... Vienen de la parte que odia al Otro, que no quiere cambiar. Vienen de la suma de toda vuestra mezquindad y estupidez y mediocridad. Teméis al mañana y habéis hecho del miedo vuestro dios. La duquesa lo sabe.

El rodillo hidráulico giraba entre crujidos. Alrededor de Polly las calderas silbaban y el agua chorreaba en los canalones. El aire estaba cargado de los olores del jabón y la tela mojada.

—Yo tampoco creo en la duquesa —dijo Polly—. Lo del bosque solo fue un truco. Cualquiera se habría girado. No significa que crea en ella.

—Eso no importa, Polly. Ella cree en ti.

—¿En serio? —Polly examinó la caverna llena de vapor y goteras—. ¿Y está aquí ahora? ¿Nos ha honrado con su presencia?

Pirao no tenía concepto del sarcasmo. Asintió.

—Sí.

Sí.

Polly miró detrás de ella.

—¿Acabas de decir que sí? —exigió saber.

—Sí —dijo Pirao.

Sí.

Polly se relajó.

—Ah, es un eco. Esto es una cueva, al fin y al cabo. Esto...

... lo cual no explica por qué mi propia voz no ha vuelto reflejada...

—Pir... Quiero decir, ¿Alice? —dijo pensativa.

—¿Sí, Polly? —dijo Pirao.

—Creo que sería muy buena idea que no comentaras esto demasiado con las demás —dijo—. A la gente no le importa creer en, ya sabes, los dioses y todo eso, pero se pone muy nerviosa si le dices que se manifiestan. Ejem... ella no irá a manifestarse, ¿verdad?

—¿Esa persona en la que no crees? —dijo Pirao, dejando ver un asomo de carácter.

—No estoy... no digo que ella no exista —respondió Polly con voz débil—. Solo que no creo en ella, eso es todo.

—Está muy débil —dijo Pirao—. La oigo llorar por las noches.

Polly buscó más información en aquella carita fruncida, deseando que en cierta manera Pirao se estuviera burlando de ella. Pero lo único que le devolvió la mirada fue una inocencia desconcertada.

—¿Por qué llora? —preguntó.

—Las oraciones. Le hacen daño.

Polly se giró de golpe cuando algo le tocó el hombro. Era Tolón.

—La señora Enid dice que nos tenemos que poner a trabajar —dijo—. Dice que los guardias hacen rondas y lo comprueban...

\* \* \*

Era trabajo de mujeres, y por lo tanto monótono, durísimo y social. Hacía mucho tiempo que Polly no metía las manos en una tina de lavar, y las de aquel sitio eran como abrevaderos de madera muy largos, donde podían trabajar veinte mujeres a la vez. A ambos lados de ella había brazos estrujando y aporreando, escurriendo prendas y tirándolas en el abrevadero de aclarado que tenían detrás. Polly se unió al grupo y escuchó el zumbido de conversaciones que la rodeaba.

Eran cotilleos, pero en ellos flotaban bocaditos de información como burbujas en el lavadero. Un par de guardias se habían «tomado libertades» —es decir, más de las que ya les habían tomado— y al parecer los habían azotado por ello. Aquello causó muchos comentarios a lo largo del lavadero. Al parecer estaba al mando un milord muy importante de Ankh-Morpork y lo había ordenado él. Era una especie de mago, dijo la mujer de delante. Se decía que podía ver todo lo que sucedía en todas partes, y que se alimentaba de carne cruda. Decían que tenía ojos secretos. Por supuesto, todo el mundo sabía que la ciudad era la morada de las Abominaciones. Mientras frotaba aplicadamente una camisa sobre la tabla de lavar, Polly pensó en aquello. Y meditó sobre un águila ratonera de las tierras bajas que volaba por aquellas montañas, y en una criatura tan rápida y sigilosa que no era más que el asomo de una sombra...

Trabajó un rato en las calderas de cobre, sumergiendo la ropa medio cocida bajo la superficie burbujeante, y observó que en aquel lugar sin armas de ninguna clase ella estaba usando un pesado palo que mediría alrededor de un metro.

Disfrutó del trabajo de cierta forma abobada. Sus músculos se encargaban de todo el pensamiento necesario y le dejaban libre el cerebro. Nadie sabía a ciencia cierta si la duquesa estaba muerta. Tampoco importaba demasiado. Pero Polly sí estaba segura de una cosa. La duquesa había sido una mujer. Solamente una mujer, no una diosa. Sí, la gente le rezaba con la esperanza de que envolviera sus súplicas en papel de regalo y las reenviara a Nuggan, pero aquello no le daba ningún derecho a trastocar las cabezas de gente como Pirao, que bastantes problemas tenían ya de por sí. Los dioses podían hacer milagros, que las duquesas posaran para retratos.

Con el rabillo del ojo Polly vio a una hilera de mujeres que cogían enormes cestas de una tarima que había en el extremo de la sala y salían por otra puerta. Se llevó a Igorina a rastras lejos de los lavaderos y le dijo que se fuera con ellas.

—¡Y no te pierdas detalle! —añadió.

—Sí, cabo —dijo Igorina.

—Porque una cosa sí que sé —dijo Polly, haciendo un gesto hacia los montones de ropa húmeda—, y es que todo esto va a necesitar que le dé el aire...

Volvió al trabajo, uniéndose de vez en cuando a la charla para aparentar. No era complicado. Las lavanderas evitaban ciertos temas, sobre todo los de «maridos» e «hijos». Pero Polly captaba pistas aquí y allá. Algunos estaban en el fuerte. Otros era probable que estuvieran muertos. Otros estaban fuera, en alguna parte. Algunas de las mujeres más mayores llevaban la Medalla de la Maternidad, que se otorgaba a las mujeres cuyos hijos habían muerto por Borogravia. El metal de mala calidad se estaba corroyendo en aquella atmósfera húmeda, y Polly se preguntó si las medallas habrían llegado con una carta de la duquesa, con su firma impresa al pie y el nombre del hijo escrito muy apretado para caber en el espacio reservado:

La honramos y la felicitamos, Sra. L. Lapchic del Camino del Pozo, Munz, por la muerte de su hijo Otto PiotrHanLapchic el 25 de junio en aaaaa

El lugar siempre estaba censurado para evitar que ayudara y reconfortara al enemigo. A Polly la asombró descubrir que aquellas medallas baratas y aquellas palabras desconsideradas conseguían, en cierta medida, ayudar y reconfortar a las madres. Las mujeres de Munz que las habían recibido las llevaban con una especie de orgullo feroz e indignado.

Polly no estaba segura de confiar mucho en la señora Enid. Tenía a un hijo y un marido arriba en las celdas, y había tenido oportunidad de sopesar a Blusa. Se estaría preguntando: ¿qué es más probable, que los saque a todos y los mantenga a salvo, o que vaya a montar un jaleo de mil demonios que nos hará daño a todos? Y Polly no podía culparla si se guiaba por sus observaciones...

Fue consciente de que había alguien hablando con ella.

—¿Hmmm? —dijo.

—Mira esto, ¿quieres? —dijo Otis, sosteniendo delante de ella un par de calzoncillos largos de hombre empapados—. ¡No paran de mezclar la ropa de color con la blanca!

—¿Y qué? ¿Qué pasa? Son calzones enemigos —dijo Polly.

—¡Sí, pero las cosas hay que hacerlas bien! ¡Mira, han metido estos calzoncillos rojos y todos los demás se están poniendo de color rosa!

—Y qué. A mí me encantaba el color rosa cuando tenía siete años.

—Pero ¿rosa cl[[9]](#footnote-9)aro? ¿En un hombre?

Polly miró un momento la tina de al lado y le dio una palmadita en el hombro a Otis.

—Sí. Es muy claro, ¿verdad? Será mejor que encuentres otro par de prendas rojas —dijo.

—Pero eso empeoraría la cosa... —empezó a decir Otis.

—Es una orden, soldado —le susurró Polly al oído—. Y añade almidón.

—¿Cuánto?

—Todo lo que puedas encontrar.

Igorina regresó. Igorina tenía buenos ojos. Polly se preguntaba si alguna vez habrían pertenecido a otra persona. Le guiñó el ojo a Polly y levantó un pulgar. Para alivio de Polly, era uno de los de ella.

\* \* \*

En la enorme sala de plancha no había más que una persona trabajando en las largas tablas cuando entró Polly a toda prisa, aprovechándose de la ausencia momentánea de la señora Enid. Era «Dafne». Todas las demás mujeres estaban congregadas a su alrededor, como si estuvieran contemplando una demostración. Era lo que hacían.

—... el cuello, fijaos —dijo el teniente Blusa, blandiendo con una floritura la enorme plancha llena de carbón y humeante—. Luego los puños y por último las mangas. Haced una mitad de la pechera y luego la otra. Tenéis que colgarla de inmediato pero, y este es un consejo útil, no la sequéis del todo con la plancha. Es una simple cuestión de práctica, pero...

Polly se lo quedó mirando con asombro fascinado. Ella odiaba planchar.

—Dafne, ¿puedo hablar un momento contigo? —preguntó aprovechando una pausa.

Blusa levantó la vista.

—Oh, A... Polly —dijo—. Hum, sí, claro.

—Es asombroso cuánto sabe Dafne de pliegues —dijo una chica, sobrecogida—. ¡Y de planchar ropa!

Blusa le dio la plancha a la chica.

—Ahí la tienes, Dympha —dijo en tono generoso—. Acuérdate: plancha siempre primero el lado de dentro, pero solamente hay que hacer el lado de dentro con las telas oscuras. Es un error muy común. Ya voy, Polly.

Polly esperó un rato fuera, hasta que salió una de las chicas llevando un montón enorme de ropa planchada que olía a limpio. La chica vio a Polly y se acercó a ella al pasar.

—Todas sabemos que es un hombre —dijo—. ¡Pero se lo está pasando de miedo y plancha como un demonio!

—Señor, ¿cómo es que sabe usted tanto de planchar? —preguntó Polly cuando estuvieron de vuelta en la lavandería.

—En el cuartel general me tenía que lavar yo la ropa —dijo Blusa—. No podía pagar a una criada y el ordenanza era un nugganita estricto y decía que era trabajo de chicas. Así que pensé, bueno, muy difícil no puede ser, o no lo dejaríamos para las mujeres. La verdad es que aquí no lo hacen muy bien. ¿Sabías que ponen la ropa de color junto con la blanca?

—Señor, ¿se acuerda usted de que ha dicho que iba a robarle una llave de las cancelas a un soldado y luego romperle el cuello? —preguntó Polly.

—Claro.

—¿Sabe usted cómo romperle el cuello a un hombre, señor?

—Leí un libro sobre artes marciales, Artes —dijo Blusa, en tono un poco severo.

—Pero ¿lo ha hecho alguna vez de verdad, señor?

—¡Bueno, no! Yo estaba en el cuartel general, y no se permite practicar con gente de verdad, Artes.

—Verá, la persona a quien le quiere romper el cuello tendrá un arma en ese momento y usted no, señor —dijo Polly.

—He probado el principio básico con una manta enrollada —dijo Blusa en tono de reproche—. Parecía funcionar muy bien.

—¿La manta estaba forcejeando y soltando un gorgoteo muy fuerte y dándole patadas en los calcetines, señor?

—¿Los calcetines? —repitió Blusa, desconcertado.

—De hecho, creo que su otra idea sería mejor, señor —se apresuró a decir Polly.

—Sí... mi, ejem... otra idea... ¿a cuál se refiere exactamente?

—La idea de escaparnos de la lavandería por la zona de secado, señor, después de desactivar en silencio a tres guardias, señor. Hay una especie de cuarto móvil al final de ese pasillo de ahí, señor, que elevan mediante un cabestrante hasta el tejado. Dos guardias suben hasta allí con las mujeres, señor, y arriba en el tejado hay otro guardia. Actuando juntos, podríamos dejar fuera de combate a esos guardias desprevenidos, lo cual sería más favorable que usted contra un hombre armado, con todos los respetos, señor, y eso nos dejaría muy bien posicionados para ir a cualquier parte del fuerte usando los tejados, señor. ¡Bien pensado, señor!

Hubo una pausa.

—¿Y yo, ejem, entré en todos esos detalles?

—Oh, no, señor. No debería ser necesario, señor. Los sargentos y los cabos se ocupan de los pequeños detalles. Los oficiales están para ver la imagen en conjunto.

—Oh, por supuesto. Y, ejem... ¿cómo de grande era este conjunto en particular? —preguntó Blusa, parpadeando.

—Oh, muy grande, señor. Un conjunto enorme, ya lo creo, señor.

—Ah —dijo Blusa, y se irguió para asumir lo que él consideraba la expresión de alguien con visión panorámica.

—Algunas de las mujeres de aquí antes trabajaban en el fuerte superior, señor, cuando estaba en nuestro poder —se apresuró a continuar Polly—. Anticipando sus órdenes, señor, he hecho que el pelotón se enfrentara a ellas en charla ligera acerca del diseño de este lugar, señor. Siendo consciente del sentido general de su estrategia, señor, creo que he encontrado una ruta que lleva a las mazmorras.

Hizo una pausa. Sabía que había sido un buen peloteo. Era casi digno de Jackrum. Lo había aderezado con tantos «señor» como se había atrevido. Y estaba muy orgullosa de «anticipando sus órdenes». No se lo había oído usar a Jackrum, pero con cierta medida de cuidado, era una excusa para hacer casi cualquier cosa. Lo del «sentido general» también había estado bastante bien.

—Las mazmorras —dijo Blusa con aire pensativo, perdiendo momentáneamente de vista la imagen en conjunto—. De hecho, yo creía haber dicho...

—Síseñor. ¡Porque, señor, si podemos sacar a muchos de nuestros hombres de las mazmorras, señor, estará usted al mando dentro de la ciudadela enemiga, señor!

Blusa creció otro centímetro y enseguida se desinfló otra vez.

—Claro que aquí dentro hay algunos oficiales de alta graduación. Todos de rango superior al mío...

—¡Síseñor! —dijo Polly, casi a punto de graduarse en la Escuela del Sargento Jackrum de Manejo Descarado de Rupertos— ¿Tal vez sería mejor que intentáramos sacar primero a los soldados rasos, señor? No nos conviene exponer a los oficiales al fuego enemigo.

Era desvergonzado y estúpido, pero ahora Blusa tenía la luz de la batalla en la mirada. Polly decidió avivarla, por si acaso.

—Su liderato ha sido un gran ejemplo para todos nosotros, señor —dijo.

—¿De verdad?

—Oh, sí, señor.

—Ningún oficial podría haber liderado a un grupo de hombres mejores que ustedes, Artes —dijo Blusa.

—Lo más seguro es que sí, señor —dijo Polly.

—¿Y qué hombre se atrevería a esperar semejante oportunidad, eh? —dijo Blusa—. ¡Nuestros nombres pasarán a los anales de la historia! Bueno, el mío sí, obviamente, y le aseguro que me encargaré de que ustedes también reciban una mención. ¿Y quién sabe? ¡Tal vez pueda obtener el mayor honor que se puede conceder a un galante oficial!

—¿Y cuál es, señor? —dijo Polly, obedientemente.

—Que pongan el nombre de uno a una comida o una prenda de ropa —dijo Blusa, con la cara radiante—. El general Fhrac consiguió ambas cosas, claro está. El frac de vestir y el «fracandó» de ternera. Por supuesto, yo nunca podría aspirar a tantísimo. —Bajó la vista con timidez—. ¡Pero tengo que admitir, Artes, que he creado varias recetas, solamente por si acaso!

—¿O sea que un día estaremos todos comiendo blusa, señor? —dijo Polly. Estaba observando cómo se apilaban las cestas.

—Es posible, es posible, nunca perdamos la esperanza —dijo Blusa—. Ejem... mi receta favorita es una especie de bollo en forma de anillo, ¿sabe?, relleno de crema y bañado en ron...

—Se llama baba al ron, señor —dijo Polly distraídamente. Tolón y las demás también estaban vigilando las cestas amontonadas.

—¿Ya se ha hecho?

—Eso me temo, señor.

—¿Qué me dice de... ejem... un plato de hígado y cebollas?

—Se llama hígado encebollado, señor. Lo siento —dijo Polly, intentando no perder la concentración.

—Ejem, ejem, bueno, me he dado cuenta de que hay platos que llevan el nombre de personas que en realidad solamente hicieron un pequeño cambio a la receta base...

—¡Tenemos que irnos ahora mismo, señor! ¡Es ahora o nunca, señor!

—¿Cómo? Ah. Sí. Claro. ¡Tenemos que irnos!

Fue una maniobra militar inédita hasta ese momento. El pelotón, acercándose desde direcciones distintas a una señal de Polly, llegó a las cestas adelantándose por poco a las mujeres que se proponían cargar con ellas, agarró las asas y avanzó. Solo entonces Polly se dio cuenta de que seguramente nadie más quisiera hacerlo, y que las mujeres estaban encantadas de ceder el esfuerzo a aquellas bobas novatas. Las cestas eran grandes y la ropa mojada pesaba mucho. Pirao e Igorina a duras penas podían levantar una cesta entre las dos.

Había un par de soldados esperando junto a la puerta. Parecían aburridos, y no prestaron mucha atención. Hasta el «ascensor» había una buena caminata.

Polly no había sido capaz de imaginárselo al oír la descripción. Había que verlo. En realidad no era más que un enorme cajón abierto, hecho de tablones pesados, sujeto a una soga muy gruesa, que subía y bajaba por una especie de chimenea cavada en la roca. Cuando estuvieron a bordo, uno de los soldados tiró de una cuerda mucho más fina que se perdía en la oscuridad de las alturas. El otro encendió un par de velas, cuya única función aparente era hacer que la oscuridad fuera más siniestra.

—¡Nada de desmayarse ahora, chicas! —dijo. Su compañero soltó una risita.

Ellos son dos y nosotros siete, pensó Polly. La barra de cobre le golpeaba la pierna al moverse, y sabía a ciencia cierta que Tolón cojeaba porque llevaba atada una temible pala de lavandería por debajo del vestido. Era un instrumento para las lavanderas profesionales de verdad: un palo largo que tenía en la punta una especie de taburete de ordeñar con tres patas, y se usaba para remover mejor la ropa dentro de un caldero gigante de agua hirviendo. Lo más seguro era que con aquello se pudiera aplastar un cráneo.

Las paredes de piedra descendieron mientras la plataforma se elevaba.

—¡Qué excitante! —gorjeó «Dafne»—. ¿Y esto sube hasta arriba del todo de vuestro enorme castillo, entonces?

—Oh, no, señorita. Primero hay que atravesar la roca, señorita. Hay mucha maquinaria vieja y cosas de esas antes de llegar tan arriba.

—Oh, y yo que pensaba que ya estábamos en el castillo. —Blusa miró a Polly con expresión preocupada.

—No, señorita. Ahí abajo solo tenemos la lavandería, por el agua. Ja, hay una subida larguísima para llegar solamente a los sótanos inferiores. Vaya suerte tenéis de que haya este ascensor, ¿eh?

—Maravilloso, sargento —dijo Blusa, y dejó que Dafne regresara—. ¿Y cómo funciona?

—Soy cabo, señorita —dijo el que había tirado del cordel, llevándose una mano a la sien—. Lo hacen subir y bajar unos prisioneros que mueven una rueda de andar, señorita.

—¡Oh, qué horrible!

—Oh, no, señorita, es bastante humanitario. Ejem... Si está usted libre después del trabajo, ejem, la podría llevar allí arriba y enseñarle el mecanismo...

—¡Me encantaría, sargento!

Polly se tapó los ojos con la mano. Dafne era una vergüenza para el género femenino.

El ascensor subió retumbando, bastante despacio. Casi todo el tiempo cruzaban roca pura, pero de vez en cuando veían rejillas vetustas o zonas de mampostería, que sugerían túneles cegados mucho tiempo atrás...

Hubo una sacudida y la plataforma dejó de moverse. Uno de los soldados soltó una palabrota entre dientes, pero el cabo dijo:

—No tengan miedo, señoras. Esto pasa a menudo.

—¿Por qué íbamos a tener miedo? —preguntó Polly.

—Bueno, pues porque estamos colgando de una cuerda a treinta metros del suelo y a la maquinaria de ascenso se le acaba de salir un engranaje.

—Otra vez —dijo el otro soldado—. Por aquí no hay nada que funcione bien.

—A mí me parece una razón bastante buena —dijo Igorina.

—¿Cuánto tiempo van a tardar en repararlo? —dijo Tolón.

—¡Ja! ¡La última vez nos quedamos atrapados una hora!

Demasiado tiempo, pensó Polly. Podían pasar demasiadas cosas. Levantó la vista y miró entre los tablones del techo. El cuadrado de luz del sol estaba muy arriba.

—No podemos esperar —dijo.

—Oh, cielos, ¿quién nos va a salvar? —chilló Dafne con voz temblorosa.

—Vamos a tener que encontrar una manera de pasar el tiempo, ¿eh? —dijo uno de los guardias.

Polly suspiró. Era una de aquellas expresiones, como: «Vaya, vaya, pero qué tenemos aquí», que querían decir que las cosas iban a empeorar mucho.

—Ya sabemos cómo se sienten, señoras —continuó el guardia—. Teniendo a sus hombres lejos y todo eso. Es igual de duro para nosotros. Ya no me acuerdo de la última vez que besé a mi mujer.

—Y yo tampoco me acuerdo de la última vez que besé a su mujer —dijo el cabo.

Tolón dio un salto, agarró un tablón y se izó hasta el techo del cajón. El ascensor dio una sacudida y, en alguna parte, un trozo de roca se soltó y se desplomó chimenea abajo.

—¡Eh, no puedes hacer eso! —gritó el cabo.

—¿Dónde lo dice? —preguntó Tolón—. Polly, aquí hay uno de esos túneles cegados, pero se han caído la mayoría de las piedras. Podemos entrar fácilmente.

—¡No podéis salir! ¡Nos meteremos en líos! —dijo el cabo.

Polly desenvainó su espada. No había espacio suficiente para hacer mucho más que amenazar, pero era ella quien la tenía, no él. La diferencia era enorme.

—Ya estáis metidos en líos —dijo—. Por favor, no me obliguéis a empeorarlos. Salgamos de aquí. ¿Hacemos eso, Dafne?

—Hum... sí, por supuesto —dijo Blusa.

El otro guardia se llevó la mano a la espada.

—Muy bien, chicas, esto ha ido... —empezó a decir, antes de desplomarse. Otis bajó su barra de cobre.

—Espero no haberle pegado demasiado fuerte —dijo.

—¿A quién le importa? Venga, os puedo echar una mano para subir —dijo Tolón.

—Igorina, ¿podrías echarle un vistazo a ver si...? —empezó a decir Otis, nerviosa.

—Es un hombre y está gimiendo —replicó Tolón desde arriba—. Con eso yo ya tengo bastante. Vamos.

El guardia que quedaba miró cómo aupaban al resto a las vigas.

—Esto... perdonad —le dijo a Polly, mientras esta ayudaba a subir a Blusa.

—¿Sí? ¿Qué?

—¿Os importaría darme a mí un trancazo en el pescuezo? —dijo, con aspecto angustiado—. Es que parece que no he presentado batalla a un puñado de mujeres.

—¿Y por qué no presentas batalla? —preguntó Polly, entrecerrando los ojos—. Solamente somos un puñado de mujeres.

—¡No estoy loco! —dijo el guardia.

—Un momento, permítame —dijo Igorina, sacando su palo—. Los golpes en la cabeza presentan un peligro potencial y no hay que darlos a la ligera. Dese la vuelta, señor. Quítese el casco, por favor. ¿Le parecen bien veinte minutos de inconsciencia?

—Sí, muchas grac...

El guardia se desplomó.

—De verdad espero no haberle hecho daño al otro —gimió Otis desde arriba.

—Está diciendo palabrotas —respondió Polly, quitándole la espada—. A mí me suena como que está bien.

Pasó las velas hacia arriba y luego se dejó izar hasta el inestable techo del ascensor. Cuando hubo asentado su peso en la boca del túnel encontró una esquirla de roca y la encajó con fuerza en el espacio que quedaba entre la pared de la chimenea y el marco de madera, que se estremeció. El ascensor iba a tardar bastante en ir a alguna parte.

Tolón y Esti ya estaban investigando el túnel. A la luz de las velas parecía tener buena mampostería, en comparación con el torpe intento de cegar su entrada.

—Deben de ser sótanos —dijo Tolón—. Supongo que no hace mucho que abrieron el túnel del ascensor y simplemente fueron tapando con ladrillos todo lo que atravesaban. No lo hicieron demasiado bien.

—Los sótanos están cerca de las mazmorras —dijo Polly—. Ahora apagad una vela, porque así la luz nos durará el doble de tiempo, y luego...

—Artes, ¿puedo hablar con usted, por favor? —dijo Blusa—. Por aquí...

—Sí, señor.

Cuando se hubieron alejado un poco del resto del pelotón, Blusa bajó la voz y dijo:

—No quiero desalentar la iniciativa, Artes, pero ¿qué está haciendo?

—Esto... anticipar sus órdenes, señor.

—¿Anticipar?

—Síseñor.

—Ah. ¡Bien! ¿Esto siguen siendo pequeños detalles, entonces?

—Exacto, señor.

—Entonces mis órdenes, Artes, son proceder con rapidez y cautela a liberar a los prisioneros.

—Bien pensado, señor. Cruzaremos este... esta...

—Cripta —dijo Igorina, mirando a su alrededor.

La vela se apagó. En algún lugar por delante de ellos, en la oscuridad absoluta y tupida como el terciopelo, la piedra se movió sobre la piedra.

—Me pregunto por qué sellarían este pasadizo... —dijo la voz de Blusa.

—Creo que ya he dejado de preguntarme por qué lo sellaron con tantas prisas —dijo Tolón.

—Yo me pregunto quién intentó abrirlo —dijo Polly.

Se oyó un estruendo que podría ser, por ejemplo, el ruido de una losa pesada al caerse de una tumba ornamentada. Podría haber sido media docena de cosas más, pero de algún modo fue esa la imagen que les vino a la mente. El aire muerto se movió un poco.

—No quiero preocupar a nadie —dijo Otis—. Pero oigo un ruido como de pies, como arrastrándose.

Polly se acordó del hombre que había encendido las velas. Había dejado caer el haz de cerillas en el platillo de hojalata del candelero, ¿verdad? Moviendo la mano despacio, las buscó a tientas.

—Si no querías preocupar a nadie —dijo la voz de Tolón desde la oscuridad seca y profunda—. ¿por qué demonios nos acabas de decir eso?

Los dedos de Polly encontraron una palito de madera. Se lo llevó a la nariz y olió el aroma a azufre.

—Tengo una cerilla —dijo—. Voy a intentar encender otra vez la vela. Que todo el mundo busque una salida. ¿Listos?

Se acercó poco a poco a la pared invisible. Entonces raspó la cerilla contra la roca y la cripta se llenó de luz amarilla.

Alguien gimió. Polly miró fijamente, olvidándose de la vela. La cerilla se apagó.

—Muy bien —dijo la voz queda de Tolón—. Muertos que andan. ¿Y qué?

—El que iba más cerca del arco era el difunto general Gersehi —dijo Blusa—. ¡Tengo su libro sobre El arte de la defensa!

—Mejor no pedirle que se lo firme, señor —dijo Polly, mientras el pelotón se apiñaba.

Se oyó de nuevo el mismo gimoteo. Parecía venir del sitio donde Polly recordaba que estaba Pirao. La oyó rezar. No pudo distinguir ninguna palabra, solo susurros feroces y urgentes.

—Tal vez esas barras de la lavandería los puedan retrasar un poco —dijo Otis con voz trémula.

—¿Más que estar muertos ya? —replicó Igorina.

No, susurró una voz, y la cripta se llenó de luz.

Era un resplandor apenas mayor que una luciérnaga, pero un solo fotón puede servir de mucho en una oscuridad cthónica. Se elevó por encima de Pirao, que estaba arrodillada, hasta alcanzar la altura de una mujer, ya que era una mujer. O por lo menos, la sombra de una mujer. No, vio Polly, era la luz de una mujer, una red móvil de líneas y realces dentro de la cual iba y venía, como si fueran imágenes en el fuego, una forma femenina.

—¡Soldados de Borogravia... firmes! —exclamó Pirao. Y por debajo de su vocecilla aflautada resonó la sombra de otra voz, un susurro que llenó y rellenó la cámara alargada.

¡Soldados de Borogravia... firmes!

Soldados...

¡Soldados, firmes!

Soldados de Borogravia...

Las figuras bamboleantes se detuvieron. Vacilaron. Retrocedieron arrastrando los pies. Con cierto enredo de repiqueteos y protestas inarticuladas, formaron dos hileras. Pirao se puso de pie.

—Seguidme —dijo.

Seguidme...

... me...

—¿Señor? —le dijo Polly a Blusa.

—Creo que vamos, ¿no? —dijo el teniente, que en presencia del poder militar de siglos pasados parecía haberse vuelto ciego a las actividades de Pirao—. Oh, dios... ¡ese es el comandante de brigada Chanclo! ¡Y el comandante general lord Kanapé! ¡Y el general Annorac! ¡He leído todos sus libros! ¡Nunca pensé que lo fuera a ver en carne y hueso!

—¡Parte de la carne, señor! —dijo Polly, tirando de él.

—¡Todos los grandes mandos de los últimos quinientos años están enterrados aquí, Artes!

—Me alegro mucho por usted, señor. Si pudiéramos movernos un poco más deprisa...

—Tengo la grata ilusión de pasar aquí el resto de la eternidad, ¿sabe?

—Maravilloso, señor, pero no hace falta empezar hoy. ¿Podemos alcanzar a los demás, señor?

A su paso, mano andrajosa tras mano andrajosa se alzó en espasmódico saludo militar. Las miradas vidriosas relucían en las caras hundidas. La extraña luz iluminaba galones polvorientos y tela manchada y descolorida. Y había un ruido, más áspero que un suspiro, profundo y gutural. Empezó como un crujido de puertas lejanas, pero mientras el pelotón pasaba frente a las figuras muertas una serie de voces individuales fueron elevándose y apagándose...

Muerte a Ezlobenia... a por ellos... recordad... que vean el infierno... venganza... recordad... no son humanos... vengadnos... vengar...

Por delante de ellos, Pirao acababa de llegar a unas puertas altas de madera. En cuanto las tocó, se abrieron de golpe. La luz viajaba con ella y el pelotón le pisaba los talones. Alejarse demasiado de ella era quedarse a oscuras.

—¿No podría preguntarle solamente al comandante general...? —empezó a decir Blusa, tirando hacia atrás de la mano de Polly.

—¡No! ¡No puede! ¡Y no se entretenga! ¡Vamos! —le ordenó Polly.

Llegaron a las puertas, que Tolón e Igorina cerraron con fuerza detrás de ellos. Polly se apoyó en la pared.

—Creo que acabo de vivir el momento más... más increíble de mi vida —dijo Blusa, mientras se apagaba el eco del portazo.

—Creo que el mío es este —dijo Polly, intentando recobrar el aliento.

La luz seguía brillando alrededor de Pirao, que se giró para mirar al pelotón con expresión de placer beatífico.

—Tenéis que hablar con el Alto Mando —dijo.

Tenéis que hablar con el Alto Mando, susurraron las paredes.

—Sed amables con esta criatura.

Sed amables con esta criatura...

... esta criatura...

Polly atrapó a Pirao antes de que diera contra el suelo.

—Pero ¿qué pasa con ella? —preguntó Tolón.

—Creo que es verdad que la duquesa habla a través de ella —dijo Polly.

Pirao se había quedado inconsciente y solo se le veía el blanco de los ojos. Polly la dejó suavemente en el suelo.

—¡Venga ya! ¡La duquesa no es más que un retrato! ¡Está muerta!

Llega un momento en que uno se rinde. Para Polly, aquel momento era el tiempo que había tardado en recorrer la cripta. Si no se cree en algo, o no se quiere creer, o si simplemente no se espera que haya algo en lo que valga la pena creer, ¿para qué volverse? Y si no crees, ¿en quién estabas confiando para que te sacara de las garras de hombres muertos?

—¿Muerta? —preguntó—. ¿Y qué? ¿Qué me dices de esos viejos soldados que acabamos de encontrarnos ahí atrás, que no se han marchado del todo? ¿Qué me dices de esa luz? Y ya has oído cómo sonaba la voz de Pirao.

—Sí, pero... bueno, esa clase de cosas no le pasan a la gente que uno conoce —dijo Tolón—. Le pasan a... bueno, a la gente religiosa rara. ¡Pero si no hace ni unos días que esa chica estaba aprendiendo a soltar pedorretas!

—¿Esa chica? —le susurró Blusa a Polly—. ¿Chica? ¿Por qué ha...?

Nuevamente una parte de la mente de Polly venció el pánico repentino.

—¿Disculpe, Dafne? —dijo.

—Ah... sí... claro... toda precaución... sí... —murmuró el teniente.

Igorina se arrodilló junto a la chica y le puso una mano en la frente.

—Está ardiendo —dijo.

—Cuando estábamos en la Casa Gris se pasaba todo el tiempo rezando —dijo Esti, poniéndose de rodillas.

—Sí, bueno, había muchas cosas por las que rezar, si no eras fuerte —gruñó Tolón—. ¡Y todos los putos días nos hacían rezar a la duquesa para que le diera gracias a Nuggan por unas sobras que no les echarían ni a los cerdos! Y ese maldito retrato por todas partes, con esa mirada de pez... ¡la odio! Era desquiciante. Eso fue lo que le pasó a Pir, ¿vale? Y ahora tú quieres que crea que esa vieja gorda está viva y que usa a Pirao como si fuera una especie de... ¿marioneta o algo parecido? Pues no me lo creo. ¡Y si es cierto, no tendría que serlo!

—Se está consumiendo de fiebre, Magda —dijo Esti en voz baja.

—¿Sabes por qué nos alistamos? —siguió Tolón, con la cara encendida—. ¡Para largarnos! ¡Cualquier cosa era mejor que lo que teníamos! Yo tengo a Esti y Esti me tiene a mí, y si nos hemos quedado con vosotros es porque no tenemos nada más en ninguna parte. Todo el mundo dice que los ezlobenos son terribles, ¿verdad? Pues a nosotras nunca nos han hecho nada, a nosotras nunca nos han hecho daño. ¡Si lo que quieren es venir aquí y colgar a unos cuantos hijos de puta, yo les podría dar una lista! En todas partes donde pasan cosas malas, en todas partes donde hay matones cortos de miras inventándose crueldades nuevas, formas nuevas de someternos, ¡está esa jodida cara mirando! ¿Y ahora tú dices que está aquí?

—Nosotros estamos aquí —dijo Polly—. Y tú estás aquí. Y vamos a hacer lo que hemos venido a hacer y luego nos marcharemos, ¿entendido? ¡Tú besaste el retrato y aceptaste el chelín!

—¡Te aseguro que no le besé la puñetera cara! ¡Y me deben mucho más que un chelín!

—¡Vete, pues! —gritó Polly—. ¡Deserta! ¡No te vamos a detener, porque ya estoy hasta las narices de tus... tus gilipolleces! Pero decídete ahora mismo, ahora mismo, ¿entendido? ¡Porque cuando nos encontremos con el enemigo, no quiero pensar que me vas a dar una puñalada por la espalda!

Las palabras le salieron antes de que alcanzara a detenerlas, y ya no había poder en el mundo capaz de retirarlas.

Tolón se puso pálida, y de la cara se le escapó algo de vida igual que sale el agua de un embudo.

—¿Qué acabas de decir?

Las palabras «¡Ya me has oído!» se alinearon para salir de labios de Polly, pero vaciló. Se dijo: no tiene por qué ir de esa manera. No hay por qué dejar que sea un par de calcetines lo que hable.

—Unas palabras estúpidas —dijo—. Lo siento. No lo he dicho en serio.

Tolón se relajó un poco.

—Bueno... de acuerdo —dijo a regañadientes—. Pero que te quede claro que estamos aquí por el pelotón, ¿vale? No por el ejército y tampoco por la puta duquesa.

—¡Ese discurso es una traición, soldado Dogal! —exclamó el teniente Blusa.

Todo el mundo salvo Polly se había olvidado de él, y estaba allí de pie como un hombre fácil de olvidar.

—Pese a todo —continuó—, me doy cuenta de que todos estamos un poco... —Se contempló el vestido—. Confusos, y, ejem, desconcertados, por el curso de los acontecimientos...

Tolón intentó evitar la mirada de Polly.

—Lo siento, señor —murmuró, con cara iracunda.

—Quiero dejar claro que no pienso tolerar que se repitan palabras como esas —dijo Blusa.

—Sí, señor.

—Bien —se apresuró a decir Polly—. En ese caso vamos a...

—Pero por esta vez lo pasaré por alto —continuó Blusa.

Polly vio cómo Tolón se salía de sus casillas. La cabeza se le levantó muy despacio.

—¿Lo pasará por alto? —preguntó Tolón—. ¿Usted lo pasará por alto?

—Cuidado —dijo Polly, justo lo bastante alto para que la oyera Tolón.

—Permítame que le cuente algo de este pelotón, teniente —dijo Tolón, con una sonrisa temible.

—Estamos aquí, soldado, seamos quienes seamos —le espetó Polly—. ¡Ahora encontremos las celdas!

—Hum... —dijo Igorina—. Creo que estamos bastante cerca. Veo un letrero. Hum. Al final de este pasillo. Hum... justo detrás de esos tres hombres más bien sorprendidos que llevan esas... hum, ballestas de aspecto tan eficaz. Hum. Creo que las cosas que estabais diciendo son importantes y que había que decirlas. Pero, hum... ¿tal vez no justo ahora? ¿Y no gritando tanto?

Ahora solamente había dos guardias mirándolos y levantando las ballestas con cautela. El tercero ya se alejaba por el pasillo, corriendo y gritando.

Como un solo hombre, o como una sola mujer, el pelotón pensó al unísono. Ellos tienen ballestas. Nosotros no. Ellos tienen refuerzos de camino. Nosotros no. Lo único que tenemos nosotros es una oscuridad llena de muertos que no descansan. Ya ni siquiera tenemos una oración.

Pese a todo, Blusa no tiró la toalla. Poniendo la voz de Dafne, chilló:

—Oh, oficiales... creo que nos hemos perdido mientras buscábamos el lavabo de señoras...

\* \* \*

No los metieron en un calabozo, aunque sí las llevaron por delante de muchos. Había muchos pasadizos lúgubres de piedra, muchas puertas pesadas con rejas y muchos, muchos cerrojos, y muchos hombres armados cuyo trabajo, presumiblemente, solo se pondría interesante si desaparecieran todos los cerrojos. Las metieron en una cocina. Era una cocina enorme, y claramente no era de las que se usaban para cortar hierbas y rellenar champiñones. En aquella sala lúgubre, mugrienta y rebozada de hollín, lo más seguro es que los cocineros hubieran trabajado para cientos de hombres hambrientos. De vez en cuando se abría la puerta y unas figuras sombrías los observaban. Nadie había dicho nada en ningún momento.

—Nos estaban esperando —murmuró Esti.

El pelotón estaba sentado en el suelo de espaldas a un banco de cortar enorme y vetusto, todos excepto Igorina, que estaba atendiendo a la todavía inconsciente Pirao.

—No es posible que hayan hecho hacer subir ese ascensor tan pronto —objetó Polly—. He encajado esa piedra bien fuerte.

—Entonces a lo mejor nos han delatado las lavanderas —dijo Tolón—. No me ha gustado nada la pinta de esa señora Enid.

—Ahora ya no importa, ¿verdad? —dijo Polly—. ¿Esa puerta es la única que hay?

—Hay una despensa en la otra punta —dijo Tolón—. Sin más salida que una rejilla en el suelo.

—¿Y por ahí podemos salir?

—Solo en daditos.

Se quedaron mirando la puerta lejana con expresiones lúgubres. Se acababa de abrir una vez más y había una conversación apagada entre las siluetas del otro lado. Tolón había intentado acercarse a la puerta abierta y la había encontrado ocupada repentinamente por hombres armados con espadas. Polly se giró para mirar a Blusa, que estaba repantingado contra la pared, mirando hacia arriba sin expresión en el rostro.

—Será mejor que vaya a decírselo —dijo.

Tolón se encogió de hombros.

—Siento haberle decepcionado, señor —dijo Polly—. ¿Permiso para sentarme, señor?

—Trata estas losas heladas como si fueran tuyas —dijo Blusa—. Y me temo que he sido yo quien os ha decepcionado.

—Oh, no, señor... —protestó Polly.

—Vosotros erais mi primer mando —dijo Blusa—. Bueno, aparte del cabo Drebb, que tenía setenta años y le faltaba un brazo, al pobre. —Se pellizcó el caballete de la nariz—. Lo único que tenía que hacer era llevaros hasta el valle. Nada más. Pero no, cometí la estupidez de soñar con un mundo donde un día todos llevaran blusa. O tal vez comieran blusa. ¡Tendría que haber escuchado al sargento Jackrum! Oh, ¿podré volver a mirar alguna vez a la cara a mi Emmeline?

—No lo sé, señor —respondió Polly.

—Lo decía más como un grito retórico de desesperación que como una pregunta literal, Artes —dijo Blusa.

—Lo siento, señor —dijo Polly. Respiró hondo, lista para zambullirse en las profundidades heladas de la verdad—. Señor, debería usted saber que...

—Y me temo que en cuanto se den cuenta de que no somos mujeres nos van a meter en ésas enormes mazmorras —continuó el teniente—. Enormes y muy sucias, por lo que tengo entendido. Y muy abarrotadas.

—Señor, sí que somos mujeres, señor —dijo Polly.

—Sí, buen trabajo, Artes, pero no hace falta que sigamos fingiendo.

—No lo entiende, señor. De verdad somos mujeres. Todas nosotras.

Blusa sonrió con expresión nerviosa.

—Creo que estás un poco... confuso, Artes. Creo recordar que a Wrigglesworth le pasó lo mismo...

—Señor...

—... aunque tengo que decir que se le daba de maravilla elegir cortinas...

—No, señor. Yo era... soy una chica, pero me corté el pelo y fingí ser un chico y tomé el chelín de la duquesa, señor. Crea en mi palabra, señor, porque de verdad no quiero tener que hacerle un dibujo. Le tomamos el pelo, señor. Bueno, no lo hicimos por tomárselo, en realidad, pero todas nosotras teníamos razones para estar en otra parte, señor, o por lo menos para no estar donde estábamos. Así que mentimos.

Blusa se la quedó mirando.

—¿Seguro?

—Sí, señor. Soy de persuasión femenina. Lo compruebo cada día, señor.

—¿Y el soldado Dogal?

—Sí, señor.

—¿Y Esti también?

—Oh, sí, señor. Las dos, señor. No vaya por ahí, señor.

—¿Y qué me dices de Otis?

—Espera un bebé, señor.

De pronto Blusa pareció aterrorizado.

—Oh, no. ¿Aquí?

—Le faltan unos meses, creo, señor.

—¿Y el pobre soldado Goom?

—Una chica, señor. Y en realidad Igor es una Igorina. Y dondequiera que esté, Carborundo en realidad se llama Jade. No estamos seguras del cabo Maladicto. Pero le aseguro que las demás tenemos todas mantas rosas, señor.

—¡Pero no os comportabais como mujeres!

—No, señor. Nos comportábamos como hombres, señor. Lo siento, señor. Solamente queríamos encontrar a nuestros hombres o huir o demostrar algo o lo que sea. Siento que le haya tenido que pasar a usted, señor.

—¿Y todo esto lo tienes claro, claro del todo?

Pero ¿qué esperas que te diga?, pensó Polly. «¿Ups, ahora que lo pienso, no, en realidad somos hombres?» Al final se contentó con decir:

—Sí, señor.

—Entonces... ¿no te llamas Oliver? —A Polly le pareció que el teniente estaba teniendo muchas dificultades con todo aquello: no paraba de hacer la misma pregunta básica de formas distintas, con la esperanza de obtener algo distinto a la respuesta que no quería oír.

—No, señor. Me llamo Polly, señor...

—¿Ah? ¿Sabes que hay una canción que...?

—Sí, señor —respondió Polly en tono firme—. Créame, preferiría que ni siquiera la tarareara usted.

Blusa se puso a contemplar la pared más lejana, con ojos un poco desenfocados. Oh, cielos, pensó Polly.

—Habéis corrido un riesgo terrible —dijo desde la distancia—. Un campo de batalla no es lugar para mujeres.

—Esta guerra no se limita a los campos de batalla. En una época como esta, un pantalón es el mejor amigo de una chica, señor.

Blusa se volvió a quedar callado. De pronto, a Polly le dio mucha lástima. Era un poco tonto, de esa forma especial que tiene la gente muy lista de ser estúpidos, pero no era mal hombre. Se había portado bien con el pelotón y se había preocupado por ellas. No se merecía esto.

—Siento que haya tenido que estar usted de por medio, señor —dijo ella.

Blusa levantó la vista.

—¿Perdón? —dijo, y para asombro de Polly de pronto se lo veía más animado de lo que había estado en todo el día—. Por todos los cielos, no tienes que sentirlo. ¿Sabes algo de historia, Polly?

—¿Puede seguir llamándome Artes, señor? Sigo siendo soldado. No, no sé mucho de historia, señor. Por lo menos, no mucho de lo que me fíe.

—¿Entonces nunca has oído hablar de las guerreras amazonas de Samotripia? La fuerza bélica más temible que ha habido en siglos. ¡Todas mujeres! ¡Absolutamente despiadadas en la batalla! Eran letales con el arco de caballería, aunque a fin de darle tensión máxima se tenían que cortar uno de sus, hum, ejem... caramba, vosotras no os habréis dedicado a cortaros el, hum, ejem...

—No, no nos hemos cortado ningún hum ejem, señor. Solamente el pelo.

Blusa pareció increíblemente aliviado.

—Bueno, y también estaban las guardaespaldas femeninas del rey Samuel de Howondalandia. Todas medían dos metros, por lo que tengo entendido, y eran letales con la lanza. Por todo Klatch, por supuesto, se cuentan muchas historias de guerreras femeninas, combatiendo a menudo junto a sus hombres. Temibles y temerarias, dicen. Los hombres preferían desertar que hacer frente a mujeres, Artes. No sabían lidiar con ellas.

Nuevamente, Polly tuvo la sensación algo mareante de haber intentado saltar una valla que resultaba no estar allí. Se refugió en:

—¿Qué cree usted que va a pasar ahora, señor?

—No tengo ni idea, Artes. Hum... ¿Qué le ocurre al soldado Goom? ¿Es una especie de manía religiosa?

—Es posible, señor —dijo Polly, precavida—. La duquesa habla con ella.

—Oh, cielos —dijo Blusa—. Ella...

Se abrió la puerta. Entró desfilando una docena de soldados que se desplegaron a ambos lados. Llevaban uniformes diversos, sobre todo ezlobenos, pero también otros que ahora Polly reconoció como ankh-morpórkicos, o como se llamaran. Iban todos armados y sostenían sus armas como hombres que esperaban tener que usarlas.

Cuando estuvieron en formación y mirando al pelotón con ojos de rabia, entró un grupo más pequeño de hombres. También llevaban uniformes mezclados, pero en su caso eran mucho más caros. De los que vestían los oficiales, y oficiales de alto rango, a juzgar por sus expresiones de desdén. El más alto de ellos, que parecía todavía más alto por su casco de caballería rematado con una pluma, observó a las mujeres con la nariz en alto. Tenía los ojos de color azul claro y su cara sugería que no le apetecía ver nada en absoluto de aquella sala a menos que alguien lo limpiara bien primero.

—¿Quién es el oficial aquí? —preguntó. Sonaba como un abogado.

Blusa se puso de pie y saludó.

—Teniente Blusa, señor. Décimo de a pie.

—Ya veo. —El hombre miró a sus compañeros oficiales—. Creo que ya podemos prescindir de la guardia, ¿no creen? Este asunto habría que gestionarlo con discreción. Y por lo más sagrado, ¿no podemos encontrarle a este hombre unos pantalones?

Hubo unos pocos murmullos. El hombre hizo una señal con la cabeza al sargento de la guardia. Los hombres armados salieron desfilando y la puerta se cerró detrás de ellos.

—Me llamo lord Óxido —dijo el hombre—. Estoy al mando del destacamento que ha mandado aquí Ankh-Morpork. Por lo menos —y se sorbió la nariz—, del destacamento militar. ¿Los han tratado bien? ¿No han sufrido atropellos? Veo que hay una... jovencita en el suelo.

—Está desmayada, señor —dijo Polly.

Los ojos azules se posaron en ella.

—¿Y usted es...? —dijo.

—Cabo Artes, señor —dijo Polly. Hubo algunas sonrisas apenas reprimidas entre los oficiales.

—Ah, tengo entendido que usted es la que busca a su hermano —dijo lord Óxido.

—¿Cómo sabe mi nombre? —preguntó Polly.

—Somos un, hum, ejército eficaz —respondió Óxido, y se premió a sí mismo con una sonrisita íntima—. ¿Su hermano se llama Paul?

—¡Sí!

—Lo terminaremos localizando. Y tengo entendido que otra señorita está buscando a su hombre, ¿es así?

Otis hizo una reverencia nerviosa.

—Yo, señor.

—También lo localizaremos a él, si nos da su nombre. Y ahora escúchenme con atención. Usted, señorita Artes, y las demás, serán sacadas de aquí esta noche, completamente ilesas, y se las escoltará de vuelta a su país hasta donde las puedan llevar nuestras patrullas, que sospecho que será bastante lejos. ¿Lo han entendido? Tendrán lo que han venido a buscar. Perfecto, ¿verdad? Y no volverán aquí. Hemos capturado al troll y al vampiro. A ellos se les aplica la misma oferta.

Polly estaba observando a los oficiales. Parecían nerviosos...

... salvo uno que estaba al fondo. A ella le había parecido que todos los guardias se marchaban, pero aunque aquel hombre iba vestido como un guardia —mejor dicho, vestido como un guardia mal vestido— no actuaba como tal. Estaba apoyado en la pared junto a la puerta, fumando medio puro y sonriendo. Parecía que estuviera disfrutando del espectáculo.

—En un acto de generosidad —continuó Oxido—, esta oferta también se le aplica a usted, teniente... Blusa, ¿verdad? Aunque en su caso estará usted en libertad condicional en una casa de Ezlobenia, muy agradable por lo que tengo entendido, podrá dar saludables paseos por la campiña y todas esas cosas. Esta oferta no se ha extendido a sus oficiales superiores que se encuentran aquí, tengo que añadir.

Entonces, ¿por qué hacérnosla a nosotros?, pensó Polly. ¿Tenéis miedo? ¿De una panda de chicas? No le veo la lógica...

Desde detrás de los oficiales, el hombre del puro le guiñó el ojo a Polly. Su uniforme estaba muy anticuado: un casco vetusto, una coraza, cota de malla un poco oxidada y unas botas enormes. Lo llevaba igual que un trabajador lleva su mono de trabajo. A diferencia de los galones y los metales relucientes que tenía delante, la única declaración que hacía la ropa de aquel hombre era que no pretendía dejarse herir. No llevaba ninguna insignia que Polly pudiera ver, aparte de un escudo diminuto sujeto a la coraza.

—Si me disculpan un momento —dijo Blusa—, voy a consultarlo con mis hombres.

—¿Hombres? —dijo Óxido—. ¡Si son un puñado de mujeres, hombre!

—Pero en este momento, señor —replicó Blusa con calma—, no las cambiaría por ningunos seis hombres que me ofreciera usted. Si no les importa esperar fuera, caballeros...

Detrás del grupo, el hombre mal vestido rompió a reír sin hacer ruido. Los demás oficiales, sin embargo, no compartieron su sentido del humor.

—¡No puedo concebir que se plantee rechazar esta oferta! —dijo lord Óxido.

—Pese a todo, señor —dijo Blusa—, nos tomaremos unos minutos, Creo que las señoritas preferirían un poco de intimidad. Una de ellas está esperando un bebé.

—¿Cómo, aquí?

El grupo retrocedió como un solo hombre.

—Creo que todavía no. Pero si quieren salir un momento...

Después de que los oficiales se retiraran a la seguridad masculina del pasillo, el teniente se dirigió a su pelotón.

—¿Y bien, hombres? Para vosotros es una oferta muy atractiva, tengo que decirlo.

—Para nosotras no —dijo Tolón.

Esti asintió.

—Ni para mí —dijo Otis.

—¿Por qué no? —dijo Blusa—. Tendrías a tu marido.

—Tal vez fuera un poco complicado —balbuceó Otis—. Y en todo caso, ¿qué pasa con la invasión?

—A mí no me van a mandar a casa como si fuera un paquete —dijo Igorina—. Además, ese hombre tiene una estructura ósea censurable.

—Bueno, el soldado Goom no puede unirse a nosotros ahora mismo —suspiró Blusa—. Así que faltas tú, Polly.

—¿Por qué están haciendo esto? —preguntó Polly—. ¿Por qué nos quieren quitar de en medio? ¿Por qué no se limitan a dejarnos encerrados? Este lugar debe de estar lleno de celdas.

—Bueno, tal vez son sensibles a las fragilidades de vuestro sexo —dijo Blusa, y se frió bajo las miradas de ellas—. No he dicho que yo lo sea —se apresuró a añadir.

—Podrían matarnos y en paz —dijo Tolón—. Es verdad, podrían —añadió—. ¿Por qué no? ¿A quién le importaría? No creo que contemos como prisioneros de guerra.

—Pero no lo han hecho —dijo Polly—. Y ni siquiera nos están amenazando. Están siendo muy cuidadosos. Creo que les damos miedo.

—Sí, ya, claro —dijo Tolón—. A lo mejor piensan que los vamos a perseguir y a darles un beso bien grande y ruidoso.

—Bien, pues entonces estamos de acuerdo en que no vamos a aceptarla —dijo Blusa—. Así me gusta, coño... oh, mis disculpas.

—Todos conocemos esa palabra, señor —dijo Polly—. Le sugiero que averigüemos cuánto miedo les damos, señor.

\* \* \*

Los oficiales estaban esperando sin disimular su impaciencia, pero Óxido logró componer una breve sonrisa cuando volvió a entrar en la cocina.

—¿Y bien, teniente? —dijo.

—Hemos considerado debidamente su oferta, señor —dijo Blusa—, y nuestra respuesta es: métansela por el... —Se inclinó hacia Polly, que le susurró algo con rapidez—. ¿Quién? Ah, sí, ya. Por el pulóver. Llamado así en honor del coronel Henri Pulóver, me parece. Una cómoda prenda de lana más ligera que la sudadera, señor, que si no recuerdo mal recibe su nombre del sargento mayor del regimiento Sudor. Ahí, señor, es donde se la pueden meter.

Óxido escuchó aquella respuesta sin inmutarse, y Polly se preguntó si sería porque no la había entendido. El hombre desaliñado, que volvía a estar apoyado en la pared, sí que la había entendido, sin embargo, porque estaba sonriendo.

—Ya veo —dijo Óxido—. ¿Y todas ustedes están de acuerdo con esa respuesta? Entonces no nos dejan opción. Que tengan buenas tardes.

Su intento de salir dando zancadas fue obstaculizado por el resto de los oficiales, que tenían menos sentido del momento dramático. La puerta se cerró de golpe detrás de ellos, pero no antes de que el último hombre se girara brevemente e hiciera un gesto con la mano. Había sido difícil de ver a menos que se estuviera mirando al hombre, pero Polly sí lo miraba.

—Parece que se lo han tomado bien —comentó Blusa, dándose la vuelta.

—Espero que no nos vayamos a meter en líos por esto —dijo Otis.

—¿Comparado con qué? —preguntó Tolón.

—El hombre que ha salido el último ha levantado el pulgar y nos ha guiñado el ojo —les contó Polly—. ¿No os habéis fijado? Ni siquiera llevaba uniforme de oficial.

—Probablemente buscaba una cita —dijo Tolón.

—En Ankh-Morpork ese gesto quiere decir «de maravilla» —dijo Blusa—. En Klatch creo que significa: «Espero que tu burro explote». Me he fijado en ese hombre. Le he visto pinta de sargento de la guardia.

—No llevaba galones —dijo Polly—. ¿Por qué nos iba a querer decir «de maravilla»?

—¿O bien odiar tanto a nuestro burro? —dijo Otis—. ¿Cómo está Pirao?

—Durmiendo —dijo Igorina—. Creo.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, creo que muerta no está.

—¿Crees que no lo está? —preguntó Polly.

—Sí —dijo Igorina—. Así está la cosa. Ojalá pudiera hacerla entrar en calor.

—¿No habías dicho que estaba ardiendo?

—Eso era antes. Ahora está helada.

El teniente Blusa caminó hasta la puerta, agarró la manecilla y, para sorpresa de todos, la puerta se abrió hacia dentro. Cuatro espadas se volvieron hacia él.

—¡Tenemos a un hombre enfermo! —gritó a los guardias estupefactos—. ¡Necesitamos mantas y leña! ¡Tráiganlas ahora mismo! —Cerró de un portazo—. Puede que funcione —dijo.

—Esa puerta no tiene cerradura —dijo Tolón—. Un dato útil, Polly.

Polly suspiró.

—Ahora mismo lo único que quiero es algo de comida. Al fin y al cabo, esto es una cocina. Puede que haya algo de comer.

—Es verdad que es una cocina —dijo Tolón—. ¡Puede que haya cuchillos!

Pero siempre es un chasco descubrir que el enemigo es tan listo como uno mismo. Había un pozo, pero el enrejado de barrotes que cubría su boca no dejaba pasar nada más grande que un cubo. Y alguien sin ningún sentido narrativo de la aventura se había llevado de la sala todo lo que tuviera filo y también, por alguna razón, todo lo que se pudiera comer.

—A no ser que queramos cenar velas —dijo Otis, sacando un puñado de ellas de un armario chirriante—. Al fin y al cabo son de sebo. Seguro que el viejo Escalote prepararía escubo de velas.

Polly comprobó la chimenea, que olía como si llevara mucho tiempo sin encenderse. Era grande y amplia, pero a dos metros de altura había una reja pesada, con telarañas cargadas de hollín. La reja se veía oxidada y vetusta, y probablemente se pudiera desprender trabajando veinte minutos con una palanca, pero nunca hay una palanca cuando se necesita.

En la despensa había un par de sacos de harina añeja, seca y polvorienta. Olía mal. Había un artilugio con embudo, manecilla y varios tornillos misteriosos. Había un par de [[10]](#footnote-10)rodillos de amasar, un escurridor de lechuga, algún que otro cazo... y había trinchantes. Montones de trinchantes de asar. A Polly se le cayó el ánimo. Había sido ridículo esperar que alguien que encarcelaba a la gente en una celda improvisada fuera a dejar dentro todos los ingredientes para ejecutar una fuga, pero de todas formas, le pareció que se estaba violando alguna regla universal. No tenían nada que superase a una cachiporra. Con los trinchantes de asar se podía dar pinchazos, el escurridor de lechugas podía mejorar un puñetazo y los rodillos al menos eran un arma femenina tradicional, pero lo único que se podía hacer con la cosa del embudo, la manecilla y los tornillos misteriosos era desconcertar a la gente.

Se abrió la puerta. Entró un grupo de hombres armados escoltando a un par de mujeres que traían mantas y leña. Las mujeres entraron apresuradamente y sin levantar la vista, depositaron su cargamento y salieron casi corriendo. Polly se acercó al guardia que parecía estar al mando y este se echó atrás. Del cinturón le colgaba un llavero enorme.

—La próxima vez llamáis antes de entrar, ¿de acuerdo? —dijo.

El hombre sonrió con expresión nerviosa.

—Sí, vale —respondió—. Nos han dicho que no hablemos con vosotras...

—¿De verdad?

El carcelero echó un vistazo a su alrededor.

—Pero creemos que lo estáis haciendo de puta madre, para ser chicas —dijo en tono conspiratorio.

—¿Eso quiere decir que no nos dispararéis cuando nos escapemos? —preguntó Polly con dulzura.

La sonrisa se esfumó.

—No lo intentéis —dijo el carcelero.

—Qué montón de llaves tan grande lleva usted ahí, señor —dijo Tolón, y la mano del hombre voló a su cinturón.

—Quedaos aquí dentro —dijo el hombre—. Las cosas ya están bastante mal. ¡No os mováis de aquí!

Cerró dando un portazo. Un momento más tarde oyeron que alguien empujaba algo pesado contra la puerta.

—Bueno, ahora por lo menos tenemos un fuego —dijo Blusa.

—Esto... —empezó a decir Esti. Hablaba tan pocas veces por iniciativa propia que todos se giraron para mirarla, y ella se detuvo, avergonzada.

—¿Sí, Esti? —dijo Polly.

—Esto... Yo sé cómo abrir la puerta —murmuró Esti—. De manera que se quede abierta, quiero decir.

De haberlo dicho cualquier otro, alguien se habría reído. Pero cualquier palabra de Esti obviamente había pasado un tiempo dando vueltas antes de pronunciarse.

—Esto... bien —dijo Blusa—. Buen trabajo.

—Lo he estado pensando —dijo Esti.

—Bien.

—Funcionará.

—¡Justo lo que nos hace falta, pues! —dijo Blusa, como si intentara mantener la jovialidad contra todo pronóstico.

Esti levantó la vista hacia las enormes vigas tiznadas que recorrían la sala.

—Sí —dijo.

—Pero fuera seguirá habiendo guardias —dijo Polly.

—No —dijo Esti—. No los habrá.

—¿Ah, no?

—Se habrán marchado. —Esti se detuvo con aire de haber dicho todo lo que era necesario decir.

Tolón se acercó a ella y la cogió del brazo.

—Vamos a hablar un momentito, ¿vale? —dijo, y se llevó a la chica a la otra punta de la sala.

Estuvieron conversando en voz baja. Esti pasó la mayor parte del tiempo mirando el suelo, y por fin Tolón volvió.

—Nos van a hacer falta los sacos de harina que hay en la despensa, y la soga del pozo —dijo—. Y uno de esos... ¿cómo se llaman esas cosas grandes y redondas que cubren los platos? Las que tienen un pomo encima.

—¿Cubreplatos? —dijo Otis.

—Y una vela —continuó Tolón—. Y muchos barriles. Y mucha agua.

—¿Y qué conseguiremos con todo eso? —preguntó Blusa.

—Una explosión bien grande —respondió Tolón—. Tilda sabe mucho de fuego, creedme.

—Cuando dices que sabe mucho... —empezó a decir Polly con incertidumbre.

—Quiero decir que todos los sitios donde ha trabajado se han quemado hasta los cimientos —dijo Tolón.

\* \* \*

Hicieron rodar los toneles vacíos hasta el centro de la sala y los llenaron de agua usando la bomba. Bajo las instrucciones monosilábicas de Esti, y usando la soga del pozo, izaron tan arriba como pudieron tres sacos de harina polvorientos y agujereados, hasta dejarlos girando suavemente sobre el espacio que quedaba entre los toneles y la puerta.

—Ah —dijo Polly, retrocediendo un poco—. Creo que ya lo entiendo. Hace dos años explotó un molino de harina al otro lado del pueblo.

—Sí —dijo Tolón—. Fue Tilda.

—¿Cómo?

—Le habían estado dando palizas. Y cosas peores. Y lo que pasa con Tilda es que ella mira las cosas y piensa, y de alguna manera todo se le junta dentro de la cabeza. Y luego explota.

—¡Pero murieron dos personas!

—El hombre y su esposa. Sí. Pero yo he oído decir que otras chicas a las que habían mandado allí no volvieron jamás. ¿Tengo que contarte que Tilda estaba embarazada cuando la trajeron de vuelta a la Casa Gris, después del incendio? Tuvo el bebé y se lo llevaron y no sabemos qué pasó con él. Y luego le dieron otra paliza por ser una Abominación contra Nuggan. ¿Eso te tranquiliza la conciencia? —dijo Tolón, atando la soga a una pata de la mesa—. Estamos solas, Polly. Solas ella y yo. No tenemos herencia ni una buena casa a la que volver ni parientes que conozcamos. La Casa Gris nos rompe a todas, de una manera u otra. Pirao habla con la duquesa, yo no tengo... engranajes intermedios, y Tilda me aterra cuando pone las manos en una caja de cerillas. Tendrías que verle la cara cuando lo hace, eso sí. Se le ilumina. Por supuesto —Tolón volvió a poner aquella sonrisa peligrosa suya—, no es lo único que se ilumina. Será mejor que metamos a todo el mundo en la despensa mientras encendemos la vela.

—¿No lo tendría que hacer Tilda?

—Lo hará ella. Pero luego la tendremos que alejar a rastras, o se quedará a mirar.

Aquello había empezado siendo un juego. Ella no lo había considerado como tal, pero había sido un juego llamado «Que Polly se quede La Duquesa». Y ahora... ya no importaba. Había hecho toda clase de planes, pero ahora ya no había plan que valiera. Lo habían hecho de puta madre, para ser chicas...

Después de discutirlo un momento, colocaron un último tonel de agua frente a la puerta de la despensa. Polly miró por encima del mismo en dirección a Blusa y al resto del pelotón.

—Muy bien, todos, estamos... ejem... a punto de hacerlo —dijo—. ¿Estamos seguras de esto, Tolón?

—Ajá.

—¿Y no saldremos heridas nosotras?

Tolón suspiró.

—El polvo de la harina estallará. Eso es simple. La parte de explosión que venga hacia aquí dará a los barriles llenos de agua, que probablemente aguantarán bastante para que rebote. Lo peor que nos debería pasar es que nos mojáramos. O eso opina Tilda. ¿Se lo quieres discutir? Y en la otra dirección tan solo está la puerta.

—¿Y cómo calcula ella estas cosas?

—No las calcula. Simplemente ve cómo debería funcionar. —Tolón le dio a Polly el extremo de una soga—. Esta cuerda pasa por encima de la viga y baja hasta el cubreplatos. ¿La puede aguantar usted, teniente? Pero no tire de ella hasta que lo digamos. Lo digo muy en serio. Vamos, Polly.

En el espacio que quedaba entre los toneles y la puerta, Esti estaba encendiendo una vela. Lo hizo despacio, como si fuera un sacramento o una especie de ceremonia antigua, cada una de cuyas partes tuviera un significado enorme y complejo. Encendió una cerilla y la sostuvo con cuidado hasta que la llama hubo prendido bien. La paseó por la base de la vela, que pegó con fuerza a las losas de forma que la cera caliente la mantuviera en su sitio. Por fin aplicó la cerilla a la mecha de la vela y se quedó allí arrodillada, contemplando la llama.

—Muy bien —dijo Tolón—. Ahora yo voy a recogerla y tú bajas con muchísimo cuidado la campana encima de la vela, ¿de acuerdo? Vamos, Tilda.

Levantó a la chica con suavidad hasta ponerla de pie, sin dejar de hablarle en voz baja, y entonces le hizo una señal con la cabeza a Polly, que bajó la campana con un cuidado que llegaba a la reverencia.

Esti anduvo como si estuviera dormida. Tolón se detuvo junto a la pata de la pesada mesa de cocina a la que había atado el otro extremo de la soga que aguantaba los sacos de harina.

—Todo bien de momento —dijo—. Ahora, cuando yo deshaga el nudo, cada una la coge de un brazo y corremos, Polly, ¿lo entiendes? Corremos. ¿Lista? ¿La tienes? —Tiró de la cuerda—. ¡Corre!

Los sacos de harina cayeron, dejando tras de sí un reguero de polvo blanco, y reventaron frente a la puerta. La harina se elevó como una niebla. Corrieron hacia la despensa como alma que lleva el diablo y cayeron aparatosamente al otro lado del tonel mientras Tolón gritaba:

—¡Ya, teniente!

Blusa tiró de la cuerda que levantó la campana y permitió que la llama alcanzara...

«Fuuuum» no fue la palabra. Fuuuum fue la experiencia. Tuvo una cualidad que abrumaba todos los sentidos. Zarandeó el mundo como si fuera una sábana, lo pintó de blanco y luego, para sorpresa de todos, lo llenó de olor a tostada. Y entonces todo se acabó, en un segundo, sin dejar nada más que gritos lejanos y el estruendo de la mampostería al derrumbarse.

Polly se desenroscó y levantó la vista hacia la cara de Blusa.

—Creo que ahora es cuando cogemos las cosas y corremos, señor —dijo—. Y gritar tampoco iría mal.

—Creo que los gritos los puedo apañar —murmuró Otis—. Esta no ha sido una experiencia muy edificante.

Blusa agarró su cucharón.

—Espero que este no vaya a ser nuestro último famoso acto de resistencia desesperada —dijo.

—De hecho, señor —dijo Polly— creo que va a ser el primero. ¿Permiso para soltar un alarido que hiele la sangre, señor?

—¡Permiso concedido, Artes!

\* \* \*

El suelo estaba inundado de agua y de pedazos —pedacitos muy pequeños— de tonel. La mitad del tiro de la chimenea se había desplomado sobre el hogar, y el hollín ardía con ferocidad. Polly se preguntó si aquello se habría visto como una señal desde el valle.

La puerta ya no estaba. Ni tampoco buena parte de la pared que la rodeaba. Al otro lado...

El humo y el polvo llenaban el aire. En él había hombres gimiendo o intentando orientarse sin éxito entre los escombros. Al llegar el pelotón, aquellos hombres no solo no presentaron batalla: tampoco entendieron nada. Ni oyeron nada. Las mujeres bajaron sus armas. Polly localizó al sargento, que estaba sentado y golpeándose el costado de la cabeza con la palma de la mano.

—¡Dame las llaves! —le exigió.

Él intentó enfocar la mirada.

—¿Qué?

—¡Las llaves!

—El mío con un poco de leche, por favor.

—¿Te encuentras bien?

—¿Cómo?

Polly estiró el brazo y le quitó el llavero al hombre indefenso, reprimiendo el impulso de pedir perdón. Se lo tiró a Blusa.

—¿Quiere hacer los honores, señor? Creo que no tardaremos en recibir muchas visitas. —Se giró hacia el pelotón—. ¡Las demás, quitadles las armas!

—Algunos de estos hombres están malheridos, Polly —dijo Igorina, poniéndose de rodillas—. Hay uno aquí con múltiple.

—¿Múltiple qué? —dijo Polly, vigilando los escalones.

—Simplemente... múltiple. Múltiple todo. Pero sé que puedo salvarle el brazo, porque lo acabo de encontrar por allí. Creo que debía de tener la espada en la mano y...

—Tú haz lo que puedas, ¿vale? —dijo Polly.

—Eh, que son enemigos —dijo Tolón, cogiendo una espada.

—Ezto ez azunto de Igorz —dijo Igorina—. Lo ziento, tú no lo puedez entender.

—Estoy empezando a no entenderlo. —Tolón fue a vigilar la escalera junto con Polly. Alrededor de ellas, los hombres gemían y la piedra crujía—. Me pregunto cuánto daño hemos hecho. Ahí arriba hay mucho polvo...

—Esto se va a llenar muy pronto de gente —dijo Polly, aparentando más calma de la que sentía. Porque aquí se acaba todo, pensó. Esta vez no nos va a salvar ningún pavo. Aquí es donde averiguo si soy la carne o el metal...

Oyó que Blusa se dedicaba a abrir cerraduras y los gritos de la gente que estaba dentro.

—¡Teniente Blusa, Décimo de Infantería! —les decía—. Esto viene a ser un rescate, más o menos. Siento el jaleo.

Lo más probable es que eso último lo hubiera añadido su Dafne interior, pensó Polly. Y de pronto el pasillo estaba lleno de hombres liberados, y alguien dijo:

—¿Qué están haciendo aquí estas mujeres? ¡Por el amor de dios, dame esa espada, chica!

Y, en ese momento, Polly no tenía ganas de discutir.

\* \* \*

Los hombres toman el control. Probablemente es por los calcetines.

El pelotón se retiró a la cocina, donde Igorina estaba trabajando. Trabajaba deprisa, con eficacia y, en general, derramando muy poca sangre. Tenía su enorme mochila abierta al lado. Los frascos que había dentro eran azules, verdes y rojos; algunos humeaban cuando los abría, o bien brillaban con luces extrañas. Sus dedos se movían tan deprisa que costaba verlos. Resultaba fascinante verla trabajar. Por lo menos si no acababas de comer.

—¡Pelotón, este es el comandante Erick von Moldvitz! Me ha dicho que os quería conocer.

Se giraron al oír la voz de Blusa. Traía a un extraño consigo. El comandante era un hombre joven, pero de complexión mucho más recia que el teniente. Tenía la cara cruzada por una cicatriz.

—No os cuadréis, muchachos —dijo—. Blusa me ha contado el estupendo trabajo que habéis estado haciendo. ¡Felicidades! Disfrazados de mujeres, ¿eh? ¡Es una suerte que no os hayan descubierto!

—Síseñor —dijo Polly.

De fuera llegaba el ruido de gritos y combates.

—¿No habéis traído vuestros uniformes? —preguntó el comandante.

—Podría haber sido complicado si nos descubrían con ellos encima —dijo Polly, mirando fijamente a Blusa.

—Podría haber sido complicado de todas maneras, si os registraban, ¿no? —dijo el comandante, guiñando el ojo.

—Síseñor —dijo Polly obedientemente—. El teniente Blusa se lo ha contado todo de nosotros, ¿verdad, señor?

Justo detrás del comandante, Blusa estaba haciendo un gesto universal. Consistía en levantar ambas manos con las palmas hacia arriba y hacia fuera y menearlas furiosamente con todos los dedos extendidos.

—Ja, sí. Robasteis la ropa de una casa de mal nombre, ¿eh? Unos jovencitos como vosotros no tendríais que haber entrado ahí, ¿eh? ¡Esos sitios son una Abominación, si están llevados como es debido! —dijo el comandante, moviendo un dedo en gesto teatral—. En todo caso, la cosa va bien. En estos niveles tan profundos del fuerte apenas hay guardias, ¿sabéis? ¡Este sitio lo construyeron suponiendo que el enemigo iba a estar fuera! Caramba, ¿qué le está haciendo ese hombre al que está tumbado en la mesa?

—Remendándolo, zeñor —dijo Igorina—. Coziéndole otra vez el brazo.

—Pero es un enemigo, ¿no?

—Código de loz Igorz, zeñor —dijo Igorina en tono de reproche—. Le echamoz una mano a quien la necezite, zeñor.

El comandante se sorbió la nariz.

—En fin, no puedo discutir con vosotros, ¿eh? Pero cuando hayas terminado, tenemos a muchos de los nuestros ahí fuera que agradecerían tu ayuda.

—Por zupuezto, zeñor —dijo Igorina.

—¿Sabe algo de mi hermano, señor? —preguntó Polly—. ¿Paul Artes?

—Sí, Blusa me lo ha mencionado, Artes, pero hay hombres encerrados por todas partes y ahora mismo es todo un poco complicado, ¿eh? —respondió bruscamente el comandante—. En cuanto al resto de vosotros, os daremos pantalones en cuanto sea posible y así os podréis unir a la diversión, ¿eh?

—La diversión —dijo Tolón con voz hueca.

—¿Y la diversión consiste en...? —dijo Polly.

—Ya hemos llegado hasta la cuarta planta —dijo Von Moldvitz—. Puede que no hayamos recuperado todo el fuerte, pero sí hemos tomado los patios exteriores y algunas de las torres. Para cuando se haga de día ya controlaremos quién entra y quién sale. ¡Hemos vuelto a entrar en la guerra! Ya no van a invadirnos. La mayoría de sus altos mandos están en la torre del homenaje.

—Entrar en la guerra —murmuró Polly.

—¡Y la vamos a ganar! —dijo el comandante.

—Oh, concho —dijo Otis.

Polly sabía que algo cedería pronto. Tolón tenía aspecto de estar a punto de explotar, y hasta a Otis se la veía nerviosa. Era pura cuestión de tiempo que Esti encontrara su caja de cerillas, que Polly había escondido en un armario.

Igorina recogió su petate y dedicó al comandante una sonrisa luminosa.

—Ya eztoy, zeñor —dijo.

—Por lo menos quítese la peluca, ¿no?

—Ez mi pelo de verdad, zeñor —dijo Igorina.

—Pues parece un poco... afeminado —replicó el comandante—. Sería mejor que...

—De hecho soy una mujer, señor —dijo Igorina, abandonando casi del todo su ceceo—. Confíe en mí, soy una Igor. Entendemoz de estas cosas. Y con la aguja no me gana nadie.

—¿Una mujer? —dijo el comandante.

Polly suspiró.

—Todas lo somos, señor. En realidad somos mujeres. No es solo que vayamos disfrazadas de mujeres. Y ahora mismo no me quiero poner pantalones, porque entonces sería una mujer disfrazada de hombre disfrazado de mujer disfrazada de hombre, y estaría tan confundida que no sabría cómo soltar palabrotas. Y ahora mismo quiero soltar palabrotas, señor, tengo muchas ganas.

El comandante se volvió hacia Blusa con rigidez.

—¿Tenía usted conocimiento de esto, teniente? —ladró.

—Bueno... sí, señor. No desde el principio. Pero aun así, señor, me gustaría...

\* \* \*

Esta otra celda era una antigua garita de guardia. Era húmeda y tenía dos literas desvencijadas.

—En conjunto —dijo Tolón—, creo que era mejor cuando nos tenía encerrados el enemigo.

—Hay una rejilla en el techo —dijo Otis.

—No es lo bastante grande para trepar por ella —dijo Polly.

—No, pero nos podemos ahorcar antes de que lo hagan ellos.

—Me han dicho que es una forma muy dolorosa de morir —dijo Polly.

—¿Quién? —preguntó Tolón.

De vez en cuando se filtraban los sonidos de la batalla por el estrecho ventanuco. Sobre todo eran gritos; a menudo, chillidos. La diversión estaba teniendo lugar.

Igorina estaba sentada mirándose las manos.

—¿Qué tienen de malo? —dijo—. ¿Es que no he hecho un buen trabajo con ese brazo? Pero no, les da miedo que meta mano a sus pelusos.

—Podrías haberles prometido que solamente operarías a los oficiales —dijo Tolón. Nadie se rió, y lo más probable es que de abrirse la puerta nadie se hubiera molestado en salir corriendo. Escapar del enemigo era un acto digno y noble, pero si escapabas de tu propio bando, ¿adónde ibas a escapar?

En una de las literas, Pirao estaba dormida como un oso en plena hibernación. Había que mirarla un cierto tiempo para verla respirar.

—¿Qué nos pueden hacer? —preguntó Otis, nerviosa—. Ya sabéis... hacernos de verdad.

—Hemos llevado ropa de hombre —dijo Polly.

—Pero eso es solo una azotaina.

—Oh, ya encontrarán más cosas, creedme —dijo Tolón—. Además, ¿quién sabe que estamos aquí?

—¡Pero si los hemos sacado de la cárcel! ¡A los nuestros!

Polly suspiró.

—Es por eso, Otis. Nadie quiere saber que una panda de chicas se han disfrazado de soldados y se han colado en un fuerte enorme y han soltado a medio ejército. Todo el mundo sabe que las mujeres no pueden hacer esas cosas. Ningún bando nos quiere aquí, ¿entendéis?

—En un campo de batalla como este, ¿quién se va a preocupar por unos cuantos cadáveres más? —preguntó Tolón.

—¡No digas eso! El teniente Blusa ha salido en nuestra defensa —dijo Otis.

—¿Quién, Dafne? —objetó Tolón—. ¡Ja! Otro cuerpo más. Lo más seguro es que lo hayan encerrado en alguna parte, igual que a nosotras.

Se oyeron unos vítores lejanos, que continuaron durante algún tiempo.

—Parece que han tomado el edificio —dijo Polly.

—Hurra por nosotros —dijo Tolón, y escupió.

Al cabo de un rato se abrió una trampilla en la puerta y un hombre silencioso les entregó una cazuela grande de escubo y una bandeja de pan de caballo. No era mal escubo, o por lo menos no era mal escubo para los estándares del mal escubo. Se discutió un poco la idea de si ser alimentadas quería decir que no habría ejecuciones, hasta que alguien señaló la tradición de dar una Última Comida a los reos como muestra de buen corazón. Igorina aportó su opinión cultural de que aquel guiso no solo tenía buen corazón, sino también buenos pulmón e hígado. Pero por lo menos estaba caliente.

Un par de horas más tarde les pasaron una cazuela de brebaje y unas cuantas tazas. Esta vez el guardia les guiñó el ojo.

Una hora después la puerta se abrió. Entró un joven con uniforme de comandante.

En fin, vuelta a empezar, pensó Polly. Se puso de pie.

—¡Pelotón... fiiir —mes!

Con razonable rapidez, el pelotón se las apañó al menos para ponerse de pie y formar una hilera. El comandante saludó a Polly llevándose el bastón a la visera de su gorro. El bastón era mucho más fino que una pulgada.

—Descanse... cabo, ¿verdad? —dijo.

—Síseñor. —Aquello parecía prometedor.

—Soy el comandante Zuecón, de la oficina del preboste —se presentó el comandante—. Y me gustaría que me lo contaran todo. Sin dejarse nada. Voy a tomar notas, si no les importa.

—¿A qué viene esto? —preguntó Tolón.

—Ah, usted debe de ser... el soldado Dogal —dijo Zuecón—. Ya he hablado largo y tendido con el teniente Blusa.

Se giró, le hizo una señal con la cabeza al guardia que esperaba en la entrada y cerró la puerta. También cerró la trampilla.

—Van a juzgarlas a ustedes —dijo, sentándose en la litera que quedaba vacía—. Los políticos quieren que las juzgue un tribunal nugganático formal, pero aquí resultaría más bien complicado, y nadie quiere que esto dure más tiempo del necesario. Además, se ha producido un... acontecimiento inesperado. Alguien ha mandado un comunicado al general Fhrac preguntándole por todas ustedes, usando sus nombres. O por lo menos —añadió— sus apellidos.

—¿Ha sido lord Óxido, señor?

—No, ha sido alguien llamado William de Worde. No sé si han visto alguna vez ese periódico que hace... Nos preguntamos cómo se ha enterado de que están ustedes prisioneras.

—¡Pues nosotras no se lo hemos dicho! —dijo Polly.

—Eso... complica un poco las cosas —dijo Zuecón—. Aunque, desde el punto de vista de ustedes, introduce mucha esperanza. Hay miembros del ejército que están, digamos, considerando el futuro de Borogravia. Es decir, les gustaría que hubiera uno. Mi trabajo es presentar el caso de ustedes ante el tribunal.

—¿Es un consejo de guerra? —preguntó Polly.

—No, no son tan tontos. Llamarlo consejo de guerra indicaría que admiten que son ustedes soldados.

—Usted lo admite —terció Otis.

—De facto no es lo mismo que de jure —dijo Zuecón—. Y ahora, como ya les he dicho... cuénteme su historia, señorita Artes.

—¡Es cabo, si no le importa!

—Perdón por el lapsus. Y ahora... continúe... —Zuecón abrió su bolsa, sacó unos anteojos de media luna, que procedió a ponerse, y por fin sacó un lápiz y algo blanco y cuadrado—. Cuando estén listas... —añadió.

—Señor, ¿de verdad va a escribir en un sándwich de mermelada? —preguntó Polly.

—¿Cómo? —El comandante bajó la vista y se rió—. Oh. No. Perdonen ustedes. Tengo que evitar saltarme comidas. El azúcar de la sangre, ya saben...

—Pero es que está rezumando, señor. Por nosotras no se preocupe. Ya hemos comido.

Tardaron una hora, llena de interrupciones y de correcciones, y dos sándwiches más. El comandante utilizó gran parte del cuaderno, y de vez en cuando se vio obligado a detenerse y levantar la vista al techo.

—...y entonces nos han tirado aquí —dijo Polly, reclinándose en su asiento.

—En realidad nos han empujado —dijo Igorina—. Con algún codazo.

—Hum —dijo Zuecón—. ¿Y dice usted que el cabo Strappi, como lo conocían ustedes, se sintió... repentinamente muy enfermo ante la idea de entrar en combate?

—Síseñor.

—¿Y que es verdad que en la taberna de Plün le dio usted un rodillazo al príncipe Heinrich en pleno altercado?

—Al menos en la zona general del altercado, señor. Y en ese momento no sabía que era él, señor.

—Veo que no ha mencionado el ataque en la colina donde, según el teniente Blusa, la acción rauda de usted les procuró el libro de códigos del enemigo...

—No valía la pena mencionarlo, señor. No hicimos gran cosa con él.

—Oh, eso no lo sé. Gracias a usted y a ese hombre tan majo del periódico, la alianza ha tenido a dos regimientos dando trotes por las montañas buscando a cierto líder guerrillero llamado «el Tigre». El príncipe Heinrich insistió en ello, y de hecho es quien está al mando. Se podría decir que le irrita perder. Se rumorea que estaba muy, muy irritado.

—¿El escritor del periódico se creyó todo aquello? —preguntó Polly, asombrada.

—No lo sé, pero está claro que lo escribió. ¿Y dicen que lord Óxido les ha ofrecido irse a sus casas discretamente?

—Síseñor.

—Y ustedes han decidido por consenso que podía...

—Meterse su oferta por el pulóver, señor.

—Ah, sí. No entendía mi propia letra. P... U... L... —Zuecón escribió la palabra en mayúsculas y entonces dijo—: Yo no estoy diciendo esto, no estoy aquí, pero hay gente... influyente... de nuestro bando que se pregunta si ahora estarían dispuestas a marcharse con discreción.

La cuestión flotó en el aire como un cadáver colgado de una viga.

—Lo dejaremos también en «pulóver», entonces, ¿no? —preguntó Zuecón.

—Algunas de nosotras no tenemos a donde ir —dijo Tolón.

—O nadie con quien ir —dijo Otis.

—No hemos hecho nada malo —dijo Polly.

—Pues pulóver, entonces —zanjó el comandante. Dobló sus anteojos y suspiró—. Ni siquiera me han querido decir de qué se las va a acusar.

—Ser Chicas Malas —dijo Tolón—. ¿A quién queremos engañar, señor? El enemigo se quería librar de nosotras con discreción, y ahora el general quiere hacer lo mismo. Ese es el problema de los hombres buenos y los hombres malos. ¡Son todos hombres!

—¿Nos habrían dado una medalla, señor, si hubiéramos sido hombres?

—Ajá. Seguro. Y a Blusa lo habrían ascendido al instante, me imagino. Pero ahora mismo estamos en guerra, y puede que no sea el mejor momento...

—¿... de dar las gracias a una panda de mujeres Abominables? —sugirió Polly.

Zuecón sonrió.

—Iba a decir «de distraerse». Es la rama política quien está presionando para esto, claro. Quieren evitar que corra la voz. Y el alto mando quiere acabar rápido con esto por la misma razón.

—¿Cuándo va a empezar todo? —preguntó Polly.

—Dentro de una media hora.

—¡Menuda estupidez! —dijo Tolón—. ¿Están en plena guerra y van a perder tiempo en celebrar un juicio contra unas cuantas mujeres que ni siquiera han hecho nada malo?

—El general ha insistido —dijo Zuecón—. Quiere quitarse el asunto de encima.

—¿Y qué autoridad tiene este tribunal? —preguntó Polly con frialdad.

—Miles de hombres armados —dijo Zuecón—. El problema es que cuando le dices a un general: «¿Tú y qué ejército?», él solamente tiene que señalar al otro lado de la ventana. Pero tengo intención de demostrar que la vista debería ser un consejo de guerra. ¿Todas han besado a la duquesa? ¿Han aceptado el chelín? Yo digo que eso lo convierte en asunto militar.

—¿Y eso es bueno?

—Bueno, quiere decir que hay unos procedimientos a seguir. La última Abominación contra Nuggan era contra los rompecabezas. Porque rompen el mundo en pedacitos, dice. Por lo menos está haciendo que la gente se ponga a pensar. Puede que el ejército esté loco, pero por lo menos está loco siguiendo las reglas. Tiene una demencia fiable. Ejem, su amiga, la que está dormida... ¿la quieren dejar aquí?

—No —dijo el pelotón como una sola mujer.

—Necesita mi atención constante —dijo Igorina.

—Si la dejáramos aquí podría sufrir un repentino ataque de esfumarse sin dejar rastro —dijo Tolón.

—Vamos a seguir juntas —dijo Polly—. No dejamos a ningún hombre atrás.

\* \* \*

La sala elegida para celebrar el juicio era un salón de baile. Polly se enteró de que habían reconquistado más de medio fuerte, pero la distribución del terreno era muy errática. La alianza seguía controlando los edificios centrales y la armería, pero estaba totalmente rodeada por las fuerzas borogravianas. El premio que se estaban disputando en aquellos momentos era el complejo de la entrada principal, que no había sido construido para resistir ataques desde el interior. Lo que estaba sucediendo allí fuera era una refriega, una especie de pelea nocturna de taberna pero a una escala enorme. Y como había varias máquinas de guerra en lo alto de las torres que ahora poseía uno y otro bando, el fuerte se estaba disparando a sí mismo, en la mejor tradición del pelotón de fusilamiento circular.

El suelo del salón olía a barniz y a tiza. Alguien había juntado varias mesas formando un basto semicírculo. Debía de haber presentes más de treinta oficiales, pensó Polly. Luego vio las otras mesas detrás del semicírculo, los mapas y la gente que entraba y salía constantemente, y comprendió que aquello no solo era por ellas. Estaban en una sala de guerra.

El pelotón fue conducido a aquella sala y permaneció en posición de firmes. Igorina había intimidado a un par de guardias para que llevaran a Pirao en camilla. Aquel círculo de puntos de sutura que tenía debajo del ojo valía más que unos galones de coronel. Ningún soldado quería contrariar a los Igor.

Esperaron. De vez en cuando algún oficial les echaba un vistazo y regresaba a sus mapas o a su conversación. Entonces Polly vio que se extendía un susurro, las cabezas giraban una vez más y se produjo un movimiento generalizado en dirección al semicírculo de asientos. Reinaba la clara sensación de que aquello era una tarea fatigosa que, por desgracia, había que llevar a cabo.

El general Fhrac no miró directamente al pelotón hasta que hubo tomado asiento en el centro del grupo y hubo dispuesto prolijamente sus papeles. Incluso entonces, su mirada resbaló rápidamente sobre ellas, como si tuviera miedo de detenerse. Era la primera vez que Polly lo veía. Era un hombre atractivo y todavía tenía una buena mata de pelo blanco. La cicatriz que le bajaba por un costado de la cara había fallado por poco a un ojo y quedaba realzada por las arrugas.

—Las cosas marchan bien —dijo, dirigiéndose a la sala en general—. Acabamos de enterarnos de que una columna móvil liderada por lo que queda del Décimo está llegando al fuerte y atacando la entrada principal desde el exterior. Alguien debe de haber visto lo que está ocurriendo. ¡El ejército está en marcha!

Aquello suscitó cierta cantidad de vítores refinados, ninguno de ellos procedente del pelotón. El general les echó otro vistazo.

—¿Están todas aquí, Zuecón? —dijo.

El comandante, que por lo menos tenía una mesilla para él solo, se puso de pie y saludó.

—No, señor —dijo—. Estamos esperando...

Las puertas se volvieron a abrir. Jade entró, encadenada entre dos trolls mucho más grandes. Detrás de ella entraron Maladicto y Blusa. Pareció que con todas las prisas y la confusión nadie le había encontrado un pantalón a Blusa, mientras que a Maladicto se lo veía un poco tembloroso. Sus cadenas tintineaban sin cesar.

—Protesto por las cadenas, señor —dijo Zuecón.

El general lo consultó en voz baja con algunos de los demás oficiales.

—Sí, no queremos formalidades innecesarias —dijo, haciendo una señal con la cabeza a los guardias—. Quítenselas. Los trolls pueden marcharse. Solamente quiero que los guardias se queden en la puerta. Ahora, procedamos. Esto no debería tomarnos mucho tiempo. A ver, vosotras —siguió, acomodándose en su asiento—. Con la excepción del teniente Blusa, aceptaréis ser devueltas a vuestras casas y puestas bajo la custodia de un varón responsable, ¿entendido? Y no quiero que se hable más de este asunto. Habéis hecho gala de un coraje considerable, de eso no hay duda, pero estaba fuera de lugar. No somos gente ingrata, sin embargo. Tenemos entendido que ninguna de vosotras está casada, de manera que os proporcionaremos unas dotes adecuadas, o mejor dicho, generosas...

Polly hizo el saludo militar.

—¿Permiso para hablar, señor?

Fhrac se la quedó mirando y luego clavó una mirada incisiva en Zuecón.

—Tendrá usted ocasión de hablar más tarde, cabo —dijo el comandante.

—Pero ¿qué es exactamente lo que hemos hecho mal, señor? —preguntó Polly—. Nos lo tendrían que decir.

Fhrac miró hacia el extremo de la hilera de sillas.

—¿Capitán? —dijo.

Un oficial de baja estatura se puso de pie. En la cara de Polly, la marea del reconocimiento inundó las marismas del odio.

—Capitán Strappi, división política, señor... —empezó a decir, y se detuvo al oír el gemido procedente del pelotón. Cuando se hubo apagado, carraspeó y continuó—: Se han cometido veintisiete Abominaciones de acuerdo con la ley nugganática, señor. Sospecho que ha habido muchas más. Según la ley militar, señor, tenemos el simple hecho de que fingieron ser hombres a fin de alistarse. Yo estaba presente, señor, y lo vi todo.

—Capitán Strappi, permítame que lo felicite por la rapidez de su ascenso —dijo el teniente Blusa.

—Ya lo creo, capitán —dijo Zuecón—. Parece ser que hace solamente unos días era usted un humilde cabo.

Una lluvia de polvo de yeso volvió a caer del techo cuando algo pesado impactó contra la pared exterior. Fhrac sacudió el polvo de sus papeles con la mano.

—Confío en que no fuera uno de los nuestros —dijo, despertando cierta cantidad de risas—. Continúe, capitán.

Strappi se giró hacia el general.

—Como usted sabe, señor, a veces es necesario que los integrantes de la división política asumamos un rango inferior con el objeto de obtener información estratégica. Está contemplado en el reglamento, señor —añadió.

La mirada que dedicó el general Fhrac al hombre removió una tacita de esperanza en el pecho de Polly. A nadie le podía caer bien algo como Strappi, ni siquiera a su madre. A continuación el general se volvió de nuevo hacia Zuecón.

—¿Esto es pertinente, comandante? —preguntó con impaciencia—. Sabemos que se han disfrazado de...

—... mujeres, señor —dijo Zuecón con voz tranquila—. Eso es lo único que sabemos, señor. Aparte de la afirmación del capitán Strappi, que más adelante tengo intención de sugerir que está sesgada, todavía no he oído ninguna prueba de que se hayan vestido de ninguna otra manera.

—¡Tenemos la prueba delante de nuestros ojos, hombre!

—Sí, señor. Llevan vestidos, señor.

—¡Y apenas tienen pelo!

—Sí, señor —dijo Zuecón. Cogió de la mesa un libro bastante grueso, atiborrado de puntos de lectura—. Del Libro de Nuggan, señor: «Es una Beatitud a los ojos de Nuggan el que Una Mujer llevare corto su pelo, para que así no se vieren inflamadas las propensiones amorosas de los hombres».

—¡Pues yo no veo muchas mujeres rapadas por ahí! —le espetó Fhrac.

—Sí, señor. Es uno de esos mandatos que la gente encuentra algo complicados, como el de estornudar. Llegado este punto, señor, le diré que tengo intención de demostrar que todos nosotros cometemos Abominaciones de forma rutinaria. Hemos adoptado la costumbre de pasarlas por alto, de hecho, lo cual abre un debate bastante interesante. En cualquier caso, el pelo corto es nugganáticamente correcto. Con palabras cortas, señor, y con el pelo corto, estas señoritas no parecen haber estado involucradas en nada más que unas cuantas coladas, un accidente en las cocinas y la liberación de su señoría de las celdas.

—¡Yo las vi! —gruñó Strappi—. ¡Parecían hombres y actuaban como hombres!

—¿Por qué estaba usted en la partida de reclutamiento, capitán? —preguntó el comandante Zuecón—. Nunca me habría imaginado que esas partidas fueran un nido de actividad sediciosa.

—¿Esa es una pregunta relevante, comandante? —preguntó el general.

—No lo sé, señor —dijo Zuecón—. Por eso la hago. No creo que nos convenga que se diga que a estas señoritas no se les ha concedido una audiencia justa.

—¿Que lo diga quién? —dijo Fhrac—. Podemos confiar en la discreción de mis oficiales.

—Que lo digan las propias señoritas, señor.

—¡Entonces les tenemos que exigir que no hablen con nadie!

—¡Oh, venga ya! —exclamó Blusa.

—¿Y cómo piensa hacer que lo cumplan, señor? —dijo Zuecón—. ¿Cómo obligará a estas mujeres que, en esto estamos de acuerdo, lo liberaron a usted de las garras del enemigo?

Se oyeron murmullos entre los oficiales.

—Comandante Zuecón, ¿ha almorzado usted? —preguntó el general.

—No, señor.

—El coronel Camiseta dice que se vuelve usted un poco... errático cuando se salta una comida...

—No, señor. Me vuelvo quisquilloso, señor. Pero creo que ahora mismo lo apropiado es cierta quisquillosidad. Le he formulado una pregunta al capitán Strappi, señor.

—Muy bien, capitán, tal vez quiera decirnos por qué iba usted con esa partida de reclutamiento —dijo el general, con aire de fatiga.

—Estaba... investigando a un soldado, señor. A un suboficial. Nos habían llamado la atención sobre algunas irregularidades en su expediente, señor, y donde hay irregularidades solemos hallar sedición. Tengo reparos en hablar de esto, señor, porque se trata de un sargento que le ha prestado algún servicio a usted mismo...

—¡Jrumf! —dijo el general en voz alta—. Creo que este no es un asunto que se deba discutir aquí.

—El caso es que según el expediente, varios oficiales habían ayudado a... —continuó Strappi.

—¡Jrumf! ¡No son asuntos para este tribunal, capitán! ¿Estamos de acuerdo caballeros?

—Sí, señor. Es solo que el comandante me ha hecho una pregunta y yo... —empezó a decir Strappi, desconcertado.

—¡Capitán, le sugiero que aprenda lo que significa un jrumf! —bramó Fhrac.

—¿Y qué andaba buscando usted cuando nos registró los petates? —intervino Polly, mientras Strappi se encogía.

—¡Mmmmmi cccccafé! —dijo Maladicto—. ¡Mmmmme rrrrrobaste eeeeel cccccafé!

—¡Y te escapaste cuando te dijeron que ibas a entrar en combate, pedazo de mierdecilla de perro! —dijo Tolón—. ¡Polly dijo que te measte en los calzones!

El general Fhrac dio un puñetazo sobre la mesa, pero Polly se fijó en que un par de oficiales estaban intentando ocultar su sonrisa.

—¡Estos asuntos no conciernen a la presente investigación! —dijo.

—Sin embargo, señor, un par de ellos me parecen susceptibles de ser investigados más adelante —dijo un coronel, desde un lado de la mesa—. Las pertenencias de los soldados alistados solamente se pueden registrar en presencia de los mismos, general. Esto puede parecer un detalle trivial, pero en el pasado la cuestión ha provocado motines. ¿Sospechaba ya usted que los... hombres eran mujeres cuando llevó a cabo el registro, capitán?

Oh, di que sí, por favor, di que sí, pensó Polly, mientras Strappi vacilaba. Porque cuando hablemos de cómo nos encontraron tan deprisa aquellos soldados de caballería, significará que tú los pusiste tras la pista de una panda de chicas borogravianas. ¡A ver qué tal sienta eso en Plün! Y si no lo sabías, ¿por qué andabas rebuscando entonces?

Strappi prefirió la espada a la pared. En el patio exterior las piedras traqueteaban al caer y el capitán tuvo que levantar la voz para hacerse oír.

—Tenía, ejem, sospechas generales sobre ellas, señor, por el entusiasmo con que se habían...

—¡Protesto, señor! —dijo Zuecón—. ¡El entusiasmo no es ningún vicio militar!

—Con moderación, ciertamente no —dijo Fhrac—. ¿Encontró usted pruebas de alguna clase?

—Encontré unas enaguas, señor —dijo Strappi, avanzando con cautela.

—Entonces, ¿por qué no...? —empezó a decir Fhrac, pero Strappi lo interrumpió.

—Durante una temporada serví con el capitán Wrigglesworth, señor —dijo.

—¿Y? —repuso Fhrac, pero el oficial que estaba a su izquierda se inclinó y le susurró algo al oído—. Ah, Wrigglesworth. Ja, sí —dijo—. Por supuesto. Un buen oficial, Wrigglesworth. Muy aficionado a, ejem...

—El teatro amateur —le apuntó un coronel, en tono de evasiva.

—¡Eso! ¡Eso! Muy buenas para la moral, esas cosas. Jrumf.

—Con todos los respetos, general, creo que puedo ofrecer una salida a esta situación —dijo otro hombre que tenía graduación de general.

—¿En serio, Bob? —preguntó Fhrac—. En fin... adelante. Se hará constar en acta que cedo la palabra al general Kzupi.

—Perdone, señor, yo creía que este proceso no estaba siendo registrado —dijo Zuecón.

—Sí, sí, claro, muchísimas gracias por refrescarme la memoria —dijo Fhrac—. De todas maneras, en caso de que lo estuviéramos registrando, eso es lo que constaría. ¿Bob?

—Señoritas —dijo el general Kzupi, dirigiendo una sonrisa reluciente al pelotón—. Y usted también, por supuesto, teniente Blusa, y usted también, ejem... —Miró con cara de curiosidad a Maladicto, que le devolvió la mirada— ¿señor? —Al general Kzupi, sin embargo, no lo iba a hacer perder el hilo la mirada amenazadora de un vampiro, ni aunque no se pudiera quedar quieto—. En primer lugar, permítanme que les ofrezca, de parte de todos nosotros, creo, nuestro agradecimiento por el increíble trabajo que han hecho ustedes. Un esfuerzo espléndido. Pero por desgracia, el mundo en que vivimos tiene ciertas... reglas, ¿me entienden? Para ser francos, el problema no es que sean ustedes mujeres. No como tal. Sino que persisten ustedes en mantener que lo son. ¿Lo ven? Eso no lo podemos tolerar.

—¿Quiere decir que si nos pusiéramos otra vez los uniformes y echáramos a andar con aires chulescos, eructando y diciendo: «Jo, jo, han picado», estaría bien? —preguntó Polly.

—Tal vez yo pueda ayudar —dijo otra voz.

Fhrac miró al extremo de la mesa.

—Ah, comandante de brigada Rellenor. ¿Sí?

—Esto es una maldita idiotez, general...

—¡Jrumf! —dijo Fhrac.

—¿Qué ocurre? —dijo Rellenor, con cara perpleja.

—Hay señoritas presentes, comandante de brigada. Ahí está, ajá, el problema.

—¡Eso, maldita sea! —dijo Tolón.

—Entendido, general. Pero el pelotón lo comandaba un hombre, ¿tengo razón?

—El teniente Blusa me dice que es un hombre, señor —dijo Zuecón—. Y como es oficial y caballero, yo acepto su palabra.

—Bueno, pues problema resuelto. Estas jóvenes señoritas lo ayudaron. Lo introdujeron en el fuerte y todo eso. Lo asistieron. En la mejor tradición de la mujer borograviana y tal. No son soldados, para nada. Dele al hombre una medalla enorme y nómbrelo capitán, y todo esto acabará olvidándose.

—Disculpe un momento, general —dijo Zuecón—. Voy a consultar con las que llamaríamos las acusadas, si alguien me pudiera informar de la naturaleza exacta de la acusación. —Fue caminando hasta el pelotón y bajó la voz—. Creo que esta es la mejor oferta que van a hacerles —dijo—. Y seguro que también puedo conseguir el dinero. ¿Qué les parece?

—¡Es completamente ridículo! —exclamó Blusa—. Han mostrado una decisión y un valor tremendos. Nada de todo esto habría sido posible sin ellas.

—Cierto, Blusa, y a usted se le permitiría decirlo —dijo Zuecón—. A Rellenor se le ha ocurrido una idea bastante brillante. Todo el mundo consigue lo que quiere, lo único que deberán evitar ustedes es sugerir de ninguna manera que estuvieran actuando en calidad de soldados. Valientes mujeres borogravianas acudiendo en ayuda de un héroe galante; eso cuadra. Pueden considerar que estamos en tiempos de cambio, y que están ustedes ayudando a que el cambio sea más rápido. ¿Y bien?

Hubo miradas entre el pelotón.

—Ejem... yo me conformaría con eso —se aventuró a decir Otis—. Si todo el mundo está de acuerdo.

—¿O sea que tendrías a tu bebé sin marido? —dijo Polly.

—De todas maneras, lo más seguro es que esté muerto, fuera quien fuese —suspiró Otis.

—El general tiene influencias —dijo Zuecón—. Es posible que pueda...

—No, yo no me trago nada de todo esto —dijo Tolón—. Es una patraña asquerosa. Que se vayan al infierno.

—¿Esti? —dijo Polly.

Esti encendió una cerilla y la miró fijamente. Era capaz de encontrar cerillas en cualquier parte.

Se oyó otro «catacroc», muy por encima de sus cabezas.

—¿Maladicto? —preguntó Polly.

—Ppongamos ttoda lla ccarne een eel aasador. Yyo ddigo nno.

—¿Y usted, teniente? —preguntó Zuecón.

—Es deshonroso —dijo Blusa.

—Sin embargo, podría haber problemas para usted si no acepta. Para su carrera.

—Sospecho que ya no tengo carrera, comandante, pase lo que pase. No, no quiero vivir una mentira. Ahora ya sé que no soy un héroe. Solamente soy alguien que quiso serlo.

—Gracias, señor —dijo Polly—. Esto... ¿Jade?

—Uno de los trolls que me detuvo me pegó con su garrote y yo le tiré una mesa —dijo Jade, mirando el suelo.

—Eso son malos tratos a un pris... —empezó a decir Blusa, pero Zuecón lo interrumpió.

—No, teniente, yo conozco un poco a los trolls. Son muy... físicos. Así pues... es un muchacho bastante atractivo, ¿verdad, soldado?

—Me ha dado buena impresión —dijo Jade, sonrojándose—. Así que no quiero que me manden a casa. De todas formas, allí no tengo nada.

—¿Soldado Igor... ina? —dijo Blusa.

—Creo que deberíamos rendirnos —dijo Igorina.

—¿Por qué? —preguntó Polly.

—Porque Pirao se está muriendo. —Levantó una mano—. No, por favor, no os apelotonéis. Dadle aire, por lo menos. No ha comido. Y no puedo conseguir que trague el agua. —Levantó unos ojos enrojecidos—. ¡Ya no sé qué hacer!

—La duquesa habló con ella —dijo Polly—. Todos lo oísteis. Y ya sabéis lo que vimos en la cripta.

—¡Y yo ya dije que no me creía nada! —exclamó Tolón—. Es su... mente. Ellos la volvieron loca de remate. Y estábamos todas tan cansadas que habríamos visto cualquier cosa. Todo eso de querer llegar hasta el Alto Mando... Bueno, pues aquí los tenemos, y yo no veo ningún milagro. ¿Y vosotras?

—Yo no creo que ella hubiera querido que nos rindiéramos —dijo Polly.

No.

—¿Habéis oído eso? —preguntó Polly, aunque no estaba segura de que la palabra le hubiera llegado a la cabeza por los oídos.

—¡Yo no! —dijo Tolón—. ¡Yo no lo he oído!

—No creo que podamos aceptar ese compromiso, señor —le dijo Polly al comandante.

—Entonces yo tampoco —se apresuró a decir Otis—. Yo no... no ha sido... solamente vine porque... pero... mirad, yo me quedo con vosotras. Ejem... ¿qué nos pueden hacer, señor?

—Meterlas en una celda durante mucho tiempo, probablemente —dijo el comandante—. Están siendo amables con ustedes...

—¿Amables? —dijo Polly.

—Bueno, ellos creen que están siendo amables —dijo Zuecón—. Y podría ser mucho peor. Y estamos en guerra. No quieren causar una mala impresión, pero Fhrac no llegó a general gracias a ser amable. Debo avisarles a ustedes de eso. ¿Aun así quieren rechazar la oferta?

Blusa se giró para mirar a sus hombres.

—Creo que sí, comandante.

—Bien —dijo Zuecón, guiñando un ojo.

Bien.

Zuecón regresó a su mesa y revolvió sus papeles.

—Las supuestas acusadas, señor, lamentan rechazar la oferta.

—Sí, ya me parecía que lo iban a hacer —dijo Fhrac—. En ese caso, deben regresar a las celdas. Nos encargaremos de ellas más tarde. —Hubo una lluvia de yeso cuando algo volvió a impactar contra la pared exterior—. ¡Este asunto ya ha ido demasiado lejos!

—¡No aceptamos que nos manden a las celdas! —gritó Tolón.

—¡Entonces estamos ante un motín, señor! —dijo Fhrac—. ¡Y sabemos cómo tratar con esas cosas!

—Disculpe, general, ¿significa eso que el tribunal admite que estas señoritas son soldados? —dijo Zuecón.

El general Fhrac lo fulminó con la mirada.

—¡No intente enredarme con bobadas de procedimiento, comandante!

—No son bobadas, señor, es la base misma...

Al suelo.

Las dos palabras apenas fueron el más tenue de los susurros en la cabeza de Polly, pero también parecieron enlazarse con su sistema nervioso central. Y no solamente con el de ella. El pelotón entero se echó al suelo, e Igorina se tiró encima del cuerpo de su paciente.

La mitad del techo se hundió. La lámpara de araña se desplomó y estalló en un calidoscopio de prismas astillados. Los espejos se hicieron añicos. Y luego llegó, por lo menos en comparación, el silencio, roto solamente por el ruido sordo de algunos trozos rezagados de yeso y por el tintineo de unas esquirlas demoradas.

Y ahora...

Unos pasos se acercaron a las puertas grandes del extremo de la sala, donde los guardias todavía intentaban ponerse de pie. Las puertas se abrieron de par en par.

Jackrum apareció en el umbral, brillando como el crepúsculo. La luz arrancaba destellos de la insignia de su chacó, tan bruñida que su terrible resplandor podría cegar a un incauto. Tenía la cara roja, pero la casaca todavía más roja, y su fajín de sargento era la pura esencia de la rojez, su quintaesencia, el rojo de las estrellas moribundas y los soldados moribundos. Le goteaba sangre de los alfanjes que llevaba metidos por debajo del cinto. Los guardias, todavía temblorosos, intentaron bajar las picas para cerrarle el paso.

—Ni lo intentéis, muchachos, os lo suplico —dijo Jackrum—. A fe mía que no soy un hombre violento, pero ¿creéis que el sargento Jackrum se dejará parar por una puta cubertería?

Los hombres miraron a Jackrum, que humeaba de rabia apenas controlada, a continuación miraron a los asombrados generales y por fin tomaron una decisión inmediata basada en su propia iniciativa desesperada.

—Buenos chicos —dijo Jackrum—. ¿Con su permiso, general Fhrac?

No esperó una respuesta, sino que continuó avanzando con precisión de desfile de gala. Se puso firme con un taconazo estridente delante de los generales del Alto Mando, que todavía se estaban sacudiendo polvo de yeso de los uniformes, y se cuadró con la precisión de una torre de señales.

—¡Quisiera informar, señor, de que ya tenemos el control de los portones principales, señor! Me he tomado la libertad de reunir a una fuerza de los Dentroyfuera, los Ladoalado y los Atrasyadelante, señor, por si acaso; he visto una nube de llamas y humo encima del fuerte y he llegado a las puertas al mismo tiempo que sus muchachos. ¡Les hemos dado por todos lados, señor!

Hubo un estruendo general de vítores y el general Kzupi se inclinó hacia Fhrac.

—En vista de este desarrollo favorable, señor, tal vez tendríamos que apresurarnos y cerrar este...

Fhrac lo hizo callar con un gesto.

—Jackrum, viejo pícaro —dijo, reclinándose en su silla—. Había oído que habías muerto. ¿Cómo demonios estás?

—¡En forma para el combate, señor! —ladró Jackrum—. ¡Y nada muerto, pese a lo que muchos desearían!

—Me alegro de oírlo, hombre. Pero aunque tu cara sonrosada es una alegría para la vista en cualquier momento, ahora mismo estamos reunidos para...

—¡Veinte kilómetros cargué con usted, señor! —bramó Jackrum, con la cara bañada en sudor—. Le arranqué esa flecha de la pierna, señor. Rajé a aquel maldito capitán que le había dado a usted un hachazo en la cara, señor, y me alegro de ver que la cicatriz tiene buena pinta. Maté a aquel pobre centinela solamente para poder darle a usted la cantimplora que tenía, señor. Le miré a la cara moribunda, señor, por usted. Nunca le he pedido nada a cambio, señor. ¿Verdad, señor?

Fhrac se frotó la barbilla y sonrió.

—Bueno, creo recordar que hubo aquel asuntillo de amañar unos cuantos detalles, cambiar unas cuantas fechas... —murmuró.

—No me venga con esas jodidas monsergas, señor, con todos los respetos. Eso no era para mí, era para el ejército. Para la duquesa, señor. Y sí, veo a unos cuantos caballeros más sentados a esta mesa que vieron sus razones para prestarme el mismo pequeño servicio. Por la duquesa, señor. ¡Y si me dejara usted una espada, lucharía contra cualquier hombre de su ejército, señor, sin importar lo joven y entregado que fuera!

Con un solo movimiento se sacó un alfanje del cinturón y lo clavó en los documentos que Fhrac tenía entre las manos. El arma los atravesó, se hundió la madera de la mesa y se quedó allí clavada.

Fhrac no se inmutó. Lo que hizo fue levantar la vista y decir con tranquilidad:

—Por muy héroe que sea, sargento, me temo que se ha pasado usted de la raya.

—¿Me he pasado ya los veinte kilómetros, señor? —replicó Jackrum.

Por un momento no se oyó más ruido que el alfanje, vibrando hasta detenerse. Fhrac suspiró.

—Muy bien —dijo— ¿Cuál es su petición, sargento?

—¡Me he fijado en que tiene usted a mis chiquillos aquí delante, señor! ¡Me ha llegado la noticia de que están en una situación delicada, señor!

—A estas chicas, Jackrum, hay que confinarlas en un lugar seguro. Este no es sitio para ellas. Y esa es mi orden, sargento.

—Yo les dije cuando se alistaron, señor: ¡si se os intentan llevar, se me tendrán que llevar a mí también, señor!

Fhrac asintió.

—Muy leal de su parte, sargento, y muy acorde con su carácter. Pese a todo...

—¡Y tengo información vital para las presentes deliberaciones, señor! ¡Hay algo que le tengo que contar, señor!

—¡Bueno, pues cuéntelo, haga el favor, hombre! —exclamó Fhrac—. No hace falta que se ponga todo...

—Es necesario que algunos de los caballeros presentes salgan de esta sala, señor —dijo Jackrum, a la desesperada. Seguía en posición de firmes y mantenía el saludo marcial.

—Ahora, estás pidiendo demasiado, Jackrum —dijo Fhrac—. ¡Estos son oficiales leales a su excelencia!

—¡No lo pongo en duda, señor! A fe mía que no soy un hombre chismoso, pero contaré lo que debo contar a quienes yo elija, señor, o bien al mundo entero. Hay formas de hacer eso, señor, formas novedosas y desagradables. ¡Usted elige, señor!

Por fin, Fhrac se ruborizó. Se puso de pie bruscamente.

—¿Me estás diciendo en serio que serías capaz de...?

—¡Este es mi famoso acto de resistencia desesperada, señor! —dijo Jackrum, saludando de nuevo.

Todas las miradas se volvieron hacia Fhrac. Este se relajó.

—Oh, en fin. No puede hacer ningún daño escucharlo a usted, sargento. Dios sabe que se lo ha ganado. Pero sea breve.

—Gracias, señor.

—Pero vuelva a intentar esto y le caerá el puro más grande que se pueda imaginar.

—No se preocupe, señor. Nunca me han gustado mucho los puros. Con su permiso, le señalaré a ciertos hombres...

Eran más o menos la mitad de los oficiales. Se fueron levantando con mayor o menor grado de protesta, pero se levantaron, bajo la mirada color zafiro de Fhrac, y desfilaron todos al pasillo.

—¡General, protesto! —dijo un coronel de los que se marchaban—. Nos mandan fuera de la sala como a niños desobedientes mientras que estas... mujeres están...

—Sí, sí, Rodney, y si nuestro amigo el sargento no tiene una maldita buena explicación yo os lo entregaré personalmente para el destacamento de castigo —dijo Fhrac—. Pero si alguien tiene derecho a su última acometida, es él. Váyanse sin armar escándalo, así me gusta, y ocúpense de la guerra hasta que lleguemos los demás. ¿Ya ha terminado usted esta extraña charada, sargento? —añadió mientras salía el último de los oficiales.

—Solo me falta una cosa, señor —dijo Jackrum, y se acercó dando zancadas hasta los guardias. Ya estaban en posición de firmes, pero aun así se las apañaron para ponerse todavía más rectos—. Vosotros poneos al otro lado de esta puerta —dijo el sargento—. Que no se acerque nadie, ¿entendido? Y sé que no vais a poner la oreja, muchachos, por lo que os pasaría si yo me enterara de lo que habéis hecho. Así que largo, ¡jop, jop, jop!

Cerró las puertas detrás de los guardias y la atmósfera cambió. Polly no pudo detectar en qué sentido, pero tal vez fuera que el chasquido de las puertas había dicho: «Este es nuestro secreto» y todos los presentes participaban de él.

Jackrum se quitó el chacó y lo dejó suavemente sobre la mesa que el general tenía delante. Luego se quitó la casaca y se la dio a Polly, diciendo:

—Aguanta esto, Artes. Es propiedad de su excelencia. —Se remangó la camisa. Relajó los brazos rojos y enormes. Y luego, para horror de Polly, aunque no para su sorpresa, el sargento sacó su cucurucho de papel lleno de apestoso tabaco de mascar y su navaja ennegrecida.

—Oh, por favor... —empezó a decir un comandante, antes de que un colega lo acallara con un codazo. Jamás un hombre que estuviera cortando un taco de tabaco negro había sido objeto de una atención tan absorta y horrorizada.

—Las cosas están yendo bien fuera —dijo—. Lástima que todos ustedes no estén ahí, ¿eh? Aun así, la verdad también es importante, ¿no? Y eso es lo que quiere este tribunal, sin ninguna duda. La verdad debe de ser importante, o bien no estarían ustedes aquí, ¿me equivoco? Claro que no.

Jackrum terminó de cortar el tabaco, se lo metió en la boca con la palma de la mano y lo acomodó en un carrillo, mientras se filtraban desde fuera los ruidos de la batalla. Por fin se giró y caminó hacia el comandante que acababa de hablar. El hombre se encogió con un poco de miedo en su silla.

—¿Qué tiene usted que decir de la verdad, comandante Bombín? —dijo Jackrum en tono coloquial—. ¿Nada? Vaya, pues entonces ¿qué tengo yo que decir? ¿Qué puedo decir de un capitán que cuando nos encontramos con una columna de ezlobenos dio media vuelta y echó a correr entre pucheros, abandonando a sus propios hombres? ¿Diré acaso que el viejo Jackrum le puso la zancadilla y lo aporreó un poco y le metió el miedo de... Jackrum en el cuerpo, y que él regresó y ese día libró una famosa batalla, venciendo a dos enemigos, uno de los cuales estaba dentro de su cabeza? Y que ese capitán volvió a acudir al viejo Jackrum, embriagado por la batalla, y se fue de la lengua...

—Hijo de puta —dijo el comandante en voz baja.

—¿Quieres que diga la verdad hoy... Janet? —dijo Jackrum.

De pronto los ruidos de la batalla sonaron mucho más fuertes. Se vertieron en la sala igual que un torrente de agua llena un agujero en el suelo oceánico, pero todo el sonido del mundo no podría haber llenado aquel silencio repentino y tremendo.

Jackrum continuó su paseo en dirección a otro hombre.

—¡Me alegro de verle, coronel Fajadefrac! —exclamó en tono alegre—. Claro que solamente era el teniente Fajadefrac cuando yo estuve a sus órdenes. Y qué muchacho tan valiente era usted cuando nos lideró contra aquel destacamento de Kopelies. Y luego recibió una herida de espada muy fea en pleno altercado, o justo encima, y yo le salvé el pescuezo con ron y agua fría, y descubrí que tal vez fuera valiente, pero muchacho no era. Oh, cómo parloteaba usted en sus delirios febriles... Ya lo creo. Esa es la verdad... Olga.

Dio la vuelta a la mesa y empezó a caminar por detrás de los oficiales; cuando Jackrum se acercaba todos miraban al frente como maniquíes, temerosos de girarse, temerosos de hacer algún movimiento que pudiera llamar la atención.

—Se podría decir que algo sé de todos ustedes —dijo—. Mucho de algunos, lo suficiente de la mayoría. De algunos de ustedes, bueno, podría escribir un libro. —Se detuvo justo detrás de Fhrac, que se puso rígido.

—Jackrum, yo... —empezó a decir.

Jackrum puso una mano en cada hombro de Fhrac.

—Veinte kilómetros, señor. Dos noches, porque de día descansábamos, de tantas patrullas que había. Tenía usted un tajo bastante horroroso, pero recibió mejores cuidados de mí que de ningún matasanos, diría yo. —Se inclinó hacia delante hasta poner la boca a la altura de la oreja del general y continuó con un susurro teatral—. ¿Qué queda de usted que yo no sepa? Así que... ¿de verdad está buscando la verdad... Mildred?

La sala se había convertido en un museo de cera. Jackrum escupió en el suelo.

—No puede usted demostrar nada, sargento —dijo Fhrac por fin, con la calma de una llanura helada.

—En fin, tal vez demostrar no. Pero todo el mundo me dice una y otra vez que esto es el mundo moderno, señor. No me hacen falta pruebas, exactamente. Conozco a un hombre que estaría dispuesto a contar una historia como esta, y llegaría a Ankh-Morpork en un par de horas.

—Si sale usted vivo de esta sala —dijo una voz.

Jackrum sonrió su sonrisa más maligna y se cernió sobre el origen de la amenaza como si fuera una avalancha.

—¡Ah! Ya me imaginaba que alguna de vosotras intentaría eso, Chloe, pero ya veo que nunca pasaste de comandante, y no me extraña, porque te marcas faroles sin tener ni una puta carta en la mano. Buen intento, eso sí. Pero en primer lugar, te podría borrar del jodido mapa antes de que esos guardias volvieran a entrar, a fe mía, y en segundo lugar, no sabes qué he escrito ni quién más está al corriente. A todas os he entrenado en un momento u otro, chicas, y parte de ese ingenio que tenéis, parte del coraje, parte de la sensatez... bueno, los cogisteis de mí. ¿O no? Así que ni se os ocurra a ninguna ir de astutas conmigo, porque si hablamos de astucia yo soy el rey de los zorros.

—Sargento, sargento, sargento —dijo Fhrac con voz cansada—. ¿Qué es lo que quiere?

Jackrum completó su recorrido alrededor de la mesa y terminó delante de ella, de nuevo como un hombre ante sus jueces.

—Vaya, que me aspen —dijo en voz baja, examinando la hilera de caras—. No lo sabíais, ¿verdad...? No lo sabíais. ¿Hay un solo... hombre entre vosotras que lo supiera? Todas pensabais, todas y cada una, que estabais solas. Todas solas. Pobres desgraciadas. Y miraos. Más de un tercio del Alto Mando del país. Han llegado ustedes solas, señoras. ¿Qué podrían haber hecho si hubieran actuado jun...?

Se detuvo y dio un paso hacia Fhrac, que estaba mirando sus documentos clavados a la mesa.

—¿A cuántas vio usted, Mildred?

—Llámeme «general», sargento. Sigo siendo general, sargento. O me basta con «señor». Y mi respuesta es: a una o dos. Una o dos.

—¿Y las ascendió, verdad, si veía que eran tan buenas como los hombres?

—Por supuesto que no, sargento. ¿Por quién me toma? Las ascendí si eran mejores que los hombres.

Jackrum abrió mucho los brazos, como un maestro de ceremonias que presentaba un espectáculo nuevo.

—¿Y qué me dice de estos muchachos que he traído conmigo, señor? No he visto una panda de muchachos más estupendos en mi vida. —Recorrió la mesa con una mirada inyectada de sangre—. Y tengo buen ojo para juzgar a los muchachos, eso lo saben todos. ¡Estos serían un orgullo para su ejército, señor!

Fhrac miró a sus colegas de ambos lados de la mesa. Una pregunta silenciosa cosechó respuestas silenciosas.

—Sí, bueno —dijo—. Ahora lo vemos todo claro, a la luz de los nuevos acontecimientos. Cuando unos chicos imberbes se visten de muchachas, sin duda la gente puede confundirse. Y es eso lo que tenemos aquí, sargento. Una mera confusión. Un lío de identidades. Mucho ruido, de hecho, y pocas nueces. Está claro que son chicos, y pueden volver a sus casas ahora mismo con una baja con honores.

Jackrum soltó una risita y extendió el brazo, flexionando los dedos hacia arriba como si estuviera negociando. Nuevamente se produjo la comunión de espíritus.

—Muy bien. Si quieren, pueden seguir en el ejército —dijo Fhrac—. Con discreción, por supuesto.

—¡No, señor!

Polly se quedó mirando a Jackrum y luego se dio cuenta de que en realidad las palabras habían salido de su propia boca.

Fhrac enarcó las cejas.

—¿Cómo decía que se llamaba usted? —preguntó.

—¡Cabo Artes, señor! —dijo Polly, saludando.

Observó cómo la cara de Fhrac adoptaba una expresión de benevolencia condescendiente. Si usa la palabra «querida», soltaré una palabrota, pensó.

—Bueno, querida...

—Nada de querida, señor o señora —dijo Polly. En el teatro de su mente la posada La Duquesa quedó hecha cenizas y su antigua vida se desprendió, negra como el carbón, mientras ella echaba a volar como un proyectil, demasiado deprisa y demasiado alta e incapaz de detenerse—. Soy un soldado, general. Me alisté. Besé a la duquesa. Creo que los generales no llaman a sus soldados «querido», ¿verdad?

Fhrac carraspeó. La sonrisa siguió en su lugar, pero tuvo la decencia de volverse más comedida.

—Y los soldados rasos no hablan en ese tono a los generales, señorita, así que lo dejaremos correr, ¿de acuerdo?

—En estos momentos y en esta sala, no sé qué es lo que corre y qué es lo que se queda, señor —dijo Polly—. Pero a mí me parece que si usted sigue siendo general, entonces yo sigo siendo cabo, señor. No puedo hablar por las demás, pero la razón de que yo insista, general, es que besé a la duquesa y ella sabía qué era yo y... no me giró la cara, no sé si me entiende...

—Bien dicho, Artes —dijo Jackrum.

Polly decidió jugársela.

—Señor, hace un par de días habría rescatado a mi hermano, me habría marchado a mi casa y habría pensado que era un buen trabajo. Solamente quería estar a salvo. Pero ahora no veo que haya nada a salvo mientras dure toda esta... esta estupidez. Así que creo que tengo que quedarme y formar parte de ello. Ejem... quiero decir, intentar que todo sea menos estúpido. Y quiero ser yo, no Oliver. Besé a la duquesa. Todas lo hicimos. No puede decirnos que no lo hicimos y no puede decirnos que no cuenta, porque es algo entre nosotras y ella...

—Todas besasteis a la duquesa —dijo una voz. Tenía un... eco.

Todas besasteis a la duquesa...

—¿Pensaste que no significaba nada? ¿Que no era nada más que un beso?

¿Pensaste que no significaba nada...?

... nada más que un beso...

Las palabras susurradas rompieron como espuma contra las paredes y regresaron con más fuerza, componiendo armonías.

Un beso no significaba nada significaba un beso pensaste un beso significaba un beso...

Pirao estaba de pie. El pelotón se quedó de piedra mientras ella pasaba tambaleándose a su lado. Sus ojos se enfocaron en Polly.

—Qué agradable es volver a tener un cuerpo —dijo—. Y respirar. Respirar es maravilloso...

Qué agradable...

Respirar maravilloso un cuerpo volver a respirar...

A Pirao le pasaba algo en la cara. Sus rasgos estaban todos presentes, todos eran correctos. Su nariz era igual de puntiaguda y de roja, sus pómulos igual de huecos... pero había cambios sutiles. Levantó la mano y flexionó los dedos.

—Ah —dijo—. Entonces...

Esta vez no hubo eco, pero la voz sonó más fuerte y profunda. Nadie habría dicho nunca que Pirao tenía una voz atractiva, pero aquella sí lo era. Se volvió hacia Jackrum, que se dejó caer sobre sus gruesas rodillas y se quitó el chacó.

—Sargento Jackrum, sé que sabes quién soy. Has vadeado mares de sangre por mí. Tal vez deberíamos haber hecho cosas mejores con tu vida, pero por lo menos tus pecados han sido pecados de soldado, y tampoco de los peores. Por la presente te asciendo a sargento primero, y nunca he conocido a mejor candidato para el puesto. Estás versado en las triquiñuelas, las malas artes y el crimen casual, sargento Jackrum. Debería irte bien.

Jackrum, con la vista gacha, se llevó un nudillo a la frente.

—... no soy digno, su excelencia... —murmuró.

—Por supuesto que no. —La duquesa miró a su alrededor—. Ahora a ver, ¿dónde está mi ejército...? Ah. —La voz ya no tenía ningún eco, y tampoco estaba la mirada baja y miedosa de Pirao. Se colocó directamente delante de Fhrac, que estaba mirando con la boca abierta—. General Fhrac, tienes que hacerme un último servicio.

La general la fulminó con la mirada.

—¿Quién demonios eres?

—¿Necesitas preguntarlo? Como siempre, Jackrum piensa más deprisa que tú. Ya me conoces. Soy la duquesa Annagovia.

—Pero si está... —empezó a decir otra de las oficiales, pero Fhrac volvió a levantar la mano.

—La voz... me resulta familiar —dijo con un susurro lejano.

—Sí. Te acuerdas del baile. Yo también me acuerdo. Hace cuarenta años. Eras el capitán más joven que habíamos tenido nunca. Bailamos, en mi caso con bastante rigidez. Yo te pregunté cuánto tiempo llevabas siendo capitán y me dijiste...

—Tres días —susurró Fhrac, con los ojos cerrados.

—Y cenamos almohadillas al coñac, y bebimos un cóctel que creo que se llamaba...

—Lágrimas de Ángel —dijo Fhrac—. Guardé el menú de aquel día, excelencia. Y la invitación al baile.

—Sí —dijo la duquesa—. Eso hiciste. Y cuando el viejo general Bufanada se te llevó, te dijo: «Ahí tienes algo para contarles a tus nietos, muchacho». Pero tú estabas tan... entregado a tu trabajo que nunca tuviste hijos... muchacho.

... muchacho... muchacho...

—¡Veo héroes! —exclamó la duquesa, contemplando el retablo de oficiales—. Todos vosotros renunciasteis... a mucho. Pero yo exijo más. Mucho más. ¿Hay alguno de vosotros que no esté dispuesto a morir en batalla defendiendo mi recuerdo? —La cabeza de Pirao giró para escrutar la hilera de caras—. No, veo que no. Y ahora exijo que hagáis lo que al ignorante podría parecerle lo más fácil. Debéis absteneros de morir en el campo de batalla. La venganza no es una reparación. La venganza es una rueda, y gira hacia atrás. Los muertos no son vuestros amos.

—¿Qué es lo que quiere de mí, señora? —consiguió decir Fhrac.

—Haz entrar a tus otros oficiales. Firma las treguas que sean necesarias, por el momento. Este cuerpo, esta pobre criatura, os liderará a todos. Estoy débil, pero puedo mover cosas pequeñas. Pensamientos, tal vez. Voy a dejar... algo en ella, una luz en los ojos, un tono en la voz. Seguidla. Tenéis que invadir.

—¡Por supuesto! Pero ¿cómo...?

—¡Tenéis que invadir Borogravia! En el nombre de la cordura, debéis iros a casa. El invierno se acerca, nadie alimenta a los animales que confían en nosotros, los ancianos se mueren de frío, las mujeres están de luto, el país se corroe. Combatid a Nuggan, porque ya no es nada, nada más que el eco venenoso de toda vuestra ignorancia y mezquindad y estupidez maliciosa. Encontrad a un dios más digno de seguir. ¡Y dejadme... en... paz! ¡Todas esas oraciones, todas esas súplicas... a mí! ¡Demasiadas manos unidas, que podrían responder con mayor beneficio a las oraciones mediante el esfuerzo y la decisión! ¿Y qué era yo? Una mujer más bien tonta cuando estaba viva. Pero vosotros creísteis que yo os cuidaba y os escuchaba... así que tuve que hacerlo, os tuve que escuchar, sabiendo que no había forma de ayudaros... ojalá la gente tuviera un poco más de cuidado con lo que cree. Adelante. Invadid el único lugar que nunca habéis conquistado. Y estas mujeres os ayudarán. Enorgulleceos de ellas. Y por si se os ocurre tergiversar mis palabras, por si dudáis... permitidme que os devuelva, mientras me marcho, este regalo. Recordad. Un beso.

...un beso...

...un beso un beso os devuelva beso...

... recordad...

Como una sola mujer, como un solo hombre, los congregados en la sala se llevaron una mano vacilante a la mejilla izquierda. Y Pirao se dobló sobre sí misma, muy suavemente, y se desplomó como un suspiro.

Fhrac fue la primera en hablar.

—Esto es... creo que necesitamos... —Vaciló y guardó silencio.

Jackrum se puso de pie, sacudió el polvo de su chacó, se lo colocó en la cabeza e hizo el saludo marcial.

—¿Permiso para hablar, señor? —preguntó.

—¡Oh, por todos los cielos, Jackrum! —dijo Fhrac en tono ausente—. ¿En un momento como este? Sí, sí...

—¿Cuáles son sus órdenes, señor?

—¿Órdenes? —Fhrac parpadeó y miró a su alrededor—. Órdenes, órdenes... sí. Bueno, soy el comandante en jefe, puedo solicitar una... sí, puedo pedir una tregua, sargento...

—Sargento primero, señor —respondió Jackrum—. A sus órdenes, señor, voy a organizarlo para enviar un emisario a la alianza.

—Supongo que... una bandera blanca sería...

—Considérelo hecho, señor. Déjemelo a mí —dijo Jackrum, irradiando eficiencia.

—Sí, por supuesto... Ejem, antes de que sigamos... damas y caballeros, yo... ejem... algunas de las cosas que se han dicho aquí... la cuestión de que las mujeres se alisten como... mujeres... obviamente... —Se volvió a llevar la mano a la mejilla, con algo parecido al asombro—. Son bienvenidas. Yo... las saludo. Pero para las que lo hicimos antes, tal vez no sea... el momento, todavía. ¿Lo entendéis?

—¿Cómo? —dijo Polly.

—¡Mis labios están sellados, señor! —dijo Jackrum—. ¡Déjelo todo en mis manos, señor! ¡Pelotón del capitán Blusa, firmes! ¡Se os van a suministrar uniformes! ¡No podéis ir por ahí vestidas de lavanderas, por lo más sagrado!

—¿Somos soldados? —dijo Polly.

—¡Claro que lo sois, de otra manera no os estaría gritando, mujercilla espantosa! ¡El mundo se ha puesto del revés! Esto es un poco más importante que vosotras ahora mismo, ¿eh? Ya tenéis lo que queríais, ¿verdad? Ahora agarrad un uniforme, encontrad un chacó y limpiaros la cara, por lo menos. Tú le vas a llevar la tregua oficial al enemigo.

—¿Yo, sargento? —dijo Polly.

—¡Eso mismo! En cuanto los oficiales hayan escrito la carta oficial. Tolón, Esti... a ver qué le podéis encontrar a Artes para que se ponga. Artes, tú no te dejes acobardar, te quiero ver bien valiente. ¡Los demás, daos prisa y esperad!

—¿Sargento Jac... ejem, sargento primero? —dijo Blusa.

—¿Síseñor?

—Yo no soy capitán, ¿sabe?

—¿Ah, no? —dijo Jackrum, sonriente—. Bueno, déjelo en manos de Jackrum, señor. Veremos qué nos trae el día, ¿eh? Un detalle sin importancia, señor. ¡Y yo me desharía de ese vestido si fuera usted!

Jackrum se alejó con paso firme, con el pecho inflado y colorado como el de un petirrojo y el doble de amenazante. Gritó a los ordenanzas, hostigó a los guardias, se cuadró ante los oficiales y, pese a todo, forjó la espada de la determinación a partir del acero al rojo vivo del pánico. Era un sargento primero en una sala llena de rupertos confundidos, y estaba más contento que un terrier dentro de un tonel de ratas.

\* \* \*

Detener una batalla es mucho más difícil que empezarla. Para empezarla solamente hace falta gritar «¡Al ataque!», pero a la hora de detenerla todo el mundo anda ocupado.

Polly notó cómo se propagaba la noticia. ¡Son chicas! Los ordenanzas que no paraban de entrar y salir correteando se las quedaban mirando como si fueran una especie de insectos extraños. Me pregunto cuántas habrá pasado por alto Jackrum, pensó Polly. Me pregunto...

Aparecieron piezas de uniforme. Jade encontró unos pantalones de su talla localizando a un secretario que era de la altura de Polly, alzándolo en volandas y quitándoselos. Alguien le consiguió una casaca. Esti incluso robó un chacó del tamaño adecuado y sacó brillo a la insignia con la manga hasta hacerla relucir. Polly estaba abrochándose el cinturón cuando vio una figura en la otra punta de la sala. Se había olvidado por completo de él.

Se apretó bien el cinturón y pasó el cuero por la hebilla mientras primero caminaba y luego daba zancadas entre la multitud. Strappi la vio acercarse pero ya era demasiado tarde. No había forma de escapar que no fuera echar a correr, y los capitanes no huían de los cabos. Así que no se movió del sitio, como un conejo hipnotizado por la zorra que se acerca, y levantó las manos cuando ella llegó a su altura.

—Vamos a ver, Artes, soy capitán y tenía un trabajo que... —empezó a decir.

—¿Y cuánto tiempo cree usted que conservará el grado ahora, señor? —siseó Polly—. ¿Cuando le cuente al general nuestra pequeña pelea? ¿Y cómo nos echó encima al príncipe? ¡Y lo de mi pelo, pequeño simulacro repulsivo y pegajoso de hombre! ¡Otis es más hombre que usted, y eso que está embarazada!

—Bueno, ya sabíamos que estaban entrando mujeres —dijo Strappi—. Simplemente no sabíamos cómo de lejos llegaba la gangrena...

—Se llevó mi pelo porque creyó que significaba algo para mí —dijo Polly entre dientes—. ¡Pues bueno, puede quedárselo! Ya me volverá a crecer, y nadie lo va a detener, ¿entendido? Ah, y una cosa. ¡Hasta aquí llega la gangrena!

Fue un mamporro más que una bofetada, y lo derribó con tanta fuerza que lo hizo rodar por el suelo. Pero a fin de cuentas era Strappi, y al momento ya estaba de pie, tambaleándose y señalando con el dedo en busca de venganza.

—¡Ha golpeado a un oficial superior! —vociferó.

Varias cabezas se giraron. Miraron a Strappi. Miraron a Polly. Entonces volvieron a mirar sonrientes a lo que habían estado haciendo.

—Si yo fuera usted, me volvería a escapar —dijo Polly. Giró sobre sus talones, notando el calor de la furia impotente del capitán.

Cuando ya estaba a punto de unirse de nuevo a Jade y Maladicto, alguien le tocó el brazo. Ella se giró de golpe.

—¿Qué? Oh... perdone, comandante Zuecón —dijo.

Sintió que ya no sería capaz de tratar otra vez con Strappi, por lo menos sin cometer asesinato. Y eso probablemente la metería en un buen lío, incluso ahora.

—Me gustaría darle las gracias por un día de lo más entretenido —dijo el comandante—. Hice lo que pude, pero creo que ninguno hemos estado a la altura...

—Gracias, señor —dijo Polly.

—Ha sido un placer, cabo Artes —dijo Zuecón—. Seguiré su carrera futura con interés y con envidia. Enhorabuena. Y como en este sitio parece que el protocolo se está yendo por la ventana, le estrecharé la mano.

La estrecharon.

—Y ahora, tenemos obligaciones —dijo el comandante Zuecón, mientras Jade llegaba con una sábana blanca atada a un palo—. Ah, y por cierto... yo me llamo Christine. Y ¿sabe? Creo que no me podría volver a acostumbrar a llevar vestido...

\* \* \*

Maladicto y Jade fueron escogidos para acompañar a Polly por el castillo, la troll porque los trolls imponen respeto y el vampiro porque los vampiros lo exigen. Se oyeron gruñidos y vítores mientras se abrían paso a empellones por los pasillos, porque la noticia ya se había propagado. Aquella era otra razón para llevarse a Jade. Los trolls sabían empujar.

—Muy bien —dijo Jackrum, que cerraba la comitiva—. Al fondo de esta escalera hay una puerta, y detrás de esa puerta es territorio enemigo. Sacad primero la bandera blanca. Medida de seguridad importante.

—¿No puede venir usted con nosotros, sargento?

—Ja, ¿yo? Me atrevo a decir que hay unos cuantos ahí fuera que irían a por mí, con o sin bandera blanca. No os preocupéis. El rumor ya ha salido.

—¿De qué rumor habla, sargento?

Jackrum se acercó.

—¡No van a disparar a una chica, Artes!

—¿Se lo ha dicho?

—Digamos solamente que las noticias vuelan —dijo Jackrum—. Aprovéchate. Y yo encontraré a tu hermano mientras estás fuera. Ah, y otra cosa... mírame, Artes. —Polly se dio la vuelta en medio del pasillo a rebosar de gente empujándose. Los ojos de Jackrum centellearon—. Sé que puedo confiar en ti, Artes. Confiaría en ti igual que confío en mi propia persona. Buena suerte. Y aprovecha mientras puedas, muchacho. ¡Los besos no duran!

Vaya, eso no me lo ha podido dejar más claro, pensó Polly, mientras los hombres armados que había junto a la puerta les hacían señales para que avanzaran.

—Vayan pegadas a las paredes, ¿de acuerdo, señoritas? ¡Y más vale que sean rápidas con ese trapo!

La puerta pesada se abrió. Media docena de flechas rebotaron y giraron sobre sí mismas por el pasillo. Otra atravesó la bandera. Polly la hizo ondear a la desesperada. Oyó gritos lejanos seguidos de vítores.

—¡Vale, adelante! —dijo un guardia, empujándola.

Ella salió de golpe a la luz del día y, solo por si acaso, hizo ondear la bandera sobre su cabeza unas cuantas veces más. Había hombres en el patio y cubriendo las almenas que lo rodeaban. Y también había cuerpos.

Un capitán a quien la sangre le empapaba la casaca pasó por encima de los caídos y le ofreció su mano.

—Ya puede darme eso, soldado —dijo.

—No, señor. Debo entregársela a su comandante en jefe y esperar la respuesta, señor.

—Entonces démela a mí, soldado, y yo le traeré la respuesta. Al fin y al cabo, se han rendido ustedes.

—No. Esto es una tregua. No es lo mismo. Tengo que entregar esto en persona y usted no es lo bastante importante. —Se le ocurrió una cosa—. ¡Exijo llevar esto al comandante Vimes!

El capitán la miró fijamente y entonces se acercó para verla mejor.

—¿No es usted una de esas...?

—Sí —dijo Polly.

—¿Y los dejaron encadenados y tiraron la llave?

—Sí —respondió Polly, viendo como la vida le empezaba a pasar ante los ojos.

—¿Y ellos tuvieron que andar varios kilómetros dando sal— titos por los grilletes y sin ropa?

—¡Sí!

—¿Y solo sois... mujeres?

—¡Sí! —dijo Polly, dejando pasar de momento aquel «solo».

El capitán se le acercó más y trató de hablar sin mover los labios.

—Ha sido ecioso. Elicidades. Ya toca-a que alguien les ajara los hugos a esos carronazos angarrones. —Se apartó—. Al comandante Vimes, pues. Sígame, señorita.

Polly notó centenares de miradas sobre ella mientras el pelotón era guiado hacia la torre del homenaje. Se oyeron un par de silbidos de admiración, porque allí dentro había más soldados, incluidos bastantes trolls. Jade se agachó, agarró una roca y se la tiró a uno de ellos, alcanzándolo entre los ojos.

—¡Que nadie se mueva! —gritó Maladicto, agitando las manos frenéticamente mientras cien hombres levantaban sus armas—. ¡Esa es la versión troll de tirar un beso!

Y en efecto, el troll que había recibido la pedrada estaba saludando a Jade con la mano, algo desequilibrado.

—¿Podemos dejarnos de cariñitos, por favor? —le dijo Polly a Jade—. Es fácil que la gente blanda se lleve una idea equivocada.

Más gente llegó para mirarlos mientras subían escalones de piedra un rellano tras otro. Nadie podía conquistar aquel lugar, Polly se dio cuenta. Cada piso lo dominaba otro superior, y cualquier visitante sería detectado antes de poder vislumbrar una sola cara.

Una figura salió de las sombras mientras estaban llegando al piso siguiente. Era una joven vestida con ropa anticuada de cuerpo, cota de malla y peto de coraza. Tenía el pelo largo y muy rubio; por primera vez en varias semanas, Polly sintió una punzada de envidia.

—Gracias, capitán, yo me hago cargo a partir de aquí —dijo, y saludó con la cabeza a Polly—. Buenas tardes, cabo Artes... venga conmigo, por favor.

—¡Es una mujer! ¡Y es sargento! —susurró Maladicto.

—Sí, ya lo sé —dijo Polly.

—¡Pero le ha dado una orden a ese capitán!

—Tal vez es una política...

—¡Y es evidentemente mujer!

—No soy ciega, Mal —dijo Polly.

—Y yo no soy sorda —dijo la mujer, girándose y sonriendo—. Me llamo Angua. Si queréis esperar aquí, haré que os traigan café. Ahora mismo están teniendo una pequeña discusión ahí dentro.

Estaban en una especie de antesala, poco más que un tramo más amplio del pasillo donde había unos cuantos bancos para sentarse. Al fondo había unas puertas grandes y dobles, detrás de las cuales se oía a gente levantar la voz. Angua se marchó.

—¿Así, sin más? —preguntó Maladicto—. ¿Qué nos impide conquistar este sitio?

—¿Todos esos hombres con ballestas que hemos pasado mientras subíamos? —sugirió Polly. ¿Por qué nosotros?, pensó, mirando la pared sin expresión en el rostro.

—Ah, sí. Esos. Sí. Ejem... ¿Poll?

—¿Sí?

—En realidad soy Maladicta. —Se reclinó en el asiento—. ¡Ya está! ¡Se lo he contado a alguien!

—Me alegro —dijo Jade.

—Ah, bien —dijo Polly. Ahora mismo estaría saliendo para dar a las letrinas el repaso de la tarde, pensó. Esto tiene que ser mejor que aquello, ¿no?

—Creo que lo he hecho bastante bien —continuó Maladicta—. A ver, ya sé lo que estáis pensando. Estáis pensando: los vampiros se lo pasan muy bien sean del sexo que sean, ¿verdad? Pero en todas partes pasa lo mismo. Vestidos de terciopelo, camisones con varillas, hacerte la loca todo el tiempo, y eso por no mencionar todo el asunto de bañarse en sangre de virgen. Se te toma mucho más en serio si piensan que eres varón.

—Claro —dijo Polly. Al final ha sido un día bastante duro. Estaría bien darse un baño.

—Creo que lo llevaba bastante bien hasta que pasó lo del café. Un collar de granos tostados, eso sería lo suyo. Otra vez estaré mejor preparada.

—Sí —dijo Polly—. Buena idea. Con jabón de verdad.

—¿Jabón? ¿De qué iba a servir el jabón?

—¿Cómo? Oh... lo siento —dijo Polly.

—¿Has oído algo de lo que he dicho?

—Ah, eso. Sí. Gracias por contármelo.

—¿Y ya está?

—Sí —dijo Polly—. Tú eres tú. Eso es bueno. Yo soy yo, sea quien sea. Tolón es Tolón. Todos somos... personas. Escucha, hace una semana el punto álgido de mi jornada era leer las pintadas nuevas en las letrinas de los hombres. Creo que estarás de acuerdo en que desde entonces han pasado muchas cosas. Creo que ya nada más me va a sorprender. El collar de granos de café parece buena idea, por cierto. —Dio unos cuantos pisotones impacientes en el suelo—. Ahora mismo me gustaría que se dieran prisa los de ahí dentro.

Se quedaron sentadas escuchando, y al poco Polly fue consciente de que se elevaba una nubecilla de humo de detrás de un banco, al otro lado de la antesala. Fue andando hasta allí y miró por encima del respaldo. Había un hombre tumbado con la cabeza apoyada en el brazo, fumando un puro. Cuando vio la cara de Polly la saludó con la cabeza.

—Todavía van a tardar una eternidad —dijo.

—¿Usted no es el sargento que vi en la vieja cocina? ¿Haciendo muecas detrás de lord Óxido de Ankh-Morpork?

—Yo no estaba haciendo muecas, señorita. Esa es la cara que se me pone siempre que habla lord Óxido. Y es verdad que fui sargento una vez, pero mira, no hay galones.

—¿Hizo una mueca de más? —preguntó Jade.

El hombre se rió. No parecía que aquel día se hubiera afeitado.

—Algo parecido, sí. Venid a mi despacho, se está más caliente. Solo he salido aquí porque la gente se queja del humo. No os preocupéis de esa gente de ahí dentro, pueden esperar. Mi despacho está en este mismo pasillo.

Ellas lo siguieron. En efecto, la puerta estaba a unos pasos de allí. El hombre la abrió, cruzó la salita que había al otro lado y se sentó en una silla. La mesa que había delante estaba rebosante de papeles.

—Creo que podemos traer bastante comida hasta aquí arriba para que aguantéis todo el invierno —dijo, cogiendo una hoja de papel aparentemente al azar—. Vamos algo cortos de grano pero tenemos a mano un excedente de col silvestre blanca que se conserva de maravilla y está llena de vitaminas y minerales... aunque puede que queráis tener las ventanas abiertas, ya me entendéis. No os quedéis mirando así. Sé que el país está a un mes de la inanición.

—¡Pero si ni siquiera le he enseñado esta carta a nadie! —protestó Polly—. Usted no sabe lo que...

—No me hace falta —dijo el hombre—. Esto es una cuestión de comida y de bocas. Madre mía, no tenemos por qué luchar contra vosotros. Vuestro país se va a hundir de todas maneras. Vuestros campos están abandonados, casi todos vuestros granjeros son ancianos y el grueso del papeo va para el ejército. Y los ejércitos no hacen gran cosa por la agricultura aparte de elevar marginalmente la fertilidad del campo de batalla. El honor, el orgullo, la gloria... nada de todo eso importa. Esta guerra se detiene o Borogravia muere. ¿Lo entendéis?

Polly recordó los campos azotados por las tempestades, los ancianos salvando lo que podían...

—Somos simples mensajeras —dijo—. No puedo negociar...

—¿Sabéis que vuestro dios está muerto? —preguntó el hombre—. Ya solo queda una voz, según dicen algunos de nuestros sacerdotes. Las últimas tres Abominaciones han sido contra las rocas, las orejas y los acordeonistas. De acuerdo, puede que esté con él en la última, pero... ¿las rocas? ¡Ja! Podemos aconsejaros si os vais a poner a buscar otro, por cierto. Om es muy popular últimamente. Muy pocas abominaciones, no pide ropa especial y tiene himnos que se pueden cantar en el baño. No conseguiréis a Offler el Dios Cocodrilo aquí arriba con estos inviernos que tenéis, y la Iglesia Inortodoxa de la Patata probablemente sea un poco demasiado sencilla para...

Polly se echó a reír.

—Mire, señor, yo no soy más que una... ¿cómo se llama usted, por favor?

—Sam Vimes. Enviado especial, que viene a ser un poco como embajador pero sin los bomboncitos dorados.

—¿Vimes el Carnicero? —preguntó Maladicta.

—Ah, sí, ese ya lo había oído —dijo Vimes, sonriente—. Vuestra gente todavía no ha dominado del todo el bello arte de la propaganda. Y os lo estoy contando porque... bueno, ¿habéis oído hablar de Om o no?

Ellas negaron con la cabeza.

—¿No? Bueno, en el Antiguo Libro de Om se cuenta la historia de una ciudad llena de maldad, que Om decidió destruir con fuego sagrado; eso fue en los viejos tiempos de borrar cosas de la faz de la tierra, antes de que le diera un ataque de religiosidad. Pero el obispo Horn protestó por aquel plan, y Om le dijo que salvaría la ciudad si el obispo podía encontrar a un solo hombre bueno. Pues bien, el obispo llamó a todas las puertas y volvió con las manos vacías. Después de que el lugar quedara reducido a una llanura de cristal, resultó que lo más probable es que hubiera habido allí bastante buena gente, y que al ser buenos, no eran la clase de personas que lo admiten. Muerte por modestia, una cosa terrible. Y vosotras, señoritas, sois los únicos borogravianos de los que sé bastante, aparte de los militares, que, con franqueza, no son muy habladores. Vosotras no parecéis tan dementes como la política exterior de vuestro país. Sois la única muestra de buena voluntad internacional que posee. Una panda de jovenzuelos que son más listos que la caballería de élite... Que le dan al príncipe en toda la cebolleta... A la gente de casa le gustó bastante. ¿Y ahora resulta que sois chicas? Eso les va a encantar. El señor de Worde se lo va a pasar en grande con eso cuando se entere.

—¡Pero no tenemos ningún poder! No podemos negociar una...

—¿Qué quiere Borogravia? No el país. Me refiero a la gente.

Polly abrió la boca para contestar y luego la volvió a cerrar y pensó en la respuesta.

—Que nos dejen en paz —dijo—. Todo el mundo. Por lo menos una temporada. Podemos cambiar las cosas.

—¿Aceptaréis la comida?

—Somos un país orgulloso.

—¿De qué estáis orgullosos?

Llegó de repente, como un puñetazo, y Polly comprendió cómo tenían lugar las guerras. Se cogía esa descarga que le había recorrido el cuerpo y se dejaba hervir.

... puede que sea corrupto, ignorante y estúpido, pero es nuestro...

Vimes le estaba mirando la cara.

—Desde esta mesa de aquí —dijo—, lo único de que puede estar orgulloso vuestro país ahora mismo es de vosotras.

Polly guardó silencio. Todavía estaba intentando controlar la rabia. Saber que el hombre tenía razón únicamente empeoraba las cosas. Tenemos nuestro orgullo. Y es de eso que estamos orgullosos. Estamos orgullosos de estar orgullosos...

—De acuerdo, entonces, ¿queréis comprar comida? —preguntó Vimes, mirándola con atención—. ¿A crédito? Supongo que todavía tenéis a alguien en vuestro país que sepa algo de la clase de asuntos internacionales que no entrañan armas afiladas, ¿no?

—La gente aceptaría eso, sí —dijo Polly con voz ronca.

—Bien. Mandaré un clac de vuelta esta noche.

—¿Y por qué quiere ser tan generoso, señor Ankh-Morpork?

—Porque vengo de una ciudad estupendamente generosa, cabo... ja, no, no puedo decir eso con la cara seria —dijo Vimes—. ¿Quieres saber la verdad? La mayoría de la gente de Ankh-Morpork no había oído hablar de vuestro país hasta que cayeron los clacs. Hay docenas de pequeños países por aquí que se venden entre ellos zuecos pintados a mano o cerveza hecha de nabos. Y luego pasaron a conoceros como esos putos chiflados idiotas que luchan contra todo el mundo. Ahora os conocen como... bueno, como gente que hace justamente lo que harían ellos. Y mañana se reirán. Y hay otra gente, gente que se sienta a pensar en el futuro todos los días, que cree que vale un poco la pena ser amigos de un país así.

—¿Por qué? —preguntó Maladicta en tono receloso.

—¡Porque Ankh-Morpork es una ciudad amiga de todos los amantes de la libertad del mundo! —respondió Vimes—. Dioses, tiene que ser la forma en que lo digo: Ze chzy Brogocia proztfik! —Vio las caras impasibles de ellas—. Lo siento, llevo demasiado tiempo lejos de casa. Y francamente, preferiría estar allí.

—Pero ¿por qué acaba de decir que es una tortita de cereza? —dijo Polly.

—¿No he dicho que yo soy un ciudadano de Borogravia?

—No. «Brogocia» es la tortita de cereza y «Borogvia» es el país.

—Bueno, por lo menos lo he intentado. Mirad, preferimos que el príncipe Heinrich no sea el gobernante de dos países. Eso supondría un solo país muy grande, mucho más grande que el resto de los de por aquí. Así que probablemente seguiría creciendo. Él quiere ser como Ankh-Morpork, ya veis. Pero lo que quiere decir en realidad es que desea poder e influencia. No quiere ganárselos, no quiere crecer hasta tenerlos ni aprender por las malas cómo se usan. Simplemente los desea.

—¡Eso es jugar a la política! —exclamó Maladicta.

—No. Es decir la verdad, sin más. Haced las paces con él, cueste lo que cueste. Dejad en paz el camino y las torres. Obtendréis la comida de todas maneras, al precio que sea. El artículo del señor de Worde se encargará de ello.

—Usted nos mandó el café —dijo Polly.

—Ah, sí. Lo hizo el cabo Buggy Swires, mi ojo en el cielo. Es un gnomo.

—¿Y soltó a un hombre lobo para que nos siguiera?

—Bueno, soltar es una palabra un poco fuerte. Angua se dedicó a seguiros, solo por si acaso. Es una mujer lobo, sí.

—¿La chica que hemos conocido? ¡Pues no lo parece!

—Bueno, es que por lo general no lo parecen —dijo Vimes—. Justo hasta el momento en que sí, ya me entendéis. Y ella os seguía porque yo estaba buscando cualquier cosa que impidiera la muerte de miles de personas. Y eso tampoco es política —dijo Vimes. Se puso de pie—. Y ahora, señoras, me tengo que ir a presentar vuestro documento a los líderes de la alianza.

—Ha salido usted a fumar en el momento oportuno, ¿verdad? —dijo Polly, lentamente y con cautela—. Sabía que estábamos de camino y se aseguró de llegar primero a nosotras.

—Por supuesto. No le puedo dejar esto a una panda de... ah, sí... rupertos.

—¿Dónde está mi hermano, señor Vimes? —preguntó Polly, envarada.

—Pareces muy segura de que yo lo sé... —dijo Vimes, sin mirarla a la cara.

—Estoy segura de que lo sabe —dijo Polly.

—¿Por qué?

—¡Porque nadie más lo sabe!

Vimes aplastó la colilla del puro.

—Angua tenía razón sobre ti —dijo—. Sí, yo, ejem, hice gestiones para que lo pusieran bajo lo que me gusta llamar «custodia protectiva». Está bien. Angua te llevará con él ahora, si quieres. Tu hermano, posibilidad de venganza, chantaje, quién sabe qué... me pareció que estaría más seguro si yo sabía exactamente quién guardaba las llaves.

El final del viaje, pensó Polly. Pero no lo era, ya no. Tenía la clara sensación de que el hombre que tenía delante le estaba leyendo los pensamientos.

—Él era la razón de todo esto, ¿verdad? —dijo.

—No, señor. Solo la forma en que empezó —dijo Polly.

—Bueno, pues así es como continúa —dijo Vimes—. Hoy va a ser un día ajetreado. Ahora mismo voy a llevar esta oferta de tregua a la sala del otro lado del pasillo y presentársela a esos hombres tan importantes —su voz se volvió fría al decir aquellas palabras— que están discutiendo qué hacer con Borogravia. Tendréis una tregua, la comida y probablemente ayuda de alguna otra clase.

—¿Cómo puede saber eso? —preguntó Polly—. ¡No lo han discutido!

—Todavía no. Pero como os he dicho... yo antes era sargento. ¡Angua!

Se abrió la puerta. Entró Angua. Tal como había dicho Vimes, era imposible saber quién era un hombre lobo hasta que uno lo averiguaba...

—Y ahora será mejor que me afeite antes de ir a ver a esos hombres tan importantes —dijo Vimes—. La gente valora muchísimo los afeitados.

\* \* \*

A Polly le entró la vergüenza mientras bajaba la escalera con la sargento Angua. ¿Cómo se empezaba una conversación? «Entonces, eres una mujer lobo, ¿no?» sería bastante idiota. Se alegró de que hubieran dejado a Jade y a Maladicta en la sala de espera.

—Sí, lo soy —dijo Angua.

—¡Pero si no lo he dicho! —estalló Polly.

—No, pero estoy acostumbrada a las situaciones como esta. He aprendido a reconocer la manera en que la gente no dice las cosas. No te preocupes.

—Tú nos seguiste —dijo Polly.

—Sí.

—O sea que debías de saber que no éramos hombres.

—Oh, sí —dijo Angua—. Mi sentido del olfato es mucho mejor que mi vista, y eso que tengo buenos ojos. Los humanos huelen bastante. Si te sirve de algo, de todas formas, no se lo habría dicho al señor Vimes si no os hubiera oído hablarlo entre vosotras. Cualquiera os podría haber oído, no hacía falta ser un hombre lobo para eso. Todo el mundo tiene secretos que no quiere que se sepan. En ese sentido los hombres lobo son un poco como los vampiros. Se nos tolera... si andamos con cuidado.

—Eso sí lo puedo entender —dijo Polly. Igual que a nosotras, pensó.

Angua se detuvo junto a una puerta pesada y tachonada.

—Está aquí dentro —dijo, sacando una llave y haciéndola girar en la cerradura—. Yo me vuelvo a charlar con las otras. Ven a buscarme cuando estés lista...

Polly entró con el corazón desbocado y allí estaba Paul. Y también había un águila ratonera en una percha situada junto a la ventana abierta. Y en la pared, donde Paul estaba trabajando tan intensamente que le asomaba la lengua por la comisura de la boca y ni siquiera se había dado cuenta de que se había abierto la puerta, había otra águila, volando en el corazón del alba.

Ahora mismo, Polly podría perdonar cualquier cosa a Ankh-Morpork. Alguien le había encontrado a Paul una caja de tizas de colores.

\* \* \*

La larga jornada se alargó todavía más. Ella tenía una especie de poder. Lo tenían todas. La gente les dejaba espacio, las observaba. Los combates se habían detenido y la razón eran ellas y nadie sabía exactamente por qué.

Hubo momentos más ligeros. Tal vez ellas tuvieran poder, pero era la general Fhrac quien daba las órdenes. Y tal vez las órdenes las diera la general Fhrac, pero era permisible suponer que era el sargento primero Jackrum quien las anticipaba.

Y quizá fuera por eso que Otis pidió a Polly y a Tolón que fueran con ella, y a las tres las acompañaron a una sala donde dos guardias estaban de pie a ambos lados de un joven de aspecto avergonzado llamado Johnny, que tenía el pelo claro y los ojos de color azul y un pendiente dorado y los pantalones bajados hasta las rodillas por si Otis quería comprobar su otro rasgo distintivo.

También tenía un ojo morado.

—¿Es este? —preguntó la comandante Zuecón, que estaba apoyada en la pared comiéndose una manzana—. El general me ha pedido que les comunique que habrá una dote de quinientas coronas, gentileza del ejército.

Johnny se animó un poco al oír aquello. Otis le dirigió una mirada larga y exhaustiva.

—No —dijo por fin, dando media vuelta—. No es él.

Johnny abrió la boca y Polly le chilló:

—¡Nadie le ha pedido que hable, soldado! —Y tal era la naturaleza del día que el soldado calló.

—Me temo que es el único candidato —dijo Zuecón—. Tenemos muchos pendientes, matas de pelo rubio, ojos azules y tipos que se llaman Johnny. Y, por sorprendente que parezca, bastantes carbúnculos. Pero él es el único que lo tiene todo. ¿Está segura?

—Convencida —dijo Otis, sin dejar de mirar al chico—. A mi Johnny lo deben de haber matado.

Zuecón se acercó a ella y bajó la voz.

—En ese caso, ejem, el general ha dicho, informalmente, que se pueden apañar un certificado de matrimonio, un anillo y una pensión de viudedad —dijo.

—¿Puede conseguir eso? —susurró Polly.

—¿Por una de ustedes? ¿Hoy? Las asombraría lo que se puede conseguir —dijo Zuecón—. No piensen demasiado mal de ella. Sus intenciones son buenas. Ella es un hombre muy práctico.

—No —dijo Otis—. Yo... es... bueno, no. Gracias, pero no.

—¿Estás segura? —preguntó Polly.

—Convencida —dijo Otis, poniendo cara desafiante. Como no era por naturaleza una persona del tipo desafiante, no fue del todo la cara que ella creía ni la que debería haber sido, y tenía dejes de sufrimiento hemorroidal, pero por lo menos se apreciaba el esfuerzo.

Zuecón dio un paso atrás.

—Bueno, si está usted segura, soldado... Muy bien, pues. Llévese a ese hombre, sargento.

—Un momento —dijo Otis. Se acercó al perplejo Johnny, se plantó delante de él, extendió la mano y dijo—: ¡Antes de que se te lleven otra vez, quiero mis seis peniques, hijo de puta!

Polly ofreció la mano a Zuecón, que se la estrechó y sonrió. Se había producido otra especie de pequeña victoria. Si la avalancha es lo bastante grande, hasta las piedrecitas cuadradas ruedan.

\* \* \*

Polly regresó a la celda de gran tamaño que se había habilitado como barracón de las mujeres, o por lo menos como barracón de las mujeres declaradas. Los hombres, hombres adultos, se habían atropellado unos a otros para llenar el sitio de almohadones y traer leña para el fuego. Era todo muy extraño. Polly tuvo la sensación de que las trataban como a algo muy peligroso y frágil, algo como por ejemplo un frasco enorme y maravilloso lleno de veneno. Dobló el recodo que daba al gran patio y allí estaba de Worde con el señor Alarido. No había manera de escapar de ellos. Estaba claro que andaban buscando a alguien.

El hombre le dedicó una mirada en la que el reproche se mezclaba con la esperanza.

—Ejem... entonces, ¿son ustedes mujeres? —preguntó.

—Esto, sí —respondió Polly.

De Worde sacó su cuaderno.

—Esta es una historia asombrosa —dijo—. ¿De verdad llegaron hasta aquí luchando y entraron disfrazadas de lavanderas?

—Bueno, ya éramos mujeres, y algo de ropa sí lavamos —respondió Polly—. Supongo que en realidad era un disfraz bastante astuto. Se podría decir que nuestra forma de entrar fue no ir disfrazadas.

—El general Fhrac y el capitán Blusa dicen que están muy orgullosos de ustedes —continuó de Worde.

—Ah, entonces ¿lo han ascendido?

—Sí, y Fhrac ha dicho que han hecho ustedes un trabajo magnífico para ser mujeres.

—Sí, supongo que lo hemos hecho —dijo Polly—. Sí, muy bien para ser mujeres.

—El general pasó a afirmar que... —de Worde consultó su cuaderno— que ustedes honran a todas las mujeres de su país. ¿Le gustaría hacer algún comentario?

Parecía inocente, por tanto lo más probable es que no entendiera la lucha sin cuartel que acababa de estallar en la cabeza de Polly. Honráis a todas las mujeres de vuestro país. Estamos orgullosos de vosotras. De alguna manera aquellas palabras la encerraban a una, la ponían en su lugar, le daban unas palmaditas en la cabeza y la mandaban a casa con un caramelito. Por otra parte, había que empezar por alguna parte...

—El general es muy amable —dijo Polly—. Pero solamente queremos hacer nuestro trabajo y marcharnos a casa. Eso es lo que quieren los soldados. —Se lo pensó un momento y añadió—: Y un té bien caliente con azúcar. —Para asombro de ella, el hombre apuntó aquellas palabras.

—Una última pregunta, señorita: ¿cree usted que el mundo sería un sitio distinto si hubiera más mujeres soldado? —preguntó de Worde. Ella se fijó en que sonreía otra vez, así que probablemente aquella fuera una pregunta de broma.

—Oh, creo que eso se lo debería preguntar al general Fhrac —dijo Polly. Y me gustaría ver la cara que pone si se lo preguntas...

—Sí, pero ¿qué piensa usted, señorita?

—Cabo, por favor.

—Perdone, cabo... ¿y?

El lápiz estaba suspendido sobre el cuaderno. A su alrededor, el mundo giraba. El lápiz apuntaba cosas y luego esas cosas llegaban a todas partes. Puede que la pluma no fuera más poderosa que la espada, pero tal vez la imprenta fuera más pesada que la maquinaria de asedio. Unas solas palabras pueden cambiarlo todo...

—Bueno —dijo Polly—. Yo...

Hubo un bullicio repentino alrededor de las puertas del otro lado del patio y a continuación llegaron unos oficiales de caballería. Ya debían de estar esperándolos, porque un grupo de oficiales ezlobenos empezó a congregarse allí a toda prisa.

—Ah, veo que el príncipe está de vuelta —dijo de Worde—. Lo más seguro es que no le vaya a hacer ninguna gracia la tregua. Han mandado a unos jinetes a buscarlo.

—¿Puede el príncipe hacer algo al respecto?

De Worde se encogió de hombros.

—Dejó aquí a algunos oficiales de rango muy alto. Sería bastante sorprendente que lo hiciera.

La figura alta acababa de descabalgar y andaba con paso firme hacia Polly o, más bien, se dio cuenta ella, hacia la puerta enorme que tenía al lado. Una estela de secretarios y oficiales frenéticos le seguía los pasos y él se los sacudió de encima. Pero cuando un hombre le meneó un rectángulo de color blanco delante de la cara, Heinrich lo agarró y se detuvo tan en seco que varios de los oficiales chocaron contra él.

—Hum —dijo de Worde—. La edición que tiene la viñeta, supongo. Hum.

El papel fue arrojado al suelo.

—Sí, probablemente era eso —dijo de Worde.

Heinrich siguió su camino. Ahora Polly podía distinguir su expresión. Era atronadora. Al lado de ella, de Worde pasó a una página en blanco de su cuaderno y carraspeó.

—¿Piensa hablar con él? —preguntó Polly—. ¿Estando de ese humor? ¡Le va a dar un sablazo!

—Tengo que hacerlo —respondió de Worde. Y mientras el príncipe y su séquito llegaban a la puerta, él se adelantó un paso y dijo con voz ligeramente chirriante—: ¿Alteza? Me preguntaba si podía hablar un momento con usted.

Heinrich se giró para mirarlo con el ceño fruncido y vio a Polly. Por un momento, se sostuvieron las miradas.

Los ayudantes de campo del príncipe conocían a su superior. Mientras el hombre se llevaba la mano a la espada, todos se lanzaron hacia él en tropel, rodeándolo por completo, y hubo un corrillo de murmullos frenéticos en el que se oyó una serie de interjecciones estridentes de Heinrich sobre el tema de «¿Qué?», seguidas de una tocata en «¡Qué demonios decís!» mayor.

La multitud se abrió una vez más. El príncipe se sacudió con lentitud y cautela un poco de polvo de la casaca impoluta, echó un vistazo somero a Otto y a de Worde y, para horror de Polly, echó a andar hacia ella...

... extendiendo una mano enfundada en un guante blanco.

Oh, no, pensó ella. Pero es más listo de lo que Vimes cree, y sabe controlar su temperamento. Y de pronto, yo soy la mascota de todo el mundo.

—Por el bien de nuestros magníficos países —dijo Heinrich—, se está sugiriendo que nos demos públicamente un apretón de amistad. —Volvió a sonreír, o por lo menos permitió que las comisuras de sus labios ascendieran.

Como no se le ocurría ninguna otra salida, Polly cogió aquella manaza enorme y la estrechó como se le pedía.

—Oh, muy bien —dijo Otto, agarrando su caja de imágenes—. No podrré sacarr más que una, clarro, porrque porr desgrracia tengo que usarr el fogonazo. Solo serrá un momento...

Polly estaba descubriendo que una forma de arte que sucede en una fracción de segundo necesita sin embargo un rato largo para tener lugar, permitiendo a una sonrisa congelarse en forma de mueca desquiciada o, en los peores casos, de rictus mortal. Otto murmuró para sí mismo mientras ajustaba el equipo. Heinrich y Polly siguieron con las manos apretadas y miraron fijamente la caja de imágenes.

—Así pues —murmuró el príncipe—, el chico que jugaba a los soldados no es un chico. ¡Esa suerte que tienes!

Polly mantuvo su sonrisa inmutable.

—¿Tiene por costumbre amenazar a mujeres asustadas? —dijo.

—¡Oh, aquello no fue nada! ¡Al fin y al cabo, solo eres una campesina! ¿Qué sabes de la vida? ¡Y tuviste agallas!

—¡Digan todos «luís»! —les ordenó Otto—. Un, dos, trres... ¡oh, jod...!

Para cuando las impresiones en las retinas se hubieron disipado, Otto volvía a estar de pie.

—Un día esperro encontrrarr un filtrro que funcione —murmuró—. Grracias a todos.

—Eso ha sido por la paz y la buena voluntad entre naciones —dijo Polly, poniendo una sonrisa dulce y soltando la mano del príncipe. Dio un paso atrás—. Y esto, alteza, es por mí...

No llegó a dar la patada. La vida era un proceso de descubrir hasta dónde se puede llegar, y probablemente se podía llegar demasiado lejos averiguando hasta dónde se puede llegar. Pero un leve movimiento de la pierna bastó para ver a aquel cretino agacharse en la ridícula postura defensiva de rodillas chocando.

Se marchó de allí, cantando por dentro. Aquel no era un castillo de cuento de hadas y tampoco existían los finales de cuento de hadas, pero a veces una podía amenazar con dar una patada al príncipe encantador en los huevos con jamón.

Y ahora quedaba otra cosilla por hacer.

\* \* \*

El sol ya se estaba poniendo cuando Polly encontró otra vez al sargento Jackrum, y una luz de color sangre entraba por las ventanas altas de la cocina más grande del fuerte. El sargento estaba sentado solo a una mesa larga que había junto al fuego, con uniforme completo, y se estaba comiendo una gruesa rebanada de pan untada de grasa de cerdo. Cerca de su otra mano había una jarra de cerveza. Levantó la vista al acercarse ella y le hizo una señal de camaradería hacia otra silla. A su alrededor había un trajín de mujeres.

—Grasa de cerdo con sal y pimienta y una jarra de cerveza —dijo—. Lo mejor que hay. Que no me vengan mí con cuisín, ¿Quieres una rebanada? —Hizo un gesto a una de las mozas de la cocina que danzaba de un lado para otro a su servicio.

—Ahora mismo no, sargento.

—¿Seguro? —dijo Jackrum—. Hay un viejo dicho: Los besos no duran, los guisos sí. Confío en que no tengas razones para reflexionar sobre él.

Polly se sentó.

—De momento el beso está durando —dijo.

—¿Lo de Otis está solucionado? —preguntó Jackrum. Se terminó la cerveza, chasqueó los dedos hacia la chica que lo servía y señaló la jarra vacía.

—A su propia satisfacción, sargento.

—Eso está bien. Nada mejor que eso. ¿Y ahora qué, Artes?

—No sé, sargento. Me voy a ir con Pir... con Alice y con el ejército y ver qué pasa.

—Buena suerte. Cuida de ellos, Artes, porque yo no voy —dijo Jackrum.

—¡Sargento! —dijo Polly, asombrada.

—Bueno, parece que ahora mismo nos va a faltar una guerra, ¿eh? En todo caso, se acabó. Fin del camino. Ya he hecho mi parte. Ya no puedo seguir. He gastado todo mi carcaj con el general y me atrevo a decir que se alegrará de ver cómo me marcho. Además, me estoy haciendo viejo. En el ataque de hoy he matado a cinco pobres diablos y después me he visto preguntándome por qué. Eso no es bueno. Es hora de salir antes de que se me embote el filo.

—¿Está seguro, sargento?

—Sí. Me da a mí que la vieja cantinela de «mi país haga bien o haga mal» se ha terminado. Es hora de poner los pies en alto y averiguar para qué hemos estado luchando. ¿Seguro que no quieres un poco de grasa? Tiene tropezones crujientes. A eso lo llamo yo una grasa con estilo.

Polly rechazó con un gesto la rebanada untada de grasa que le ofrecían y permaneció sentada en silencio mientras Jackrum la engullía.

—Tiene gracia la cosa —dijo por fin.

—¿El qué, Artes?

—Darte cuenta de que todo no se centra en ti. Te crees que eres el héroe y al final resulta que eres parte de la historia de otro. Será Pir... Alice a quien todos recuerden. Los demás solamente teníamos que traerla hasta aquí.

Jackrum no dijo nada pero, tal como Polly habría predicho, se sacó el cucurucho arrugado de tabaco de mascar del bolsillo. Ella metió la mano en su propio bolsillo y sacó un paquetito. Bolsillos, pensó. Tenemos que mantener los bolsillos. Un soldado necesita bolsillos.

—Pruebe esto, sargento —dijo—. Venga, ábralo.

Era un saquito de cuero blando, con un cordel para cerrarlo. Jackrum lo sostuvo en alto de manera que se balanceara.

—Bueno, Artes, a fe mía que no soy un hombre que diga palabrotas... —empezó a decir.

—No, no lo es. Ya me he dado cuenta —lo interrumpió Polly—. Pero ese viejo cucurucho mugriento ya me estaba atacando los nervios. ¿Por qué nunca se procuró una bolsita como es debido? Un guarnicionero de aquí me ha cosido esa en media hora.

—Bueno, la vida es así, ¿no? —dijo Jackrum—. Cada día piensas: «Por los dioses, ya es hora de hacerme una bolsita nueva», pero luego se complica todo tanto que acabas usando la antigua. Gracias, Artes.

—Bueno, pensé: «¿Qué le puedo regalar al hombre que lo tiene todo?», y al final es lo único que me pude permitir —dijo Polly—. Pero usted no lo tiene todo, sargento. ¿Sargento? ¿Verdad que no lo tiene todo?

Notó que Jackrum se helaba.

—No sigas por ahí, Artes —dijo, bajando la voz.

—Simplemente pensé que le gustaría enseñarle a alguien ese relicario suyo, sargento —dijo Polly en tono jovial—. El que lleva colgando del cuello. Y no me mire con esa cara, sargento. Oh, sí, ahora podría largarme y nunca llegaría a estar segura, segura del todo, y tal vez usted nunca se lo enseñaría a nadie más, en la vida, ni contaría jamás la historia, y un día los dos estaríamos muertos y... bueno, menudo desperdicio, ¿eh?

Jackrum la fulminó con la mirada.

—A fe suya que no es usted un hombre deshonesto —dijo Polly—. Muy buena, sargento. Se lo decía usted a la gente todos los días.

Alrededor de ellos, más allá de la cúpula, la cocina bullía con el trajín de las mujeres. Las mujeres siempre parecían estar haciendo cosas con las manos: sosteniendo bebés o sartenes o platos o lana o un cepillo o una aguja. Hasta mientras hablaban, ocurría el trajín.

—No te creería nadie —dijo Jackrum por fin.

—¿A quién se lo querría decir yo? —preguntó Polly—. Y tiene razón. No me creería nadie. Pero yo sí le creería a usted.

Jackrum fijó la mirada en la jarra de cerveza que le acababan de poner, como si intentara ver el futuro en la espuma. Pareció llegar a una decisión, se sacó la cadena de oro de la camiseta apestosa, soltó el relicario de la cadenilla y lo abrió suavemente con un clic.

—Ahí lo tienes —dijo, pasándoselo a ella—. Espero que te aproveche.

A cada lado del relicario había una pintura en miniatura: una chica morena y un joven rubio con el uniforme de los Dentroyfuera.

—Muy buen retrato de usted —dijo Polly.

—Vete a tomarle el pelo a tu tía —dijo Jackrum.

—No, en serio —dijo Polly—. Miro el retrato y lo miro a usted... y veo su cara en la de ella. Más pálida, claro. No tan... llena. ¿Quién era el chico?

—William, se llamaba —dijo Jackrum.

—¿El novio de usted?

—Sí.

—Y usted lo siguió al ejército...

—Oh, sí. La vieja historia de siempre. Yo era una chica grande y fuerte y... bueno, ya ves el retrato. El artista hizo lo que pudo, pero yo nunca fui una pintura al óleo. Apenas una acuarela, en realidad. En el sitio del que yo vengo, lo que un hombre buscaba en su futura esposa era que pudiera levantar un cerdo debajo de cada brazo. Y un par de días más tarde, yo estaba levantando un cerdo con cada brazo, ayudando a mi padre, cuando se me cayó un zueco en el barro y el viejo se puso a gritarme y yo pensé: al infierno con esto, Willie nunca me gritaba. Agarré unas cuantas prendas de hombre, no quieras saber cómo, me corté el pelo sin pensármelo, besé a la duquesa y en menos de tres meses ya era un Hombre Elegido.

—¿Qué es eso?

—Es como llamábamos antes a los cabos —respondió Jackrum—. Hombres Elegidos. Sí, a mí también me hizo sonreír. Y me puse en marcha. El ejército es pan comido comparado con llevar una granja de cerdos y cuidar a tres hermanos vagos.

—¿Cuánto tiempo hace de eso, sargento?

—La verdad es que no te sabría decir. Juro que no sé qué edad tengo, es la verdad —dijo Jackrum—. He mentido tantas veces sobre mi edad que terminé por creerme las mentiras. —Empezó, con mucho cuidado, a trasladar el tabaco de mascar a la bolsa nueva.

—¿Y su joven muchacho? —dijo Polly en voz baja.

—Oh, tuvimos momentos geniales, geniales —dijo Jackrum, y se detuvo un momento para mirar a la nada—. A él no lo ascendieron nunca por tartamudo, pero yo tenía un buen vozarrón y eso a los oficiales les gusta. A Willie nunca le molestó para nada, ni siquiera cuando llegué a sargento. Y luego lo mataron en Sepple, justo a mi lado.

—Lo siento.

—No tienes por qué sentirlo, no lo mataste tú —dijo Jackrum sin alterarse—. Pero yo pasé por encima de su cuerpo y ensarté al cabrón que lo había matado. No fue culpa de él. No fue culpa mía. Éramos soldados. Y al cabo de unos meses tuve una pequeña sorpresa, y lo llamé William, igual que su padre. Menos mal que me cayó un buen permiso, ¿eh? Mi abuela lo crió por mí y lo puso de aprendiz de armero en Scritz. Es un buen oficio, sí señor. A los buenos armeros no los mata nadie. Me han dicho que es idéntico a su padre. Un capitán al que conocí una vez le había comprado una espada de puta madre. Me la enseñó, sin saber la historia, claro. Una espada cojonuda. Tenía adornos de voluta en la empuñadura y todo, muy elegante. He oído que está casado y tiene cuatro chiquillos. Un carruaje con pareja de tiro, criados, casa grande... sí, veo que estás prestando atención...

—Pirao... bueno, Pirao y la duquesa dijeron...

—Sí, sí, hablaron de Scritz y de una espada —dijo Jackrum—. Ahí fue cuando supe que no era el único que estaba cuidando de vosotras. Supe que ibais a sobrevivir. La vieja os necesitaba.

—Pues tiene usted que ir allí, sargento.

—¿Tengo que ir? ¿Quién lo dice? Llevo toda la vida sirviendo a la vieja muchacha, y ya no me puede exigir nada. Soy un hombre libre, igual que siempre.

—¿De verdad, sargento? —preguntó Polly.

—¿Estás llorando, Artes?

—Bueno... es un poco triste, sargento.

—Bueno, diría que yo también solté alguna lágrima, de vez en cuando —dijo Jackrum, sin dejar de meter el tabaco en el nuevo saquito—. Pero a fin de cuentas, he tenido una buena vida. Vi la carga de caballería en la batalla de Slomp. Fui parte de la delgada línea roja que desvió a la Brigada Pesada en el vado de las Ovejas, salvé la bandera imperial de cuatro hijoputas de mucho cuidado en Raladan, y he estado en muchos países extranjeros y he conocido a mucha gente interesante, a casi todos los cuales he matado antes de que pudieran aporrearme a mí de lo lindo. Perdí a un amante, aún tengo un hijo... a muchas mujeres les ha ido peor, créeme.

—Y... descubrió a otras chicas...

—¡Ja! La verdad es que se convirtió en una especie de pasatiempo. La mayoría eran criaturillas aterradas que estaban escapando de dios sabe qué. Las descubrían enseguida. Y había muchas como Otis, persiguiendo a su chico. Pero hubo unas cuantas que tenían lo que yo llamo la chispa. Un poco de fuego, tal vez. Solo necesitaban que les señalaran la dirección correcta. Yo las aupé un poco, se podría decir. A veces los sargentos son hombres poderosos. Una palabra aquí, un saludo con la cabeza allí, a veces hasta amañar unos documentos, un susurro en la oscuridad...

—... un par de calcetines —dijo Polly.

—Sí, esas cosas —dijo Jackrum, con una sonrisa—. Siempre les preocupaba mucho el tema de las letrinas. Es el menor de tus problemas, les solía decir yo. En los momentos de paz a nadie le importa, y en plena batalla todo el mundo mea igual, y sin perder un maldito momento. Oh, yo las ayudé. Yo era su comosediga, su eminence grase, y bien que era grasa, empujándolas para que resbalaran hacia arriba. Los chiquillos de Jackrum, los llamaba yo.

—¿Y ellas nunca sospecharon?

—¿Cómo iban a sospechar del Juerguista Jack Jackrum, lleno de ron y vinagre? —replicó Jackrum, mientras regresaba su vieja sonrisa maligna—. De Jack Jackrum, que podía parar una pelea de taberna con un eructo. ¡No, señor! Supongo yo que algunas tal vez sospecharon algo, supongo yo que se imaginaron que en alguna parte pasaba algo, pero yo solo era el viejo sargento gordinflón que conocía a todo el mundo y lo sabía todo y también se lo bebía todo.

Polly se secó los ojos.

—¿Y qué va a hacer ahora, entonces, si no se va a Scritz?

—Bueno, tengo algún pellizco ahorrado —dijo Jackrum—. De hecho, en realidad bastante más que un pellizco. Pillajes, saqueos, botines... da igual como lo llames, todo se va acumulando. Yo no lo acabé meando todo contra una pared como los demás, ¿verdad? Diría yo que me acuerdo de casi todos los putos sitios donde los enterré. Siempre pensé que podía abrir una posada, o tal vez una casa de mal nombre... oh, un sitio de los elegantes, no hace falta que me mires así, nada que ver con aquella tienda de campaña apestosa. No, te hablo de esas que tienen chef y lámparas de araña y montones de terciopelo rojo, una cosa muy exclusiva. Pondría a una señora con clase a regentarla y yo sería el gorila de la puerta y llevaría el bar. Te daré un consejillo, chaval, para tu futura carrera, y es algo que aprendieron por sí mismos algunos de los chiquillos: a veces va bien visitar uno de esos sitios tan feos, o la gente se empezará a hacer preguntas sobre ti. Yo siempre me llevaba un libro para leer y le aconsejaba a la señorita que durmiera un poco, porque el trabajo que hacen es duro.

Polly dejó pasar aquello, pero dijo:

—¿No quiere usted volver y ver a sus nietos?

—No querría ser una carga para él, muchacho —respondió Jackrum con firmeza—. No me atrevería. ¡Mi hijo es un hombre muy respetado en el pueblo! ¿Qué le puedo ofrecer yo? ¡No va a querer a una vieja gordinflona dando porrazos a su puerta de atrás y chorreando babas de tabaco por todos lados y diciéndole que es su madre!

Polly miró un momento el fuego y sintió que la idea se infiltraba en su mente.

—¿Qué me dice de un distinguido sargento primero, lleno de galones relucientes, cargado de medallas, que llega a la puerta principal en un carruaje enorme y le dice que es su padre? —propuso.

Jackrum se la quedó mirando.

—Las mareas de la guerra y todo eso —continuó Polly, con la mente de pronto a toda velocidad—. Un amor juvenil. El deber llama. Familias dispersas. Búsqueda desesperada. Pasan décadas. Gratos recuerdos. Y luego... bueno, una conversación pescada al vuelo en una taberna, sí, eso cuadra. La esperanza renace. Una nueva búsqueda. Bolsillos untados. Los recuerdos de las ancianas. Y por fin, una dirección...

—¿Qué estás diciendo, Artes?

—Usted es un mentiroso, sargento —dijo Polly—. El mejor al que he conocido. ¡Una última mentira compensa todas las anteriores! ¿Por qué no? Podría usted hablarle de la chica que dejó en casa...

Jackrum apartó la vista, pero dijo:

—Eres un hijo de puta de lo más listo que hay, Artes. Pero ¿de dónde iba a sacar yo un carruaje enorme?

—¡Oh, sargento! ¿Hoy? Hay... hombres en puestos altos que ahora mismo estarán dispuestos a darle cualquier cosa que pida. Eso lo sabe. Sobre todo si así pueden ver cómo se marcha. Nunca les pidió gran cosa a ninguno de ellos. Si yo fuera usted, sargento, me cobraría unos cuantos favores ahora que puede. Así somos los Dentroyfuera, sargento. Agarre el queso mientras lo tenga a mano, porque los besos no duran.

Jackrum respiró hondo.

—Me lo pensaré, Artes. Ahora largo de mi vista, ¿de acuerdo?

Polly se puso de pie.

—Piénselo bien, sargento, ¿eh? Como ha dicho usted, cualquiera a quien le quede alguien juega con ventaja ahora mismo. ¿Cuatro nietos? Yo sería una niña orgullosa si tuviera un abuelo capaz de escupir jugo de tabaco bastante lejos para acertarle a una mosca en la pared del fondo.

—Te estoy avisando, Artes.

—Estaba pensando en voz alta, sargento.

—Sí... claro —gruñó Jackrum.

—Gracias por cuidar de nosotras, sargento.

Jackrum no se dio la vuelta.

—Me marcho, pues, sargento.

—¡Artes! —exclamó Jackrum cuando ella ya llegaba a la puerta. Polly volvió a entrar en la sala.

—¿Sí, sargento?

—Yo... me esperaba más de ellas, la verdad. Pensaba que lo harían mejor que los hombres. El problema es que hacían de hombres mejor que los hombres. Ya dicen que el ejército te vuelve un hombre, ¿eh? Así que... sea lo que sea que vayas a hacer a partir de ahora, hazlo siendo tú misma. Hagas bien o hagas mal, hazlo siendo tú misma. Cuando mientes demasiado, ya no hay verdad a la que volver.

—Lo haré, sargento.

—Es una orden, Artes. Ah... y ¿Artes?

—¿Sí, sargento?

—Gracias, Artes.

Polly hizo una pausa cuando llegó a la puerta. Jackrum había girado su silla hacia el fuego y se había repantingado en ella. A su alrededor, la cocina funcionaba.

\* \* \*

Pasaron seis meses. El mundo no era perfecto, pero seguía girando.

Polly había guardado los artículos del periódico. No eran precisos, por lo menos en los detalles, porque el autor contaba... historias, no lo que estaba sucediendo en realidad. Eran como pinturas cuando tú habías estado presente y habías visto el modelo. Pero lo de la marcha sobre el castillo era cierto, con Pirao en cabeza montada en un caballo blanco y llevando la bandera. Y era cierto que la gente había salido de sus casas y se había unido a la marcha, de manera que lo que llegó a las puertas ya no era un ejército sino una especie de turba muy disciplinada, que daba gritos y vítores. Y era cierto que los guardias le habían echado un vistazo y se habían replanteado muy en serio su futuro, y que las puertas se habían abierto antes incluso de que el caballo hubiera puesto los cascos sobre el puente levadizo. No había habido ningún combate, ninguno en absoluto. La balanza se había decantado. El país entero había dejado de contener el aliento.

Polly no creía que fuera cierto que el retrato de la duquesa, solo en su caballete en medio de la enorme y vacía sala del trono, hubiera sonreído al acercársele Pirao. Polly había estado presente y no lo había visto, pero mucha gente juraba que había sucedido, y al final se podía terminar dudando qué era la verdad en el fondo, o si había muchas clases distintas de verdad.

En todo caso, había funcionado. Y entonces...

... se marcharon a sus casas. Muchos soldados se marcharon, bajo la frágil tregua. Ya estaban cayendo las primeras nieves y, si la gente había querido guerra, ahora se la declaró el invierno. Llegó armado con lanzas de hielo y flechas de hambre, llenó de nieve los pasos de las montañas y dejó el mundo tan alejado como si fuera la luna...

Fue entonces cuando se abrieron las viejas minas de los enanos y empezaron a salir los ponis uno tras otro. Siempre se había dicho que había túneles de enanos por todas partes, y no solamente túneles: canales secretos bajo las montañas, muelles, niveles de esclusas capaces de elevar una barcaza a un kilómetro de altura en la oscuridad ajetreada, muy por debajo de las tempestades que azotaban las cimas de las montañas.

Los enanos trajeron coles en efecto, y patatas y tubérculos y manzanas y toneles de grasa, cosas que duraban. Y así fue derrotado el invierno, y la nieve fundida descendió bramando por los valles, y el Tolladero garabateó sus meandros arbitrarios por la llanura cenagosa del valle.

Se habían ido a casa, y Polly se preguntó si alguna vez habían salido de allí en realidad. ¿Fuimos soldados?, se preguntó. Las habían aclamado en el camino a PríncipeMarmadukePiotreAlbertHansJosephBernhardtWilhelmsberg, y las habían tratado mucho mejor de lo que exigía su graduación, y hasta les habían diseñado un uniforme especial. Pero ella no se quitaba de la cabeza la imagen de Gingiva Abbens...

No éramos soldados, decidió por fin. Éramos chicas con uniforme. Éramos como un amuleto. Éramos mascotas. No éramos reales, siempre fuimos un símbolo de algo. Lo habíamos hecho muy bien para ser mujeres. Y éramos algo transitorio.

A Tolón y a Esti ya nunca las iban a obligar a volver a la escuela, y se habían marchado por su cuenta. Pirao se había ido a vivir a la casa del general, tenía una habitación propia y tranquilidad, ayudaba en lo que podía y nunca recibía ninguna paliza. Había escrito una carta a Polly, con letra diminuta y puntiaguda. Parecía feliz; un mundo sin palizas era el paraíso. Jade y su novio se habían marchado a hacer cosas más interesantes, como solían hacer los sensatos trolls. Otis... había tenido que seguir un calendario propio. E Igorina se había establecido por su cuenta en la capital, tratando problemas de mujeres o por lo menos todos los problemas de mujeres que no eran problemas de hombres. Y los oficiales superiores les habían dado medallas y habían mirado cómo se marchaban con sonrisas rígidas y tenues. Los besos no duran.

Y ahora no es que no estuvieran pasando cosas buenas, sino únicamente que las malas se habían parado. Las viejas seguían gruñendo, pero ahora las dejaban que gruñeran solas. Nadie tenía instrucciones, nadie tenía mapa y nadie estaba muy seguro de quién estaba al mando. Había discusiones y debates en todas las esquinas. Era una situación aterradora y estimulante. Cada día era una exploración. Polly se había puesto un par de pantalones viejos de Paul para limpiar el suelo de la taberna y apenas se había llevado un «jurrumf» de nadie. Ah, y la Escuela para Chicas Trabajadoras había ardido hasta los cimientos, y ese mismo día dos figuras delgadas y enmascaradas habían robado un banco. Polly había sonreído al enterarse de aquello. Otis se había ido a vivir a La Duquesa. Su bebé se llamaba Jack. Paul lo quería con locura. Y ahora...

Alguien había estado haciendo pintadas otra vez en la letrina de hombres. Polly no consiguió limpiarlas, así que se contentó con corregir la anatomía. Luego limpió la letrina en un segundo —o por lo menos la dejó limpia según los criterios de urinario de taberna— tirando un par de baldes de agua y tachó la tarea de la lista, tal como hacía todas las mañanas. Cuando llegó de vuelta a la taberna encontró allí a un grupo de hombres preocupados hablando con su padre. Ella los vio un poco asustados al entrar.

—¿Qué está pasando? —preguntó.

Su padre señaló con la cabeza a Gingiva Abbens y todo el mundo retrocedió un poco. Entre la saliva que volaba y su mal aliento, nadie quería que sus conversaciones con Gingiva fueran demasiado íntimas.

—¡Los comedores de naboch han vuelto a las andadach! —dijo—. ¡Noch van a invadir porque el príncipe dice que ahora le pertenecemos!

—Todo viene de que es primo lejano de la duquesa —aportó el padre de Polly.

—¡Pero yo oí decir que eso aún no estaba claro! —dijo Polly—. ¡Además, todavía dura la tregua!

—Pareche que él lo echtá aclarando —dijo Gingiva.

El resto del día pasó a ritmo acelerado. Había grupos de gente hablando con apremio en las calles, y una multitud frente a las puertas del ayuntamiento. De vez en cuando salía un secretario y clavaba un nuevo comunicado en las puertas; la multitud se cerraba sobre él como si fuera una mano y se volvía a abrir como una flor. Polly se abrió paso a codazos hasta el frente del gentío, sin hacer caso de los murmullos que la rodeaban, y examinó las hojas de papel.

La vieja historia de siempre. Estaban volviendo a reclutar soldados. Las mismas palabras de siempre. Los mismos graznidos de soldados muertos tiempo atrás, invitando a los vivos a unirse a ellos. Puede que el general Fhrac fuera una mujer, pero también era, como habría dicho Blusa, «un pelín anciana». O eso, o bien el peso de tanta charretera la estaba hundiendo.

Los besos no duran. Sí, la duquesa había cobrado vida ante los ojos de todos y había puesto el mundo del revés por un tiempo y tal vez todos habían decidido ser mejores personas, y gracias a cierto olvido se había abierto un espacio para respirar.

Y sin embargo... ¿había sucedido realmente? Hasta Polly se lo preguntaba a veces, y eso que ella había estado presente. ¿No sería más que una voz en sus cabezas, una especie de alucinación? ¿Acaso los soldados que estaban en situaciones desesperadas no eran famosos por ver visiones de dioses y ángeles? Y en algún punto, en el transcurso del largo invierno, el milagro se había disipado, y la gente había dicho: «Muy bien, pero tenemos que ser prácticos».

Lo único que recibimos fue una oportunidad, pensó Polly. No un milagro, no un rescate, nada de magia. Solamente una oportunidad.

Regresó andando hasta la posada, con la mente zumbando. Cuando llegó la estaba esperando un paquete. Era bastante largo y pesado.

—Ha llegado desde Scritz en la diligencia —dijo Otis, emocionada. Había estado trabajando en la cocina. Que ya se había convertido en su cocina—. Me pregunto qué será —dijo mordaz.

Polly quitó la tapa de la tosca caja de madera haciendo palanca y vio que estaba llena de paja, con un sobre en la parte de arriba. Abrió el sobre.

Dentro había una iconografía. Parecía de las caras, un rígido retrato de familia con cortinas y una maceta con palmera al fondo para conferirle a todo un poco de estilo. A la izquierda había un hombre de mediana edad y aspecto orgulloso; a la derecha había una mujer de la misma edad aproximadamente, con cara bastante perpleja pero aun así complacida porque su marido estaba feliz; y aquí y allí, mirando al espectador con variaciones entre la sonrisa y la mirada torcida, y con expresiones que iban desde el interés hasta el recuerdo repentino de que tendrían que haber ido al retrete antes de posar, había una gama de niños entre el tipo alto y larguirucho y el pequeño y engreídamente dulce.

Y sentado en una silla en el centro, el foco de toda la atención, estaba el sargento primero Jackrum, brillando como el sol.

Polly se lo quedó mirando y luego le dio la vuelta al retrato. En el dorso estaba escrito, con letras grandes y negras: «¡El famoso acto de resistencia desesperada del S.P. Jackrum!», y más abajo: «Estas ya no me hacen falta».

Ella sonrió y apartó la paja. En medio de la caja, envueltos en tela, había un par de alfanjes.

—¿Es el viejo Jackrum? —preguntó Otis, cogiendo el retrato.

—Sí. Ha encontrado a su hijo —dijo Polly, desenvolviendo la hoja de una espada.

Otis se estremeció al verla.

—Qué cosas tan malignas —dijo.

—Pero cosas al fin y al cabo —dijo Polly. Dejó ambos alfanjes sobre la mesa y ya estaba quitando la caja de en medio cuando vio algo pequeño entre la paja del fondo. Era algo rectangular y envuelto en cuero fino.

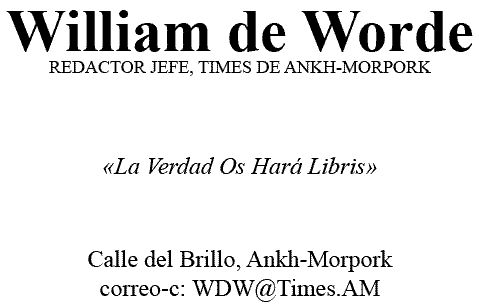
Era un cuaderno con cubiertas baratas y páginas amarillentas y mohosas.

—¿Eso qué es? —preguntó Otis.

—Creo que... sí, es su agenda de direcciones —dijo Polly, hojeando el cuaderno.

Aquí está, pensó. Está todo aquí. Generales, comandantes y capitanes, ¡dios mío! Debe de haber... cientos. ¡Tal vez un millar! Nombres, nombres verdaderos, ascensos, fechas... todo...

Sacó a continuación un rectángulo de cartulina blanca que estaba inserto para hacer de punto de lectura. En él había un escudo de armas bastante recargado y la siguiente leyenda impresa:



Alguien había tachado la «i» de «libris» y había escrito una «e» a lápiz encima.

Fue un anhelo repentino y extraño...

¿De cuántas maneras se puede librar una guerra?, se preguntó Polly. Ahora tenemos los clacs. Conozco a un hombre que escribe cosas. El mundo gira. Los pequeños países valerosos que buscan la autodeterminación... pueden resultar útiles para los países grandes que tienen planes propios.

Hora de agarrar el queso.

La expresión de Polly mientras miraba la pared habría asustado a bastante gente importante. Y esa misma gente se había preocupado todavía más al enterarse de que Polly se pasó las horas siguientes escribiendo cosas, porque se le había ocurrido que la general Fhrac no había llegado donde estaba a base de ser estúpida, y que por tanto no le iría mal seguir su ejemplo. Copió el cuaderno entero y lo selló dentro de un viejo frasco de conservas que luego escondió en el tejado de los establos. Escribió algunas cartas. A continuación sacó su uniforme del ropero y lo examinó con expresión crítica.

Serían mascotas, amuletos de la buena suerte... Y tal vez, en plena marcha a PríncipeMarmadukePiotreAlbertHansJosephBernhardtWilhelmsberg, lo que a todo el mundo le hacía falta era un chiste. Pero quizá, cuando el mundo se pone del revés, también se puede dar la vuelta a un chiste. Gracias, Gingiva, aunque no fueras consciente de lo que me estabas enseñando. Cuando la gente se está riendo de ti, tiene la guardia baja. Cuando tienen la guardia baja, se les puedes dar una patada en pleno altercado.

Se inspeccionó en el espejo. Ahora llevaba el cabello lo bastante largo como para que la molestara, pero no lo bastante largo como para resultar atractivo, de manera que se lo cepilló y lo dejó tal como estaba. Se puso el uniforme, pero con la falda encima de los pantalones, y trató de apartar la molesta sensación de que se estaba disfrazando de mujer.

Listos. Tenía un aspecto completamente inofensivo. Se la veía un poco menos inofensiva con los dos alfanjes y uno de los arcos de caballería a la espalda, sobre todo si uno sabía que los tableros de dardos de la posada tenían profundos agujeros en el centro de tanto practicar.

Polly se alejó por el pasillo hasta la ventana que dominaba el patio de la posada. Paul estaba subido a una escalera de mano, repintando el letrero. Su padre le sostenía la escalera y le daba instrucciones a su estilo habitual, que era gritar la instrucción un par de segundos después de que uno ya hubiera empezado a seguirla. Y Otis, aunque Polly era la única persona en La Duquesa que seguía llamándola así y sabía por qué, los miraba con Jack en brazos. Era una estampa encantadora. Por un momento deseó tener un relicario.

La Duquesa era más pequeña de lo que había creído. Pero si tenías que protegerla plantándote en la puerta con una espada, es que habías llegado demasiado tarde. Cuidar de las cosas pequeñas empezaba por cuidar de las cosas grandes, y tal vez el mundo no era lo bastante grande.

La nota que dejó sobre su tocador decía:

«Otis, confío en que Jack y tú seáis felices aquí. Paul, cuida de ella. Papá, nunca he cobrado ningún salario, pero me hace falta un caballo. Intentaré mandarlo de vuelta. Os quiero a todos. Si no vuelvo, quemad esta carta y buscad en el tejado del establo».

Se descolgó por la ventana, ensilló un caballo en la cuadra y salió por la puerta de atrás. No montó hasta llegar donde ya no la pudieran oír, y luego bajó cabalgando hasta el río.

La primavera estaba bañando el país. La savia se elevaba. En los bosques crecía una tonelada de leña cada minuto. Por todas partes cantaban los pájaros.

Había un guardia en el ferry. La observó con nerviosismo mientras ella hacía subir al caballo a bordo y luego sonrió.

—¡Buenos días, señorita! —dijo en tono alegre.

En fin... hora de empezar. Polly se acercó dando zancadas al hombre desconcertado.

—¿Estás intentando ir de listo? —exigió saber, a pocos centímetros de su cara.

—No, señorita...

—¡Soy sargento, amigo! —dijo Polly—. Intentémoslo otra vez, ¿de acuerdo? Te he preguntado si estás intentando ir de listo.

—¡No, sargento!

Polly se le acercó hasta tener la nariz a centímetro y medio.

—¿Por qué no?

La sonrisa se disipó. Aquel no era un soldado con buenas expectativas de ascenso.

—¡Si no estás intentando ir de listo, amigo, es que te contentas con ser tonto! —gritó Polly—. ¡Y ya estoy hasta las narices de tontos!

—Sí, pero...

—Pero ¿qué, soldado?

—Sí, pero... bueno... pero... nada, sargento —dijo el soldado.

—Así me gusta. —Polly hizo una señal con la cabeza a los barqueros—. ¿Hora de irnos? —sugirió, aunque en el tono de una orden.

—Viene un par de personas por el camino, sargento —dijo uno de ellos, más avispado que los otros.

Esperaron. Y en realidad se estaban acercando tres personas. Una de ellas era Maladicta, vestida con uniforme completo.

Polly no dijo nada hasta que el ferry estuvo en mitad de la corriente. La vampira le dedicó la clase de sonrisa que solo un vampiro puede dedicar. Habría sido una sonrisa de cordero si los corderos tuvieran otros dientes.

—Se me ha ocurrido intentarlo de nuevo —dijo.

—Vamos a buscar a Blusa —dijo Polly.

—Ahora es comandante —dijo Maladicta—. Y está más contento que unas pascuas porque le han puesto su nombre a una especie de guante sin dedos, por lo que me han contado. ¿Para qué lo queremos?

—Sabe mucho de clacs. Y conoce otras maneras de librar una guerra. Y yo conozco a... gente —dijo Polly.

—Ah, ¿quieres decir gente del tipo «A fe mía que no soy un hombre mentiroso pero conozco a gente»?

—Esa es la clase de gente que tenía en mente, sí.

El río lamía el costado del ferry.

—Bien —dijo Maladicta.

—Pero no sé adónde va a llevar esto —dijo Polly.

—Ah. Mejor todavía.

Llegado ese punto, Polly decidió que estaba al corriente de la bastante verdad como para ir tirando. El enemigo no eran los hombres, ni las mujeres, ni los viejos, ni siquiera los muertos. Eran los putos estúpidos, que venían en todas las variedades. Y nadie tenía derecho a ser estúpido.

Miró a los otros dos pasajeros que habían subido a bordo discretamente. Eran muchachos campesinos con ropa raída y demasiado grande, que se mantenían a distancia de ella y miraban fijamente el muelle. Pero fue suficiente un vistazo. El mundo se puso del revés y la historia se repitió. Por alguna razón, de repente aquello la puso muy contenta.

—¿Vais a alistaros, muchachos? —les preguntó con entusiasmo.

Hubo algún murmullo en la línea de «sí».

—Bien. Entonces poned las espaldas bien rectas —dijo Polly—. Vamos a echaros un vistazo. La barbilla bien alta. Ah. Así me gusta. Lástima que no hayáis practicado a caminar con pantalones, y veo que tampoco habéis traído un par de calcetines de sobra.

Ellas la miraron boquiabiertas.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó Polly—. Vuestros nombres de verdad, por favor.

—Ejem... Rosemary —empezó a decir una de ellas.

—Yo soy Mary —dijo la otra—. Oí decir que se estaban alistando chicas, pero todo el mundo se reía, así que pensé que sería mejor fingir que...

—Bueno, también os podéis alistar como hombres si queréis —dijo Polly—. Nos hacen falta buenos hombres.

Las chicas se miraron entre ellas.

—Así os corresponden mejores palabrotas —les explicó Polly—. Y los pantalones son útiles. Pero vosotras elegís.

—¿Elegimos? —dijo Rosemary.

—Por supuesto —dijo Polly. Le puso una mano en el hombro a cada chica, le guiñó el ojo a Maladicta y añadió—: Sois mis chiquillos, o no, también puede ser, y yo cuidaré de... vosotros.

Y el nuevo día fue un pez grande y gordo.

comestibles.

1. Puede que los trolls no pensaran muy rápido, pero tampoco se daban prisa en olvidar. [↑](#footnote-ref-1)
2. Y teniendo en cuenta el hecho de que todas las palomas que saben cómo cazan las aves de presa están muertas, y por lo tanto son ligeramente menos capaces de pensar que una paloma viva. [↑](#footnote-ref-2)
3. A una mujer siempre le queda media cebolla, no importa el tamaño de la cebolla, del plato o de la mujer. [↑](#footnote-ref-3)
4. Y aun así, sería el tipo de casa que tiene los restos consumidos de un vehículo en el jardín. [↑](#footnote-ref-4)
5. El teniente Blusa solamente leía los libros de historia más técnicos. [↑](#footnote-ref-5)
6. En realidad el árbol no es técnicamente necesario, pero parece que se insiste en él por una cuestión de estilo. [↑](#footnote-ref-6)
7. Y no acertó a nada, sobre todo a ningún pato. Esto es tan poco habitual en esta clase de situaciones que hay que notificarlo bajo nuevas regulaciones humorísticas. Si le hubiera dado a un pato y el pato hubiera hecho cuac y caído en la cabeza de alguien, por supuesto habría sido muy chistoso y ciertamente habría sido notificado. Pero la flecha se desvió un poco por el viento y cayó en un roble que estaba a unos diez metros, donde no acertó a una ardilla. [↑](#footnote-ref-7)
8. No es fácil ser ornitólogo y cruzar un bosque cuando por todas partes el mundo grita: «¡Largo, joder, este es mi matorral! ¡Aargh, maldito ladrón de nidos! ¡Mantén relaciones sexuales conmigo, puedo inflar el pecho y ponerlo rojo!». [↑](#footnote-ref-8)
9. Es un hecho demostrado que, sin importar lo que la sociedad pueda hacer, las chicas de siete artos sienten una atracción magnética hacia el color rosa. [↑](#footnote-ref-9)
10. Toda cocina que lleve tiempo funcionando cuenta con una cosa de estas, y nadie se acuerda nunca de por qué. Por lo general sirve para algo que ya nadie hace y, aun cuando se hacía, se hacía sin auténtico entusiasmo, como por ejemplo rociar apios con jugo, rallar nueces o, en el peor de los casos, rellenar lirones [↑](#footnote-ref-10)